

U A N

AUTÓNOMA DE NUEVO

CCION GENERAL DE BIBLIOTEC

03

V. AZA

Enfiladuras

EL SUEÑO  
ORADO

Enfiladuras  
El Bazar de los  
Paquetes y  
Somos los  
Somos los  
Somos los

PQ6503  
A96  
S9

004  
101



1020027223



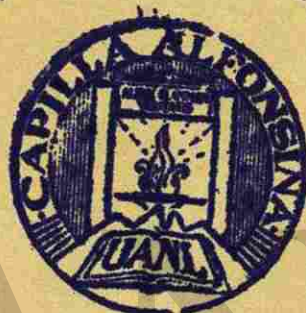
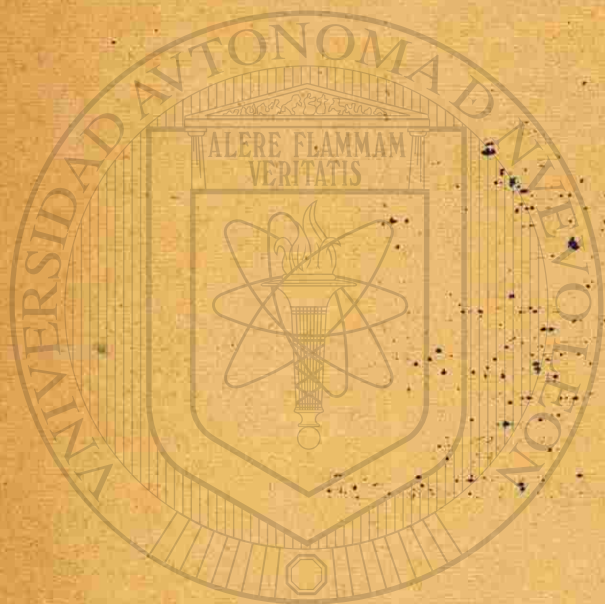
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO

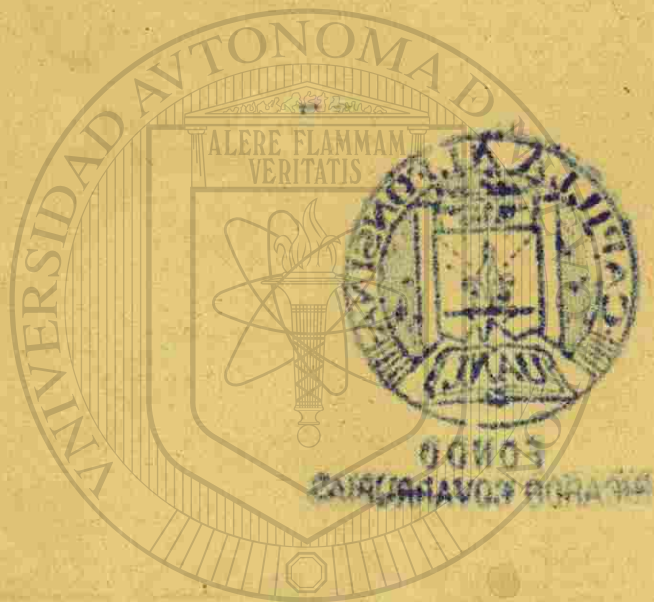


FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Núm. Clas.	862.6
Núm. Autor	A 9912
Núm. Adg.	32688
Procedencia	-8-
Precio	
Fecha	
Clasificó	629 <sup>®</sup>
Analizó	

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



# EL SUEÑO DORADO



Comedia en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

VITAL AZA

Estrenada en el TEATRO LARA el 11 de Marzo de 1890

*Gabriel Gómez*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

MEXICO

EUSEBIO SANCHEZ, EDITOR. AGUILA 12

1895

098057

32688



CAPILLA ALFONCINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS PARTO

Personajes

DOÑA BASILISA  
PRUDENCIA  
MICAELA  
DON GUMERSINDO  
SATURNINO (1)  
RAMON

Actores

Sra. Vaiverde  
Srita. Blanco  
Sra. Mavillard  
Sr. Rubio  
Sr Ruiz de Arana  
Sr. Tojedo

La acción en Madrid

Propiedad registrada conforme a la ley

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

(1) Este personaje cojea ridículamente de la pierna izquierda, que tendrá rígida, y como si todo el cuerpo descansara sobre la cadera de dicho lado.

Jorge Javier de la Cueva

ACTO UNICO

Comedor modesto. Puerta al foro. Segundo término izquierda (del actor) balcón. Puertas laterales en los dos términos de la derecha y en el primero de la izquierda. Aparador ó cómoda en la derecha del foro. En el proscenio, derecha, una butaca, y á su izquierda una silla volante. En el proscenio, izquierda, una mesita ó velador, y á su derecha otra silla volante. Sillería de paja, cuadros, etc.

ESCENA PRIMERA

D. GUMERSINDO, DOÑA BASILISA y PRUDENCIA

Estas dos cosiendo junto al balcón, tienen á su lado una canasta de ropa blanca. Don Gumersindo, sentado en la butaca, hecha cuentas con lapiz en una cartera. Al levantarse el telón, Prudencia cantará una canción cualquiera.

Gum / (Siete y tres diez... y cuatro catorce. Llevo cuatro Cuatro y cinco, nueve. Nueve y ocho, diez y seis. digo, no diez y ocho... ¡Tampoco es esto!) ¡Prudencia! (Prudencia sigue cantando.) ¡(Si con esta música es imposible!) ¡Prudencia!

Pru / ¿Qué quieres, papá?

Gum / ¿Que he de querer, hija mia? Que hagas el favor de callarte. Hace una hora que me estás mareando con ese canturreo.

Pru / Perdona, papá.

Bas / Sí, hija, cállate; porque tu padre se ha levantado hoy de un humor que no se le puede aguantar.

Gum / ¡Si te parece que lo que nos pasa es para tener ganas de música! Estoy haciendo una lista de nuestros acrees-



CAPILLA ALFONCINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS PARTO

Personajes

DOÑA BASILISA  
PRUDENCIA  
MICAELA  
DON GUMERSINDO  
SATURNINO (1)  
RAMON

Actores

Sra. Vaiverde  
Srita. Blanco  
Sra. Mavillard  
Sr. Rubio  
Sr Ruiz de Arana  
Sr. Tojedo

La acción en Madrid

Propiedad registrada conforme a la ley

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

(1) Este personaje cojea ridículamente de la pierna izquierda, que tendrá rígida, y como si todo el cuerpo descansara sobre la cadera de dicho lado.

Jorge Javier de la Cueva

ACTO UNICO

Comedor modesto. Puerta al foro. Segundo término izquierda (del actor) balcón. Puertas laterales en los dos términos de la derecha y en el primero de la izquierda. Aparador ó cómoda en la derecha del foro. En el proscenio, derecha, una butaca, y á su izquierda una silla volante. En el proscenio, izquierda, una mesa ó velador, y á su derecha otra silla volante. Sillería de paja, cuadros, etc.

ESCENA PRIMERA

D. GUMERSINDO, DOÑA BASILISA y PRUDENCIA

Estas dos cosiendo junto al balcón, tienen á su lado una canasta de ropa blanca. Don Gumersindo, sentado en la butaca, hecha cuentas con lapiz en una cartera. Al levantarse el telón, Prudencia cantará una canción cualquiera.

Gum / (Siete y tres diez... y cuatro catorce. Llevo cuatro Cuatro y cinco, nueve. Nueve y ocho, diez y seis. digo, no diez y ocho... ¡Tampoco es esto!) ¡Prudencia! (Prudencia sigue cantando.) ¡(Si con esta música es imposible!) ¡Prudencia!

Pru / ¿Qué quieres, papá?

Gum / ¿Que he de querer, hija mia? Que hagas el favor de callarte. Hace una hora que me estás mareando con ese canturreo.

Pru / Perdona, papá.

Bas / Sí, hija, cállate; porque tu padre se ha levantado hoy de un humor que no se le puede aguantar.

Gum / ¡Si te parece que lo que nos pasa es para tener ganas de música! Estoy haciendo una lista de nuestros acrees-

dores.  
 Bos Pues es una tontería que te molestes, porque como no los hemos de pagar....  
 Gum Si no los pagamos será por carencia absoluta de dinero no por falta de voluntad.  
 Bas Llámalo hache.  
 Gum Te aseguro, Basilisa, que esta situación me angustia de una manera horrible. Cuando, por las noches, al acostarnos rezamos el *Padre nuestro*, al llegar á aquello de "asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores..." ¡mentira! digo para mí. A nosotros nadie nos debe nada. Todo lo contrario.... Nosotros somos los que...  
 Bas Bueno; pero reflexiona que en el *Padre nuestro* también le decimos á Dios todas las noches que nos perdona nuestras deudas.  
 Gum Dios sí no las perdonará; pero lo que es los acreedores.  
 Bas ¡Pues qué les vamos á hacer! ¡Que tengan paciencia  
 Gum Mujer, admiro esa frescura y esa sangre fría.  
 Bas Vaya, vaya, déjanos trabajar, que tenemos que entregar en seguida estas camisolas. (*Prudenciá vuelve á cantar.*)  
 Gum Corriente. Prosigo mi cuenta.—Niña, no me interrum-pas otra vez con tus cancioncitas, porque hoy no tengo la cabeza para hacer sumas.  
 Prn Descuida, papá, no te molestaré.  
 Gum Creo... y cero, cero. No llevo nada. Cuatro y nueve, trece... trece y cinco, diez ocho. Diez y ocho y siete, veinticinco, y nueve... (*Micaela, dentro machacando en un almirez, canta: "Yo he sido cigarrera, etc" de la "Niña Pancha."*) ¡Anda! ¡Ahora la maritor-nes! Veinticinco y nueve, treinta y cinco, digo; trein-ta y seis, digo. (*Se levanta furioso y va al foro.*)  
 Micaela ¡Micaela!  
 Bas ¡Hija mía, como está hoy tu padre! (*A Prudenciá.*)  
 Pru ¡Ya, ya!  
 Gum ¡Micaela!  
 Bas Pero, hombre, no seas ridículo.

## ESCENA II

## DICHOS y MICAELA

Mic ¿Llamaba usted?  
 Gum Sí.

Mic ¿Qué manda usted?  
 Gum Que hagas el favor de cantar un poquito más alto si te parece.  
 Mic Sí, señor, con mucho gusto. (*Se retira cantando á grito pelado.*)  
 Gum ¡Animal!! ¿No has oído lo que acabo de decirte?  
 Mic Señorito, si yo...  
 Gum ¡Cállese usted! (*Vuelve á sentarse*)  
 Mic Usted disimule... Yo me había creído.... (*Vase fo-ro izquierda.*)

## ESCENA III

## DICHOS menos MICAELA

Gum (*Después de una pausa, y siguiendo la suma.*) (Cator-ce, y llevo una...) (*Música de "Yo he sido cigarrera."*)  
 Bas ¡Anda! ¡Ya me han contagiado á mí! — ¡Virgen de los Desamparados! ¡Basilisa!  
 Gum ¡Pero hombre si yo no canto!  
 Bas No es eso. Ven acá siéntate aquí  
 Gum Voy allá. ¿Qué se te ofrece? (*A su lado, Prudenciá du-rante la escena, interrumpe la costura para mirar re-petidas veces a la calle, y hace cautelosamente alguna seña á alguien que se supone fuera.*)  
 Bas ¿Cuánto dirás que estamos debiendo?  
 Gum ¿Yo que sé? (*Sigue costiendo.*) (1)  
 Bas Mira: este es el total: 3, 550.  
 Gum ¡Pues vaya una cantidad! 3 550 reales,  
 Bas No hija mía son pesetas.  
 Gum ¡Ah!  
 Bas ¡Catorce mil doscientos reales!  
 Gum ¡No puede ser!  
 Bas ¿Cómo que no puede ser? ¡A qui está bien claro  
 Gum «A tu cuñado Manolo, 500 pesetas.»  
 Bas Eso no lo cuentas, porque ya sabes que cuando nos prestó esa cantidad nos dijo que no le corría prisa el dinero.  
 Gum Bueno. "En la tienda de comestibles..."  
 Bas Tampoco cuentes eso. El tendero es un hombre muy rico y puede esperar perfectamente.  
 Gum Bueno. "Al sastre Ramirez, por el gabán que me hi-zo hace cuatro meses..."



(1) Derecha del actor: don Gumersindo.—Doña Basilisa.—  
Prudencia.

Bas ¿Cuánto te ha llevado por el gabán?  
 Gum Llevar... me me ha llevado nada todavía... pero...  
 Bas Pues con ir á encargarle otra prenda cualquiera, ya  
 puede el sastre esperar otra temporada.  
 Gum Corriente. «Al médico por las catorce visitas que te  
 hizo el año pasado.»  
 Bas ¡Bien se va á acordar él ahora, después de tanto  
 tiempo!  
 Gum Pero, mujer, según tu teoría, va á resultar que no de-  
 bebemos nada á nadie.  
 Bas Como todas las deudas sean como las que me has leído...  
 Gum ¿Todas, eh? Vamos á ver qué me dices de este Ren-  
 gloncito: «Al casero dos mensualidades...»  
 Bas Sí; esas ya son palabras mayores.  
 Gum Tú ya conoces al administrador; ya sabes que Don  
 Robustiano no se anda en chiquitas. No nos apuré  
 el mes pasado! porque tiene dos en fianza; pero como  
 mañana mismo no aprontemos el dinero, nos pone de  
 patitas en medio de la calle.  
 Bas ¿En medio de la calle? Lo que es á mi no me saca  
 de la acera.  
 Gum ¡Pero, mujer, que tomes las cosas con esa tranqui-  
 lidad!  
 Bas Mira, Gumersindo. La niña y yo no podemos hacer  
 más de lo que hacemos: sacrificarnos todo el día tra-  
 bajando para fuera. ¡Si tú siquiera trabajaras para  
 dentro!  
 Gum Si yo no trabajo, es porque no tengo en qué.  
 Bas Piensa algún negocio.  
 Gum ¡Sí! ¡Buenos estamos nosotros para negocios! Acuér-  
 dat\* de lo que nos sucedió el año pasado, cuando te  
 empeñaste en que me dedicara á la industria jabone-  
 ra—«¡Con el jabón, subiremos como la espuma!»—  
 me decias muy ilusionada, y después de invertir en  
 ingredientes toaos nuestros ahorros y de poner per-  
 dida toda la casa, en vez de pastillas de jabón me  
 resultaron... ¡tarugos!  
 Bas Pues, hijo mío, es preciso ingeniarse. ¿Por qué no  
 lees la cuarta plana de *La Correspondencia*.  
 Gum ¿Para qué?  
 Bas Para ver si anuncia alguna colocación que pueda  
 convenirte  
 Gum Tienes razón, no se me había ocurrido.  
 Bas ¡Ay, qué hombre! Toma aquí tienes la de anoche.  
 (La coge de encima del velador, y vuelve á sentarse  
 al lado de don Gumersindo.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO MARTÍNEZ"  
 Audo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Gum Venga. No habrá nada, de seguro. «Coches de lujo.»  
 No. «Almoneda» Tampoco. «Bonito negocio»  
 Bas ¡Eso! A ver lo que es. (Sigue cosiendo.)  
 Gum «Bonito negocio».—Lo obtendrán las personas que  
 dispongan de un capital en metálico ¡Naturalmente!  
 Bas ¡Vaya una noticia!  
 Gum «Para un gran negocio se necesita un socio capita-  
 lista.» ¡Claro! Todo el mundo anda á caza de gangas  
 «Avisos útiles.»  
 Bas Por ahí, por ahí. (Cosiendo.)  
 Gum (Lee.) «Amor mío. Te quiero con toda mi alma.»  
 Bas Déjate ahora de ternezas.  
 Gum Si no es á ti. Si es que leo un anuncio.  
 Bas No te molestes en buscar más, porque tienes tan mala  
 sombra que no vas encontrar nada que merezca la  
 pena.  
 Gum ¡Cállate, cállate! ¿aquí hay algo  
 Bas ¿Sí?  
 Gum «Buen destino.—Para ponerse al frente de unas fincas  
 rústicas, se necesita una persona de buena conducta  
 y de competencia acreditada.—Leganitos, 59. pral., da-  
 rán razón.» ¿Eh? ¿Qué te parece?  
 Bas Que debes ir inmediatamente á ver qué es eso  
 Gum Ahora mismo. (Se levantan) Pero como si lo viera.  
 D efijo que cuando yo llegue, se lo acaban de dar  
 á otro  
 Bas ¡Jesús, qué hombre! ¡Qué desconfiado eres!  
 Gum Tú lo dices y tienes razón. ¡Tengo muy mala som-  
 bra! Anda, cepíllame un poco esta levita.  
 Bas ¿Por qué no te pones el gabán nuevo?  
 Gum ¡Un demonio! El otro día me lo puse, y todas las per-  
 sonas que venían detrás de mí se me figuraban el sas-  
 tre. Así voy perfectamente. Vaya, hasta luego....  
 Bas ¡Ah! Que si viene don Robustiano, haga el favor de  
 Gum esperar unos días más.  
 Bas Sí, hombre, sí. Ya espará si quiere  
 Gum «Leganitos, 93. pral.» en seguida estoy de vuelta  
 Bas Hasta después, Basilisa.  
 Gum ¡Abur!  
 Bas Adios, hija.  
 Gum Adios, papá.  
 Bas (Administración de fincas rústicas!... ¡Quia! .....  
 Gum ¡No caerá esa breva!) (Vase por el foro derecha.)

32688

ESCENA IV

DOÑA BASILISA y PRUDENCIA

*Pru* ¿A donde va papá con tanta prisa?  
*Bas* A ninguna parte, porque créeme, hija, con el genio de tu padre no se va á ninguna parte. No he visto un hombre más apocado y menos emprendedor  
*Pru* ¡Pobrecillo! ¿Qué ha de hacer, si no encuentra quien le coloque?  
*Bas* Si no fuera por lo que nosotras nos agenciamos con la costura, estábamos divertidas. ¿Has concluido ya esos ojales?  
*Pru* Sí; ya están.  
*Bas* Bueno, pues voy á entregar esas camisolas ahora mismo  
*Pru* (Que va doblando cuidadosamente las camisolas.) Aquí está la media docena.  
*Bas* ¿Donde he puesto yo mi mantilla?  
*Pru* Ahí la tienes. (Sobre una silla del foro.)  
*Bas* Envuélvelas con cuidado. (Se pone la mantilla.) Ya sabes lo chinche que es ese camisero..... A la muchacha, que vaya preparando el almuerzo..... ¡Ay, que vida esta!..... (Coge el fío de las camisas.) Siempre con lios de un lado para otro..... Vaya, hasta después, hija mía. (Vase foro)  
*Pru* Hasta luego, mamá. (La acompaña hasta la puerta del foro.)

ESCENA V

PRUDENCIA, luego MICAELA

*Pru* ¡Ay, gracias á Dios! Creí que no me dejaban sola en toda la mañana. El pobre Alfredo, ahí enfrente hace una hora.... Lo va á ver mamá al salir. (Le hace señas de que se oculte.) Ya se ha escondido en el portal... ¡Si ella supiera que estamos en relaciones! Es mucho empeño el suyo de que yo no he de hacer caso á ningun hombre. (Mímica)—¿No te ha visto?—¡Me alegro!—¿Eh?—¡No he podido!—¡Sí!—¿Como?—¡Bueno!—¡Tonto! (Sigue haciendo señas desde el balcón.)  
*Mic* Señorita....  
*Pru* (Hablando con Alfredo.) ¡No! ¡De ninguna manera!

*Mic* (¡Calle! ¿Con quien habla? ¡Anda, anda! ¡Y cómo manotea!) ¡Señorita! (Dándole en el hombro.)  
*Pru* ¡Eh! ¡Asustada.) ¡Ay, qué susto me has dado! Creí que era mamá.  
*Mic* ¿Con quien habla usted?  
*Pru* Con... con nadie.  
*Mic* Vamos, señorita, que yo no soy tonta. De seguro que hablaba usted con el novio.  
*Pru* ¿Yo? Si yo... no tengo...  
*Mic* ¡Ya estará usted buena picara!... ¿Será guapo, verdad?  
*Pru* Déjeme usted verlo.  
*Mic* Quita, mujer, no seas imprudente. (Dirigiéndose al Balcón.) ¿Lo ves? Por culpa tuya se ha marchado.  
*Pru* Ande usted, que ya volverá si es de ley. (Bajan las dos al proscenio.)  
*Pru* ¡Ya lo creo que lo es!  
*Mic* ¿Y buen mozo, eh?  
*Pru* A mi me lo parece.  
*Mic* ¿Y le querrá usted mucho?  
*Pru* ¡Naturalmente! A mi me gusta mucho tener novio.  
*Mic* Hace usted bien. Y que en este Madrid hay donde escoger, ¿verdad? obre tío en la ola de tropa. Hay cáa artillero y cáa soldao de caballería, que... ¡vamos! pierde una el sentío. ¿El novio de usted, será melltar?  
*Pru* No, es paisano.  
*Mic* ¿Qué lástima!  
*Pru* ¡Es un joven muy rico!  
*Mic* Ya no me da tanta lástima.  
*Pru* Viste siempre muy elegante, y tiene unas alhajas magnificas... El otro dia se compró una sortija con un brillante que le costó yo no se cuántos miles de reales...  
*Mic* ¿Nera muy gordo, eh?  
*Pru* No; está regular de carnes.  
*Mic* Decía el brillante.  
*Pru* ¡Ah! Sí; como una avellana.  
*Mic* ¿Qué barbaridad!  
*Pru* Si es muy rico y además, heredará á un tío suyo que tiene una porción de casas en Madrid. Mi papá me indicó hace dos meses, lo menos, que pro ablemente me casaría con el sobrino de un amigo suyo de Calatayud; un muchacho muy rico; pero como ese novio no acaba de llegar... por si acaso tengo á éste.  
*Mic* ¡Muy bien hecho! ¿Y qué tal? ¿Este señorito viene con buen fin?  
*Pru* Con el fin de que nos casemos. Ya ves que no puede ser mejor. El pobre está muy disgustado con esto de que no podemos hablarnos más que por señas. Dice que está decidido á presentarse á mis papás y á pe-

*Mic* dirles formalmente mi mano; pero yo ne me atrevo. Como ellos no saben nada todavia. . .  
*Mic* Pues déjele usted que venga. Mire usted que los novios ricos andan hoy muy escasos. (*Suena la campanilla*) Lllaman . . . voy á ver.  
*Pru* Que no digas á nadie una palabra.  
*Mic* Descuide usted. (*Vase por el foro y vuelve luego*)  
*Pru* Si cuando venga Alfredo á pedir mi mano los papás le dicen que no, soy capaz de . . . de hacer caso al huesped del tercero, que siempre me está diciendo tontorias desde la ventana del comedor.  
*Mic* ¡Ay, señorita! (*Muy alegre*)  
*Pru* ¿Qué?  
*Mic* Pues un señorito que viene preguntando por su papá de usted.  
*Pru* ¿Eh?  
*Mic* Dice que desea hablarle de un asunto muy importante.  
*Pru* ¡Es él! (*Muy Contenta*)  
*Mic* ¡Su novio! ¡Me lo calé en seguida! Yo voy á decirle que pase.  
*Pru* ¡Ay, no, por Dios! (*Conteniéndola*) ¿No ves que estoy sola?  
*Mic* ¡Toma! Pues por lo mismo  
*Pru* No, de ningún modo. . . Voy á decirle que no está papá.  
*Mic* ¡Señorita! (*Deteniéndola*) ¡Déjeme usted á mi, y no sea usted tonta! Cuando un hombre viene con buen fin, hay que abrirle de par en par las puertas de la casa. (*Vase corriendo por el foro*)  
*Pru* Después de todo, tiene razón Micaela. . . No estamos para desaprovechar estas proporciones.  
*Mic* (*Dentro*) Pase usted, pase usted con confianza. Los señores han salido, pero está la señorita. (*Desde la puerta del foro.*) Por aquí. Ahí la tiene usted (*Se presenta Saturnino.*)  
*Sat* ¡Señorita! . . . (*En la puerta del foro*) (1)  
*Pru* ¡Ay! ¡Si no es él! [*Muy contrariada.*]  
*Mic* Vaya, ahí se quedan ustedes. (*El podrá ser rico, pero lo que es de guapo, no le ha tocado maldita la cosa.*) (*Vase foro izquierda.*)

[1] Saturnino.—Micaela.—Prudencia.

ESCENA VI

PRUDENCIA y SATURNINO

*Pru* Caballero . . .  
*Sat* Señorita . . . (*Avanza cojeando hacia el proscenio.*)  
 Usted perdonará que la moleste. No queria pasar . . . pero la muchacha se ha empeñado, y yo . . . dispense usted.  
*Pru* Tome usted asiento.  
*Sat* Gracias, deseaba hablar con su papá de usted, porque creo que usted es . . . la hija de su papá de usted.  
*Pru* Sí, señor; la misma.  
*Sat* Gracias. Tengo tanto gusto. . .  
*Pru* Deje usted el sombrero. (*Lo coge y lo pone sobre el velador.*)  
*Sat* Gracias.  
*Pru* Pues mi papá ha salido.  
*Sat* Gracias; digo, ya lo sé, y yo siento mucho. . .  
*Pru* Pero, sientese usted.  
*Sat* Gracias (*Se sienta en la silla volante de la derecha. Prudencia en la que está al lado del velador*)  
*Pru* Si desea usted dejar algún recado. . .  
*Sat* Pues venia á . . . Yo no sirvo para estas cosas; pero como mi tío está en cama desde anteayer. . .  
*Pru* ¿Su tío de usted?  
*Sat* Sí, señorita. Tiene un catarro muy fuerte. Cogió un enfriamiento, y, es claro, le atacó al pecho en seguida.  
*Pru* ¿Si, eh?  
*Sat* Si, señorita.  
*Pru* Lo siento mucho.  
*Sat* Gracias.  
*Pru* ¿Y quién es su tío de usted?  
*Sat* Pues don Robustiano Perez.  
*Pru* ¡Ya! ¡El casero!  
*Sat* No, señorita, el administrador.  
*Pru* Bueno, el que cobra los alquileres.  
*Sat* El que suele cobrarlos.  
*Pru* Entonces, ya me figuro á qué vendrá usted.  
*Sat* Sí, señorita vengo á eso.  
*Pru* Pues papá ha salido, y yo . . .  
*Sat* Repito á usted que siento muchísimo esta clase de visitas, porque la verdad, mi carácter no se presta á . . . pero mi tío me mandó que viniera á decirle á su papá de usted que. . . Haga usted el favor de indicárselo

así, de cierta manera, por que yo no sirvo, vamos no sirvo para estas cosas. En cuestiones de dinero tengo una delicadeza extremada. Con decirle á usted que condiscipulo me está debiendo hace más de dos años eatorce duros, y cuando me lo encuentro en la calle hago que no lo veo, porque me da muchísima verguenza.

Pru  
Sat

¿Si? Pues á quien debia darle verguenza es á él. Es que si él tuviese verguenza ya me los hubiera pagado; pero, es claro, como yo soy tan, así... vamos! que no me atrevo á reclamar las deudas. Pero, es lo que yo digo: el que no paga es porque no puede... ó porque no quiere.

Pru  
Sat

Tiene usted razón. Aseguro á usted que si no fuera por el empeño de mi tío, yo no me hubiera atrevido nunca á venir á molestar á, ustedes. Pero no hay remedio. Como yo dependo de mi tío y me está costeano la carrera...

Pru  
Sat

¿La carrera? Si, señorita. Me estoy preparando para telégrafos. A mi me tira la electricidad. Ahora estoy en prácticas, Hace cuatro meses que me estoy ti-qui-ti-ti-qui-ti, -ti-qui-ti, todo el santo dia.

Pru

¿Si, eh? (¿Qué será eso de ti-qui-ti-ti-qui-ti?) (Se rie ocultándose de Saturnino. Pausa baeve)

Sat

De fijo que la estoy molestando. (Se levanta.)

Pru

¡Quiá! ¡No señor!

Sat

Sin embargo, veo que su papá no llega y me retiro.

PPr

Volveré despues. Tengo que subir á las buhardillas.

Sat

Como usted guste. (Se levanta)

Pau

Por Dios, hagame usted el favor de decirle porque á mi me seria muy doloroso.

Sat

Descuide usted Yo se lo diré. (Dándole el sombrero.)

Sat

Gracias. Ahora que me fijo. Yo á usted la conozco mucho.

Pru

¿Si?

Sat

Si, señorita. ¿Usted suele ir á San Sebastián?

Pru

No, señor; no salimos nunca los veranos.

Sat

No si hablo de la iglesia de San Sebastian,

Pru

¡Ah! Si, señor; voy todos los domingos con mi mamá.

Sat

Se ponen ustedes siempre junto al altar del Nazareno.

Pr

¡Eso es!

Sat

A la derecha del Señor cura,

Pru

No á la izquierda.

Sat

Bueno. á la derecha del cura cuando dice; *Dominus vobis-un.*

Pru

¡Jsto, si.

Sat

Ya decia yo que la conocia... Vaya, pues ha tenido

tantísimo gusto... Muchas gracias. Servidor de usted. Beso á usted la mano.—¡Micaela! No, no se moleste usted. ¿por aqui, eh? Si, por ahi.

Pru  
Sat  
Pru  
Sat  
Pru  
Sat

A los pies de usted. (Medio mutis y vueltas.) Que no deje usted de decirle á su papá... porque yo... me da muchísima verguenza...

Pru

Yo se lo diré. Vaya usted con Dios. (Vase Saturnino.) Qué tipo tan extraño. Pero debe de ser un muchacho de muy buenos sentimientos. No se parece á su tío. Hombre más a tipático. Pues lo que es yo no le digo á papá ni una palabra de esta visita. ¡De buen humor está él para que le vayan con estas embajadas! ¡Ea! ¡Volvamos á nuestras faenas! ¡Ay! ¡Cuando saldremos de estos apuros! (Se sienta á coser.)

FSCENA VII

PRUDENCIA y DOÑA BASILISA

Bas

(Con el lío de antes.) ¡Jesús! ¡Qué camisero tan inaguantable! ¡No sé cómo no le tiré este lío en la cara! ¿Qué es eso, mamá?

Pru

¿Qué ha de ser, hija? Que dice que los ojales están mal! ¡que los remate mejor! ¡El si que es tonto de remate! Toma, á ver si los arreglas un poco; y si las quiere luego que las tome, y si no que las deje (Se quita la mantilla y se pone un delantal.)

Bas

Dame, verás que pronto quedan perfectamente. En mi cuarto debo tener las tijeras finas de bordar. (Se dirige primera derecha.)

Pru

¿No ha venido tu padre todavía?

Bas

No, señora. (Llaman) Ahí está ya.

Pru

Vete á abrir.

Bas

Voy. (Desde el foro como dirigiéndose á Micaela.)

Pru

Deja yo abriré (Vase.)

Bas

No habrá conseguido nada, de seguro. ¡Si estos hombres son los más inútiles! Yo no sé en qué piensa una cuando se casa. Si me hubiese quedado soltera, entre lo que mi hija y yo ganáramos cosiendo, teníamos de sobra para... ¡Jesús! ¡Qué barbaridad tan grande acabo de decir!

ESCENA VIII

Doña BASILISA, D. GUMERSINDO y PRUDENCIA

*Bas* ¡Qué! ¿Qué hay?

*Gum* ¿Qué ha de haber? ¡Nada! Vengo de un humor de mil demonios.

*Bas* Por variar.

*Pru* (¿Cualquiera le anuncia la visita del casero!) (*Vase con las camisas vuelta primera derecha.*)

*Bas* ¿Qué hay de esa administración?

*Gum* Lo que yo me temía. Hablé con el encargado y me dijo que había recibido orden de retirar el anuncio de *La Correspondencia*, porque estaba ya ofrecida la plaza.

*Bas* ¿A quién?

*Gum* ¿Qué se yo? A cualquiera. A algún majadero. Si te digó que cuando á uno se le tuerce el carro ...

*Bas* El tuyo nunca anduvo muy derecho.

*Gum* Todos tienen más suerte que yo. ¿A quien dirás que me he encontrado en la plaza de Santo Domingo? (1)

*Bas* Al sastre.

*Gum* Qué sastre ni qué calabazas. Me encontré con Rodríguez.

*Bas* ¿Qué Rodríguez?

*Gum* Mujer, Ciriaco Rodríguez, aquel que estaba empleado conmigo en Fomento

*Bas* Y qué está también cesante?

*Gum* Buen cuidado le dan á él ahora los destinos, Casó á su hija con un muchacho inmensamente rico, y están viviendo todos como unos príncipes.

*Bas* Bueno, ¿y qué?

*Gum* Que si nosotros tuviéramos la fortuna de que Prudencia se casará con un hombre de posición, ya estábamos arreglados.

*Bas* ¡Eso es! Y tú serías capaz de vivir á costa de tu hija.

*Gum* A costa de mi hija, no; pero á costa de mi yerno, ¡ya lo creo que sí! ¡Ese sería mi sueño dorado!

*Bas* Pues, me parece que si no comemos hasta entonces.

*Gum* ¿Quién sabe! Yo no he perdido del todo las esperanzas.

(1) Don Gumersindo.—Doña Basilisa.

*Bas* ¿Estás aguardando todavía al novio de Calatayud? Ya ves qué prisa se ha dado á venir, al cabo de cuatro meses que te anunciaron su visita.

*Gum* No, mujer, no hace tanto... Y si no, aquí debo tener la carta. (*Saca la carta*) Sí, esta es. "Calatayud y Diciembre 8." ¿Lo ves? Tres meses escasos. «Querido Gumersindo: Uno de estos días irá á hacerte una visita en mi nombre, mi sobrino Ramón; un joven de excelentes prendas personales y morales y con una rentita de trescientos cuatro mil reales.»

*Bas* ¡Anuales!

*Gum* ¡Cabales! «Como sé que tienes una hija, excuso decirte cuánto celebraría que emparentásemos por ese lado. No te digo más.»

*Bas* Es bastante.

*Gum* «Tu amigo que te quiere. Feliciano Zagalejo.» ¡Vaya una proporción para la muchacha!

*Bas* ¡Como si no! Ya ves que ni del tío ni del sobrino hemos vuelto á saber una palabra. (*Doña Basilisa se sienta junto al balcón de espaldas á la derecha. Don Gumersindo se sienta en la butaca.*)

*Gum* ¡Qué lastima! «Una rentita de trescientos cuatro mil reales.» ¡Y á esto lo llama rentita! ¡Una friolera! Yo le perdonaría los cuatro mil. Es un pico despreciable. Trescientos mil es una cifra más redonda. Con esto si que nos redondeábamos. (*Entra Micaela con una bandeja con copas, que colocará sobre el aparador ó comoda.*)

*Bas* Bueno; pues déjate de hacer calendarios. La niña se casará cuando deba casarse. No le corre prisa.

*Gum* ¡Eso es! Pero nos exponemos á que se enamore de cualquier pelagatos, y entonces... (*Lee La Correspondencia.*)

ESCENA IX

DICHOS y MICAELA

*Bas* ¿Qué se ha de enamorar la niña! Bien piensa ella en novios. (*Dablando algunas prendas.*)

*Mic* ¡Anda! ¡Dice que no piensa! Limpiando las copas con un paño.

*Gum* ¿Y qué sabes tú? Como si las hijas fueran á contar á las madres

*Mic* (*Aparte á Don Gumersindo, por la derecha.*) Tiene usted razón. (*Vuelve junto al aparador.*)

*hasta aquí*

*Gum* ¿Eh? (*Sigue leyendo*)  
*Bas* Otras no lo contarán, pero Prudencia está muy bien educada, y sería incapaz de engañarme.  
*Gum* No diré que no.  
*Mic* (Pues dígalo usted.) *Aparte á Don Gumersindo, por la izquierda.*  
*Gum* ¿Como? (*Sigue leyendo.—El mismo juego anterior.*)  
*Bas* ¡Buenos están los tiempos para que ningún hombre de dinero vaya á pensar en nuestra hija!  
*Gum* Mujer, ¿eso quién lo sabe?  
*Mic* ¡Yo! (*parte á Don Gumersindo, por la derecha.*)  
*Gum* ¡Dale! Pero, muchacha. ¿Qué recaditos son eso? (*Levantándose.*)  
*Bas* ¿Eh? ¿Qué es? (*Volviéndose.*)  
*Gum* Que esta chica me está diciendo no se qué cosas al oído.  
*Bas* ¿Como? (*Acercándose.*)  
*Mic* Lo que digo es que, si ustedes no se incomodan, les voy á dar una buena noticia. (1)  
*Bas* ¿Una buena noticia?  
*Gum* ¿Tú?  
*Mic* Sí, señor, yo. La he sabido por una casualidad.  
*Gum* Pero, ¿qué es?  
*Mic* Que la señorita tiene novio.  
*Bas* ¡Mentira!  
*Gum* ¿Lo ves? [*A doña Basilisa.*]  
*Mic* ¡Un joven muy rico!  
*Bas* ¡No es cierto!  
*Gum* ¡Calla, mujer!  
*Mic* Tiene la mar de alhajas y lleva una sortija con un brillante manífico.  
*Bas* ¡Es falso!  
*Mic* Pue que lo sea, pero le ha costao muchos miles de reales.  
*Bas* Digo que todo eso que está usted diciendo, no puede ser verdad. ¡Prudenc...!  
*Gum* (*Tapándole la boca.*) Calla, mujer, calla. No te sulfures. Hablemos con serenidad. Vamos á ver. [*A Micaela.*] ¿Por dónde á sabido usted todo eso?  
*Mic* Por la señorita. Ella misma me lo ha contado todo.  
*Gum* ¿Y ese novio es efectivamente rico?  
*Mic* ¡Ya lo creo!... ¡tié un tío dueño de medio Madrid.  
*Gum* Oye, mujer, oye. (*Contentísimo.*) ¿Y tú le conoces? [*A Micaela.*]

(1) Micaela.—Don Gumersindo.—Doña Basilisa.

*Mic* ¿Al tío? No señor  
*Gum* Al sobrino; al novio de la niña.  
*Mic* Sí, señor.  
*Gum* ¿Y que tal es?  
*Mic* Pues, mire usted, la verdad. De guapo, no *tié naá*, y renquea un poquito. (*Remedando la cojera.*)  
*Gum* No importa. Lo principal es que sea rico. (*Movimiento de doña Basilisa.*) Digo, honrado, y de buena familia.  
*Bas* ¡Pero, señor, si no puede ser! Si mi hija...  
*Mic* Yo sentiría mucho que por culpa mia, riñeran ustedes á la señorita; pero como yo los quiero á ustedes mucho y como ese señorto dice que biené con buen fin, francamente yo...  
*Gum* No, hija, no nos disgustamos. ¡Todo lo contrario!  
*Mic* ¿Verdad, Basilisa?  
*Bas* ¡Déjame, déjame! (*Con fingido disgusto.*)  
*Mic* La señora hace que se incomoda; pero otra le queda (*Vase foro izquierda.*)  
*Gum* ¡Pero, has visto, mujer! ¡Ni que yo lo hubiera presentado!  
*Bas* Te digo que hasta que no lo vea no lo creo  
*Gum* ¡Vamos!... ¡ya te vas ablandando! ¡Claro! Si un yer no rico nos está haciendo mucho falta.  
*Bas* Sí, pero...  
*Gum* ¡Figurate! Un joven que lleva un brillante de tanto valor, la fortuna que tendrá sólo en alhajas  
*Bas* No importa; yo no las tengo todas conmigo.  
*Gum* Ya las tendrás, mujer; ya las tendrás en cuanto sea sea tu yerno ¿Donde está la niña?  
*Bas* ¡Prudencia!  
*Gum* Ya viene.

ESCENA X

D. GUMERSINDO, Doña BASILISA y PRUDENCIA

*Pru* ¿Me llamabais?  
*Gum* ¡Ven aca, hija mia, ven acá! ¡Abrazame!  
*Pru* ¿Qué, estamos de enhorabuena?  
*Gum* ¡Ya lo creo que lo estamos! ¡Hija de mi alma!  
*Pru* ¡Gracias á Dios!  
*Gum* ¡Abraza á tu madre!  
*Bas* ¡Hija de mi corazón!  
*Pru* cuánto me alegro! (1)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 ALFONSO...  
 MONTERREY, MEXICO

(1) Don Gumersindo.—Prudencia.—Doña Basilisa.

Gum Lo sabemos todo! (Muy contento.)  
Pru ¿Si?  
Bas ¡Completamente todo!  
Pru Pero, ¿que es lo que sabéis?  
Gum ¡Lo del novio!  
Pru ¡Qué novio?  
Bas ¡El tuyo!  
Pru ¡Eh! Pero si perdona, mamá, si no es cierto  
Gum ¿Como que no es cierto? ¡Hija, por Dios! ¡No nos desahonra ese desengaño  
Pru ¿Como?  
Gum Esas relaciones son nuestra única esperanza  
Pru ¿Es de veras?  
Gum ¡Sí, hija, si Micaela acaba de enterarnos. Y yo estoy loco de alegría, y tu madre también está loca.  
Bas No, yo estoy tonta completamente.  
Pru ¡Pues, bien, sí! Ya que lo sabéis, no tengo más remedio que confesarlo. Estamos en relaciones hace tres meses.  
Bas ¡Pero, si no puede ser! Si tú no te separas nunca de mí, y yo no me he enterado de nada.  
Gum Tampoco tu madre se enteraba cuando te hacía el amor. Todas las madres sois lo mismo.  
Pru Nos hablamos todos los días por el balcón  
Bas ¿Por el balcón?  
Pru Sí, señora, con las manos  
Gum Claro, mujer, se hacen telégrafos. Como nosotros.  
Pru ¿No te acuerdas de cuando tú te asomabas á la ventana del piso cuarto, y yo me estaba desde abajo dale que le das y llamando la atención de todos los transeuntes? Sigue, sigue. (A Prudencia)  
Bas Por la noche, cuando estais acostados....  
Pru ¡Niña! (Reprendiéndola)  
Bas No te alarmes, mamá.  
Pru No te asustes, mujer.  
Gum Yo abro con mucho cuidado ese balcón, y con un hilo muy largo  
Pru ¡Sí! Atas una cartita, él la recoge; ata la contestación, y tú....  
Gum ¡Eso es!  
Pru ¡Como nosotros! Se ha adstado muy poco en estas cosas.  
Bas ¡Ave Maria Purisima!

Pru En la carta de anoche, me dice que está decidido á casarse conmigo, y que uno de estos dias vendrá á pedirnos mi mano.  
Gum Concedida, concedida desde luego.  
Bas Pere, entendámonos, ¿Qué cosa es ese muchacho?  
Gum Pues, un muchacho muy rico, ya lo sabes.  
Pru ¡Vaya si lo es! ¡Su tio, á quien heredará seguramente, tiene diez ó doce casas en Madrid!  
Gum ¡Diez ó doce casas! ¡Mi sueño dorado!  
Bas ¡Y él, en qué se ocupa?  
Gum Mujer, en hacer telégrafos á la niña. Me parece que no ha podido buscar otra ocupación más decente ni más lucrativa para nosotros.  
Bas Supongo que él ignorará nuestra verdadera situación.  
Pru No, señora. Ya le he dicho que trabajamos para afuera.  
Gum ¡Muy bien dicho!  
Bas ¡Muy mal! Los novios no deben enterarse de ciertas cosas. Creerá ese joven que nos hace un favor con casarse con nuestra hija.  
Gum Y hará bien en creerlo.  
Bas Pues, no, señor. Teniendo delicadeza, no podemos consentirlo.  
Gum Teniendo delicadeza, no; pero no teniendo dinero, no veo ningún inconveniente. Ahora mismo, vas á escribir una carta á ese muchacho, diciendole que puede venir cuando guste, que tendremos una henra en recibirle.  
Bas Sí, anda, escríbele; ya vereis lo que contesta.  
Pru Ahora mismo voy. ¡Apenas se va á alegrar el pobrecillo. (Vase puerta primera deaccha.)

FSCENA XI

D, GUMERSINDO DOÑA BASILISA luego MICAELA

Gum ¡Y le llama pobrecillo! A un hombre con un porvenir tan tan brillante [Aludiendo á la sortija] y que tiene un tio con diez, ó doce casas. (Campanilla: Micaela pasa por el foro.)  
Bas Gumersindo, no te hagas ilusiones.  
Gum ¡Basilisa, no seas terca!  
Bas ¡Ya verás cómo no viene ese novio!  
Mic Señoritos [Muy contenta.]  
Bas ¿Qué hay? (I)  
Mic Qué ahí está.

(1) Don Gumersindo.—Micaela.—Doña Basilisa.

Bas ¿Quién?  
 Mic El novio de la señorita.  
 Bas ¿Es de veras?  
 Gum ¿Lo ves, mujer? ¡Merecias un cachete!  
 Mic Dice que desea hablar con ustedes  
 Gum Pues que pase, que pase al momento.  
 Mic Voy, voy. (Vase foro)  
 Bas ¡Gumersindo!  
 Gum ¡Basilisa!  
 Bas ¡Si querrá Dios que al fin salgamos de esta situación.  
 Gum ¡Claro, mujer! Si Dios nos está deseando otra cosa.  
 Gum Ahora, cuidadito. ¿eh? Mucha discreción y prudencia.  
 Bas ¡Prudencial (Llamando.)  
 Gum Deja á la niña. Lo que digo es que seas prudente.  
 Bas ¡Ay! ¡Ya! Lo seré. No temas.  
 Mic (Dentro) Pase usted, caballero, pase usted.—Aquí están los señores. (Se presenta Saturnino)

ESCENA XII

D. GUMERSINDO, Doña BASILISA y SATURNINO

Sat ¿Se puede? (Desde el foro) (1)  
 Gum ¡Adelante! ¡Adelante! (Aparte á Basilisa) ¡¡Quitate ese delantal!!  
 Bas ¡Ay! Es verdad] (Se lo quita precipitadamente)  
 Sat Con permiso... ¿El señor don Gumersindo Quintanilla?  
 Gum Servidor de usted  
 Sat Muy señor mio (Dándole la mano)  
 Gum Mi esposa  
 Sat Muy señora mia. (Dándole la mano, que doña Basilisa mirará con insistencia como buscando el brillante)  
 Gum Y muy señora de su casa; económica, trabajadora y poco amiga de paseos. Lo mismo que la niña; aquí no se piensa más que en trabajar  
 Sat Tengo mucho gusto.  
 Gum (Ya ves como le gusta) [Aparte á Basilisa]  
 Bas Tome usted asiento  
 Gum ¡Sí! ¡Sientese usted (Le indica la silla la izquierda)

Sat Gracias (Se sienta)  
 Gum Y nosotros aquí.—Séntate, Basilisa. (Se sientan tres.—Pausa.)  
 Sat (Son unas personas muy simpáticas) (2)  
 Gum [Aparte á Basilisa] (Le hace gracia la cojera) (Pausa)  
 Bas (No se lo veo.) (Aparte á Gumersindo.)  
 Gum (¿El qué?) [Aparte á Basilisa]  
 Bas (El Brillante).  
 Gum (Se lo habrá dejado en casa por no deslumbrarnos.)  
 Sat [Lo dicho, yo no sirvo para estas cosas (Pausa)  
 Gum ¿Quiere usted tomar algo? (De pronto.)  
 Sat No, señor, gracias.  
 Gum Vamos, hombre, ¿una copita de Cariñena?  
 Sat No, no señor  
 Bas Sí, tomela usted.  
 Gum Sirvesela, Basilisa  
 Sat Si ustedes se empeñan....  
 Bas Con mucho gusto. (Se levanta y llena una copa que habrá sobrè la cómoda.) ¿A usted no le gustarán los bizcochos?  
 Sat Sí, señora.  
 Bas A mi marido, no; por eso no los tomamos nunca.  
 Gum Dale vino solo, vino solo. El buen vino debe tomarse en seco. (Doña Basilisa le da la copa y vuelve á sentarse al lado de Don Gumersindo.)  
 Sat Muchísimas gracias. (Bebe.)  
 Gum ¿Qué tal, eh?  
 Sat Es un vinillo muy agradable y muy dulce. (Deja la copa sobre el velador.)  
 Gum Demasiado dulce. Por ese hay que tomarlo así Con bizcochos empalaga.  
 Sat ¿Cómo le digo yo ahora á esta pobre gente que vengo á...? (Pausa)  
 Gum (A Basilisa) (¿Te has fijado en el alfiler?)  
 Bas ¿Qué alfiler? (Aparte á Don Gumersindo)  
 Gum El de la corbata. ¡buena alhaja es!  
 Bas ¡Pues á mi no me choca! (Mirando fijamente á Saturnino)  
 Gum (¿Qué entiendes tú?) (Pausa)  
 Sat (¿Cómo me miran!) ¿Qué tendré yo...?) (Limpiándose las solapas del chaquet)  
 Bas (Dile algo, hombre)  
 Gum (Parece mentira que con tanto dinero sea tan corto)

[1] Doña Basilisa.—Don Gumersindo.—Saturnino.  
 [2] Doña Basilisa.—Don Gumersindo.—Saturnino.



de genio este muchacho.) Con que... ¿qué tal, pollo?  
 ¿Qué tal de telégrafos?  
 Sat Muy bien. ¡Estoy ya muy práctico!  
 Gum Naturalmente.  
 Sat Todo el día me estoy ti-qui-ti-ti-qui-ti.  
 Gum ¡Ya lo sabemos, ya! Lo mismo hacía yo cuando tenía los años de usted.  
 Sat ¿Si?  
 Gum Sí, señor. ¡Se ha adelantado muy poco en esas cosas!  
 Sat ¡Al contrario! Se adelanta muchísimo.  
 Gum ¿Si?  
 Sat ¡Ya lo creo! En sus tiempos sólo se conocía el sistema Bregué.  
 Gum ¿Cómo?  
 Sat El Bregué. El telégrafo de letras.  
 Gum ¡Justo! ¡Ese!  
 Sat Ahora tenemos dos sistemas: el Morse y el Hugues.  
 Gum Pues mire usted, no lo sabía.  
 Sat El uno es de manipulador, y el otro de tecla. *[Indicando con la acción los dos sistemas]*  
 Gum ¡Tiene gracia, hombre, tiene gracia! ¡Lo que inventan estos enamorados! *[Aparte á Basilisa]*  
 Bas *[Aparte á Gumerindo]* ¡Y decías que no se había adelantado nada.  
 Sat Veo con gusto que su hija de usted les ha anunciado mi visita.  
 Bas Sí, señor.  
 Gum Nos ha dicho que iba usted á dar este paso que tanto le honra á usted....  
 Bas Y á nosotros  
 Gum Y que le agradecemos en lo mucho que vale,  
 Sat Pues, francamente, yo temía que ustedes me recibirán de mala manera.  
 Gum ¿Quia! ¡No señor!  
 Bas ¡No faltaba más!  
 Gum Le recibimos con los brazos abiertos.  
 Sat Pues, la verdad yo no me hubiera atrevido á venir á no ser por el empeño de mi tío.  
 Gum ¿Cómo? ¿Viene usted autorizado por su tío?  
 Sat Sí, señor.  
 Bas ¡Qué buena persona!  
 Gum ¡Es un gran tío!  
 Sat Pensaba venir él, pero....  
 Gum ¡Quia! Que no se moleste. Ya iré yo á saludarle y á ofrecerles nuestros respetos.  
 Sat El pobre está en cama.  
 Bas ¿Si? ¿Qué tiene?  
 Gum ¿Algún disgusto con algún inquilino?

Sat No, señor, es un catarro  
 Gum ¡Ah! Crei...! porque como tiene tantas casas.  
 Sat Administra catorce.  
 Gum Las administra él todas ¿eh?  
 Sat Sí, señor, todas.  
 Gum Muy bien hecho eso es lo más seguro.  
 Sat Ahora yo soy el encargado de cobrar los alquileres.  
 Gum ¡Naturalmente! Después de todo, el día de mañana usted ha de ser el único heredero.  
 Sat Eso dice mi tío.  
 Gum *[Una ganga, chica, una ganga]* ¡Nada, joven! El porvenir le sonríe á usted.  
 Sat No estoy descontento.  
 Gum Usted se casará con Prudencia.  
 Sat Sí, señor; yo creo que la prudencia no me ha de faltar  
 Bas ¡Qué ha de faltarle á usted! *[Pobrecita!]*  
 Gum De ninguna manera. Usted merece ser completamente feliz.  
 Sat Muchísimas gracias.  
 Gum Nosotros somos los que usted ve. Aquí no hay farsa de ninguna clase. Y de nuestra hija no hablemos.  
 Bas Al contrario; debemos hablar. Nuestra hija es un angel, caballero.  
 Sat Si, señora, que lo parece.  
 Bas Y lo es; ya la ira usted conociendo.  
 Sat La conozco hace tiempo.  
 Gum ¡Naturalmente! *[Campanilla.— Micaela pasa por el foro]*  
 Sat Y á usted también *[A doña Basilisa]*  
 Bas ¿Si?  
 Sat De verlas á ustedes en San Sebastián  
 Bas ¡Ah, si! ¡Los veranos! *[Con énfasis]*  
 Sat No, señora; los domingos  
 Bas ¡Ah!  
 Gum *[Plancha!]* ¿Quiere usted tomar otra copita? *[Se levanta]*  
 Sat No, muchas gracias.  
 Bas Sí, tómela usted. *[Se levanta y va al aparador]*  
 Sat Que me va á hacer daño  
 Gum Entre nosotros no debe haber cumplidos  
 Sat Bueno, como ustedes gusten.

ESCENA XIII

DICHOS y MICAELA

de genio este muchacho.) Con que... ¿qué tal, pollo?  
 ¿Qué tal de telégrafos?  
 Sat Muy bien. ¡Estoy ya muy práctico!  
 Gum Naturalmente.  
 Sat Todo el día me estoy ti-qui-ti-ti-qui-ti.  
 Gum ¡Ya lo sabemos, ya! Lo mismo hacía yo cuando tenía los años de usted.  
 Sat ¿Si?  
 Gum Sí, señor. ¡Se ha adelantado muy poco en esas cosas!  
 Sat ¡Al contrario! Se adelanta muchísimo.  
 Gum ¿Si?  
 Sat ¡Ya lo creo! En sus tiempos sólo se conocía el sistema Bregué.  
 Gum ¿Cómo?  
 Sat El Bregué. El telégrafo de letras.  
 Gum ¡Justo! ¡Ese!  
 Sat Ahora tenemos dos sistemas: el Morse y el Hugues.  
 Gum Pues mire usted, no lo sabía.  
 Sat El uno es de manipulador, y el otro de tecla. *[Indicando con la acción los dos sistemas]*  
 Gum ¡Tiene gracia, hombre, tiene gracia! ¡Lo que inventan estos enamorados! *[Aparte á Basilisa]*  
 Bas *[Aparte á Gumerindo]* ¡Y decías que no se había adelantado nada.  
 Sat Veo con gusto que su hija de usted les ha anunciado mi visita.  
 Bas Sí, señor.  
 Gum Nos ha dicho que iba usted á dar este paso que tanto le honra á usted....  
 Bas Y á nosotros  
 Gum Y que le agradecemos en lo mucho que vale,  
 Sat Pues, francamente, yo temía que ustedes me recibirán de mala manera.  
 Gum ¿Quia! ¡No señor!  
 Bas ¡No faltaba más!  
 Gum Le recibimos con los brazos abiertos.  
 Sat Pues, la verdad yo no me hubiera atrevido á venir á no ser por el empeño de mi tío.  
 Gum ¿Cómo? ¿Viene usted autorizado por su tío?  
 Sat Sí, señor.  
 Bas ¡Qué buena persona!  
 Gum ¡Es un gran tío!  
 Sat Pensaba venir él, pero....  
 Gum ¡Quia! Que no se moleste. Ya iré yo á saludarle y á ofrecerles nuestros respetos.  
 Sat El pobre está en cama.  
 Bas ¿Si? ¿Qué tiene?  
 Gum ¿Algún disgusto con algún inquilino?

Sat No, señor, es un catarro  
 Gum ¡Ah! Crei...! porque como tiene tantas casas.  
 Sat Administra catorce.  
 Gum Las administra él todas ¿eh?  
 Sat Sí, señor, todas.  
 Gum Muy bien hecho eso es lo más seguro.  
 Sat Ahora yo soy el encargado de cobrar los alquileres.  
 Gum ¡Naturalmente! Después de todo, el día de mañana usted ha de ser el único heredero.  
 Sat Eso dice mi tío.  
 Gum *[Una ganga, chica, una ganga]* ¡Nada, joven! El porvenir le sonríe á usted.  
 Sat No estoy descontento.  
 Gum Usted se casará con Prudencia.  
 Sat Sí, señor; yo creo que la prudencia no me ha de faltar  
 Bas ¡Qué ha de faltarle á usted! *[Pobrecita!]*  
 Gum De ninguna manera. Usted merece ser completamente feliz.  
 Sat Muchísimas gracias.  
 Gum Nosotros somos los que usted ve. Aquí no hay farsa de ninguna clase. Y de nuestra hija no hablemos.  
 Bas Al contrario; debemos hablar. Nuestra hija es un angel, caballero.  
 Sat Si, señora, que lo parece.  
 Bas Y lo es; ya la ira usted conociendo.  
 Sat La conozco hace tiempo.  
 Gum ¡Naturalmente! *[Campanilla.— Micaela pasa por el foro]*  
 Sat Y á usted también *[A doña Basilisa]*  
 Bas ¿Si?  
 Sat De verlas á ustedes en San Sebastián  
 Bas ¡Ah, si! ¡Los veranos! *[Con énfasis]*  
 Sat No, señora; los domingos  
 Bas ¡Ah!  
 Gum *[Plancha!]* ¿Quiere usted tomar otra copita? *[Se levanta]*  
 Sat No, muchas gracias.  
 Bas Sí, tómela usted. *[Se levanta y va al aparador]*  
 Sat Que me va á hacer daño  
 Gum Entre nosotros no debe haber cumplidos  
 Sat Bueno, como ustedes gusten.

ESCENA XIII

DICHOS y MICAELA

Mic Señor... señora... Con permiso (A Saturnino)  
 Bas ¿Qué hay? (Aparte á Micaela) (1)  
 Mic (Un señorito que pregunta por ustedes)  
 Gum (Un señorito!)

Mic (Llega de viaje. Creo que viene de Calatayud)  
 Gum ¡Dios mío! ¡El sobrino de Zagalejo!  
 Mic (Si señor; algo de Zagalejo creo que me ha dicho)  
 Bas ¡Y en qué ocasión tan inoportuna!  
 Sat Si tienen ustedes visita y molesto. (Se levanta.)  
 Gum Si, señor, es decir, tenemos visita; pero usted no molesta nunca  
 Sat Volveré más tarde. (Va á marcharse.)  
 Gum ¡No! Entre usted ahí..... (Deteniéndole) Luego hablaremos.....  
 Sat Pero.....  
 Gum Si, hombre, sí; ande usted.  
 Sat Es que yo...  
 Gum Entre usted. Ya le he dicho que luego hablaremos...  
 Sat Bueno, bueno. ¡Qué familia tan particular! (Le hace entrar primera izquierda. Cierra la puerta.)  
 Gum ¡Qué compromiso!  
 Mic Pero, ¿qué le digo á ese señorito?  
 Gum Que pase mujer, que pase inmediatamente. ¿En qué piensas?  
 Mic ¡Voy, voy! (Vase foro)  
 Gum ¡Lo ves? ¡Por fin ha venido el de Calatayud!  
 Bas Sí, ahora que no hace falta.  
 Gum Calla, mujer. Ahora tendremos derecho de elección. Un novio de tanda y otro de reserva.

ESCENA XIV

DOÑA BASILISA, DON GUMERSINDO y RAMON con un saco de viaje, que al entrar dejará sobre una silla á la derecha de la puerta del foro.

Ramón (Dentro) ¿Por aquí eh? (En el foro) ¡May buenos días! (Con ligero acento aragones)  
 Gum ¡Adelante! (Micaela acompaña á Ramón hasta la puerta y se retira)  
 Ramón ¡Señor don Gumersindo!  
 Gum Servidor.  
 Ramon ¡Cuánto me alegro de conocerlo! Mi tío Feliciano me encargó muchísimo que desde la estación viniera á darle á usted un abrazo de su parte. (Abrazándole)

Gum ¡Gracias! ¿Y que tal? ¿Cómo queda el tío?  
 Ramón Tan famoso. ¿Su esposa, eh? (Viendo á doña Basilisa)  
 Bas Servidora de usted.  
 Ramón Muy señora mía (Dándole la mano.)  
 Gum Y muy señora de su casa. Económica, Trabajadora, poco amiga de paseos.....  
 Ramón Y muy simpática y muy joven todavía  
 Gum Favor que usted le hace  
 Ramón Es justicia  
 Bas Muchísimas gracias. ¡Qué agradables son estos calatayudenses!  
 Gum Bilbilitanos.  
 Bas ¿Cómo?  
 Gum ¡Nada! Siéntese usted. (A Ramón) Es decir, siéntate; porque usted me va á permitir que lo tutee.  
 Ramón Sí, señor. ¡Pues no faltaba más! (se sientan los tres)  
 Gum ¡Vaya con Ramoncito! ¿Quieres tomar algo?  
 Ramón No, muchas gracias.  
 Gum ¿Una copita de Carifena?  
 Bas Sí, tomela usted  
 Ramón No, mil gracias, señora. No se moleste usted. Yo no tomo vino mas que en las comidas.  
 Gum Bueno, bueno, cómo quieras.  
 Ramón ¿Conque usted seguirá cesante todavía?  
 Gum ¡Sí, hijo, sí!  
 Ramón Me alegro.  
 Gum Gracias.  
 Ramón Desengañese usted, Don Gumersindo. Usted necesita algo más seguro que los destinos del Gobierno.  
 Gum ¡Claro que sí!  
 Ramón Yo me encargo de colocarle á usted.  
 Gum ¿Estas oyendo, mujer?  
 Ramón No me lo agradezcan ustedes. La idea ha partido de mi tío.  
 Gum ¡Ah! Feliciano es un buen amigo. ¡Llama á la niña mujer!  
 Bas ¡Voy!. ¡Prudencia!  
 Ramón Hombre, sí. Deseo conocerla. (Se levantan los tres.)  
 Gum ¡Es un ángel! ¡Una inocente!  
 Bas (Desde la puerta primera derecha) ¡Niña!  
 Gum ¡No sabe todavía lo que es tener novio! ¡Dios mío!  
 Bas ¡Si el otro se entera! (Se acerca á la puerta primera, izquierda.)  
 Gum Ahí sale.

ESCENA XV

DICHOS, PRUDENCIA, Luego SATURNINO  
 Pru (A Basilisa.) Mira lo que le digo en la carta.

Bas ¡Guarde usted eso en seguida!

Pru ¿Eh?

Bas Aquí tienes á este caballero

Ramón Servidor

Bas Sobrino de un íntimo amigo de tu padre. (El de Calatayud) (A Prudencia.)

Pru (Ahi)

Ramón Señorita. (Se acerca á saludarla)

Pru Caballero

Ramón Celebro muchísimo. ( Sigue hablando)

Sat (Que sale sin ser visto más que de Don Gumersindo.)

Gum Advierto á usted, que...

Gum ¡Ande usted adentro! (Empujándole violentamente, y cerrando la puerta.)

Ramón ¡Eh! (Volviéndose al ruido.)

Gum ¡Vaya con Ramoncete! Conque, ¿qué tal? ¿Qué me dices de la niña?

Ramón Que es preciosa.

Gum ¿Te gusta de veras?

Ramón ¡Ya lo creo! ¡Es una criatura angelical!

Gum (Estrechándole la mano con efusión) ¡Gracias!... Dale las gracias, Basilisa

Bos (Lo mismo) Muchísimas gracias, caballero.

Ramón Señora. ¡Qué papás tan agradecidos!

Gum Supongo que hoy, por lo menos, te quedarás á almorzar con nosotros. No habrá grandes platos, pero en fin...

Ramón Yo sentiré molestar á ustedes. (Prudencia ha ido al balcón.)

Bas De ninguna manera

Gum Anda, niña, ayuda á la muchacha, y á ver si inventais algún extraordinario

Pru Voy. He tenido un placer.

Ramón Señorita.

Pru (No me disgusta el de Calatayud.) (Se dirige primera izquierda.)

Bas ¿Adónde vas?

Gum ¡Eh, niña? (Deteniéndola.)

Pru Aquí, á sacar el mantel

Bas ¡No! deja... Yo lo sacaré.

Gum ¡Sí! Ya lo sacaremos nosotros.

Pru Bueno, como queráis (Vase foro izquierda)

Gum ¡Es una inocente! ¡Un angel de Dios!

Bas (A Ramon) ¡Ay, caballero! ¡Ya la irá usted conociendo!

Ramón Tendré ese gusto.—Si ustedes me permiten, desearía quitarme el polvo del viaje, y redactar un telegrama He quedado en avisar en cuanto llegara.

Gum Sí, hijo, sí. Pasa aquí. (Segunda derecha.) á mi habitación. Ahi tendrás cepillo, pluma, papel y todo lo que necesites. Es decir, todo no, pero ...

Ramón Pues, hasta luego. (Vase)

Gum Vete con Dios. (Le acompañan cariñosísimos hasta la puerta.)

Bas Está usted en su casa

ESCENA XVI

D<sup>a</sup>. BASILISA, D GUMERSINDO luego SATURNINO

Gum ¡Basilisa!

Bas ¡Gumersindo! (En el proscenio y dándose un abrazo.)

Gum ¿Dudarás todavía?

Bas ¡No, hijo, ya no dudo!

Gum ¡Trescientos mil reales de renta!

as ¡Una fortuna!

Gum Me parece que entre los dos, la elección no es dudosa

Bas ¡Qué ha de serlo!

Gum Y que á la niña le gusta más éste, de seguro.

Bas ¡Claro! Y aun cuando no le gustara á ella, nos gusta á nosotros y basta!

Gum Naturalmente. Hay que lincenciar al otro, por inútil. Tiene una cojera imposible.

Bas Si, y cuanto antes.

Gum Ahora misma (Se dirige primera izquierda)

Bas ¡Buena diferencia entre los dos!

Gum (En la puerta primera izquierda.) ¡Joven... puede usted salir. (En voz baja.)

Sat (Saliedo) ¿Han concluido ustedes? (Alto.)

Gum ¡Phis! más bajo.

Sat ¿Han concluido ustedes? (En voz baja como seguirá toda la escena)

Gum Sí, señor. Hemos concluido

Sat Me alegro mucho.

Gum Pues... (Díselo tú, porque yo no me atrevo.) (A Basilisa.)

Bas Caballero ...

Sat Señora ...

Bas Lo hemos pensado mejor... No hay nada de lo dicho.

Sat ¿Cómo?

Gum Que no hay nada de lo dicho, que lo hemos pensado mejor.

Sat Pero ...

Bas Usted será una excelente persona; pero no nos gusta usted

Sat ¿Eh?

Gum ¡Nada! Ni poco ni mucho.

Sat ¿Dudan ustedes de que yo sea?... *(Alto. Le imponen silencio.)* ¿Dudan ustedes de que yo soy? *(En voz baja.)*

Bas No dudamos nada, pero puede usted retirarse.

Gum ¿Como si nunca nos hubiéramos conocido?

Bas ¡Olvide usted todo lo pasado!

Gum ¡Y basta de telegrafos!

Sat ¿Cómo *(Cada vez más aturdido.)*

Gum Que no vuelva usted á parecer por aquí.

Sat Ustedes perdonen, pero como mi tío está enfermo....

Gum Si, señor, si; ya lo sabemos. *(Empujándolo hacia la puerta del foro.)*

Bas Vaya usted en hora buena.

Sat Pero, ¿qué le digo á mi tío, con aquel catarro?

Gum ¡Pues, que suda! *(Le acompañan los dos hasta el foro.)*

Sat ¡Pobre gente! ¡Los van á deshauciar! Servidor de ustedes. *(Vase.)*

Bas ¡Usted lo pase bien!

Gum ¡Vaya usted con Dios! *(Bajan al proscenio.)* Es muy duro tener que hacer esto, pero no hay más remedio

Bas ¡Claro! ¡Si ese muchacho parece ave fría!

Gum ¡Una grullar

ESCENA XVII

D, GUMERSINDO, DOÑA BASILISA, RAMÓN

Ramón *(Que sale con un papel.)* Podrían llevar este parte á la central?

Bas ¡Ya lo creo!

Gum ¿Que es? ¿Un telegrama para tu tío?

Ramón No, señor, para mi mujer.

Bas ¡Fh! ¡Muy sorprendida!

Gum ¿Qué?

Bas ¡Su mujer!

Gum Pero, tú... estás ca.... casado? *(Tartamudeando con la emoción.)*

Ramón Si, señor; me casé hace quince y días *(con naturalidad Va al foro, y abre el saco de viaje.)*

Gum ¡(Maria santísima!)

Bas ¡(Dios mio de mi alma!)

Gum ¡Y nosotros que acabamos de despedir á...! *(De pronto.)* ¡Eh! ... ¡Joven!.... *(Dirigiéndose al foro precipitadamente.)*

Ramón ¡(Volviéndose) ¿Qué?

Gum ¡No es á tí! *(Vase corriendo al foro.)* ¡Joven.... ¡Caballero!.....

Ramón Pero, diga usted, señora..

Bas ¡Déjeme usted en paz! ¡No puede usted comprender toda la importancia que ha tenido para nosotros esa terrible revelación!

Ramón Señora, no comprendo..

Bas Conste que nosotros no lo habíamos solicitado; que accedíamos unicamente por complacer á ese tío. *(Se dirige al foro.)*

Ramón ¡Pues, señor, sigo sin entender ni una sola palabra!

Bas ¡Vase segunda derecha, con el saco de viaje.]

ESCENA XVIII

DOÑA BASILISA D. GUMERSINDO, Y SATURNINO

Gum *(Demro)* Venga usted acá, hombre, venga usted acá, *(En el foro.)* Aquí lo tienes, Basilisa. *(Trae cogido cariñosamente de una oreja á Saturnino, á quien conduce hasta el proscenio.)* Estaba ya en el descansillo del segundo. ¡Lo que corre este cojo!—¡Se marchaba tan decidido!

Bas ¿Es posible?

Sat Sí, señora, como ustedes.. *(En voz baja, y sin entender lo que pasa.)*

Gum Hable usted alto, no hay cuidado ninguno.

Sat ¿No?

Gum No, señor.

Sat Bueno; pues yo me marchaba, porque..

Gum ¡Calle usted, hombre! Usted no nos conoce! No sabe usted todavía lo bromistas que somos nosotros. *(Dándole una palmada en la mejilla)*

Sat ¡Ah!

Bas ¡Muy bromista! *(Riéndose)*

Gum ¡Sobre todo, mi mujer! ¡Já, já, já!

Bas ¡Y tú también! Mira que... ¡Já, ja, já!

Gum ¡Se lo habia creído!... ¡já, já, já!

Sat Naturalmente; como ustedes me dijeron: «Márchese usted;» yo

Gum ¡Claro! ¿Pues esa es la broma? Nosotros, cuando queremos embromar á un amigo, le decimos: «Márchese usted,» á ver lo que él dice.

Sat Pues yo me dije: De aquí me echan.. Y por eso me largaba

Gum ¡Calle usted, por Dios! *(Pellizcondole la oreja izquierda.)*

Bas ¡Pues no faltaba más! *(Pellizcándole la oreja derecha.)* Siéntese usted.

Gum Siéntese usted.—¿Otra copita de Cariñena, eh?  
 Sat No, señor, no. ¡Que se me va a subir á la cabezal  
 Bas Con muchísimo gusto. ¡Va al aparador.¡  
 Gum ¿Cómo que no? ¡irvesela, Basilisa! ¡Le obliga á  
 sentarse al lado del velador.)  
 Bas Bueno, bueno.  
 Gum (Este ya no se nos escapa.) ¡Prudencia! (En el foro.)  
 Bas ¡Le hemos dado á usted nuestra palabra, y vamos á  
 cumplirla solemnemente! ¡A Saturnino, dándole una  
 copa llena, y dejando la batella sobre el velador.)  
 Sat Yo me alegro mucho. (Bebe.)  
 Gum (En el foro.) ¡Prudencia!  
 Bas ¡Niña! (En el foro.)

ESCENA FINAL

DICHOS, PRUDENCIA, Luego RAMON

Pru ¿Qué queréis?  
 Gum Ven acá, hija mia. (Bajan con ella al proscenio de-  
 recha. Saturnino sigue bebiendo y saboreando el vino.)  
 (Tu madre y yo no queremos sacrificarte.)  
 Bas ¡De ninguna manera.)  
 Gum (¡Te casarás con el elegido de tu corazón!)  
 Pru (¿Es de veras?) (Muy contenta.)  
 Gum (¡Ahí lo tienes!) (Indiciéndole á Saturnino.)  
 Pau (¡Pero papá!) (Retrocediendo sorprendida.)  
 Gum (¿Qué?)  
 Pru (¡Si ese caballero no es mi novio!)  
 Bas (¿Cómo?)  
 Gum (¿Que no?)  
 Pru (¡Si ese joven es el sobrino de Don Robustiano, que  
 viene á cobrar el alquiler!)  
 Bas (¿Eh?)  
 Gum (¡Dios mío!)—¡Caballero! (Dirigiéndose á Saturnino.)  
 Sat ¿Qué? (Don naturalidad, y después de haber llenado  
 otra copa.)  
 Gum ¡Lárguese usted inmediatamente! (Muy incomodado.)  
 Sat ¡Quia! (Riéndose) ¡Ahora ya no me embroman uste-  
 des (Apurando la copa.)  
 Gum ¿Cómo broma? ¡Estoy hablando en serio!  
 Sat ¡Que no lo creo, vaya, que no lo creo! (Riéndose)  
 Gum ¡Lárguese usted pronto, ó si no! ¡Furioso y cogien-  
 do una silla.)  
 Pru ¡Papá, por Dios!  
 Sat ¡Señor Don Gumersindo! (Levantándose asustado.)  
 Bas ¡Pero, hombre! (Conteniendo á D. Gumersindo) ¿Qué

Gum culpa tiene ese pobre muchacho de que nosotros ha-  
 yamos estado tocando el violin?  
 Sat ¡Si; es verdad!  
 Gum (Pero, que familia tan particular?)  
 Gum Caballero... (Saturnino retrocede asustado.) No tema  
 usted cuando uno se encuentra como yo, en una  
 situación apuradísima...  
 Ramon (Saliendo) (¿Eh?)  
 Gum No sabe uno lo que dice, ni lo que hace. Dígale  
 usted á su tío que no podemos pagar el mes adelan-  
 tado.—Luego revisará usted toda la casa.—Desde ma-  
 ñana, que disponga de ella.—Ya buscaremos dónde  
 meternos. (Saturnino, revisando la habitación, pasa  
 á la derecha.)  
 Ramon Mañana se vendrán ustedes conmigo  
 Bas ¿Eh?  
 Gum ¿A donde?  
 Ramon ¡A Calatayud! A ocupar el destino de que antes le  
 he hablado  
 Gum Pero, ¿es de veras?  
 Ramon ¿No le gustaría á usted ser administrador de unas fin-  
 cas rústicas?  
 Gum ¡Ya lo creo! ¡i precisamente hace una hora estube á  
 pretender unas que anunciaban en La Corresponden-  
 cia y me encontré con que ya le habían dado la  
 administración á otro; á algún ignorante de seguro.  
 Ramon ¿Ha estado usted en la calle de leganitos?  
 Gum Sí, señor; en el 93, principal.  
 Ramon ¡Justo! Pues el ignorante á quien se la he dado esa  
 administración, es usted  
 Gum ¡Yo!  
 Ramon Sí, señor. Esas fincas son de mi suegro, y mi tío ha  
 indicado que nadie mejor que usted  
 Gum ¡Ah, Ramoncito de mi alma! (Abrazándole)  
 Ramon Tendrá usted el diez por ciento sobre el producto de  
 las cosechas, ó doce mil reales de sueldo. Lo que us-  
 ted prefiera  
 Gum ¡Las dos cosas! Digo...  
 Bas Los doce mil reales, porque este hombre tiene tan ma-  
 la sombra, que si acepta el tanto por ciento se pier-  
 den todas las cosechas, créame usted.  
 Ramon El sueldo no es una gran cosa, pero....  
 Gum ¡Claro! Para tí, que tienes ese fortunon.  
 Bas ¿Yo?  
 Gum ¡Digo! Trescientos cuatro mil reales de renta  
 Ramon ¿Esta usted loco?  
 Gum Pues, tu tío lo dice bien claro. Mira, aquí lo tienes,  
 (Leyendo la carta) Tres, cero, cuatro y mil. Trescien-  
 tos cuatro mil.

Ramon Perdone usted, ahí falta un acento. Ese cero no es un cero, es una o.

Bas ¿Eh?

Ramon O.

Gum ¡Ah!

Ramon Tres ó cuatro mil, y nó trescientos cuatro mil: Ya ve usted que hay diferencia.

Gum Pues, hijo, te habia hecho capitalista.

Bas ¡Me alegro que se haya casado porque lo que es la ganga!..)

Gum ¡Nada, Basilea! Mañana mismo á Calatayud!

Pru Pero, papá ¿y mi novio? (*Enseñando la carta*)

Gum ¡No me hables de más novios, hija mía!

Pru Es que este es rico de veras. Todo Madrid conoce á Alfredo Izaguirre.

Sat ¿Alfredo Izaguirre? (*Acercándose precipitadamente á Prudencia*)

Pru Sí, señor.

Sat ¿Un joven muy acicalado y con muchas alhajas?

Pru ¡El mismo! ¿Le conoce usted?

Sat ¡Ya lo creo! Es el que me está debiendo los catorce duros.

Pru ¿El? Pero, ¿y esos brillantes?

Sat Son de su madre. Una corredora de alhajas muy tramposa también.

Pru ¡Ay, que vergüenza! ¡Y me decia que era propietario de ocho ó diez casas!

Gum Desengañaos, hijas mias. No nos llama Dios por el camino de las fincas urbanas. ¡Las fincas rústicas! ¡Esas, esas, son mi sueño dorado!

AL PUBLICO

Ahuyentar tu mal humor  
y hacerse merecedor  
de una muestra de tu agrado,  
jese es *El Sueño Dorado*  
del autor.

FIN

Galería Dramática Escogida

CHIFLADURAS

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ESCRITO

SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA EN FRANCÉS

POR

VITAL AZA

Estrenado en el TEATRO LARA el 27 de Noviembre de 1894.

TERCERA EDICION.

MEXICO

EUSEBIO SANCHEZ, EDITOR

CALLE DEL AGUILA NÚM 12.

1894

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"AL FURE" 1912  
1835 MONTEREY, MEXICO



## REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CAROLINA.....	SRA. PINO.
JUANA.....	SRITA. LASHERAS (R.)
DON FRANCISCO.....	SR. ROMEA.
BERNARDO.....	" LARRA.

La acción en Madrid.—Época actual.

Queda asegurada la propiedad de la obra por el editor, conforme á la ley.

## ACTO UNICO

Gabinete elegante. Puerta al foro y laterales; ventana con persiana y tiestos en segundo término izquierda del actor. Chimenea al foro derecha con reloj y candelabros y dos caballetes con retratos: uno de señora y otro de caballero. Al foro izquierda piano. A la derecha de éste un misnigero con papeles de música; encima del piano dos jarrones elegantes. A la derecha, entre las dos puertas, un "bureau" de forma elegante; sobre el "bureau," y colgado de la pared, un espejo caprichoso. En el primer término izquierda un velador ó mesita, y á su derecha una butaca; en primer término derecha un costurero, y á su lado una silla dorada de las llamadas de rinconera, ó una butaquita. Tres sillas volantes: una junto al "bureau," otra á la derecha de la chimenea y otra al lado del velador; entre la ventana y la puerta lateral izquierda un "etagere" con varias figuritas de porcelana, lo mismo que encima del piano y sobre el "bureau," en el marco de la ventana y á altura conveniente una jaula con un canario. Sillas de tapicería, cortinajes, alfombra, etc.

### ESCENA PRIMERA

CAROLINA en traje de viaje y JUANA.

CAR. (Mirando el saco de mano que tendrá abierto sobre el velador.) Los polvos de arroz.... el llavero.... los peines.... ¿Y las horquillas? ¿Dónde has puesto el paquete de horquillas? (1)

JUANA. Ahí debe de estar, señorita.

(1) Derecha del actor: Carolina, Juana.



CAR. Aquí debía estar; pero no está. ¡Ah! Sí.... no lo había visto. Bueno. Me parece que no me falta nada.

JUANA. No se le vaya á olvidar á usted el dinero.

CAR. No; descuida. Ya lo tengo en el bolsillo. Con que ya lo sabes: en cuanto yo salga para la estación te vas á casa de tu hermana, y el domingo por la tarde bajas á esperarme.

JUANA. Está muy bien, señorita. (1)

CAR. No me parece regular dejarte sola en casa.

JUANA. Como usted guste, señorita.

CAR. Si ves que el domingo no llego en el tren, no te alarmes. Será que mi tía no me deja venir. La pobre hace dos meses que no cesa de suplicarme que vaya al Escorial á pasar unos días á su lado.

JUANA. Por mí puede estar la señorita en el Escorial todos los días que se le antojen.

CAR. Ya lo sé. ¡Pues no faltaba más sino que tú me lo prohibieras!

JUANA. No digo eso, señorita.

CAR. (Acercándose á la jaula del canario y haciéndole caricias.) ¡Pobrecito mío! ¡Qué solo vas á estar estos días! ¡Monín!.... ¡Rico!.... Mira, mujer, si parece que se pone triste porque me marchó. ¿Dónde están los bizcochos?

JUANA. Ahí los tiene usted. (En la parte baja del «tagère» donde habrá además una cajita que se supone con alpiste.)

CAR. Toma, hijo mío, toma un bizcochito. Todos, todos son para tí.—Oye, Juana: ¿Le has dicho al portero que subiera á enterarse de lo que ha de hacer?

JUANA. Sí, señorita; se lo dije esta mañana al subir los buñuelos.

CAR. Pues, ¿en qué piensa ese animal que no viene?

JUANA. Iré á llamarle. (Medio mutis.)

CAR. ¡Deja! A ver si está en el patio. (Asomándose á la ventana y separando la persiana con la mano.) Sí;

(1) Juana, Carolina.

allí está tumbado al sol y durmiendo como un bendito. ¡Bernardo!.... ¡Bernardoo!.... ¡Que si quieres! Estaba por tirarle un tiesto.... ¡Bernardoo!.... ¡Gracias á Dios! ¡Sí, hombre, sí!—Ya se lo ha dicho á usted la muchacha.—¿Eh?—¡Pues claro!—Ahora, si señor, ahora! (Retirándose de la ventana.) ¡Portero más cachazudo no lo he visto en los días de mi vida! Ya te lo dije cuando nos mudamos: «el cuarto me gusta y el mobiliario me lo ceden en buenas condiciones; pero el portero se me figura que ha de ser una calamidad.» No me he equivocado. ¡Qué diferente de Matías, el de la calle del Olivar! Este tiene una amabilidad que me ataca los nervios. Todas las mañanas, cuando bajo la escalera, me sale al encuentro y me pregunta que cómo he pasado la noche. Figúrate tú..... ¿qué le importará á él saber si yo paso las noches bien ó mal? Y si fuera eso sólo..... Pero como una le dé cuerda, ya tiene conversación para rato. No cesa de hablar de sus desdichas y de la soledad en que le dejó la difunta, como él la llama. No puedo, vamos, no puedo con ciertas gentes. (Suena la campanilla.) Lllaman. Debe de ser ese posma. Dile que pase. (Vase Juana por el foro derecha.) Por fortuna, honrado sí creo que lo es. Lo cierto es que en Madrid estamos completamente á merced de los porteros.

ESCENA II.

CAROLINA, BERNARDO y JUANA.

BERN. Santos y buenos días tenga usted, señorita.

CAR. (Con sequedad.) Felices.

BERN. ¿Cómo ha pasado usted la noche?

CAR. (Con sorna.) Bien, ¿y usted?

BERN. Yo, mal, señorita. Desde que me falta la difunta yo no sé lo que es pasar una noche tranquila. Usted no ha conocido á mi Lorenza y por eso no puede comprender..... (Juana ayuda á Carolina á ponerse el abrigo y el sombrero.)

- CAR. Como si lo comprendiera. No se moleste usted en explicármelo porque estoy muy de prisa. (1)
- BERN. Usted perdone, señorita; pero cuando un hombre vive treinta y siete años con una mujer y no tiene más cariño que el de esa mujer, y luego se lleva Dios á esa mujer.... (Lloriqueando).
- CAR. ¡Pero, Bernardo!
- BERN. Usted perdone, señorita, usted perdone.
- CAR. Perdonado, hombre, perdonado.
- BERN. Muchas gracias. (Enjugándose las lágrimas.)
- CAR. (A Juana.) ¡Vete á buscar un coche de punto, mujer! (Vase Juana por el foro.) Le he llamado á usted para decirle que me marcho ahora mismo. Voy á pasar unos días con mi tía en el Escorial.
- BERN. ¡El Escorial!..... (Lloriqueando.) ¡Qué recuerdos, Dios mío!
- CAR. ¿Qué? ¿También le recuerda á usted algo triste el Escorial? (En tono burlón.)
- BERN. Sí, señora. ¿No ve usted que mi difunta se llamaba Lorenza?
- CAR. Bueno, bueno. Pues, mire usted: como mi ausencia ha de durar unos cuatro ó cinco días y la muchacha se irá á casa de su hermana, quiero que usted se enargue.....
- BERN. Descuide usted, señorita. La inquilina anterior que, como usted sabe, era una cómica del teatro, siempre que salía de casa nos dejaba las llaves. (Transición.) Por cierto que mi pobrecita mujer era la que..... (Gimoteando.)
- CAR. Hijo, se pone usted inaguantable. (2)
- BERN. Tiene usted razón. Ahogará la pena.
- CAR. Sí, hombre, ahóguela usted. Lo que deseo es que ventile usted el cuarto todas las mañanas y que cuide usted muchísimo de mi pájaro y de mis flores. No deje usted de regar los tiestos todos los días.... y aquí tiene usted alpiste y bizcochos para el canario.

(1) Juana, Carolina, Bernardo.

(2) Bernardo, Carolina.

- BERN. Está perfectamente.
- CAR. Si viniera alguna visita le dice usted lo que pasa.
- BERN. ¿Y qué es lo que pasa?
- CAR. Pues hombre, que me he ido con mi tía al Escorial. (Jesús qué calamidad). (1)
- BERN. Está muy bien, señorita. Estos son los bizcochos ¿verdad? [Cogiendo el papel con los bizcochos.]
- CAR. Naturalmente. [Arreglándose al espejo.] No le ponga usted nunca más que medio, porque podría pillar una indigestión el pobrecito.
- BERN. Así lo haré. Vaya usted confiada. (Se queda al lado de la ventana y de espaldas á la escena.)
- JUANA. (Por el foro.) Abajo tiene usted el coche, señorita.
- CAR. Pues, andando.
- JUANA. Bajaré con usted.
- CAR. No, deja. Dame el saquito. ¿Dónde he puesto el llavero? ¡Ah! Aquí está. [En el bolsillo.] ¡Adiós, retemonísimo! (Desde cerca de la puerta del foro y dirigiéndose al canario.)
- BERN. [Volviéndose y con risa cómica.] ¡Qué gana de broma tiene usted, señorita!
- CAR. ¡Yo!
- BERN. Mire usted que llamarme retemonísimo!.....
- CAR. No sea usted majadero. Me dirija al canario.
- BERN. ¡Ah! [Mirando á la jaula.] Usted dispense.
- CAR. Con que hasta la vuelta.
- JUANA. Adiós, señorita; hasta el domingo. (En la puerta del foro.)
- BERN. Vaya usted con Dios, señorita Carolina; muchas memorias á su señora tía.
- CAR. ¡Cómo! (En la misma puerta del foro.) ¿Usted conoce á mi tía?
- BERN. No, señora; pero los porteros tenemos que estar bien educados. Es una de las cosas en que más se fijaba la pobre difunta.
- CAR. ¡Vaya; abur! [Es iusufrible!] [Vase por el foro derecha.]

(1) Carolina, Bernardo.

JUANA. Que lleve usted feliz viaje, señorita.  
 BERN. Que no tenga usted novedad. *(En el foro.)* Sí, señora; sí. Ya sé que la llave queda colgada. Usted lo pase bien. *[Bajando desde el foro.]*

ESCENA III.

BERNARDO y JUANA.

BERN. Es muy doña esta señorita.  
 JUANA. Sí que lo es. (1)  
 BERN. Y muy decente.  
 JUANA. ¡Ya lo creo!  
 BERN. No se parece á la otra. *(Comienza á hacer reposadamente un cigarro de papel.)*  
 JUANA. ¿A cuál?  
 BERN. A la que ocupaba este cuarto, á la cómica, á doña Tula. La Tulita, como la llamaban los papeles. Aquella era el mismo demonio.  
 JUANA. ¿Sí, eh?  
 BERN. Cantar, cantaba que era una bendición de Dios; pero siempre andaba en líos con la justicia. Como que tuvo que deshacerse de todos estos muebles antes de que se los llevara la curia.  
 JUANA. ¿Y quién era la curia? ¿Otra cómica?  
 BERN. *(Al soltársele la risa sopla sin querer el tabáco que tiene en la palma de la mano izquierda.)* No, mujer; el juez y los escribanos.  
 JUANA. ¡Ah, ya!  
 BERN. Pero, por lo demás, la señorita Tula era muy buena; sí, señor; y muy generosa. Nunca le hacíamos un recado sin que nos diera una buena propina..... Como la pobrecita vivía aquí sola..... es decir, casi nunca estaba sola..... *(Maliciosamente.)*  
 JUANA. ¿No, eh? *(Con curiosidad.)*  
 BERN. ¡Quía! En los ocho años que ocupó este cuarto le conocí lo menos treinta novios.  
 JUANA. Eche usted, hijo.

(1) Bernardo, Juana.

BERN. Lo que es para eso era atroz. ¡Y cómo los engañaba! Tuvo uno,—de los primeros,—un tal don Paco, que se marchó á Filipinas..... ¡Los miles de reales que le sacó á aquel buen señor! Como que todavía desde allá le mandaba dinero en casi todos los correos.  
 JUANA. A mi señorita también le mandan dinero de Filipinas.  
 BERN. ¿Sí, eh?  
 JUANA. Pero es un tío suyo. No vaya usted á creer otra cosa.  
 BERN. Basta que usted lo diga; pero á veces se lleva uno cada chasco..... ¿Conoce usted á la inquilina del principal de la derecha?  
 JUANA. ¿Cuál? ¿Esa señora gorda que tiene el pelo tan rubio?  
 BERN. No es rubio, es que se lo pinta para que no se le vean las canas. Me lo ha dicho la cocinera. Pues bien; la tal señora decía que era viuda de un magistrado y estaba viviendo con un sobrino, y el otro día llegó el marido, que no es tal magistrado, y el sobrinito tuvo que escapar por la ventana de la cocina, porque no era tal sobrino ni Cristo que lo valga.  
 JUANA. Pues, hijo, diga usted que en esa señora todo es mentira.  
 BERN. Todo; hasta el pelo. Si hay cada viuda en este Madrid.....  
 JUANA. Sí que habrá. (1)  
 BERN. La señorita Carolina es viuda, según parece.  
 JUANA. ¡Toma! Lo parece porque lo es.  
 BERN. Bien; pero ¿es viuda de verdad?  
 JUANA. ¡Oiga usted!.....  
 BERN. Lo digo porque como ayer vino una señora preguntando si vivía aquí doña Carolina Aguirre, viuda de Pega.  
 JUANA. Naturalmente. Viuda de Pega; de don José Pega.

(1) Juana, Bernardo.

BERN. ¡Ah, ya!

JUANA. Este que está aquí. (*Señalando el retrato que habrá sobre la repisa de la chimenea.*) ¡Pobre señorito!

BERN. Usted dispense; pero está uno tan escamado... ¿Con que este era el marido de la señorita?

JUANA. El mismo. Y que está muy bien.

BERN. ¿Hace mucho tiempo que se murió?

JUANA. Pues hace tres años.

BERN. ¿Sería joven?

JUANA. Una edad regular.

BERN. ¿Estuvieron poco tiempo casados?

JUANA. Año y medio.

BERN. ¿Se conocieron en Madrid?

JUANA. No; en Guadalajara. (*Impacientándose con tanta pregunta.*)

BERN. ¿No tuvieron familia?

JUANA. No, señor.

BERN. ¿Y él qué era?

JUANA. Abogado.

BERN. ¿Y de qué murió?

JUANA. ¡De repente! ¡El demonio del hombre! ¡Pues no está usted poco preguntón!

BERN. No le choque á usted. Los porteros necesitamos saber la vida y milagros..... Mi pobrecita Lorenza, que esté en gloria, sabía hasta las piezas de ropa interior que tenían todos los inquilinos de la casa.

JUANA. Bueno; pues por hoy ya hemos hablado bastante. Voy á ponerme el mantón para salir. Ya sabe usted que me voy á casa de mi hermana.

BERN. Sí; ya me lo ha dicho la señorita.

JUANA. Hasta luego. (*Vase por la primera derecha.*)

BERN. Vaya usted tranquila, que se han de encontrar la casa lo mismo que una patena. (*Se dirige á la ventana.*) ¡Hola, avechuchol!..... (*Al canario.*) No te asustes, hombre. Toma, toma medio bizcocho. (*Se come la otra mitad.*) Y que son muy ricos. (*Come otro.*) Y muy tiernos..... Ya lo creo. Están como la espuma. (*Se come otro y como si estuviera hablando con el canario.*) ¿Verdad que están como la espuma?

Después de todo, más vale que se me indigesten á mí que al canario.

VOZ. (*Arriba.*) ¡Portero!..... ¡Portero!.....

BERN. (*En la ventana y hablando hacia arriba.*) ¿Qué se ofrece?

VOZ. Haga usted el favor de subir.

BERN. Allá voy. ¿Qué hueso se le habrá roto á la bruja del sotabanco? (*A Juana, que sale de la primera derecha con el mantón al brazo.*) Voy á la buhardilla. Si sale usted, puede cerrar la puerta que yo me llevo la llave.

JUANA. Vaya usted con Dios. (*Vase Bernardo por el foro.*) ¡Cinco días libres! ¡Apenas me voy á divertir! ¡Ojalá que á la tía se le ocurra detener á mi señorita ha ta fin de la otra semana! ¡Con qué gusto coge una estos días de descanso! (*Mirándose al espejo y poniéndose el mantón.*)

ESCENA IV.

JUANA y D. FRANCISCO en traje de viaje característico. Trae una maleta y una manta de viaje con diferentes bastones.

FRAN. (*Música de Marina.*)  
Costas..... las de mis pleitos;  
plaza de Lavapiés, (*En el foro.*)  
¡dichosos los ojos  
que os vuelven á ver!

JUANA. ¿Quién será este tipo?

FRAN. ¡Al fin vuelvo á ver á mi adorada Tulita! (*Deja la maleta y la manta junto al piano.*) Pero ¿dónde está que no sale á recibirme? (*Al volverse se encuentra con Juana.*)

JUANA. Caballero..... (1)

FRAN. ¿Qué hay?

JUANA. ¿A quién busca usted?

FRAN. ¿A quién he de buscar? A tu señorita..... porque me figuro que tú serás la criada.

(1) Juana, Don Francisco.

- JUANA. Servidora de usted.  
FRAN. ¿Dónde está esa ingrata? Voy á sorprenderla. Estará en la cama todavía. (*Se dirige á la segunda derecha.*)
- JUANA. Oiga usted, señorito. (*Deteniéndole.*)  
FRAN. Si soy de confianza.  
JUANA. No digo que no; pero la señorita no está en casa.  
FRAN. ¿Ha salido?  
JUANA. Sí, señor.  
FRAN. Lo siento. ¿Y qué tal, cómo está?  
JUANA. Muy buena.  
FRAN. ¿Tan guapa como siempre, eh?  
JUANA. Sí, señor; muy guapa.  
FRAN. ¿Y de voz? ¿Cómo está de voz?  
JUANA. ¿De voz?..... Pues muy bien. ¡Vaya una pregunta!  
FRAN. ¿Tendrá muchas ovaciones?  
JUANA. ¡Ah, Sí, señor, muchísimas. (No sé lo que son, pero debe tener eso.)  
FRAN. ¡Qué sorpresa la suya cuando sepa que estoy aquí! No quise avisarle mi salida de Filipinas.  
JUANA. ¿De Filipinas? Pero ¿viene usted de Filipinas?  
FRAN. Sí, hija, sí. Anteaer desembarqué en Barcelona, y aquí estoy ya deseando darle un abiazo.  
JUANA. Ya sé quién es usted.  
FRAN. ¿Sí, eh?  
JUANA. Usted es el tío.  
FRAN. ¿Cómo?.....  
JUANA. El tío que le mandaba tanto dinero desde allá....  
FRAN. Justo; yo soy ese.... ese tío.  
JUANA. ¡Cuánto va á sentir la señorita no estar aquí! ¡Ella que le quiere á usted tanto!  
FRAN. ¿De veras, eh?  
JUANA. ¡Muchísimo!  
FRAN. ¡Pobrecita de mi alma! ¿Te gustan los abanicos japoneses?  
JUANA. ¿A mí? Sí, señor.  
FRAN. Pues aguarda. (*Se dirige á la maleta tarareando; la abre y saca un abanico japonés.*) Toma uno; te lo regalo. Es legítimo; del propio Japón.

- JUANA. Muchísimas gracias. ¡Es precioso!  
FRAN. ¿Con que, por lo visto, no me ha olvidado en la ausencia?  
JUANA. ¡Qué le había de olvidar! El año pasado, cuando decían los papeles que había por allá tanta fiebre encarnada....  
FRAN. Amarilla. Has confundido los colores.  
JUANA. Es verdad, amarilla. Pues bien, la señorita, para que usted no tuviera novedad, ofreció una misa á San Roque.  
FRAN. ¿A San Roque? ¡Pobrecita de mi alma! ¿Te gustan los pañolitos de bolsillo?  
JUANA. ¿No me han de gustar?  
FRAN. Pues toma uno. (*Lo saca de la maleta y se lo da.*)  
JUANA. ¡Ay, qué elegante!  
FRAN. Es de Ilo....  
JUANA. Pues parece de seda.  
FRAN. Digo que es de Ilo-Ilo, un pueblo de Filipinas.  
JUANA. ¡Las veces que la pobre señorita se ha acordado de usted! Y es lo que ella dice....  
FRAN. ¿Qué dice, qué dice?  
JUANA. Que, después de su padre, á quien ella debe algo en el mundo es á usted.  
FRAN. ¿De veras, eh? ¡Pobrecita de mi corazón! ¿Te gustan los mantones de Manila?  
JUANA. Ya lo creo. ¡Muchísimo!  
FRAN. Pues en Filipina los hay preciosos. (*Sentándose en la butaca de la izquierda.*) De esos no he traído ninguno porque pagan muchos derechos.  
JUANA. (Y yo que creía....)  
FRAN. Oye, ¿tardará mucho en venir la señorita?  
JUANA. Cuatro ó cinco días.  
FRAN. ¡Cuatro ó cinco días! Pero ¿no está en Madrid?  
JUANA. No, señor; se ha marchado hace un momento.  
FRAN. ¿A dónde?  
JUANA. Al Escorial.  
FRAN. ¿Y á qué ha ido al Escorial? ¿A cantar?  
JUANA. ¿Cómo á cantar? No, señor; ha ido á ver á su tía.  
FRAN. ¿A su tía? ¡Ah, ya! Será la característica, aquella

vieja tan gruñona que le sirvió de tía algunas temporadas.) ¿Y en qué tren se ha marchado?

JUANA. Ella salió de aquí hace un cuarto de hora. Puede que no se haya marchado todavía.

FRAN. ¡Qué maldita coincidencia!

JUANA. ¿Quiere usted que haga una cosa?

FRAN. ¿Qué?

JUANA. Que vaya á buscarla á la estación. Acaso llegue á tiempo.

FRAN. Muy bien pensado. Vete á escape. (*Se levanta.*)

JUANA. Si á usted le parece tomare un coche.

FRAN. Eso es: toma un coche ó dos coches, los que necesites, pero, anda, vete volando..... ¿qué esperas?

JUANA. Señorito; esperaba el dinero.

FRAN. Es verdad; si no sé cómo tengo la cabeza. La emoción y la..... Toma un duro. (*Se lo da.*)

JUANA. En seguida doy la vuelta.

FRAN. La vuelta puedes guardártela. Te la regalo.

JUANA. Digo que en seguida doy la vuelta desde la estación.

FRAN. ¡Ah! ¡Ya!

JUANA. (*Poniéndose el pañuelo.*) [Con un huésped así no haré de faltar propinas.] Hasta luego, señorito.

FRAN. Vete con Dios y dile que aquí la espero con los brazos abiertos.

JUANA. Se va usted á cansar en esa postura. Es mejor que la espere usted sentado.

FRAN. Anda, anda; y déjate de hacer chistecitos.

JUANA. Voy, voy. (*Vase corriendo por el foro.*)

ESCENA V.

D. FRANCISCO.

Todas las criadas de la gente de teatro son lo mismo: unas bachilleras inaguantables. Al fin estoy en Madrid. En esta casa que tiene para mí tantos recuerdos amorosos. Aquel espejo es el que yo le regalé el día de mi santo. Allí están los jarrones que le compré la noche de su beneficio. Ese es el reloj que tuve que sacar del Monte de Piedad. En esta

butaca (*La de la izquierda.*) le dí mil pesetas el día antes de marcharme á Filipinas. No hay mueble ni objeto en esta casa que no conserve para mí algún recuerdo agradable. ¡Y parece que no han pasado seis años! Todo está lo mismo..... es decir, casi lo mismo. Echo de menos algunos muebles.... Y la colocación de otros no es la misma que tenían en mis tiempos. El *bureau* estaba allí, junto á la ventana..... y esta butaca, la mía (*La coge y la coloca á la izquierda de la chimenea.*) al lado de la chimenea. ¡Las siestas que yo he echado aquí al amor de la lumbre, mientras ella volvía del ensayo! Dos retratos..... (*Viendo los que están sobre la repisa de la chimenea.*) ¿De quién serán? (*Coge uno y lee la dedicatoria.*) "A mi queridísima esposa."—¡Caracoles!—"De su Pepe."—¿Quién será este Pepe? A ver este otro. ¡De mujer! ¡Y muy bonita! (*Leyendo la dedicatoria.*) "A mi queridísimo Pepe. De su esposa." ¡Ah! ¡Vamos!..... Este es algún matrimonio amigo de Tula. Artistas, indudablemente. El tiene cara de tenor cómico. ¡Y yo que había creído!..... ¡Quíal Tula es fiel. Ya me lo ha asegurado la muchacha. Podrá engañar á otros; pero lo que es á mí..... Me parece que la mujer que ofrece una misa á San Roque para que no me dé la fiebre amarilla, es que está enamorada de veras. Abren la puerta. (*Se levanta y va á la puerta del foro.*) Ella, sin duda. Me haré el dormido como cuando volvía del ensayo. (*Se sienta en la butaca de espaldas á la puerta.*) Siempre me despertaba con un pellizco. (*Finge que duerme.*)

ESCENA VI.

DON FRANCISCO y BERNARDO por el foro con una escoba.

BERN. [*Dentro.*] Sí, señora, sí; basta que yo lo diga.

FRAN. Habla con el portero. ¡Es la voz de Bernardo! ¡El simpático Bernardo!

BERN. [*Dentro.*] ¡El demonio de la bruja! ¡Pues no se em-

vieja tan gruñona que le sirvió de tía algunas temporadas.) ¿Y en qué tren se ha marchado?

JUANA. Ella salió de aquí hace un cuarto de hora. Puede que no se haya marchado todavía.

FRAN. ¡Qué maldita coincidencia!

JUANA. ¿Quiere usted que haga una cosa?

FRAN. ¿Qué?

JUANA. Que vaya á buscarla á la estación. Acaso llegue á tiempo.

FRAN. Muy bien pensado. Vete á escape. (*Se levanta.*)

JUANA. Si á usted le parece tomare un coche.

FRAN. Eso es: toma un coche ó dos coches, los que necesites, pero, anda, vete volando..... ¿qué esperas?

JUANA. Señorito; esperaba el dinero.

FRAN. Es verdad; si no sé cómo tengo la cabeza. La emoción y la..... Toma un duro. (*Se lo da.*)

JUANA. En seguida doy la vuelta.

FRAN. La vuelta puedes guardártela. Te la regalo.

JUANA. Digo que en seguida doy la vuelta desde la estación.

FRAN. ¡Ah! ¡Ya!

JUANA. (*Poniéndose el pañuelo.*) [Con un huésped así no haré de faltar propinas.] Hasta luego, señorito.

FRAN. Vete con Dios y dile que aquí la espero con los brazos abiertos.

JUANA. Se va usted á cansar en esa postura. Es mejor que la espere usted sentado.

FRAN. Anda, anda; y déjate de hacer chistecitos.

JUANA. Voy, voy. (*Vase corriendo por el foro.*)

ESCENA V.

D. FRANCISCO.

Todas las criadas de la gente de teatro son lo mismo: unas bachilleras inaguantables. Al fin estoy en Madrid. En esta casa que tiene para mí tantos recuerdos amorosos. Aquel espejo es el que yo le regalé el día de mi santo. Allí están los jarrones que le compré la noche de su beneficio. Ese es el reloj que tuve que sacar del Monte de Piedad. En esta

butaca (*La de la izquierda.*) le dí mil pesetas el día antes de marcharme á Filipinas. No hay mueble ni objeto en esta casa que no conserve para mí algún recuerdo agradable. ¡Y parece que no han pasado seis años! Todo está lo mismo..... es decir, casi lo mismo. Echo de menos algunos muebles.... Y la colocación de otros no es la misma que tenían en mis tiempos. El *bureau* estaba allí, junto á la ventana..... y esta butaca, la mía (*La coge y la coloca á la izquierda de la chimenea.*) al lado de la chimenea. ¡Las siestas que yo he echado aquí al amor de la lumbre, mientras ella volvía del ensayo! Dos retratos..... (*Viendo los que están sobre la repisa de la chimenea.*) ¿De quién serán? (*Coge uno y lee la dedicatoria.*) "A mi queridísima esposa."—¡Caracoles!—"De su Pepe."—¿Quién será este Pepe? A ver este otro. ¡De mujer! ¡Y muy bonita! (*Leyendo la dedicatoria.*) "A mi queridísimo Pepe. De su esposa." ¡Ah! ¡Vamos!..... Este es algún matrimonio amigo de Tula. Artistas, indudablemente. El tiene cara de tenor cómico. ¡Y yo que había creído!..... ¡Quíal Tula es fiel. Ya me lo ha asegurado la muchacha. Podrá engañar á otros; pero lo que es á mí..... Me parece que la mujer que ofrece una misa á San Roque para que no me dé la fiebre amarilla, es que está enamorada de veras. Abren la puerta. (*Se levanta y va á la puerta del foro.*) Ella, sin duda. Me haré el dormido como cuando volvía del ensayo. (*Se sienta en la butaca de espaldas á la puerta.*) Siempre me despertaba con un pellizco. (*Finge que duerme.*)

ESCENA VI.

DON FRANCISCO y BERNARDO por el foro con una escoba.

BERN. [*Dentro.*] Sí, señora, sí; basta que yo lo diga.

FRAN. Habla con el portero. ¡Es la voz de Bernardo! ¡El simpático Bernardo!

BERN. [*Dentro.*] ¡El demonio de la bruja! ¡Pues no se em-

- peña en que se le ha de poner baldosín nuevo en toda la cocina! [*En el foro.*] ¡Sí, pues que espere! [*Barriendo junto á la puerta del foro.*]
- FRAN. ¡Es ella! Ya siento el crugido de su falda.)
- BERN. [*Entra en escena.*] (Una manta..... y una maleta..... [*Ronquido de Don Francisco.*] y un caballero en la butaca! ¿Quién será? (*Don Francisco ronca suavemente.*) Parece que duerme.) (*Acercándose de puntillas.*)
- FRAN. (Siento sus pasos... Ahora me va á dar el pellizco.)
- BERN. (Pues sí que está dormido) [*Acercándose mucho.*]
- FRAN. (Ya percibo su aliento.)
- BERN. (¿Quién será este señor? No le veo bien la cara.) [*Empinándose por encima de la butaca.*]
- FRAN. (Yo uo puedo más) [*Levantándose de pronto y rbranzando á Bernardo, que retrocede asustado.*] ¡Tula de mi alma!.....
- BERN. ¡Caballero! (1)
- FRAN. Pero, ¿cómo!... ¡No era Tula! ¡Eres tú!
- BERN. Sí, señor; yo.
- FRAN. ¡Mi querido Bernardo! (*Queriendo abrazarle.*)
- BERN. Caballero... yo... no....
- FRAN. ¿No me conoces ya?
- BERN. No, señor; no caigo.....
- FRAN. ¿Tanto he cambiado en los seis años que pasé en Filipinas?
- BERN. ¡Ah! Sí... ya recuerdo.... ¿Es usted don Paco? [*Muy cariñoso.*]
- FRAN. El mismo.
- BERN. ¿Cómo había yo de pensar?....
- FRAN. ¿Y tu mujer? ¿Cómo está la Lorenza?
- BERN. ¡Ay, don Paco! No me la recuerde usted.
- FRAN. ¿Qué? ¿Os habeis separado? Has hecho bien. Tenía un carácter insufrible.
- BERN. [*Llorando.*] Se murió la pobrecita.
- FRAN. ¿Que se murió!.....
- BERN. Sí, señor; hace siete meses.

(1) *Don Francisco, Bernardo.*

- FRAN. ¡Qué lástima! ¡Tan buena como era!
- BERN. Muy buena; sí, señor.
- FRAN. El genio un poquito fuerte; pero..... se le pasaba en seguida.
- BERN. No lo crea usted; no se le pasaba nunca; pero en treinta y siete años de matrimonio ya me había acostumbrado á oírle reñir. El día que no me llamaba animal diez ó doce veces, parecía que me faltaba algo.
- FRAN. Lo comprendo. Pero, ¡qué demonio! La cosa ya no tiene remedio.
- BERN. Dice usted bien.
- FRAN. Dejemos en paz á los muertos y hablemos de los vivos.
- BERN. Hablemos, sí, señor. Ya habrá usted sabido lo de doña Tula.
- FRAN. Sí; ya sé que se ha marchado hace un momento al Escorial.
- BERN. ¿Cómo al Escorial?
- FRAN. Me lo acaba de decir la muchacha.
- BERN. ¡Ay, don Paco de mi alma!
- FRAN. ¿Qué?
- BERN. Que está usted confundido.
- FRAN. ¿Cómo!
- BERN. Que, por lo visto, no sabe usted una palabra.
- FRAN. Pues, ¿qué sucede?
- BERN. ¿Usted ha venido á esta casa buscando á doña Tula?
- FRAN. Es natural.
- BERN. Pues no es natural, porque doña Tula ya no vive aquí.
- FRAN. ¡Eh! ¿Cómo!.....
- BERN. La dueña de este cuarto es otra.
- FRAN. Pero estos muebles.....
- BERN. Son de esta otra que se los compró á doña Tula.
- FRAN. Pero, ¿dónde está Tula?
- BERN. Vaya usted á saber.....
- FRAN. ¡Bernardo!... tú lo sabes! ¡Aquí pasa algo, y yo necesito que me lo digas todo, completamente todo!
- BERN. ¡Calma, tenga usted calma!



FRAN. ¡Habla pronto, ó no respondo de hacer una barbaridad! Ya se me han puesto todos los nervios de punta, y cuando los nervios se me ponen así, yo no sé cómo me pongo.

BERN. Pues, bien; ya que usted lo ignora, yo debo decirselo.

FRAN. ¡Todo! ¡No me ocultes nada!

BERN. Pues oiga usted.

FRAN. Espera; deja que me reponga de la impresión que acabo de recibir. *(Breve pausa, en la que suspira, se limpia el sudor; se frota las manos; estira repetidas veces los brazos y los cruza luego sobre el pecho, aparentando absoluta indiferencia.)* Ya me he repuesto.

BERN. ¡Ay, este señor no está bueno! *(Indicando que está tocado de la cabeza.)*

FRAN. Puedes empezar.

BERN. Usted ya sabe lo liosa que era doña Tula.

FRAN. Hombre; comprende que si yo lo supiera, no me pasaría lo que me pasa.

BERN. Pues era muy liosa, sí, señor. Hace mes y medio tuvo que vender, de prisa y corriendo, todos estos muebles antes de que la justicia se echara sobre ellos. ¡Si no había dinero bastante para él!

FRAN. Dirás para ella.

BERN. No, señor, para él; para el novio que tenía últimamente: un jugador de oficio.

FRAN. ¿Un jugador?

BERN. El que tuvo la cuestión con el capitán.

FRAN. ¿Qué capitán?

BERN. El que substituyó al banderillero.

FRAN. ¿También un banderillero?

BERN. Anda, anda! Pues si desde que usted se marchó ha pasado por aquí toda clase de gente.

FRAN. De todo eso lo que se desprende es una cosa: que Tula me ha estado engañando.

BERN. Sí, señor; eso es lo que se desprende.

FRAN. ¡Y yo me he pasado seis años creyendo en su fidelidad y mandándole dinero! *(Paseándose agitado por la escena.)* Y cuando ahora llego á España, de-

cidido á hacerla mi esposa, me encuentro con que ella..... *(De pronto.)* Adiós, Bernardo. <sup>(1)</sup> No debo permanecer aquí ni un momento más. *(Coge la maleta y la manta.)* Hoy mismo me marcho de Madrid. No quiero encontrarme con esa mujer. Puede ir con el jugador, y tú ya conoces mi carácter. Soy capaz de comprometerme.

BERN. No se comprometa usted. Eso es lo principal.

FRAN. Adiós, Bernardo. *(Medio mutis.)* ¡Pero, no!... *(Deja la maleta y la manta.)* No quiero abandonar tan pronto esta casa que tiene para mí tantísimos recuerdos.

BERN. ¡Pero, don Paco!

FRAN. Sí, sé lo que vas á decirme: que lo olvide todo.... Pero no puedo. Cuando un hombre ha querido de veras á una mujer....

BERN. Eso me pasa á mí. No puedo olvidar á mi difunta.

FRAN. No te quejes. Tú estás mejor que yo. Lorenza ya no puede ser de nadie y Tula es de todo el mundo.... ¡hasta de un banderillero! Allí mismo, sentados los dos junto á la chimenea, me juró cien veces que no quería á nadie más que á mí. Aun parece que la veo jugando con las gulas de mi bigote y echándome aquellas miradas que me volvían loco. Déjame, déjame permanecer aquí, gozando con el recuerdo de aquellos días tan felices. <sup>(2)</sup> *(Se sienta en la silla rinconera ó butaquita de la derecha.)*

BERN. Pero, don Paco, comprenda usted que.....

FRAN. Es una *chifladura*, ya lo sé; pero ¿qué quieres? Los que venimos de Filipinas tenemos estas *chifladuras*; no podemos remediarlo.

BERN. Si el caso es que yo he quedado al frente del cuarto, y ya ve usted que es un compromiso....

FRAN. Ya sabes que yo soy de los que pagan bien los favores.

BERN. Ya lo sé, si señor; pero la inquilina, aunque dijo que

(1) Bernardo, Don Francisco.

(2) Don Francisco, Bernardo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Fondo. 1025 MONTERREY, MEXICO

iba al Escorial por cuatro ó cinco días, puede venir á lo mejor y.....

FRAN. Toma diez duros. *(Que ha sacado de la cartera.)*

BERN. ¡Diez duros! Muchísimas gracias. Yo creo que no vendrá nadie, ¿sabe usted? Pero, por si acaso, yo estaré con cuidado en la portería.

FRAN. Unas horas nada más. Desde aquí me voy á la estación. Iré á llorar mis desengaños en Calahorra.

BERN. ¿Dónde?

FRAN. En Calahorra. Yo no sé si sabes que soy calagurritano.

BERN. No señor; no sabía que fuese usted eso. Creía que era usted empleado del gobierno.

FRAN. ¡Qué ignorancia tan encantadora!

BERN. Con su permiso voy á la portería. *(Medio mutis.)*

FRAN. Oye, Bernardo....

BERN. Mándeme usted.

FRAN. ¿Existe aún el café que había en la esquina?

BERN. Sí, señor.

FRAN. ¿Tú no habrás comido todavía?

BERN. Todavía no.

FRAN. Pues vé al café y sube dos cubiertos. Comeremos juntos. Quiero que me enteres de todo lo que ha pasado aquí durante mi ausencia.

BERN. Con mucho gusto; sí, señor. Voy corriendo al café. ¡Cómo me voy á poner el cuerpo de riñones salteados. *(Vase por el foro.)*

ESCENA VII.

D. FRANCISCO.

Soy un animal... esto es indiscutible. Sólo una cosa me disculpa: que estaba enamorado, mejor dicho, que lo estoy.... ¡lo estoy todavía! Si en este momento apareciese por esa puerta la hermosísima Tula y se echara en mis brazos y me pidiese perdón,—y aunque no me lo pidiese,— sólo con que se echara en mis brazos, me olvidaba yo del jugador y del capitán y hasta del banderillero. Pero no, no vendrá.

*(Levantándose.)* La que puede venir es la muchacha que estaba aquí antes. Dijo que volvería en seguida. Pero ¡quía! Esa lo que ha hecho es burlarse de mí y guardarse las cinco pesetas que le dí para el coche. ¡Y para esto he venido yo de Filipinas! Parece que fué ayer cuando en esta silla.... *(En la que ha estado sentado.)* Pero esta silla estaba entonces aquí, en este lado. *(La coloca al lado del velador en el sitio en que estaba antes la butaca.)* Y el costurero, allí junto á la mecedora..... Falta la mecedora. *(Deja el costurero al lado de la ventana.)* Estará en el tocador. Quiero disponer esta habitación como en aquellos tiempos felices. Y yo me pondré también en situación. En cuanto entraba aquí me quedaba en mangas de camisa. *(Se quita la americana y la deja sobre la butaca que está al lado de la chimenea. Entra en la primera derecha y sale en seguida.)* No..... la mecedora no está aquí. *(Se dirige á la segunda derecha y de pronto se detiene.)* ¡Acaso esté en la alcoba! No..... no quiero ver la alcoba. Puede que la hayan colocado en el comedor. *(Se dirige á la primera izquierda.)* ¡El comedor! ¡Dios mío! ¡Qué cenas aquellas! ¡Cómo le gustaba el jamón en dulce! ¡Y el pavo trufado! Sobre todo el pavo. ¡No! Sobre todo el jamón. Sobre todo, ¡todo! ¡qué apetito tenía aquella criatura! Voy por la mecedora. *(Vase puerta primera izquierda. Pausa breve.)*

ESCENA VIII.

CAROLINA.

*(Dentro.)* ¡Bernardo!... ¡Bernardo!... ¡Bonita manera de vigilar el cuarto! ¡La puerta de par en par! *(Entra en escena y se dirige al espejo á quitarse el sombrero y el abrigo.)* ¡Dichosos ferrocarriles! Cada ocho días cambian la salida de los trenes. El del Escorial, que yo creí que salía á las diez, resulta que ha salido á las siete de la mañana. Tendré que esperar al de la tarde. Mandaré llamar á la muchacha. *(Se dirige*

al foro.) ¡Bernardo!..... (Volviéndose y viendo la nueva colocación de muebles y la maleta y la manta de don Francisco.) ¿De quién es este equipaje? Pero ¿qué desórden de muebles es este? ¡Un sombrero! (El de don Francisco.) ¡Y una americana! Pero ¿de quién son estas prendas? Siento ruido..... ¡ay, Dios mío! ¿Será el portero? (Se dirige á la primera izquierda en el momento en que aparece don Francisco.)

ESCENA IX.

CAROLINA y DON FRANCISCO, que sale por la primera izquierda con una mecedora.

FRAN. (Estaba en el comedor.)  
 CAR. ¡Jesús! ¡Un hombre aquí! (1) (Retrocede asustada hasta la derecha de la escena. Al huir, deja caer un guante en el sitio que ocupaba antes el costurero.)  
 FRAN. ¡Huy! ¡La inquilina! ¡La esposa de Pepel!  
 CAR. (¿Quién es este hombre?)  
 FRAN. Se.... señora.  
 CAR. ¡No.... no, por Dios!.... No se acerque usted.  
 FRAN. (¿Qué compromiso!) Señora.... yo....  
 CAR. ¡Ladró!..... (Aterrada.)  
 FRAN. No.... no ladre.... digo.... no grite usted. Yo soy.... gente de paz.  
 CAR. Que no se acerque usted ó llamo.  
 FRAN. Pero, señora, si yo no me he movido.  
 CAR. ¿Quién es usted? ¿Qué desea usted? ¿A quién busca usted?  
 FRAN. Calma, señora, calma. No soy lo que usted se figura. Yo soy una persona decente, muy decente. (Deja la mecedora delante del velador.)  
 CAR. (Pero ese portero....) ¡Bernardo!.....  
 FRAN. No se moleste usted en llamarle. Le mandé yo á un recado; pero vendrá en seguida. El le dirá á usted quién soy yo.

(1) Carolina, Don Francisco.

CAR. Pero, ¿qué significa?... ¿Con qué derecho?....  
 FRAN. Tiene usted razón, señora. Comprendo la sorpresa de usted. Yo también me he sorprendido mucho. No esperaba tener el gusto de verla á usted por aquí.  
 CAR. Pero.....  
 FRAN. Tranquílese usted. Vuelvo á repetirle que yo soy una persona decente, muy decente.  
 CAR. (Sí; la verdad es que no parece lo contrario. Acaso alguna equivocación.)  
 FRAN. (Ya se ha tranquilizado.) (Reparando en que está en mangas de camisa.) ¡Ay! Señora.... usted perdone.... (Al dirigirse á la butaca para coger la americana y el sombrero, Carolina da un grito y baja al proscenio derecha.) Ahora comprendo su extrañeza. Me había puesto así para dar más color local. (Se pone la americana.)  
 CAR. ¡Ah! ¡Ya! ¿Es usted pintor?  
 FRAN. No, señora. Yo aquí ya no pinto nada. ¿Ve usted? Ya parezco otro. [Con el sombrero en la mano.]  
 CAR. Pues á mí, sigue usted pareciéndome el mismo.  
 FRAN. Es natural. Usted no me conoce, y yo no puedo marcharme de aquí dejándola á usted en una duda mortificante para mi dignidad.  
 CAR. No, si yo no....  
 FRAN. Usted necesita saber por qué estoy aquí. Procuraré justificarme.  
 CAR. (¿Qué tipo tan extraño!)  
 FRAN. Pero, siéntese usted; no se moleste por culpa mía.  
 CAR. Gracias, no.  
 FRAN. Se lo ruego á usted, señora. Lo que tengo que decir es algo largo.  
 CAR. Caballero....  
 FRAN. Se lo suplico á usted. [Ofreciéndole la silla volante que está al lado de la chimenea y que coloca junto al guante que se le ha caído á Carolina. En seguida coge otra silla volante de la izquierda, y la acerca á la anterior. Carolina está en pie casi sobre el guante. Don Francisco lo ve y se inclina para cogerto. Al mo-

(2) Don Francisco, Bernardo.

al foro.) ¡Bernardo!..... (Volviéndose y viendo la nueva colocación de muebles y la maleta y la manta de don Francisco.) ¿De quién es este equipaje? Pero ¿qué desórden de muebles es este? ¡Un sombrero! (El de don Francisco.) ¡Y una americana! Pero ¿de quién son estas prendas? Siento ruido..... ¡ay, Dios mío! ¿Será el portero? (Se dirige á la primera izquierda en el momento en que aparece don Francisco.)

ESCENA IX.

CAROLINA y DON FRANCISCO, que sale por la primera izquierda con una mecedora.

FRAN. (Estaba en el comedor.)  
 CAR. ¡Jesús! ¡Un hombre aquí! (1) (Retrocede asustada hasta la derecha de la escena. Al huir, deja caer un guante en el sitio que ocupaba antes el costurero.)  
 FRAN. ¡Huy! ¡La inquilina! ¡La esposa de Pepel!  
 CAR. (¿Quién es este hombre?)  
 FRAN. Se.... señora.  
 CAR. ¡No.... no, por Dios!..... No se acerque usted.  
 FRAN. (¿Qué compromiso!) Señora.... yo....  
 CAR. ¡Ladró!..... (Aterrada.)  
 FRAN. No.... no ladre.... digo.... no grite usted. Yo soy.... gente de paz.  
 CAR. Que no se acerque usted ó llamo.  
 FRAN. Pero, señora, si yo no me he movido.  
 CAR. ¿Quién es usted? ¿Qué desea usted? ¿A quién busca usted?  
 FRAN. Calma, señora, calma. No soy lo que usted se figura. Yo soy una persona decente, muy decente. (Deja la mecedora delante del velador.)  
 CAR. (Pero ese portero....) ¡Bernardo!.....  
 FRAN. No se moleste usted en llamarle. Le mandé yo á un recado; pero vendrá en seguida. El le dirá á usted quién soy yo.

(1) Carolina, Don Francisco.

CAR. Pero, ¿qué significa?... ¿Con qué derecho?....  
 FRAN. Tiene usted razón, señora. Comprendo la sorpresa de usted. Yo también me he sorprendido mucho. No esperaba tener el gusto de verla á usted por aquí.  
 CAR. Pero.....  
 FRAN. Tranquílese usted. Vuelvo á repetirle que yo soy una persona decente, muy decente.  
 CAR. (Sí; la verdad es que no parece lo contrario. Acaso alguna equivocación.)  
 FRAN. (Ya se ha tranquilizado.) (Reparando en que está en mangas de camisa.) ¡Ay! Señora.... usted perdone.... (Al dirigirse á la butaca para coger la americana y el sombrero, Carolina da un grito y baja al proscenio derecha.) Ahora comprendo su extrañeza. Me había puesto así para dar más color local. (Se pone la americana.)  
 CAR. ¡Ah! ¡Ya! ¿Es usted pintor?  
 FRAN. No, señora. Yo aquí ya no pinto nada. ¿Ve usted? Ya parezco otro. [Con el sombrero en la mano.]  
 CAR. Pues á mí, sigue usted pareciéndome el mismo.  
 FRAN. Es natural. Usted no me conoce, y yo no puedo marcharme de aquí dejándola á usted en una duda mortificante para mi dignidad.  
 CAR. No, si yo no....  
 FRAN. Usted necesita saber por qué estoy aquí. Procuraré justificarme.  
 CAR. (¿Qué tipo tan extraño!)  
 FRAN. Pero, siéntese usted; no se moleste por culpa mía.  
 CAR. Gracias, no.  
 FRAN. Se lo ruego á usted, señora. Lo que tengo que decir es algo largo.  
 CAR. Caballero....  
 FRAN. Se lo suplico á usted. [Ofreciéndole la silla volante que está al lado de la chimenea y que coloca junto al guante que se le ha caído á Carolina. En seguida coge otra silla volante de la izquierda, y la acerca á la anterior. Carolina está en pie casi sobre el guante. Don Francisco lo ve y se inclina para cogerto. Al mo-

(2) Don Francisco, Bernardo.

- vimiento de don Francisco, Carolina da un grito y retrocede muy asustada.]*
- CAR. ¡Ay!
- FRAN. ¡Es el guante, señora! Se le ha caldo este guante. [*Se lo da.*]
- CAR. ¡Ah! ¡Ya, muchísimas gracias! Usted perdone, pero yo....
- FRAN. Siéntese usted, señora.
- CAR. Ya estoy sentada. Hable usted.
- FRAN. Gracias, señora. [*Se sienta cerca de Carolina. Esta hace ademán de levantarse; pero don Francisco la detiene con mucha finura.*] Tranquílcese usted..... yo soy....
- CAR. Sí, ya lo sé; una persona decente, muy decente.
- FRAN. Muchas gracias. Usted me hace justicia. (Es muy simpática esta señora.) Celebro mucho conocer á usted personalmente.
- CAR. ¿Personalmente?
- FRAN. Sólo la conocía por el retrato. [*Indicando el de la chimenea.*]
- CAR. ¡Ah! ¡Y!
- FRAN. ¿Y Pepe? ¿Cómo sigue Pepe?
- CAR. ¿Eh?
- FRAN. Su esposo de usted.
- CAR. ¿Mi esposo? (Me cree casada. Mejor.) Está bueno, gracias.
- FRAN. Lo celebro tanto.
- CAR. Vendrá en seguida.
- FRAN. Me alegro.
- CAR. (¡Nada! ¡Ni por esas!)
- FRAN. Señora: [*Levantándose.*] ya que no tengo quien la haga, haré yo mismo mi presentación. (*Saca la cartera.*) Ahí tiene usted mi tarjeta. (*Dándosela.*)
- CAR. [*Leyendo.*] "Ambrosio Menéndez, canónigo de la catedral de Manila."
- FRAN. ¡Ah! Usted perdone. Esa es la de un compañero de pasaje. Aquí tiene usted la mía. Sí; esta es. (*Se la da.*)
- CAR. (*Lee.*) "Francisco Estéban."

- FRAN. Servidor de usted. (*Sentándose.*)
- CAR. «Almacenista de maderas en Ilo-Ilo.»
- FRAN. Ex-almacenista. Ya me he retirado de los negocios.
- CAR. Francisco Esteban..... Francisco Esteban..... Yo he oído hablar mucho del guapo Francisco Esteban. ¿No será usted?
- FRAN. ¿Guapo yo? No, señora; yo soy regular, nada más que regular.
- CAR. (¡Pobre señor! ¡Parece una buena persona!)
- FRAN. Usted, seguramente, se estará diciendo: «pero á mí, ¿qué me importará lo que me va á contar este caballero?»
- CAR. La verdad es que á mí.....
- FRAN. Sin embargo, señora, usted debe saberlo, y lo sabrá.
- CAR. Advierto á usted que no tengo ningún interés.
- FRAN. Mejor; así lo sabrá usted desinteresadamente y comprenderá lo desgraciado que soy.
- CAR. ¡Ah! ¿Es usted desgraciado?
- FRAN. Mucho, señora. Oiga usted la historia de mi vida.
- CAR. (¡Dios mío de mi alma! ¡Y me la va á contar!)
- FRAN. Si á usted le parece, no la tomaré de muy lejos.
- CAR. No; tómela usted de lo más cerca posible.
- FRAN. Yo pasé gran parte de mi juventud en Filipinas.
- CAR. Algo lejos está eso; pero en fin....
- FRAN. Podría hablarle de mi niñez, pasada tranquilamente en Calahorra, el país de las latas de pimientos....
- CAR. No; déjese usted de latas, y volvamos á Filipinas.
- FRAN. Pues, bien; mi hermano y yo nos establecimos en Ilo-Ilo, y allí nos dedicamos á la exportación del monconó, del molave, del ipil, del yacal, del banabá, del guijo y del baticulín.
- CAR. ¿Y qué es todo eso?
- FRAN. Son maderas de construcción; nuestra especialidad. El negocio marchaba perfectamente, y hace ocho años salí del archipiélago y regresé á la Península. No dirá usted que no soy breve. He saltado veinticinco años y muchos miles de leguas.
- CAR. Así, así; salte usted, salte usted.

FRAN. Me establecí en Madrid; y aquí vivía holgadamente con el dinero que mi hermano me remitía desde allá, cuando una noche..... ¡noche aciagal..... me enamoré perdidamente de Tula.

CAR. ¿De quién?

FRAN. De Tula, de la tiple que habitaba este cuarto.

CAR. ¡Ah..... vamos! ¡Gracias á Dios! Ahora me lo explico.

FRAN. ¿Usted ya habrá conocido á Tula?

CAR. No, señor. La compra de estos muebles y el alquiler del cuarto, los hice por segunda mano; pero ya me han dicho que es preciosa.

FRAN. Preciosa. No la han engañado á usted. Yo la conocí en *El fondo del mar*.

CAR. ¿Dónde?

FRAN. En una zarzuela de espectáculo.

CAR. ¡Ah!

FRAN. ¡Estaba divina! El traje de pez le sentaba admirablemente

CAR. Lo creo.

FRAN. Veinte noches estuve mirándola desde la primera fila de butacas, y veinte noches me dedicó platónicamente la romanza aquella del segundo acto...  
(*Música á gusto del actor.*)

«La perla en la concha,  
las algas marinas....»

¡La cantaba como un ángel! Por fin, á la veintiuna representación, al arrancarse para la fermata final, (*Hace la fermata.*) me dirigió una mirada significativa, como diciendo: «¡atrévase usted!»

CAR. ¡Se necesita atrevimiento!

FRAN. Pues yo me atreví. Y al día siguiente, vine á esta casa; subí, llamé á la puerta y.... (*Levantándose.*)

CAR. ¿A dónde va usted?

FRAN. A ponerlo en escena. Así lo comprenderá usted mejor.

CAR. (¡Qué tipo tan original!)

FRAN. Ella estaba sentada aquí. (*Al lado del velador.*)  
¿Tiene usted la bondad, señora?

CAR. ¿De qué?

FRAN. De sentarse aquí.

CAR. ¿Para qué?

FRAN. Para dar más verdad á la escena.

CAR. ¡Pero, caballero!

FRAN. Se lo ruego á usted.

CAR. Bueno, hombre, bueno. (¡Qué paciencia necesito!)  
(*Pasa á sentarse al lado del velador.*)

FRAN. Muchas gracias. (1) Pues, bien, Ella estaba sentada aquí, pero en una silla de Vitoria. Yo, después de anunciarme, (*Va al foro.*) llegué hasta el dintel de este puerta, y dije con timidez: «¿se puede?»— «Pase usted, caballero.»—me contestó con dulzura, —«pase usted.»—Y yo pasé..... pasé las de Caín, porque no me había visto nunca tan emocionado. Por fin, me hizo sentar aquí, junto á ella, (*Coge una silla volante y se sienta á la derecha de Carolina.*) en otra silla de Vitoria. Entonces no tenía más que sillitas de Vitoria. Todos estos muebles se los compré yo luego. Yo no sabía qué decirle; ella me miraba sonriendo, así, como me mira usted ahora; y abandonándome una mano.... Abandónemela usted....

CAR. ¡Señor Esteban!

FRAN. Es verdad. Usted dispense. ¡Ah! ¡Qué entrevista aquella! Dos horas estuvimos hablando de nuestro amor y de nuestra felicidad, y luego comimos aquí juntos; y luego la acompañé al teatro; y luego....

CAR. Salte usted, salte usted.

FRAN. Saltaré, sí, señora. Siete meses pasé en esta casa, que ya no me pertenece, cuando un día recibí un telegrama urgente de mi hermano para que regresara inmediatamente á Filipinas. ¡Qué despedida la nuestra! ¡Cómo lloraba la pobrecilla!—«Vas á olvidarme» me dijo echándome los brazos al cuello.—«Eso nunca» le contesté yo con entereza.—«Pues déjame una prenda de tu amor.»—«Todas las que quieras.»—Y sacando unas tijeritas de aquel costu-

(1) Don Francisco, Carolina.

rero me cortó, sollozando, un mechón de pelo que yo llevaba sobre la oreja izquierda. — «¿Dónde podría guardar esto?» me preguntó mirando con insistencia mi chaleco. — «Aquí» la respondí; y me quitó, de la leotina, un magnífico medallón de brillantes que yo usaba como dije.

CAR. ¿Y ella le tomó el medallón?

FRAN. Sí, señora; ¡y el pelo! De eso me he convencido aunque tarde. Entonces creía en su amor, pero alarmado con el telegrama de mi hermano, salí inmediatamente para Barcelona, y allí tomé el vapor para Filipinas y..... hala, bala..... llegué á Ilo-Ilo.

CAR. ¡Hola, hola!

FRAN. Nuestro negocio estaba paralizado. Mi hermano se había metido en un pleito con los frailes.....

CAR. ¿Lo perderían ustedes?

FRAN. No, señora; lo ganamos. Ya vé usted si tendríamos razón. Seis años duraron las tramitaciones; pero al fin realicé mi fortuna, recogí mis ochenta mil duros y.....

CAR. ¡Ochenta mil duros! ¡Pero deje usted el sombrero! Usted perdona. No había reparado. ¡Soy lo más distraída! (*Va á la derecha y deja el sombrero sobre el «bureau.»*) ¡Ochenta mil duros! (*Arreglándose al espejo.*) (1)

FRAN. (*Levantándose.*) Soy muy desgraciado, señora. Llego hace dos días á España creyendo encontrar aquí á la que amaba y decidido á poner á sus pies toda mi fortuna.....

CAR. ¡Qué lástima!

FRAN. Cuando me entero de que la ingrata se ha burlado de mí de una manera indigna.

CAR. Pues no debe usted disgustarse, sino todo lo contrario.

FRAN. ¡Ah, señora! Es usted muy amable. ¿Verdad que yo no merecía ese pago?

CAR. Ni á esa mujer.

(1) Carolina, Don Francisco.

FRAN. Gracias, señora; pero yo la amaba. Aquí mismo se lo juré una vez: «El día que yo sepa que me engañas» — la dije: — «me levanto la tapa de los sesos.» Y estoy decidido.....

CAR. ¡Hombre, por Dios!...

FRAN. Estoy decidido á no hacer nunca juramentos de esta clase. Acabo de saber que me engañaba y, sin embargo, no tengo valor para suicidarme.

CAR. Como que sería una locura. Usted puede hacer feliz á una mujer. Es usted joven todavía. (*Con mucha coquetería.*)

FRAN. Cuarenta y siete años.

CAR. Yo le echaba á usted cincuenta.

FRAN. Veinte años en Filipinas envejecen á cualquiera.

CAR. Pues parece que está usted muy sano.

FRAN. Eso creo yo. Los médicos, sin embargo, se empeñan en que tengo no sé qué cosas en el hígado.

CAR. Pues póngase usted en cura.

FRAN. ¿Para qué? Si me encuentro perfectamente. Y además, como dicen que lo que es bueno para el hígado es malo para el bazo.....

CAR. (*Rtendose.*) Es verdad; tiene usted razón.

FRAN. Adi s, señora. (*De pronto.*)

CAR. ¡Cómo! ¿Se marcha usted tan pronto?

FRAN. Ya he abusado bastante.

CAR. De ninguna manera. ¡Ochenta mil duros!...

FRAN. (*Que á ido á la maleta.*) Va usted á permitirme este obsequio. (*Sacando un gran paquete que ocupa casi uno de los departamentos de la maleta.*)

CAR. No; o no... de ningún modo. (¿Qué será?)

FRAN. Yo la ruego á usted que lo acepte. (*Entregándolo.*)

CAR. Pero, ¿qué es esto?

FRAN. Cuatro docenas de abanicos japoneses.

CAR. ¿Y qué voy á hacer yo con tanto abanico?

FRAN. Pues... abanicarse. Son legítimos. Guárdelos usted como un recuerdo.

CAR. Muchísimas gracias. (*Va al foro y deja el paquete sobre la butaca.*)

FRAN. Con su permiso. (*Cogiendo el sombrero que estará sobre el "bureau."*) Voy aquí cerca á hacer una visita que me encargó un amigo de Manila (1). Ese también piensa como usted.

CAR. ¿Qué?

FRAN. Que puedo hacer feliz á cualquiera mujer.

CAR. ¿Y qué duda tiene? A lo mejor se encuentra usted con una muchacha que le guste y se casa usted á escape.

FRAN. ¡Ah, señora! Esas bodas así, tan de repente, no ocurren más que en el teatro, en esas comedias de dos personajes: un galán y una dama que se encuentran casualmente en una fonda, en una casa de baños, ó en una estación de ferrocarril. El es un abogado ó un artista; ella una viuda joven y guapa. Hablan durante media hora de esto, de lo otro y de lo de más allá; pero, al fin, él se declara, ella dice que sí, y se casan y cae el telón. En la vida real no pasa eso, señora. En el mundo abundan los artistas y los abogados; pero escasean mucho las viudas jóvenes.

CAR. ¿Cómo! ¿Cree usted?.....

FRAN. Sí, señora; escasean por lo mismo que son el ideal. La joven soltera que se casa, va al matrimonio á ciegas, y puede quizás arrepentirse de su enlace; pero la viuda que reincide..... ¡Ah, señora! Esa ya sabe á dónde va, y al casarse por segunda vez, demuestra que conoce á fondo las dulzuras de la vida de casada. Ahí tiene usted por qué son tan solicitadas las viudas jóvenes.

CAR. ¿Y los viudos?

FRAN. Esos abundan bastante; pero reinciden rara vez. Y sobre todo, señora, que el viudo que se casa no lo hace más que para vengarse en la segunda de todo lo que le haya hecho sufrir la primera. Créame usted, señora, no se case usted nunca con un viudo. Sería una lástima.

CAR. ¡Pero, caballero, olvida usted que yo..... soy casada!

(1) Don Francisco, Carolina.

FRAN. ¡Ah! Sí; es verdad. (*Echando una mirada á los retratos de la chimenea.*) Me complacía en olvidarlo. Adiós, señora. He tenido muchísimo gusto.... (*Pasa á la izquierda á coger el equipaje.*)

CAR. Digo lo mismo (1). Esta casa es de usted.

FRAN. ¡Lo ha sido, señora, lo ha sido! (Lo dicho, es muy simpática.) (*Coge distraídamente el músico y la manta.*) A los pies de usted.

CAR. (*Riéndose.*) ¿Pero se lleva usted el músico?

FRAN. ¡Ay! Usted perdone. ¡Si no sé cómo tengo la cabeza! (*Deja el músico y coge la maleta.*) ¡Adiós, señora!

CAR. Beso á usted la mano. (*Al dirigirse don Francisco al foro, aparece Bernardo con una gran bandeja con los dos almuerzos.*)

ESCENA X.

DICHOS. BERNARDO.

BERN. ¡Don Paco! (*Muy contento.*) Aquí tiene usted los almuerzos. (*Sin ver á Carolina.*)

FRAN. Gracias (2). Pueden devolverlos. Adiós, señora.

BERN. (¿Eh) ¡Dios mío! ¡La señorita Carolina!

CAR. Adiós, señor Esteban..... (*Vase don Francisco.*) Vaya usted con Dios. (*Le acompaña hasta el foro.*)

BERN. ¿Cómo?..... ¿Se conocían ustedes?

CAR. Le he conocido ahora. Parece muy buena persona.

BERN. Y lo es; ya lo creo. Muy rico y muy decente y muy llanote. Como que me había convidado á almorzar con él,

CAR. Puede usted dejar ahí ese servicio. Tendré que esperar al tren de la tarde, y como la muchacha no está en casa..... ¿Supongo que no estará pagado?

BERN. No señora.

CAR. Lo aprovecharé yo. (*Va al foro.*)

BERN. Advierto á usted que me había mandado traer dos cubiertos.

(1) Carolina, Don Francisco.

(2) Carolina, Bernardo, don Francisco.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO FAYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO



CAR. Bueno, hombre, bueno; tendrá usted el suyo.  
 BERN. Muchísimas gracias. (Ya creí que me quedaba sin mi ración de riñones.) (*Pone la bandeja encima del velador.*)  
 CAR. (La verdad es que ese hombre me ha impresionado un poco. No sé si ha sido por lo de los ochenta mil duros..... No; no es eso. Su figura no es para enamorar á nadie; pero es un caballero tan simpático y tan fino y tan..... Creo que he hecho mal en fingirme casada. ¡Sí señor! ¡Ha sido una tontería! Porque quizás él..... Pero, en fin, ¡qué le vamos á hacer! La cosa ya no tiene remedio. (*Se sienta á la derecha.*)

ESCENA XI.

CAROLINA, BERNARDO y JUANA.

JUANA. ¡Señorita!..... ¿Usted aquí?  
 CAR. Sí, hija, sí. Han variado la hora de los trenes. (1)  
 JUANA. Ya lo sé. Si vengo de la estación de buscarla á usted, por orden de su tío.  
 CAR. ¿De que tío?  
 JUANA. ¡Toma! Pues, ¿no le ha visto usted?  
 CAR. Pero, ¿á quién?  
 JUANA. A su tío, el de Filipinas. Si estaba aquí hace un momento. [*Bernardo suelta la carcajada.*]  
 CAR. ¡Ay, hija! Estas equivocada. Ese caballero no es mi tío.  
 JUANA. Pues, señorita, yo lo hubiera jurado. [*Campanilla.*]  
 BERN. Lllaman. Puede que sea el camarero. [*Vase por el foro.*]  
 CAR. Ese señor, á quien venía buscando era á otra.  
 JUANA. Pues podía haberlo dicho. Como no preguntó nada más que por la señorita, y aquí no hay más señorita que usted.....

(1) Carolina, Juana, Bernardo.

ESCENA ULTIMA

DICHAS, DON FRANCISCO y detrás BERNARDO.

FRAN. (*Desde la puerta.*) ¿Se puede?  
 CAR. ¡El! ¡Calla! Pase usted adelante. (*Levantándose.*)  
 FRAN. (*Leyendo el sobre de una carta.*) "La señora doña Carolina Aguirre."  
 CAR. Servidora de usted.  
 FRAN. ¡Cómo! ¿Es posible? (*Soltando la manta y la manta, que cae sobre los pies de Bernardo.*)  
 BERN. ¡Ay!  
 FRAN. (*Bajando.*) ¿Con que es usted la viuda de Pega?  
 CAR. La misma.  
 FRAN. ¿Luego no es usted casada?  
 CAR. Naturalmente.  
 FRAN. ¡Oh felicidad! Pues si es para usted para quien traigo la visita de Manila.  
 CAR. ¿Es de veras? (1)  
 FRAN. Aquí tiene usted esta carta. Vengo de ahí cerca, de la calle del Olivar, número cincuenta y siete.  
 CAR. Allí vivía hace un mes.  
 FRAN. ¡Qué feliz casualidad!  
 CAR. (*Abriendo la carta.*) De mi tío Manuel.  
 FRAN. Justo; de su tío.  
 JUANA. (*A Bernardo.*) (Ya pareció el tío.)  
 BERN. (Lo que no va á aparecer es el almuerzo.)  
 CAR. ¡Cuánto celebro!..... Pero siéntese usted.  
 FRAN. Muchas gracias. (*Mira la silla volante de la izquierda, y va de espaldas á sentarse en ella. Bernardo, al oír la indicación de Carolina, acerca más la silla, volviéndose en seguida á hablar con Juana. Don Francisco, que cree que la silla está donde antes, va á sentarse y se cae al suelo. Hágase esto con la mayor naturalidad posible, para que la caída resulte justificada.*)  
 CAR. ¡Jesús!  
 BERN. }  
 JUANA. } ¡Ay!

(1) Carolina, Don Francisco, Juana, Bernardo.

- FRAN. ¡No!.... ¡No es nada! (*Bernardo y Juana le ayudan á levantarse.*)
- CAR. ¿Se ha hecho usted daño?
- FRAN. No, no señora. El susto nada más. (*Se sienta en la silla.*)
- CAR. ¡Cuánto lo siento!
- FRAN. Lea usted; lea usted.
- CAR. (*Leyendo.*) "El dador de ésta, mi excelente amigo don Francisco Esteban, te entregará un recuerdo de mi parte."
- FRAN. (*Levantándose y acercándose á Carolina.*) Dos mil pesetas. (*Dándoselas. Vuelve á sentarse; pero antes tiene la precaución de mirar si la silla continúa en su sitio.*)
- CAR. ¡Tío de mi alma! "El señor Esteban es una persona....."
- FRAN. Ruego á usted que lea para sí. (*Levantándose, teniendo sugeto el respaldo de la silla con la mano izquierda.*) La carta venía abierta, y yo cometí la indiscreción de enterarme, y, naturalmente, los elogios de su tío pueden herir mi modestia. (*Vuelve á sentarse. Mientras Carolina lee, don Francisco habla aparte con Bernardo y Juana.*)
- CAR. Como usted guste. "El señor Esteban es una persona que merece todo mi cariño, y, por su posición y excelentes cualidades morales, puede hacer feliz á cualquiera mujer. No te digo más." (Y dice bastante.) "Espero tu contestación." ¡Señor Esteban! (*Don Francisco sigue hablando con Bernardo y Juana.*) ¡Señor Esteban! (*Bernardo le llama la atención.*)
- FRAN. ¡Ah, señora! (*Levantándose.*)
- CAR. Yo lamento muchísimo.....
- FRAN. Lo comprendo, sí, señora; no diga usted más. Me retiro ahora mismo. (*Medio mutis.*)
- CAR. No es eso, por Dios..... Escúcheme usted. Digo que lamento muchísimo que antes me haya usted hablado de su fortuna, porque en la contestación que yo dé á mi tío, puedo parecer interesada.

- FRAN. ¡Cómo!.... ¿Luego usted?....
- CAR. Yo soy viuda..... y joven.
- FRAN. El ideal, sí, señora; pero yo no soy artista ni abogado.....
- CAR. No importa. Merece usted el cariño del tío..... y de la sobrina.
- FRAN. ¿Es posible? ¡Tula de mi corazón! ¡Ay, usted perdóne! Esa mujer me tenía trastornado; pero ahora prometo olvidarla para siempre.
- CAR. De eso me encargo yo.
- FRAN. Si el haberle yo hablado de mi dinero hiere en algo su natural delicadeza, eso no será un obstáculo para nuestra felicidad.....
- CAR. Comprenda usted que.....
- FRAN. Sí, señora; comprendo sus escrúpulos, pero todo se puede arreglar. ¿Yo le he dicho á usted antes que había realizado un capital de ochenta mil duros? ¡Bueno! ¡Pues no lo crea usted!
- CAR. Pero, ¡cómo! ¿No es cierto? (*Alarmada.*)
- FRAN. Sí, señora, por fortuna lo es; pero le queda á usted el recurso de no creerlo.
- CAR. ¡¡Ah!]
- FRAN. De ese modo, su resolución será completamente desinteresada.
- CAR. Eso deseo. [¡Qué susto me había dado!]
- FRAN. ¡Crea usted que en este momento me considero el hombre más feliz de la tierra!
- CAR. ¿Y decía usted que estas cosas no pasan más que en las comedias?
- FRAN. ¿Qué quiere usted? Hasta ahora estuve *chiflado*. En adelante voy á volverme loco de alegría.
- CAR. Juana, llévate eso al comedor. (*Vase Juana con el almuerzo por la primera izquierda. Bernardo la sigue con la vista.*) ¿Supongo que me acompañará usted?
- FRAN. Con muchísimo gusto.
- BERN. (¡Estaba de Dios que hoy había yo de quedarme sin riñones!)
- FRAN. ¡Ay, señora de mi alma! ¡Ay, Bernardo de mi cora-

zón! ¡Anímate, hombre, anímate! No pienses tanto en tu Lorenza.

BERN. Crea usted que en este momento no me acordaba más que de los riñones salteados. (*Vase muy triste por el foro.*)

CAR. ¿Vamos? (*Ofreciendo el brazo á don Francisco.*)

FRAN. A sus órdenes.

(*Al público.*)

Olvidado el otro amor  
les presenté mi futura.  
Dirá algún espectador  
que esta es una *chifladura*  
de las de marca mayor.  
Pero, pase lo que pase,  
no es extraño que me case  
con mujer tan hechicera.  
¡*Chifladuras* de esta clase  
las puede tener cualquiera!

TELON

EL AFINADOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

zón! ¡Anímate, hombre, anímate! No pienses tanto en tu Lorenza.

BERN. Crea usted que en este momento no me acordaba más que de los riñones salteados. (*Vase muy triste por el foro.*)

CAR. ¿Vamos? (*Ofreciendo el brazo á don Francisco.*)

FRAN. A sus órdenes.

(*Al público.*)

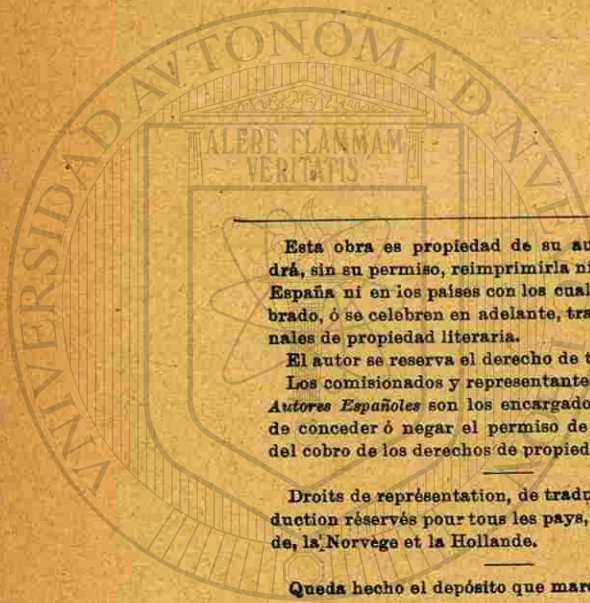
Olvidado el otro amor  
les presenté mi futura.  
Dirá algún espectador  
que esta es una *chifladura*  
de las de marca mayor.  
Pero, pase lo que pase,  
no es extraño que me case  
con mujer tan hechicera.  
¡*Chifladuras* de esta clase  
las puede tener cualquiera!

TELON

EL AFINADOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

# EL AFINADOR

JUGUETE CÓMICO

en dos actos y en prosa

ESCRITO SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA

POR

**VITAL AZA**

Estrenado en el TEATRO LARA el 20 de Diciembre de 1900

*Asociación de Autores*

CUARTA EDICIÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MORA"  
1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MORA"  
1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID

R. VELASCO IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP

Teléfono número 551

1911



## REPARTO

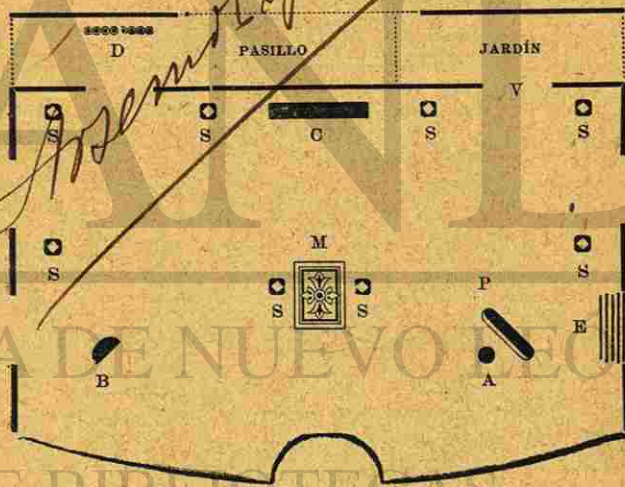
PERSONAJES	ACTORES
MARGARITA .....	SRA. SUÁREZ.
ELENA .....	DOMUS.
JUANA .....	SRA. PAREJO.
DON CELEDONIO.....	Sr. BALAGUER (J.)
DON GUMERSINDO.....	LABRA.
GARCÍA.....	SANTIAGO.
RAMIRO.....	PONZANO.
RODRÍGUEZ.....	VIGO.
PEPE.....	BARBERO.

La acción en Madrid, en un hotelito de la Guindalera

*Vendido por  
Francisco Laguna Verdugo*

## ACTO PRIMERO

### DECORACION



A=Banqueta. — B=Butaquita. — S=Sillas. — M=Mesita. — C=Cómoda. —  
P=Piano. — D=Perchero. — V=Ventana. — E=Escalera. — Sobre la có-  
moda una lámpara y dos floreros. — Colgaduras en todas las puer-  
tas, menos en la escalera. — Las de la segunda derecha (del actor)  
caídas, y las otras con alzapuños.

ESCENA PRIMERA

GARCÍA, afinando el piano. Luego PEPE. Más tarde RODRÍGUEZ.  
Está oscureciendo

GAR. ¿Por dónde andará Juanita? No acaba de salir. Debe de estar muy ocupada por allá dentro.

PEPE (Por la primera derecha (del actor) con unos periódicos que dejará sobre la mesita del centro.) ¡Hola! ¿Qué tal? ¿Se va arreglando eso?

GAR. Así, así... Todavía hay para rato.

PEPE Me parece que llaman. Voy con su permiso. (Vase por foro derecha.)

GAR. Vaya usted con Dios. (Sigue afinando. Breve pausa.)

PEPE Pase usted adelante. (En el foro.)

ROD. ¿Conque no está don Gumersindo? (Fumando puro.)

PEPE No, señor, ha ido a la estación del Norte a esperar a un amigo.

ROD. Buenas tardes. (A García.)

GAR. Servidor. (Girando sobre la banqueta en que estará sentado. Sigue afinando sin atender a la conversación de Rodríguez y Pepe.)

PEPE Siéntese usted. (1)

ROD. No, gracias.

PEPE Como usted quiera.

ROD. ¿Usted conocerá al señorito Ramiro?

PEPE ¡Anda! Pues ya lo creo. Todos los días viene por aquí.

ROD. Tome usted un cigarro. (Le da un puro.)

PEPE Muchas gracias.

ROD. ¿Y qué tal es la señorita?

PEPE ¿La señorita Elena?

ROD. Sí, la novia de mi sobrino.

PEPE Pero ¡cómo! ¿Usted es...? ¿Quiere usted que le pase recado?

ROD. No; déjela usted. (2) Con quien yo deseo hablar es con el padre.

(1) Derecha del actor: Pepe—Rodríguez—García.

(2) Rodríguez—Pepe—García.

PEPE ¿Pero usted no conoce a la señorita?

ROD. No, ni al padre.

PEPE ¡Ah! Pues la señorita Elena es de lo que no hay.

ROD. Guapa, ¿eh?

PEPE Guapisima, mejorando lo presente.

ROD. Gracias. ¿Será una muchacha de órdago?...

PEPE No sé si será de... de eso. Pero es muy guapa y muy buena.

ROD. Me alegro.

PEPE Pero siéntese usted. Don Ramiro no debe tardar.

ROD. ¿Viene a estas horas por aquí? Pues me voy. No quiero que me encuentre.. Volveré mañana temprano a hablar con el señor.

PEPE Cuando llegue yo le diré...

ROD. No, no le diga usted nada.

PEPE Bueno.

ROD. Tome usted otro cigarro.

PEPE Muchísimas gracias.

ROD. Quede usted con Dios. (A García, que no le oye.)

PEPE Descuide usted, que yo no diré una palabra.

ROD. ¿Quede usted con Dios! (Más alto.)

PEPE Señor García.

GAR. ¿Qué? (Girando sobre la banqueta.)

ROD. Que quede usted con Dios.

GAR. ¡Ah! usted lo pase bien.

ROD. Hasta mañana. (A Pepe.)

PEPE Vaya usted enhorabuena. (Vase acompañando a Rodríguez.)

GAR. Pero esa Juanita, ¿en qué pensará? Pues yo hago bastante ruido a ver si me oye.

ESCENA II

GARCÍA y ELENA, que baja la escalera. Luego JUANA por la segunda izquierda

ELENA Buenas tardes, García.

GAR. Felices, señorita Elena.

ELENA ¿Hace mucho que ha venido usted?

GAR. Hace un ratito.

ELENA Pues siga usted, siga usted. (Va a la ventana.) (Tan tarde y sin venir. Y luego dirá que me

quiere mucho. Desde arriba he visto pasar nueve tranvías, y nada.) Ahí llega otro. (De espaldas á la escena asomada á la ventana. Sale Juana por la segunda izquierda con el jarro del lavabo y se acerca á García cautelosamente.)

GAR.

(Al ver á Juana.) ¡Gran Dios!

JUANA

(¡Toma!)

GAR.

(¿Qué?)

JUANA

(Pastelillos de carne.) (Dándose los envueltos en un papel.)

GAR.

(¡Vengan!)

JUANA

(Adiós.)

GAR.

(Oye.)

JUANA

(¡Callate.)

GAR.

(Tenemos que hablar.)

JUANA

(Ahora no es posible.) (Vase por la segunda de recha.)

ELENA

(¡Tampoco en este! ¡Qué fastidio! ¡Esto de vivir en un barrio es de lo más aburrido!...)

GAR.

(Buena cara tienen los pastelillos.) (Que ha desenvuelto el papel.)

ELENA

(Pues ya deben de ser más de las siete.)

GAR.

(¿Eh?) (Guarda los pasteles en el sombrero que tendrá encima del piano.)

ELENA

¿Qué hora tiene usted?

GAR.

¡Yo! Ninguna, señorita.

ELENA

Ya deben ser más de las siete, ¿verdad?

GAR.

Sí que deben de ser. ¿Está usted impaciente?

ELENA

Mucho. (Juana cruza la escena y vase por la segunda izquierda.)

GAR.

¿A que sé por qué? (Levantándose.)

ELENA

¿A que no?

GAR.

Está usted aguardando á su novio. (1)

ELENA

Sí, señor. Lo que es hoy le espera una filipica...

GAR.

Es un muchacho muy simpático.

ELENA

¿Pero usted le conoce?

GAR.

Supongo que será aquel joven que estaba aquí anteayer.

ELENA

El mismo. Viene todos los días. (Se sienta en la silla de la derecha de la mesita.)

(1) Elena—García.

GAR.

Pues es muy guapo y muy elegante.

ELENA

Sobre todo muy elegante. ¿Cuántos trajes dirá usted que lleva estrenados esta primavera?

GAR.

¡Qué sé yo!

ELENA

¡Siete!

GAR.

¡Siete trajes!

ELENA

Dos á cuadros, uno á rayas y cuatro de mezclillas.

GAR.

(¡Qué barbaridad! ¡Siete trajes esta primavera, y yo con este desde el otoño del noventa y seis!)

ELENA

Ramiro es huérfano, pero vive con un tío que es muy rico. Un tío que dicen que es algo ordinario, pero muy bueno. Es de esos que hacen casas.

GAR.

Albañil no será.

ELENA

Hombre, no tanto. Creo que es contratista de obras.

GAR.

¿Conque el novio es rico? ¡Es una carrera de mucho porvenir!

ELENA

Ya se ha hecho abogado. Y además es un gran pianista. ¿No le ha oído usted? Le han dado un premio en el Conservatorio.

GAR.

¡Hola! Yo también tengo un tío que está bastante bien. Vive en Pozuelo; pero para mí como si lo tuviera en Alcalá. No suelta una peseta.—¿Y cuándo se casan ustedes?

ELENA

No lo sé; porque papá...

GAR.

¿Se opone?

ELENA

Usted no sabe cómo es papá... Tiene un genio...

GAR.

¿Sí? (¡Malol!) ¿Y la madrastra? ¿Se opone también?

ELENA

¿Quién? ¿Margarita? Si es muy buena. Nos queremos mucho; como si fuéramos dos hermanas. Crea usted que el día que me dijo papá que se casaba con Margarita, tuve una verdadera satisfacción. Ella y Juana están á mi favor.

GAR.

¿Juana también?

ELENA

¡Ya lo creo! Es muy buena Juanita. No hace más que cuatro meses que está en casa, y Margarita y yo la queremos muchísimo.

GAR.

Hacen ustedes bien. No encontrarán otra doncella más fiel ni más servicial.



ELENA Son ustedes del mismo pueblo, ¿verdad?  
GAR. Sí, señorita. De Guadalajara.  
ELENA Eso nos dijo ella cuando le recomendó á usted. ¡Y que debe ser usted un afinador de mucha conciencia!  
GAR. ¡De mucha!  
ELENA El otro que teníamos, y á quien también le pagábamos por meses, en media hora arreglaba el piano, y ya no volvía hasta el mes siguiente; pero usted en quince días ha venido lo menos treinta veces.  
GAR. Yo trabajo por amor al arte, señorita. Y ese piano está en tan mal estado, que me ataca los nervios. Hay sobre todo un *fa* que se me resiste.  
ELENA ¿Sí? ¿Cuál es?  
GAR. Este.  
ELENA Puede que sea el macillo. (Se acerca á ver el interior del piano por el sitio en que está el sombrero. García coge éste y lo coloca al extremo opuesto.)  
GAR. Consiste en la cuerda. Luego traeré otras.  
ELENA Un tranvía. Voy á ver si en este... (Corre á la ventana.)  
GAR. (Creí que me encontraba los pasteles. Y vaya si tienen buena cara. La verdad es que debíamos decir á estas señoras lo que pasa. Las estamos engañando miserablemente. (Se come un pastelillo.) ¡Ya lo creo que son buenos! De primer orden.) (Con la boca llena.)

### ESCENA III

DICHOS y MARGARITA

MARG. (Que baja la escalera, y se presenta por detrás del piano.) ¡Hola! ¿Todavía está usted por aquí?  
GAR. Sí... se... señora. (Atragantándose.)  
MARG. ¿Qué le pasa á usted?  
GAR. (¡Ya pasó!) Nada; estaba aquí preocupado con este *fa*, que se me resiste. Volveré luego... Voy por una cuerda.  
MARG. Vaya usted con Dios.  
ELENA (Volviendo de la ventana.) ¡Nadal! ¡Tampoco en éstel!  
GAR. Adiós, señorita.

MARG. Adiós, García.  
GAR. (Habrà que confesar la verdad. No hay más remedio.) (Vase por el foro derecha.)

### ESCENA IV

ELENA, MARGARITA y luego JUANA

MARG. Oye, Elena.  
ELENA ¿Qué quieres?  
MARG. ¿Sabes que este afinador es una calamidad?  
ELENA Parece un infeliz.  
MARG. Hace quince días que anda á vueltas con el piano y cada vez lo deja peor. (Se sienta en la banqueta del piano y hace unos acordes.) ¡Está imposible! ¡Vaya una notabilidad que nos ha recomendado Juana!  
JUANA (Con unos juegos de cama por la segunda izquierda.) ¿Pondré este juego de cama, verdad, señora?  
MARG. Sí, ese. (Juana se dirige á la segunda derecha.) Oiga usted, Juana.  
JUANA Mándeme usted. (Volviendo.)  
MARG. ¿Está usted segura de que su recomendado García es lo que usted dice?  
JUANA ¿Eh? No comprendo á la señora.  
MARG. Nos ha asegurado usted que era un buen afinador.  
JUANA Y si señora que lo es. En Guadalajara decían que era una notabilidad para esas cosas.  
MARG. Bueno, en Guadalajara lo dirían, pero á nosotros no nos conviene. Hoy mismo le diré que no vuelva por aquí. (1)  
JUANA Señora, no le despidan ustedes.  
MARG. Me parecé que García y usted son algo más que paisanos.  
ELENA ¿A que resulta que es su novio?  
JUANA ¿Mi novio? No, señorita.  
ELENA Confíeselo usted, mujer. Si después de todo no tendría nada de particular.  
MARG. Únicamente el habernos engañado.

(1) Elena—Juana—Margarita.

JUANA Pues bien, señorita. Son ustedes muy buenas conmigo y yo no debo engañarlas ni un día más. García no es mi novio.

MARG. Pues entonces...

JUANA Es... mi marido.

MARG. ¿Qué dice usted? (Se levanta.)

ELENA ¡Su marido!

JUANA Sí, señoritas. Nos casamos hace año y medio, estando él de segundo violín en Apolo y yo sirviendo en la calle del Barquillo. A los diez meses de casados tuvo que marcharse á provincias de maestro de coros de una compañía de zarzuela, y yo me quedé sola en Madrid con Pepitín.

MARG. ¿Con Pepitín?

JUANA Con el niño.

ELENA ¿Tienen ustedes un niño?

JUANA Sí, señoritas; un niño precioso que he tenido que dar á criar en el puente de Vallecas. Creo que está monísimo.

MARG. Pero, mujer. ¿Y por qué no ha sido usted franca con nosotras?

ELENA Ha sido una tontería.

JUANA No me he atrevido, señoritas. Mi intención era decirles á ustedes la verdad; pero el ultramarino que me recomendó me dijo que el señor no quería sirvientes casados, y como la casa me gustaba y ustedes me fueron muy simpáticas, por eso me callé. Pero, créanme ustedes, señoritas, que me costaba muchísimo trabajo engañarlas, porque ustedes son muy buenas, y yo no me he portao bien, pero las circunstancias me obligaban. La compañía de zarzuela tronó en Cáceres quedándonos á deber siete decenas; el niño me cuesta cuatro duros mensuales, y, es claro, yo necesito ganar para los tres. Y hay que decirlo todo, señoritas, porque si no lo digo, reviento, Manolo...

MARG. ¿Qué Manolo?

JUANA Mi marido, García.

MARG. ¡Ah! ¡Ya! No sabía que se llamaba Manolo.  
JUANA Pues bien; el pobrecillo no encuentra dónde tocar hace mes y medio, y, es claro, lo pasa muy mal, y yo, naturalmente, sufro mucho, y aunque sea quitándomelo de la

boca le doy lo que sobra de la comida. Perdonenme ustedes, señoritas. Sé que no está bien hecho, pero... no lo puedo remediar... Es mi marido, es el padre de Pepitín... (Llorando.)

MARG. Vamos, mujer. No se ponga usted así.  
ELENA (¡Pobrecita!)

JUANA No puedo, señoritas, no puedo. Al pensar en que las hemos estado engañando, siento una pena y una... (Limpiándose las lágrimas con las fundas de las almohadas.)

MARG. Pero, mujer, que está usted manchando el juego de cama.

JUANA ¡Ay, es verdad! Si no sé lo que hago... ¿De veras me perdonan ustedes?

MARG. Sí, hija, sí. Está usted perdonada. No conviene que el señor se entere. Ya veremos el modo de buscar una colocación á García.

ELENA Si yo me caso, se vendrán ustedes dos con nosotros. ¿Qué digo los dos? ¡Los tres! Pepitín vendrá también.

JUANA ¿Ha visto usted? Si esta señorita es un ángel. Ya sabe el señorito Ramiro lo que se lleva.

MARG. Bueno, bueno. (1) No hablemos más, que el tiempo urge. Tu papá y el huésped deben de llegar de un momento á otro. Ande usted, Juana. Arregle usted en seguida esa habitación; pero antes encienda usted ahí. (Enciende Juana el aparato de luz eléctrica que habrá en escena, ó en su defecto, la lámpara que estará sobre la cómoda.—Obscuro en el jardín.)

JUANA Voy, señoras, voy corriendo. (Señoritas mejores no las hay en todo Madrid.) (Después de dar luz se va por la segunda derecha.)

MARG. Tú y yo vamos á ver cómo anda esa comida. ¡Buena se va á poner con lo que está tardando!

ELENA Aguarda un momento, que creo que viene un tranvía. (Se dirige á la ventana.)

MARG. Esperas á Ramiro, ¿verdad?

ELENA Naturalmente. Ha quedado en venir, como siempre, á estas horas, y no acaba de llegar.

(1) Elena—Margarita—Juana.

UNIVERSIDAD DE MADRID  
BIBLIOTECA UNIV. DE MADRID  
ALFONSO  
1840. 1086 MON. MONT. RECTO

Hoy quizá venga decidido á hablar formalmente con papá.

MARG. Mal día ha elegido. Ya sabes que hoy no piensa más que en su amigo don Celedonio, á quien no ve hace dieciséis años.

ELENA Sí, pero he notado que papá, desde que anoche recibió el telegrama de su amigo, está de muy buen humor. Así se lo he escrito esta mañana á Ramiro.

MARG. ¿También cartitas, eh?

ELENA Naturalmente. Se la mandé por el jardine-ro. Vivimos tan lejos, que el pobre no puede venir más que una vez al día. Te digo que esto de vivir en la Guindalera me tiene más aburrida... (1) (Se sientan las dos al lado de la mesita.)

MARG. Pues, ¿y á mí? Pero, hija mía, quien manda manda, y no hay más que tener paciencia. Y tienes razón en lo que dices: tu papá está hoy de muy buen humor. No sé lo que será ese señor de Santander, pero sólo el anuncio de su llegada le ha hecho cambiar de carácter.

ELENA Apóyanos tú cuando venga Ramiro, y de seguro que papá...

MARG. Hoy tendré que cambiar de táctica.

ELENA ¿Cómo?

MARG. Sí. Deseando protegerte, y conociendo el carácter de tu señor papá, que basta que le digan blanco para que él conteste negro cuantas veces me ha hablado de tus pretensiones amorosas le he dicho que Ramiro no te conviene y que debe oponerse á esa boda.

ELENA Pues vaya una manera de protegernos.

MARG. Sí, tonta. Aconsejándole yo eso, estoy segura de que él ha de decidirse por lo contrario.

ELENA ¿Lo crees así?

MARG. Indudablemente. Y esa boda puede hacerte feliz. Ramiro es un muchacho excelente. Esa timidez que tiene, prueba la dulzura de su carácter.

ELENA Es buenísimo.

(1) Elena—Margarita.

MARG. A mí me gusta mucho, te lo aseguro.

ELENA A ti, ¿eh? Pues si tú supieras lo que me gusta á mí... (Habla dentro don Gumersindo.)

MARG. Callate, ya están ahí. Oigo la voz de tu papá. (Se levantan.)

### ESCENA V

DICHOS Y DON GUMERSINDO

GUM. (Dentro.) ¿Con que no ha venido, eh? ¡Por vida de Dios!

PEPE (Dentro.) No, señor, no ha venido viajero ninguno.

GUM. ¡Vamos! (Entrando mal humorado por el foro derecha.) ¡Si no puede ser!

MARG. ¿Qué es eso? ¿Dónde has dejado al huésped?

ELENA ¿No ha venido tu amigo?

GUM. No me habléis. ¡Estoy desesperado! (se quita el pañuelo de seda que llevará al cuello y lo guarda en el cajón de arriba de la cómoda. Es detalle importante, como ustedes verán más adelante.)

ELENA (¡Mal! Ya vuelve á las andadas.)

GUM. Lo que á mí me pasa no le pasa á nadie.

ELENA Pero, ¿qué te ha pasado, papá? (1)

GUM. Pues nada. Que de seguro Celedonio, mi querido Celedonio, al no encontrarme en la estación se habrá ido á una fonda. Vete tú ahora á buscarle por todo Madrid.

ELENA Si yo no le conozco, papá.

GUM. No es eso, mujer. Digo que cualquiera le encuentra ahora.

MARG. Pero, ¿no saliste de aquí diciendo que ibas á la estación?

GUM. Sí, señor; allá me dirigí en un coche de punto que tomé en la calle de Serrano; pero como á esos demonios de caballos parece que los alimentan con perdigones, cuando me apeé en la estación ya el tren había llegado hacía veinte minutos. ¡Como que ha venido á la hora en punto, nada más que por fastidiarme!

(1) Elena—Gumersindo—Margarita.

MARG. Vamos, Gumersindo, me parece que la cosa no es para que te disgustes de ese modo. Ya vendrá... Habrá tenido que hacer algún encargo... Ahora, Elena, vamos á ver cómo va esa comida.

GUM. Sí, sí, por si viene, que no falte nada. Sacad la vajilla nueva.

MARG. Naturalmente.

GUM. Y tú, (A Elena.) á ver cómo nos haces un buen café. Saca el juego de porcelana de cuando repican gordo.

ELENA Descuida, papá. Se recibirá dignamente á tu amigo. (Vanse Margarita y Elena, puerta segunda izquierda.)

ESCENA VI

DON GUMERSINDO. Luego PEPE y RAMIRO, por el foro derecha

GUM. Voy á ver si ya tienen arreglada la habitación. (Se dirige á la segunda derecha.) Sí; ya está en disposición de recibirle. Yo no creo que haya ido á una fonda. Eso sería una ofensa para mí, y Celedonio es incapaz de ofenderme. Me parece que han llamado. Debe de ser él... ¡Qué abrazo le voy á dar! (Se dirige al foro.)

PEPE (Desde el foro.) El señorito Ramiro. (vase.)

GUM. ¡Qué calamidad! ¡Para visitas estoy yo! (se sienta en la silla de la izquierda de la mesita.)

RAM. Muy buenas noches. (Entrando.)

GUM. Felices. (Con sequedad.)

RAM. Supongo que ya habrán comido ustedes.

GUM. No, señor.

RAM. Creía que sí.

GUM. Pues ha creído usted muy mal. (Mal humorado.)

RAM. (Y dice Elena que su papá está hoy de muy buen humor.)

GUM. (Las veinte y cuarenta. (Mirando el reloj de bolsillo.) Ha tenido tiempo sobrado para venir á pie.)

RAM. ¡Pues yo se lo digo! ¡Vaya si se lo digo! ¿Y Elena y Margarita? ¿No están en casa?

GUM. Sí, señor. Están por allá dentro muy ocupadas. Hoy estamos todos muy ocupados.

RAM. Pues me alegro de encontrarle á usted solo. (¡Estoy decidido! ¡Me lanzo!)

GUM. (Lo que más se puede tardar desde la estación aquí son cuarenta y cinco minutos.) (Sigue preocupado.)

RAM. Señor don Gumersindo.

GUM. (sin oírle.) El tren ha llegado á las diecinueve y treinta y cinco; son las veinte y cuarenta y cuatro, de manera que...

RAM. Señor don Gumersindo. (Más alto.)

GUM. ¿Qué? ¿Qué hay? (Muy incomodado.)

RAM. Que celebros mucho que estemos solos.

GUM. ¿Sí?

RAM. Sí, señor; porque desearo hablar á usted de un asunto muy importante.

GUM. No, no me hable usted de nada. Hoy no estoy para nada.

RAM. Es que quería decirle á usted...

GUM. Ya me lo dirá usted luego ó mañana... ó pasado; pero ahora imposible. Ahora no pienso más que en Celedonio. (Se levanta.)

RAM. Pero...

GUM. Usted ignora lo que es esperar á un amigo á quien no se ve hace dieciséis años. Usted no comprende lo que es ir á la estación y llegar con veinte minutos de retraso. Usted no sabe lo que es un coche de alquiler.

RAM. Sí, señor. Eso sí lo sé.

GUM. Bueno; pues comprenda usted mi angustia y mi intranquilidad.

RAM. Corriente; volveré más tarde.

GUM. Sí; vuelva usted... ó no vuelva. Como usted guste.

RAM. Pues que usted se tranquilice y que su amigo llegue sin novedad.

GUM. Gracias.

RAM. Voy á dar una vuelta por ahí. Hasta luego.

GUM. Vaya usted con Dios. Vaya usted con Dios.

RAM. (¡Ahora que estaba yo tan decidido! Puede que luego no me atreva.) (Vase por el foro derecha.)

ESCENA VII

DON GUMERSINDO. Luego PEPE y GARCÍA, por el foro derecha

GUM. Bueno estoy yo ahora para escuchar tontearías. Y si de lo que iba á hablarme era de Elena, que espere. Cuando le conozca Celedonio trataremos de eso... El me aconsejará... Es hombre que ha viajado mucho y tiene un golpe de vista para conocer á las personas... (Mira el reloj.) Las veintiuna menos cinco. ¡Dios mío! ¿Será posible que no venga? ¡Han llamado! ¡Este sí que es él! Ya decía yo que no podía ofenderme. (Va al foro derecha y aparece Pepe.)

PEPE Aquí está...

GUM. ¿Quién?

PEPE El afinador.

GAR. Servidor de usted. (Presentándose. Vase Pepe.)

GUM. (Por vida de...)

GAR. Voy, con su permiso...

GUM. (Conteniéndole.) No. Haga usted el favor de volver mañana. Esta no es hora de afinar pianos, ni yo estoy para cencerros.

GAR. Es solo una cuerda. Un *fa* que se me resiste.

GUM. Bueno, pues yo no lo resisto tampoco. Vuelva usted en mejor ocasión.

GAR. Está bien. Volveré. (Medio mutis y vuelve.) Yo lo hacía por si los señoritos...

GUM. Déjeme usted en paz, hombre, déjeme usted en paz.

GAR. Voy, voy. (El caso es que yo necesitaba hablar con Juana esta misma noche...) Beso á usted la mano...

GUM. Vaya usted mucho con Dios. (Vase García por el foro derecha.)

ESCENA VIII

DON GUMERSINDO. Luego PEPE. Más tarde JUANA. Después MARGARITA y ELENA

GUM. ¡Caracoles con las visitas! Y este dichoso afinador ya me va á mi cargando. Todos los

días me le encuentro ahí dale que le das al piano.

PEPE Señor... (Por el foro.)

GUM. ¡No estoy en casa para nadie!

PEPE Si es que á la puerta se ha parado un simón con unas maletas.

GUM. ¡Es él! ¡Es Celedonio!

PEPE Digo yo que lo será.

GUM. Anda y que suban el equipaje. ¡Si no podía faltar! (Vase Pepe por el foro.) ¡Margarita! ¡Elena! ¡Juana! Y yo que creía... Si no podía ser. (Saliendo por la segunda derecha.) ¿Llamaba usted?

GUM. Baje usted y ayude á Pepe á subir las maletas.

JUANA ¿Ya ha llegado ese señor?

GUM. Sí. (Desde la ventana.) ¡El es! ¡Por ahí, por la puerta de la verja! (Vase Juana por el foro.) ¡Elena! ¡Margarita!

MARG. (Saliendo por la segunda izquierda.) ¿Qué es eso?

ELENA (Idem.) ¿Qué pasa?

GUM. Que ya le tenemos ahí.

MARG. ¡Gracias á Dios!

CEL. (Dentro.) ¡Gumersindo!

GUM. (Desde la puerta del foro.) ¡Por aquí! ¡Por aquí!

ESCENA IX

DICHOS y DON CELEDONIO en traje de viaje y con un saco de noche en la mano

CEL. ¡Gumersindo de mi alma!

GUM. ¡Celedonio de mi vida! (Se abrazan fuertemente. Celedonio deja el saco en la silla de la izquierda del foro.)

CEL. ¡Otro abrazo, hombre, otro abrazo!

GUM. ¡Todos los que quieras!

MARG. (¡Vaya un tipo!) (Entran por el foro Pepe y Juana con maletas, mantas, sombrero y demás llos de viaje.) Id colocando todo eso en esa habitación. Llevad ese saco.

CEL. No, deja; luego lo llevarán. (Vanse Pepe y Juana por la segunda derecha. Salen luego y se van. Juana por la segunda izquierda; Pepe por el foro derecha.)

- GUM. ¡Vaya con Celedonio! ¡Dieciséis años sin vernos! (1)
- CEL. Pero, oye, preséntame. Esta será tu hija Elenita.
- ELENA Para servir á usted.
- CEL. Es monísima.
- ELENA Muchas gracias.
- CEL. Cuando yo la vi la última vez tenía año y medio.
- GUM. Acabábamos de destetarla.
- CEL. Te aseguro que si la encuentro en la calle no la hubiera conocido. ¡Lo que se desfiguran estas muchachas!
- MARG. ¡Naturalmente!
- CEL. ¿Y esta otra señorita?
- GUM. Mi mujer.
- CEL. ¿Tu mujer?
- MARG. Servidora de usted.
- CEL. ¡Ah, bribón! Y me escribiste diciendo que te casabas en segundas nupcias con una señora de cierta edad.
- MARG. No soy ninguna niña... Tengo ya veintinueve años.
- GUM. Veintinueve años cumplidos.
- CEL. Déjate de cumplidos. Es mucha la diferencia. No vengas presumiendo de pollo, porque tú y yo somos de una edad, mes arriba ó abajo, y, francamente, yo no me hubiera atrevido.
- GUM. ¡Pero hombre! Este siempre tan bromista.
- MARG. Ya veo. ¡Qué animal debe de ser este caballero.) (A Elena.)
- GUM. ¡Vaya con Celedonio! Tienes que perdonarme... He llegado tarde á la estación...
- CEL. No me chocha. Si yo creí que no llegaba nunca á esta casa. Esto no es vivir en Madrid. Tienes que mudarte al centro.
- ELENA ¿Verdad que sí?
- CEL. ¿A quién se le ocurre vivir en las afueras?
- GUM. Es un hotelito muy cómodo y que me ha costado muy barato.
- CEL. No importa. Es preciso que lo vendas.

(1) Celedonio—Gumersindo—Elena—Margarita.

- MARG. (1) Nosotras lo sentiríamos. Nos encontramos aquí tan á gusto...
- GUM. Puede, puede que lo venda.
- MARG. ¿Lo ves? (A Elena.)
- GUM. Basta que tú me lo aconsejes.
- CEL. Usted no sabe, señorita (2) (A Margarita.) digo, señora... No me acostumbro á la idea de que sea tu mujer.
- GUM. Pues acostúmbrate.
- CEL. Usted no sabe, señora, lo que éste y yo nos queremos.
- GUM. Mucho.
- MARG. Ya sabemos, ya.
- CEL. Como que nos conocemos desde niños, desde el año... (Gesto de Gumersindo.) Descuida, no diré la fecha. Pues hace lo menos cuarenta años.
- GUM. ¡Ya la soltó!
- CEL. ¡Lo que hemos corrido de muchachos por aquella playa del Sardinero! Siempre andábamos juntos. ¡Y qué afición teníamos á embarcarnos!
- GUM. ¡Ah!
- CEL. Nos pasábamos las horas muertas en una balandra preciosa de un tío de éste, que se llamaba *La Gaviota*.
- GUM. ¡Qué tiempos aquéllos!
- CEL. Y aquí, donde ustedes le ven, este hombre fué mi salvador.
- GUM. ¡Celedonio!
- CEL. Sí, señor; á ti te debo la vida. ¿No les ha contado á ustedes ese rasgo heroico?
- MARG. No, señor.
- CEL. Pues lo contaré yo, porque esas cosas enaltecen á Gumersindo.
- GUM. ¡Pero hombre!
- CEL. Verán ustedes (Se sientan los cuatro. Gumersindo en la butaca, Celedonio en la silla derecha de la mesita, Margarita en la de la izquierda y Elena en la banqueta del piano.) Eramos en aquella época dos pollos bastante calaverillas... (Movimiento de Gumersindo.) Tú te callas. Hay que decirlo

(1) Celedonio—Gumersindo—Margarita—Elena.

(2) Gumersindo—Celedonio—Margarita—Elena.

todo.—Había entonces en Santander una magnífica compañía de zarzuela. Una tarde salimos á comernos una empanada de jamón mar adentro. No íbamos solos. Nos acompañaban dos coristas.

ELENA

¡Papá!

GUM.

Dos coristas... ¡del coro de hombres!

CEL.

Eso es. Dos coristas muy guapos.

GUM.

¡Muy guapos!

CEL.

Eso, muy guapos y muy simpáticos. Llevábamos viento favorable. La balandra se deslizaba blandamente sobre las olas. Yo, entusiasmado ante el hermoso espectáculo que presentaba el mar, me puse de pie sobre la borda, (se pone de pie, colocando el pie izquierdo sobre la silla.) y comencé á cantar aquello de *Marina*, que estaba entonces muy en boga: (Canta.) *Al ver en la inmensa llanura del mar...*

GUM.

(Canta.) *¡Del mar!...*

CEL.

Pero cuando llegaba á la *llanura* vino un golpe de mar y ¡cataplúm! me caí de cabeza por estribor. (se sienta.) ¡Qué momentos aquellos!... Las coristas...

GUM.

¡Los!

CEL.

Los coristas se desmayaron.

MARG.

¡Pobrecitas! Digo, ¡pobrecitos!

CEL.

Yo nadaba muy mal, y por más que pateaba no conseguía salir á flote. ¡El agua que yo tragué! Ya me creía ser pasto de los peces, cuando de pronto sentí una mano vigorosa que me suspendía por el cabello. (Margarita mira la cabeza de don Celedonio.) Entonces tenía yo una cabellera hermosa. Si llega á ser ahora, me voy á fondo irremisiblemente. Aquella mano era la de éste, que con un valor que yo no pagaré nunca, se arrojó vestido y todo á salvar al pobre naufrago. Yo, al ver á éste á mi lado, me agarré á él con las ansias de la muerte, imposibilitando sus movimientos, y los dos nos hubiéramos ahogado, seguramente, si Gumerindo, con una serenidad pasmosa, no me hubiera pegado un puñetazo en la boca del estómago que me hizo perder el conocimiento. Libre ya de mis garras, me llevó nadan-

do hasta la balandra, y cuando volví en mí me encontré calentito en mi cama y rodeado de las personas de mi familia. Diga usted, señora, si yo podré olvidar nunca lo que le debo á este hombre.

GUM.

No es para tanto.

CEL.

Cuanto yo haga por ti me parecerá siempre poco. Quisiera que en este momento se prendiera fuego á la casa.

GUM.

¡Hombre! (Se levantan todos.)

ELENA

¡Jesús!

MARG.

¡Qué atrocidad!

CEL.

¡Sí, señor; para arrojarme á las llamas y salvaros á todos.

GUM.

Gracias. (Abrazándole.) Esto no es un amigo.

MARG.

(No; es un bombero.) (A Elena.)

GUM.

¡Qué deseos tenía de que vinieras á pasar unos días con nosotros, porque supongo que vendrás por una temporadita!

CEL.

No lo sé. Lo mismo puedo estar aquí dos meses que veinticuatro horas. Depende de los negocios. Como es nuevo el personal de la fábrica...

GUM.

¿Qué fábrica?

CEL.

Pero ¿no has recibido mi circular?

GUM.

No. ¿Has dejado el negocio de los vinos?

CEL.

No tuve más remedio. El año pasado me gasté una fortuna en vinos blancos de la Rioja, y se me avinagró toda la partida.

GUM.

¡Qué lástima!

CEL.

En vista de eso, ¿qué dirán ustedes que hice?

GUM.

¡Qué sé yo!

CEL.

Me dediqué á la preparación de escabeches.

GUM.

¡Ah! ¡Ya! Para aprovechar el vinagre.

CEL.

Naturalmente. Y vaya un titulito que le he puesto á la fábrica. «*La Digestiva.*» *Escabeches al natural y conservas alimenticias.*

GUM.

¡Lo que á este no se le ocurre!

CEL.

Y ahora, con tu permiso, voy á hacer un obsequio á tu mujer y á tu hija. (Coge el saco lo coloca sobre la mesa y lo abre.)

ELENA

¡Por Dios!

MARG.

¡Tanta amabilidad!

GUM.

¿Por qué te has molestado?

CEL.

¡Pues no faltaba más!

MARG. (¿Qué nos traerá?) (A Elena.)  
 CEL. Productos de la casa. (Sacando una lata.)  
 MARG. (¡Ah, vamos!)  
 CEL. Señora... *Lubina*.  
 ELENA. Gracias.  
 CEL. Elenita... *Anquila*.  
 ELENA. Muchas gracias.  
 CEL. *Congrio*. (A Gumersindo, que se ha vuelto de espaldas.)  
 GUM. ¿Eh?  
 CEL. *Congrio*.  
 GUM. ¡Ah!  
 CEL. Y llévense ustedes también estas otras latas de sardinas. (Dandoselas a Margarita y a Elena.)  
 GUM. ¿Para qué tanto?  
 MARG. (¡Pues no es poco *latoso* este buen señor!)  
 CEL. Ya las comerán ustedes, y verán cosa rica.  
 MARG. A propósito de comer. Creo que ya podemos...  
 GUM. Pues es verdad. Vamos en seguida. Ya verás qué estómago el mío. Es un pozo sin suelo.  
 CEL. ¿Pero comen ustedes a estas horas?  
 GUM. Solemos hacerlo a las diez y nueve...  
 CEL. ¿Eh?  
 GUM. A las siete; pero hoy, por esperarte... Tendrás un café riquísimo.  
 CEL. ¿Comida y café a las diez de la noche? Quiá. De ninguna manera. Yo no ceno hace diez años más que mi chocolate y mi vaso de leche. Y tú debes hacer lo mismo. Es una locura a tus años comer fuerte a estas horas. Puede darte una congestión.  
 GUM. ¿Crees tú?...  
 CEL. ¡Vaya si lo creo!  
 GUM. ¡Bueno, bueno! Pues comed vosotras. Este y yo tomaremos chocolate.  
 MARG. Pues hasta luego.  
 ELENA. Hasta después.  
 GUM. Toma, nena. Llévate el *congrío* de Celedonio.  
 CEL. Vayan ustedes con Dios.  
 ELENA. A mí ya se me ha quitado el apetito. (A Margarita.)  
 MARG. (¡Claro! ¡Con tanto escabeche!...) (Vanse Margarita y Elena con las latas por la segunda izquierda.)

### ESCENA X

GUMERSINDO y CELEDONIO

GUM. Conque, ¿qué te parece mi mujercita? (1)  
 CEL. Ella muy bien. El que me parece mal eres tú.  
 GUM. ¡Celedonio!  
 CEL. Sí, señor. Esa boda ha sido una barbaridad.  
 GUM. Te advierto que es una buena muchacha y muy bien educada. Era la profesora de labores de la niña. Le pagaba diez duros al mes y casi todos los días comía con nosotros. La pobrecita era huérfana, y yo...  
 CEL. Vamos, sí; te has casado por economía.  
 GUM. No, señor. Me he casado enamorado de ella.  
 CEL. Bueno; ¡pero no tendrás la pretensión de creer que ella esté enamorada de ti!  
 GUM. Hombre, me parece que yo...  
 CEL. Gumersindo, no seas mamarracho.  
 GUM. Claro; como tú eres enemigo del matrimonio...  
 CEL. Soy soltero por filosofía. Yo no he tenido nunca confianza en mí... ni en los demás... ¡No me fío de nadie! De joven no me casé porque tenía la seguridad de pegársela a mi mujer; y de viejo no me caso porque estoy seguro de que mi mujer me la habla de pegar a mí.  
 GUM. Tienes unas teorías...  
 CEL. No; no es esto decir que tu mujer... Créeme, Gumersindo, si alguna vez te faltara tendría yo un disgusto horrible.  
 GUM. ¡Toma! ¡Y yo!  
 CEL. No quiera Dios que esto suceda.  
 GUM. ¡Claro! Dios no puede querer esas cosas.  
 CEL. Vaya, ¿cuál es mi habitación? Deseo arreglarme un poco.  
 GUM. Aquí la tienes. (Segunda derecha.) Y esta otra es el despacho. (Primera derecha.) Si necesitas escribir... Aquí estarás como en tu casa. Si

(1) Celedonio—Gumersindo.



te hace falta algo no tienes más que llamar. Todos estamos aquí para servirte.

CEL. Ya lo sé, ya lo sé. Hasta luego, Gumersindo.  
GUM. Hasta luego, Celedonio. (Vase don Celedonio, llevándose el saco por la segunda derecha.)

ESCENA XI

DON GUMERSINDO. Luego ELENA, por la segunda izquierda

GUM. ¿Cómo me quiere este hombre! ¡Caramba! Tengo un hambre más que regular. Me parece que con el chocolate no voy á poder aguantar hasta mañana. Voy á ver si tomo antes algo más sustancioso. (Aparece Elena.)  
¿Qué? ¿Ya habéis comido?

ELENA No tenía apetito.  
GUM. Pues yo sí. Estate con cuidado por si Celedonio necesita algo.  
ELENA Descuida, papá. (Vase Gumersindo por la segunda izquierda.)

ESCENA XII

ELENA y RAMIRO

ELENA ¡Pero, señor! ¿Qué le pasará hoy á Ramiro? (Desde la ventana.)  
RAM. ¿Se puede? (Desde el foro derecha.)  
ELENA ¡Gracias á Dios!  
RAM. ¿Estás sola? (1)  
ELENA Ya lo ves. Me parece que ya es hora de que vinieras.  
RAM. Si ya he estado aquí antes.  
ELENA ¿Sí?  
RAM. Me recibió tu papá. ¡Y cómo me recibió!  
ELENA ¿Qué?  
RAM. Estaba de un humor que ya, ya. Como que no he podido decirle á lo que venía. ¿Y sabes tú á lo que venía?  
ELENA A verme.

(1) Ramiro—Elena.

RAM. Y á pedirle tu mano.  
ELENA ¿Al fin te has decidido?  
RAM. Hace un momento si lo estaba, pero tu padre me recibió de una manera, que no sé si luego me atreveré. ¿Ha venido ya el huésped?

ELENA Sí.  
RAM. Me alegro. Ahora estará más tratable.  
ELENA Atrévete; no seas pusilánime.  
RAM. No sé, no sé... A tu papá no le soy simpático, y á tu madrastra tampoco.

ELENA ¿A Margarita?  
RAM. Sí, señor. Ayer tarde cuando tú saliste un momento, y yo me quedé ahí tocando la *Barcarola* de Bertini, al llegar al pianísimo, oí que Margarita le decía por lo bajo á tu papá: «No toleres esas relaciones. Ese chico no le conviene á Elena.»

¿De veras dijo eso? (Riéndose.)

ELENA Sí.  
RAM. ¡Tonto!  
ELENA ¡Eh!  
RAM. Si todo eso es un plan convenido.  
ELENA ¿Cómo?

RAM. Margarita está de nuestra parte. Me lo ha asegurado hace un momento. Dice que le gustas mucho.

ELENA ¿Sí?  
RAM. Y que le eres sumamente simpático.

ELENA Y yo que creía... (Muy contento.)

GUM. (Dentro.) ¡Elena!  
ELENA ¡Voy!—¡Papá me llama!  
RAM. Indícale tú algo á ver cómo lo toma.  
ELENA Le anunciaré tu visita.

GUM. (Dentro.) ¡Elena!  
ELENA ¡Allá voy!—No te marches. Hoy nos retiraremos más tarde... Atrévete. Con ese carácter no se va á ninguna parte. ¡Adiós, monín! (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA XIII

RAMIRO. Luego GARCÍA

RAM. ¿Que con este carácter no se va á ninguna parte?... Con este carácter... me voy ahora

mismo al jardín. Volveré cuando estén todos reunidos. El padre tiene unos prontos que le dejan a uno frío. (Tropieza al salir con García, que entra por el foro derecha.)

GAR. ¡Ay! ¡Usted dispense.

RAM. No hay de qué.

GAR. Soy el afinador.

RAM. ¡Ya! ¡Ya!

GAR. Voy con su permiso...

RAM. Es usted muy dueño. Me parece que éste y la doncellita se entienden. A mí no me la dan. Quede usted con Dios. (Vase por el foro derecha.)

GAR. Vaya usted enhorabuena. El joven de los siete trajes. ¡Lástima de ropa! Parece un palomino atontado. ¿Dónde estará Juanita? Esta noche sin falta necesito verla. Valiente disgusto me acaba de dar el ama de cría. Si se empeña en dejarme a Pepitín, ¿qué hago yo con él? A ver si anda por aquí... (Se acerca a la puerta primera derecha.)

ESCENA XIV

GARCÍA, ELENA; luego DON CELEDONIO

ELENA (Que viene de la segunda izquierda.) Oye, Ramiro; papá dice... ¡Se ha marchado! ¡No! Allí está. Si es el afinador. ¡Señor García!

GAR. (Volviéndose asustado.) ¿Eh?... ¡Ah, señorita!... Miraba a ver si molestaba a alguien.

ELENA Venga usted acá, venga usted acá. ¡Valiente trapalón es usted! (1)

GAR. ¡Eh! (Asustado.)

ELENA ¿Como sigue Pepitín?

GAR. ¿Qué!

ELENA No se asuste usted, hombre. Papá no sabe nada, pero nosotras estamos enteradas de todo. Juana nos lo ha confesado.

GAR. ¿Es de veras? ¿Y nos perdonan ustedes?

ELENA Sí, hombre, sí.

GAR. Muchísimas gracias.

(1) García—Elena.

ELENA Cuento usted con mi protección.

GAR. ¡Ah, señorita! Es usted tan buena como hermosa.

CEL. (Que va a salir por la segunda derecha y se detiene en la puerta.) ¡Eh! (Asoma la cabeza por entre las dos hojas de la colgadura.)

GAR. ¡No sabe usted lo dichoso que me hace! ¡Permitame usted que le exprese mi gratitud! (Cogiéndole una mano y besándola.)

CEL. ¡Canastos!

ELENA ¡Por Dios!

GAR. Es usted mi ángel tutelar.

ELENA Que mi papá no se entere, porque ya sabe usted cómo las gasta. No nos perdonaría nunca el que le hubiéramos engañado. (Oyese dentro la voz de don Gumersindo.) Ahí viene.

CEL. ¡Zambomba! (Se retiran.)

GAR. ¡Caracolitos! (Se sienta al piano y telea con fuerza.)

ESCENA XV

DICHOS y DON GUMERSINDO. Más tarde, JUANA

GUM. (Dentro.) ¡Sí! Ya puede usted traer esos chocolates. (Saliendo por la segunda izquierda y oyendo a García.) Pero, hombre, ¿ya está usted por aquí otra vez?

GAR. No es más que este *fa*. ¿Ve usted? Está muy bajo. (1)

ELENA Sí, papá, es ese *fa*.

GUM. ¡Pues ya me voy yo *fas*... tidiando!

GAR. Es cosa de un momento.

ELENA En seguida despacha.

GUM. Bueno, bueno; pues acabe usted y no vuelva por aquí en una temporada. ¡Demonio de afinador! El mejor día me lo encuentro en la sopa... (García sigue afinando el piano.) ¿No decías que Ramiro estaba aquí?

ELENA Estaba, pero se ha marchado.

GUM. Pues ya veremos lo que opina Celedonio cuando le conozca.

(1) Elena—Gumersindo—García.

BIBLIOTECA UNIV. DE NUEVO LEON  
"ALFONSO..."  
1925 MONTERREY, MEXICO

JUANA (Sale por la segunda izquierda con dos chocolates con bizcochos y dos vasos de leche en una bandeja.) Aquí está esto.

GUM. Colóquelo usted ahí. (En la mesita.) No sé si habrá despachado. (Se dirige á la segunda derecha.) ¿Se puede?

CEL. (Dentro.) ¡Adelante! (Vase don Gumersindo.)

ESCENA XVI

DICHOS menos DON GUMERSINDO

ELENA. Vamos, díganse ustedes ahora todo lo que quieran; pero pronto, porque van á salir. (se queda en la puerta segunda derecha.)

JUANA. Muchas gracias. (1)

GAR. (A Juana.) Tenemos mucho que hablar. Acabo de ver á la nodriza.

JUANA. ¿Le ocurre algo niño?

GAR. No, el niño está bueno; pero nos lo van á poner á dieta.

JUANA. Pues, ¿qué pasa?

GAR. Que la nodriza no quiere seguir criándole.

JUANA. ¡Ay, Dios mío!

GAR. Mañana por la mañana me lo entregará.

JUANA. ¿Y qué vamos á hacer?

GAR. No lo sé. Ya escribi al tío Pepe pidiéndole dinero, pero ya sabes cómo es. Es preciso que hablemos.

ELENA. ¡Qué ya vienen!

GAR. Espérame esta noche.

JUANA. ¿Dónde?

GAR. Ahí, en esa ventana, como el otro día. Cuando todos estén acostados, te asomas, que yo vendré por el jardín.

JUANA. No sé si podré.

GAR. Pues no hay más remedio. (Hablan dentro don Celedonio y don Gumersindo.)

ELENA. ¡Que ya salen!

JUANA. Hasta luego. ¡Pobre Pepitin! (Vase por la segunda izquierda.)

(1) Elena—Juana—García.

GAR. Yo me voy, no sea que el papá la tome conmigo. (Coloca en el piano la tabla delantera, que desde el principio del acto habrá estado apoyada en uno de los costados.)

ESCENA XVII

ELENA, GARCÍA, DON GUMERSINDO y DON CELEDONIO

ELENA. Que se les enfria á ustedes el chocolate.

GUM. Vamos, vamos. (Viendo á García.) ¿No ha despachado usted todavía?

GAR. Sí, señor, sí. Me voy ahora mismo.

GUM. Vaya usted con Dios. (Se sienta y empieza á tomar el chocolate.)

GAR. Servidor de ustedes.

CEL. Beso á usted la mano. (Vase García por el foro derecha.) Oye. (A Gumersindo.) ¿Quién es ese joven? (1)

GUM. El afinador. Un pobre muchacho.

CEL. (¿El afinador?) Pues tiene gusto la chiquilla. (Va á sentarse. Elena le llama aparte.)

ELENA. (Aparte.) (Oiga usted, don Celedonio.)

CEL. (¿Qué?)

ELENA. (En usted confío.)

CEL. (¿Cómo?)

ELENA. (Necesito que usted nos proteja.)

CEL. (¿Yo?)

ELENA. (Que no se entere papá.)

GUM. Pero, hombre, que se enfria el chocolate.

CEL. Voy, voy. (Se acerca á la mesa y se sienta.)

ELENA. ¿Necesitas algo, papá.

GUM. Nada, hija mía.

ELENA. Pues hasta luego y que aproveche. (Vase por la segunda izquierda, haciéndole señas á don Celedonio.)

CEL. (La niña es de oro.)

(1) Elena—Celedonio—Gumersindo.

ESCENA XVIII

DON CELEDONIO Y DON GUMERSINDO

GUM. Ya ves que sigo tu consejo. En adelante me contentaré con esta cena frugal. (1)

CEL. No hay nada más sano.

GUM. Sano sí será; pero la verdad, para un estomago como el mío... Te advierto que aquí todos tenemos buen apetito. Es decir, todos no. La niña hace una temporadita que anda algo desganada. Los amores no la dejan vivir. Y a propósito, tenemos que hablar de esos amores.

CEL. Hombre, me alegro; creí que no sabías nada. Me sorprende que tú toleres esas relaciones. (Tomando chocolate.)

GUM. Pero, ¿cómo? ¿Estás ya enterado? (Con la boca llena.)

CEL. Me he enterado sin querer. Y, francamente, no es ese el novio que yo hubiera soñado para tu hija.

GUM. Le conocimos en casa de unos amigos a donde íbamos de reunión. Nos acompañaba todas las noches. Yo, naturalmente, le ofrecí la casa y hace tres meses que nos visita todos los días. Es un muchacho muy elegante.

CEL. ¡Hombre, por Dios! Si lleva un chaqué imposible. Pero la ropa es lo de menos. Yo creo que debes desear para Elenita un muchacho de carrera.

GUM. La tiene.

CEL. ¿Llamáis aquí carrera a la de afinar pianos?

GUM. ¿Qué?

CEL. ¡Sí, señor! Tu hija debe aspirar a algo más que a casarse con un afinador.

GUM. Pero, ¿qué estás diciendo?

CEL. Lo que oyes.

GUM. ¿Con un afina...? (soltando la carejada.) ¡Vamos, hombre! Tú no estás bueno de la cabeza. Si

(1) Celedonio—Gumersindo.

el novio de Elena es un muchacho elegantísimo, con su carrera de abogado.

CEL. ¿Sí, eh?

GUM. Sí, señor. Ya te le presentaré para que me digas tu opinión. Hace un momento estaba aquí. El parece que está muy enamorado de la chica, pero mi mujer se opone.

CEL. ¿Sí, eh? (Escamado.)

GUM. Le es muy antipático. No cesa de repetírmelo.

CEL. ¡(Malo!) ¿Y ese joven elegante os visita con mucha frecuencia?

GUM. Todos los días.

CEL. ¿Y tu mujer le trata con amabilidad?

GUM. Naturalmente, por educación. Algunas tardes salen los tres juntos de paseo. La pobre Margarita se sacrifica por Elena, porque lo que es ella, no le puede tragar.

CEL. ¡(Malo! ¡Malo!)

GUM. ¿Tú no acabarás todos los bizcochos?

CEL. No.

GUM. Pues yo ya he concluido mi ración. (Coge unos bizcochos del plato de don Celedonio.)

CEL. ¡(Pobre Gumersindo!)

GUM. ¡Dios me conserve este apetito!

CEL. (Preocupadísimo se va a llevar un bizcocho a la boca y se queda ensimismado.) ¡(Es natural! ¡Tenía que suceder!)

GUM. (Observando a Celedonio.) ¡Eh! (Sacudiendo la servilleta para llamarle la atención.)

CEL. ¿Qué?

GUM. ¿Qué es eso? A ti te pasa algo.

CEL. (Yo no debo permitir que engañen a este hombre.) Escucha, Gumersindo.

GUM. Aguarda un momento. (Acaba de beber la leche.) Habla, cuéntame lo que te pasa.

CEL. Tú no dudarás de mi amistad.

GUM. ¡Antes la muerte!

CEL. Pues bien. (Se levanta y va hacia las puertas de la derecha y del foro; luego a las de la izquierda, y vuelve a su sitio.—Gumersindo le sigue con la vista girando sobre el asiento de la silla hasta casi caerse.)

GUM. (A este hombre le ocurre algo grave.)

CEL. Oye, Gumersindo. ¿Tú creerás que vives en la Guindalera? (Muy solemne.)

GUM. ¡Me parece!...

CEL. Pues, no señor. ¡Vives en el Limbo!

GUM. ¿Eh?

CEL. Tu hija está en amores con el afinador.

GUM. ¡Dale bola! (Riéndose.)

CEL. No hay bola que valga. Hace un momento, aquí mismo, los sorprendí diciéndose ternezas.

GUM. ¡No es posible! (Preocupado.)

CEL. Y él besaba la mano de tu hija.

GUM. ¿Qué dices? (Muy serio.)

CEL. Y la llamaba ángel mío, es decir, ángel suyo.

GUM. ¡Ah! ¡Pillo! Por eso me le encuentro aquí á todas horas. (Se levantan los dos.)

CEL. Naturalmente.

GUM. ¿De modo que no sólo me engaña á mí, sino que engaña también á Ramiro, á ese pobrecito muchacho?

CEL. Ese pobrecito muchacho, como tú le llamas, no viene aquí por tu hija.

GUM. ¡Ah! ¡Ya! Viene por la doncella.

CEL. Gumersindo, eres un infeliz.

GUM. Entonces... ¡Ay, Dios mío de mi alma!... ¡Qué sospechal! ¡Le mato!

CEL. ¡Calma, mucha calma! No hay que precipitarse. Tu mujer es inocente. Digo yo que debe de ser inocente.

GUM. ¡Claro!

CEL. Tú déjame á mí. ¿Me lo prometes?

GUM. Te lo prometo. (Dándole la mano.)

CEL. Gracias. Estate tranquilo. En cuanto á ese joven, yo me encargó de...

### ESCENA XIX

DICHOS y RAMIRO, por el foro derecha

RAM. ¿Se puede?

GUM. (¡Ahí está!) (A Celedonio.)

CEL. (Me alegro.)

RAM. Señores... (Entrando.)

CEL. (¡Calma, mucha calma!) (A Gumersindo.) (1)

(1) Ramiro—Gumersindo—Celedonio.

RAM. Señor don Gumersindo...

GUM. ¿Qué hay? (Con mucha sequedad.)

RAM. Deseaba hablar con usted.

GUM. Conmigo no tiene usted nada que hablar. Lo que tenga usted que decirme á mí, se lo dice usted al señor. (¿Eh?) (A Celedonio.)

CEL. (¡Muy bien!)

RAM. Si es que yo...

GUM. ¡Ni una palabra más! (Le mira de alto á bajo con desprecio.) ¡Abur! (Vase con dignidad cómica por la segunda izquierda.)

RAM. Usted lo pase bien. (Es un genio imposible...)

### ESCENA XX

DON CELEDONIO y RAMIRO. Breve pausa. Ramiro mira sonriente á Celedonio, el cual estará muy serio

CEL. Tome usted asiento.

RAM. Gracias. (Se sientan Ramiro en la butaquita y don Celedonio en la silla de la derecha de la mesita.) ¿Qué tal? ¿Ha llegado usted bien?

CEL. Sí, señor, y, por fortuna, he llegado á tiempo. (Con intención.)

RAM. Pues es raro, porque aquí los trenes llegan siempre con mucho retraso.

CEL. Oiga usted, joven. (Acerca su silla á la butaca.) A mí nadie me la da.

RAM. ¿Cómo?

CEL. Que á mí nadie me la da.

RAM. ¿Y qué es lo que no le dan á usted?

CEL. (O es tonto ó se hace.) Conozco los propósitos de usted.

RAM. Me alegro. A ver si ablandas usted á don Gumersindo.

CEL. ¡Caballero!

RAM. Ya tengo de mi parte á su señora.

CEL. ¿Cómo?

RAM. Yo creí que le era muy antipático; pero hoy...

CEL. ¿Qué?

RAM. Hoy me he enterado de que Margarita acepta mis relaciones.

CEL. ¿Eh?

CEL. Pues, no señor. ¡Vives en el Limbo!

GUM. ¿Eh?

CEL. Tu hija está en amores con el afinador.

GUM. ¡Dale bola! (Riéndose.)

CEL. No hay bola que valga. Hace un momento, aquí mismo, los sorprendí diciéndose ternezas.

GUM. ¡No es posible! (Preocupado.)

CEL. Y él besaba la mano de tu hija.

GUM. ¿Qué dices? (Muy serio.)

CEL. Y la llamaba ángel mío, es decir, ángel suyo.

GUM. ¡Ah! ¡Pillo! Por eso me le encuentro aquí á todas horas. (Se levantan los dos.)

CEL. Naturalmente.

GUM. ¿De modo que no sólo me engaña á mí, sino que engaña también á Ramiro, á ese pobrecito muchacho?

CEL. Ese pobrecito muchacho, como tú le llamas, no viene aquí por tu hija.

GUM. ¡Ah! ¡Ya! Viene por la doncella.

CEL. Gumersindo, eres un infeliz.

GUM. Entonces... ¡Ay, Dios mío de mi alma!... ¡Qué sospechal! ¡Le mato!

CEL. ¡Calma, mucha calma! No hay que precipitarse. Tu mujer es inocente. Digo yo que debe de ser inocente.

GUM. ¡Claro!

CEL. Tú déjame á mí. ¿Me lo prometes?

GUM. Te lo prometo. (Dándole la mano.)

CEL. Gracias. Estate tranquilo. En cuanto á ese joven, yo me encargó de...

### ESCENA XIX

DICHOS y RAMIRO, por el foro derecha

RAM. ¿Se puede?

GUM. (¡Ahí está!) (A Celedonio.)

CEL. (Me alegro.)

RAM. Señores... (Entrando.)

CEL. (¡Calma, mucha calma!) (A Gumersindo.) (1)

(1) Ramiro—Gumersindo—Celedonio.

RAM. Señor don Gumersindo...

GUM. ¿Qué hay? (Con mucha sequedad.)

RAM. Deseaba hablar con usted.

GUM. Conmigo no tiene usted nada que hablar. Lo que tenga usted que decirme á mí, se lo dice usted al señor. (¿Eh?) (A Celedonio.)

CEL. (¡Muy bien!)

RAM. Si es que yo...

GUM. ¡Ni una palabra más! (Le mira de alto á bajo con desprecio.) ¡Abur! (Vase con dignidad cómica por la segunda izquierda.)

RAM. Usted lo pase bien. (Es un genio imposible...)

### ESCENA XX

DON CELEDONIO y RAMIRO. Breve pausa. Ramiro mira sonriente á Celedonio, el cual estará muy serio

CEL. Tome usted asiento.

RAM. Gracias. (Se sientan Ramiro en la butaquita y don Celedonio en la silla de la derecha de la mesita.) ¿Qué tal? ¿Ha llegado usted bien?

CEL. Sí, señor, y, por fortuna, he llegado á tiempo. (Con intención.)

RAM. Pues es raro, porque aquí los trenes llegan siempre con mucho retraso.

CEL. Oiga usted, joven. (Acerca su silla á la butaca.) A mí nadie me la da.

RAM. ¿Cómo?

CEL. Que á mí nadie me la da.

RAM. ¿Y qué es lo que no le dan á usted?

CEL. (O es tonto ó se hace.) Conozco los propósitos de usted.

RAM. Me alegro. A ver si ablandas usted á don Gumersindo.

CEL. ¡Caballero!

RAM. Ya tengo de mi parte á su señora.

CEL. ¿Cómo?

RAM. Yo creí que le era muy antipático; pero hoy...

CEL. ¿Qué?

RAM. Hoy me he enterado de que Margarita acepta mis relaciones.

CEL. ¿Eh?

- RAM. Parece que le gusto y que me quiere muchísimo.
- CEL. ¡(Qué escándalo!) ¿Y usted lo ignoraba hasta ahora?
- RAM. Sí, señor; pero crea usted que me ha sorprendido muy agradablemente.
- CEL. ¡Lo creo!
- RAM. Tres meses viniendo todos los días, y sin enterarme. (Sonriente.)
- CEL. En cambio, estará usted enterado de los amores de Elena con el afinador.
- RAM. ¡Eh! ¿Cómo? (Se levantan los dos.)
- CEL. Ya comprenderá usted que yo no puedo tolerar... ni lo uno, ni lo otro!
- RAM. ¿Dice usted que Elena y el afinador?...
- CEL. Están en relaciones.
- RAM. ¡(Dios mío!)
- CEL. El padre lo sabe todo. Ese hombre ha engañado a esta familia. Hace un momento los he encontrado aquí en amante coloquio.
- RAM. ¡Sí! Ahora que recuerdo... La otra noche, a eso de las once, cuando yo volvía a esta casa, porque me había dejado olvidado el paraguas, ví que un bulto se deslizaba cautelosamente por el jardín.
- CEL. Sí, ¿eh?
- RAM. Y que se acercaba a esa ventana.
- CEL. ¡Hola!
- RAM. Y que subía agarrándose al antepecho.
- CEL. ¡Caracoles!
- RAM. Aquel bulto era el afinador.
- CEL. Indudablemente.
- RAM. En el marco de la ventana se dibujaba la silueta de una mujer.
- CEL. ¡Elenita!
- RAM. Yo hubiera jurado que era la doncella.
- CEL. Pues era Elena, no le quepa a usted duda.
- RAM. ¡(Ingrata!) (Compungido.)
- CEL. Esta situación es insostenible. Joven, usted me parece un infeliz.
- RAM. Y lo soy. (Casi llorando.)
- CEL. No vuelva usted a poner los pies en esta casa.
- RAM. ¿Qué?
- CEL. Yo debo velar por la honra de esta familia. Ya lo comprenderá usted.
- RAM. ¿Yo? No, señor.

- CEL. La paz de un matrimonio es sagrada. ¿Tiene usted algún pariente en provincias?
- RAM. Sí, señor. Tengo un tío en Toledo.
- CEL. Eso está demasiado cerca.
- RAM. Una hermana de mi padre está casada en Santa Cruz de Tenerife.
- CEL. Esa, esa es la tía que nos conviene a todos.
- RAM. ¿Qué?
- CEL. Mañana mismo debe usted salir de Madrid.
- RAM. ¿Yo?
- CEL. Sí, señor. Se va usted a pasar un año en Santa Cruz de Tenerife.
- RAM. ¿Y qué voy a hacer yo allí?
- CEL. Lo que usted quiera. Lo importante es que Margarita no le vea a usted.
- RAM. ¿Margarita?
- CEL. Sí, señor, Margarita.
- RAM. Pues sigo sin entender una palabra.
- CEL. Resultó lo que yo me sospechaba.
- RAM. ¿Qué?
- CEL. Que Margarita está enamorada de usted.
- RAM. ¿De mí?
- CEL. Sí, hombre, sí. Parece usted tonto.
- RAM. Pues, caballero, le juro a usted por lo más sagrado que yo...
- CEL. Ya sé que usted no tiene la culpa. Ni ella tampoco. Aquí el único culpable es Gümersindo. Claro: usted es joven, elegante...
- RAM. Gracias.
- CEL. Guapo. Es decir, muy guapo no, pero en fin...
- RAM. ¡(Qué barbaridad! ¡Nunca me lo hubiera figurado!)
- CEL. Nada, nada; mañana mismo a Tenerife. No conviene que le vean aquí. Puede usted retirarse. Ahí va el sombrero. Que lleve usted buen viaje.
- RAM. Pero...
- CEL. Vamos, hombre, vamos.
- RAM. Ya me voy, ya... (Yo necesito tener una explicación con Elena.) Usted lo pase bien. (Muy compungido.)
- CEL. Tranquilícese usted. (Acompañándole.)
- RAM. No puedo, caballero.
- CEL. No olvide usted que la paz de un matrimonio es sagrada, completamente sagrada.

RAM. Ya lo sé... Beso á usted la mano. (Llorando.)  
 CEL. Abur.  
 RAM. ¡Pero Dios mío! ¿Por qué se habrá enamorado de mí esa señora?) (Vase por el foro derecha.)  
 CEL. Gracias á Dios! No háy más remedio. El fuego y la estopa no pueden estar juntos. Ya hemos quitado la estopa.

ESCENA XXI

DON CELEDONIO y DON GUMERSINDO por la segunda izquierda.

GUM. ¿Qué hay? ¿Qué ha resultado?  
 CEL. ¿Y quién le dice á éste?... Puedes estar tranquilo. Tu mujer es inocente.  
 GUM. ¡Ya lo decía yo!... (Muy contento.)  
 CEL. Ese joven se marchará mañana á Santa Cruz de Tenerife.  
 GUM. ¿Sí? (sin darle importancia.)  
 CEL. Va á asuntos de familia. (Se oye hablar á Margarita y Elena.)  
 GUM. Mi mujer... que no sospeche...

ESCENA XXII

DICHOS, MARGARITA y ELENA. Luego JUANA. Las tres por la segunda izquierda

MARG. Vamos, señores, me parece que ya es hora de que nos retiremos.  
 CEL. ¡La adúltera!  
 MARG. Don Celedonio debe de necesitar descanso. ¿No es verdad?  
 CEL. Sí, señora.  
 GUM. Voy á ver si está bien cerrada la puerta. (Vase foro derecha y vuelve en seguida, Elena va á la ventana.)  
 MARG. Aquí trasnochamos muy poco (1). A las once casi siempre estamos en la cama. Ya

(1) Celedonio—Margarita—Elena.

CEL. tiene usted dispuesta su habitación (1). Usted perdonará si nota alguna falta. (Con intención.) Hay ciertas faltas que no pueden perdonarse.  
 MARG. (sonriéndose.) Sin embargo, usted parece muy bueno, y sabrá dispensarlas. (Elena cierra la ventana y baja al proscenio.)  
 CEL. (Esta sabe más que Lepe.)  
 GUM. (saliendo.) Ya están dadas las dos vueltas á la llave. A la cama, Celedonio (2).  
 ELENA. (Pregúntale á papá si ha vuelto Ramiro.) (Aparte á Margarita.)  
 MARG. Oye, Gumersindo, ¿no has hablado esta noche con Ramiro?  
 CEL. Señora, ese joven ha estado aquí á despedirse.  
 ELENA. ¿A despedirse?  
 CEL. Mañana se marcha de Madrid.  
 ELENA. ¿Y adónde va?  
 CEL. A Santa Cruz de Tenerife.  
 ELENA. ¡Ay, Dios mío!  
 MARG. Pues el chico se ha despedido á la francesa.  
 CEL. ¡Qué fresca es esta señora! (Entra Juana en escena.)  
 ELENA. Pero, diga usted, ¿volverá pronto?  
 CEL. ¡Dios lo sabe!  
 GUM. El que no volverá tampoco por aquí, es el afinador.  
 JUANA. (¿Eh?)  
 MARG. ¿Por qué?  
 GUM. ¡Porque no me da á mi la gana!  
 JUANA. (Aparte á Elena.) ¡Ay, señorita! Su papá sospecha algo.  
 ELENA. (Creo que sí.) (Enjugándose las lágrimas.)  
 CEL. (¿Lo ves? ¡Ya estarás convencido!) (Indica á Elena.) ¡Si la que á mí se me escape!... Ea, á la cama.  
 GUM. Que descanses, Celedonio.  
 CEL. Gracias. ¡Ni una palabra!  
 GUM. ¡Descuida!  
 CEL. Hasta mañana, señoras.  
 MARG. Que pase usted muy buena noche.

(1) Margarita—Celedonio—Elena.

(2) Celedonio—Gumersindo—Margarita—Elena.



ELENA Que usted descanse.  
CEL. Lo mismo digo. (Vase á su habitación.)  
ELENA ¡Pero Dios mío! ¿A qué irá Ramiro á Santa Cruz de Tenerife? (Vase por la escalera.)  
MARG. ¿Vamos, Gumersindo?  
GUM. Vamos. (Un amigo así no hay dinero con que pagarlo.)  
MARG. (A Juana.) En recogiendo eso, puede usted retirarse.  
JUANA Está bien, señorita.  
MARG. Buenas noches.  
JUANA Hasta mañana, si Dios quiere. (Vanse don Gumersindo y Margarita por la escalera.)

### ESCENA XXIII

JUANA, sola

Si el señor sospecha algo, estamos perdidos. Y el pobre Manolo, que necesita hablarme esta noche... ¿Qué vamos á hacer con Pepitín? ¡Pobre hijo de mi alma! Ese señor se quedará en seguida como un tronco. Después de un viaje tan largo estará reventado. Voy á ver... (Apaga el aparato de luz eléctrica, ó la lámpara. La escena queda á oscuras. Abre la ventana.) ¡Qué noche tan oscura! ¿Por dónde andará ese? No le veo... (Don Celedonio saca el brazo por entre las hojas de la colgadura y deja caer de golpe las botas, que deberán ser de doble suela, para que hagan ruido.) ¡Ay! (Da un grito y vase á tuestas por la segunda izquierda.)

### ESCENA ULTIMA

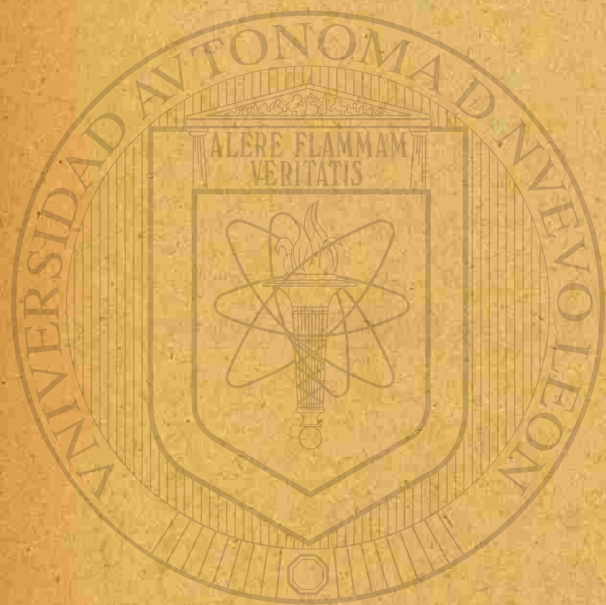
DON CELEDONIO y GARCÍA

CEL. (Asomándose en calzoncillos y zapatillas por entre la colgadura.) ¿Qué grito es ese?  
GAR. (Apareciendo en la ventana.) ¡Pschis!... Oye...  
CEL. ¡Eh!  
GAR. ¿Dónde estás? (subiendo.)  
CEL. ¡Un hombre! (Se acerca á la ventana, arrimándose cautelosamente al foro.)

GAR. (Pues ella estaba aquí. Me esperará en la cocina como el otro día.) (Se sienta en el alfeizar de la ventana con las piernas hacia el escenario.)  
CEL. ¡El afinador! ¡Qué repoquisima vergüenza!  
¡Alto ahí!  
GAR. ¡Eh! (Muy asustado.)  
CEL. ¿A dónde va usted?  
GAR. A... á afinar el piano.  
CEL. ¡Toma piano! (Le da un empujón y le tira de cabeza por la ventana.) (1) Ha debido de romperse algo, pero le está bien empleado. (Cerrando la ventana.) ¡Gumersindo! ¡Puedes dormir tranquilo! Si no fuera por mí... Dios sabe... ¡Dios sabe lo que pasaría en esta casa!... Ahora... ¡al catre! (Se dirige á la alcoba.—Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

(1) El director de escena se encargará de que coloquen uno ó dos colchones debajo de la ventana para que el actor no se haga daño ninguno y resulte la caída con el efecto que debe tener.



## ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior

### ESCENA PRIMERA

JUANA y luego ELENA

- JUANA (Limpiando la habitación.) Las ocho y sin saber lo que ha pasado con la nodriza. ¡Y yo esperándole anoche hasta las dos! ¿Por qué no habrá venido?
- ELENA (Bajando la escalera.) Oiga usted, Juana.
- JUANA Buenos días, señorita. ¿Qué tal ha pasado usted la noche?
- ELENA Muy mal; no he podido pegar los ojos.
- JUANA ¿Ha estado usted mala? ¿Por qué no ha llamado usted?
- ELENA No; de salud estoy bien.
- JUANA Me alegro.
- ELENA Pero, ¿no sabe usted lo que pasa?
- JUANA ¿Qué pasa, señorita?
- ELENA ¿Usted sabe dónde está Santa Cruz de Tenerife?
- JUANA No conozco esa iglesia.
- ELENA Si no es iglesia, mujer; si es una población.
- JUANA Pues no sé dónde estará, pero en la provincia de Guadalajara no debe ser.
- ELENA ¡Qué ha de ser! ¡Si está lejísimos! En las islas Canarias.
- JUANA ¡Qué barbaridad!
- ELENA Bueno; pues Ramiro se marcha hoy á Santa Cruz de Tenerife.

JUANA ¿Que el señorito Ramiro?...

ELENA Eso me dijo anoche don Celedonio.

JUANA ¿Pero él no le ha dicho á usted nada?

ELENA Nada absolutamente.

JUANA ¿Y á qué se va tan lejos?

ELENA ¡Toma! Pues no lo sé.

JUANA ¡Oiga usted, como no sea que vaya á recoger alguna herencia!...

ELENA Eso he pensado yo, porque según me contó el otro día tiene una tía muy rica en Canarias.

JUANA Si es eso, menos mal.

ELENA Si que sería menos mal; pero ha debido despedirse de mi y no darle el encargo á don Celedonio... ¿Verdad que eso no está bien hecho?

JUANA Está regular.

ELENA Anoche, aprovechando el insomnio, le escribí una carta de nueve carillas que van á tener que leer.

JUANA ¡Si que tendrá!

ELENA Aquí está. (Sacándola del bolsillo.) Haga usted el favor de decirle al jardinero que se la lleve inmediatamente y dele usted esto para el tranvía. (Dándole unas monedas.)

JUANA Está bien, señorita. (Ahora verá si Manolo anda por ahí... Me choca mucho que no haya venido todavía.) (Vase por el foro derecha.)

ESCENA II

ELENA y MARGARITA. Luego DON GUMERSINDO y JUANA

ELENA Le quiero muchísimo; pero eso de despedirse así... no se lo tolero.

MARG. Buenos días, Elena. (Por la escalera.)

ELENA Buenos días, Margarita. (Se besan.)

MARG. ¿Has descansado bien?

ELENA Muy mal. Estoy de un humor que no se me puede sufrir.

MARG. ¿Qué te pasa?

ELENA ¿Te parece regular lo de mi señor don Ramiro? Despedirse de ese modo, sin decirme siquiera: me tengo que marchar por esto ó por lo otro.

MARG. No seas niña. Ya vendrá hoy á decirte adiós.

ELENA Es que como no venga me va á tener que oír.

MARG. Si no viene, no te oirá.

ELENA Bueno; cuando vuelva, porque yo me figuro que no se quedará en Canarias toda la vida.

MARG. ¿Qué chiquilla eres! ¿Se ha levantado ya don Celedonio?

ELENA A las siete de la mañana, cuando yo abrí el balcón de mi cuarto, ya andaba él por el jardín.

MARG. El que se ha levantado hoy de muy buen temple es tu papá.

ELENA ¿Si? Menos mal.

MARG. No le he visto nunca tan cariñoso ni tan amable. Ahí baja.

GUM. (Por la escalera.) Muy buenos días, hija mía. (Margarita coge un periódico y va á la ventana á leerlo.)

ELENA Buenos días, papá. ¿Cómo has pasado la noche?

GUM. Perfectamente, es decir, regular; pero ahora estoy perfectamente. Hija mía, ya sabes que yo te quiero con toda mi alma.

ELENA Ya lo sé, papá.

GUM. Y que no deseo otra cosa que tu felicidad. Mi único anhelo sería...

ELENA ¿Qué, papá?

GUM. No; nada. Vete á tomar chocolate.

ELENA Ya lo he tomado.

GUM. Bueno; pues decid que me preparen el mío, con tostadas, con muchas tostadas.

MARG. Lo tomaremos juntos. ¿Vienes, Elena?

ELENA Voy arriba á mi tocador. (Vase Margarita por la segunda izquierda.)

GUM. Hasta luego, hija mía. Ya sabes que tu padre no sueña más que con hacerte completamente feliz.

ELENA Ya lo sé. Pero, ¿por qué hablas así?

GUM. Te hablo así porque... Anda, vete al tocador.

ELENA ¡(Cosa más rara!)... ¿Qué le pasará á mi papá?) (Vase por la escalera.)

GUM. De buena gana le diría: «Yo deseo que...»

Pero Celedonio me ha mandado callarme y cumpliré lo prometido... Voy á ver si se ha levantado. (Se acerca á la puerta segunda derecha y llama.) ¿Se puede?... No contesta. Estará durmiendo todavía. ¿Se puede?

JUANA (Por el foro derecha.) ¿A quién llama usted, señor?

GUM. ¿A quien ha de ser? ¡Al huésped!

JUANA Si está en el jardín.

GUM. ¿Sí? (Se dirige á la ventana.)

JUANA Ahí está arreglando los rosales de debajo de esa ventana.

GUM. Ya podía yo estar llamando.

JUANA (Pues, señor, Manolo no parece. ¿Qué pasará, Dios mío?) (Vase por la segunda izquierda.)

GUM. Buenos días, hombre, buenos días. (Desde la ventana.) Perfectamente. ¿Y tú?—Me alegro mucho.—Deja, no te molestes; ya lo arreglará el jardinero. Sube, sube. (Se retira de la ventana.) ¡Qué buena persona es este Celedonio! Cuidado que yo he tenido amigos en esta vida; pero como éste ¡quién! como éste no hay otro en el mundo. (Se sienta á la izquierda de la mesita y lee un periódico.)

ESCENA III

DON GUMERSINDO y DON CELEDONIO. Luego JUANA Más tarde MARGARITA

CEL. (Por el foro derecha, con un traje distinto al del acto anterior.) (La altura no es mucha, pero el batcazo debió ser mayúsculo. ¡Buena ha puesto el macizo de rosales!) ¿Conque tú tan madrugador como siempre?

GUM. No lo puedo remediar. A mí me alimenta la cama.

CEL. Te alimenta, pero no te quita el apetito. (se sienta en la butaca.)

GUM. Al contrario, me lo abre. (1)

CEL. A las seis de la mañana ya estaba yo tomando el fresco en el jardín.

(1) Celedonio—Gumersindo.

GUM. Habrás extrañado la cama.

CEL. ¡Quí! Yo no extraño esas cosas. Dormí toda la noche como un bendito. Nada hay que favorezca tanto el sueño como la satisfacción de haber cumplido con su deber.

GUM. Es verdad. Eso me pasa á mí. Yo he despertado esta mañana más contento que unas Pascuas. (Se levanta.)

CEL. Más vale así.

GUM. Anoche tuve una pesadilla horrible.

CEL. ¿En qué quedamos?

GUM. En que tuve una pesadilla horrible.

CEL. Haz el favor de explicarte, porque no veo la relación...

GUM. Estaba deseando hablar contigo para abrirte mi pecho. (Coge la silla de la derecha de la mesa y se acerca á Celedonio.)

CEL. Cuenta, cuenta.

JUANA (Desde la segunda izquierda.) ¡Señor!

GUM. ¿Qué hay?

JUANA Dice la señora que el chocolate se está enfriando.

GUM. Pues que lo calienten. Ahora no puedo ir: (Vase Juana.) ¿Tú no te habrás desayunado?

CEL. Hace dos horas.

GUM. Bueno; pues verás lo que he soñado. (se sienta al lado de don Celedonio.)

CEL. Alguna barbaridad.

GUM. Anoche me acosté preocupado con todo lo que tú me contaste.

CEL. Supongo que no habrás dicho una palabra.

GUM. Ni esto. Me impusiste el secreto, y lo he cumplido.

CEL. Muy bien. Sigue.

GUM. Pues preocupado con todas aquellas cosas, tardé mucho en coger el sueño; pero al fin lo cogí. ¡Y de qué manera! Debí de haberme quedado dormido sobre el corazón, porque tuve un sueño muy triste. Era de noche.

CEL. Naturalmente.

GUM. Digo que soñaba que era de noche. Una noche tormentosa. Los truenos retumbaban en el espacio. Los relámpagos, con su lumbre siniestra, iluminaban el horizonte.

CEL. ¡Atíza!

GUM. El silencio más profundo reinaba en esta

casa. Yo me había dormido ahí—cosas de los sueños—en la banqueta del piano, con la cabeza apoyada en el teclado. De pronto...

CEL.  
GUM.

¡Se cerró la tapa!  
No. Se abrió aquella ventana, y al resplandor de un relámpago vi que un hombre penetraba en esta habitación. Aquel hombre era García.

CEL.  
GUM.  
CEL.  
GUM.  
CEL.  
GUM.  
CEL.  
GUM.  
CEL.  
CEL.

¿Quién?  
El afinador.  
Hay presentimientos.  
¿Eh?  
Nada; sigue.  
Quiero hablar y no puedo.  
¿Qué te pasa?  
Digo que quería hablar y no podía.  
¡Ah!

Una angustia horrible me oprimía la garganta. A los pocos momentos, aquel hombre se marchaba por la ventana, llevándose en brazos a mi hija... Hago un esfuerzo supremo, y lanzo un grito. ¡Ah! Ya era tarde. Los amantes habían salvado las tapias del jardín y huían a campo traviesa... Yo me lancé en su persecución, y ¡hala, halal! los sigo jadeante... La tormenta arreciaba... La lluvia caía á torrentes.

CEL.  
GUM.

¿Te pondrías perdido?  
¡Figúrate! Después de mucho andar, llegamos al borde de un abismo. Los amantes se detienen, y mi hija, con una voz lúgubre, que le salía de lo más profundo del alma, me lanzó el siguiente apóstrofe: «Padre mío, tú no me comprendes. Mi amor es de este hombre... De él ó de nadie... Pues te opones á nuestra dicha, busquemos en la muerte la unión de nuestras almas...» Y— ¡parece que lo estoy viendo!—se abrazaron estrechamente y se lanzaron al precipicio. Yo, loco de dolor, me lanzo tras ellos, y ¡pum! me caigo de la cama. En esto desperté.

CEL.  
GUM.  
CEL.

Es natural.  
Tenía todo este lado de la camisa completamente empapado.  
El sudor de la angustia.

GUM.  
CEL.  
GUM.  
CEL.  
GUM.

No; la botella de agua que estaba encima de la mesa de noche y que tiré al suelo durante la pesadilla.

La lluvia torrencial. (Riéndose.)

No te burles, Celedonio.

Pues hombre, me parece...

No hay sueño, por extraño que sea, que no tenga un fondo de verdad. Ya despierto, pensé en que no tengo más que una hija, á la que por este pícaro carácter, he tratado siempre con alguna aspereza; pero yo la quiero con toda mi alma, sí, señor, y por lo mismo no debo pensar más que en hacerla dichosa. El que su novio sea pobre no es razón para que yo me oponga á su felicidad. Haciéndome estas reflexiones, me quedé profundamente dormido, y entonces soñé...

CEL.

No, (se levanta.) no me cuentes más sueños, porque me basta ya con el anterior. (Gumersindo se levanta también.) En resumen, que te has ablandado y no te parece despreciable para yerno el afinador... (1)

GUM.

Celedonio, tú no eres padre.

CEL.

Creo que no.

GUM.

Tú no sabes lo que es ver á una hija, á quien se idolatra, arrojándose de cabeza á un precipicio.

CEL.

Nada, nada, que se casen. Puede que sea lo más conveniente.

GUM.

El ser afinador, no es ninguna deshonra.

CEL.

¿Qué ha de ser! (Paseando por la escena.)

GUM.

Parece que le estoy viendo saltar por aquella ventana.

CEL.

¡Y yo!

GUM.

¿Qué?

CEL.

Nada. Que se casen y que Dios los haga muy felices. (2)

GUM.

Si él es pobre, mi hija es rica.

CEL.

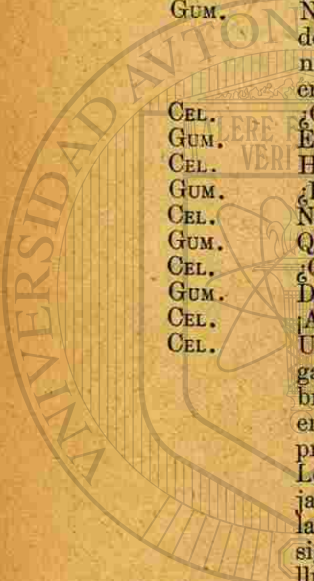
¡Claro! Y váyase lo uno por lo otro.

GUM.

¡Cuánto me alegro de que apruebes mi resolución! Si no es por tí, Dios sabe cuándo me hubiera enterado yo de esos amores. Pero chico, tú las cazas al vuelo.

(1) Gumersindo—Celedonio.

(2) Celedonio—Gumersindo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUARAMANGA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Handwritten notes and stamps at the bottom right of the page.

CEL. El que á mí me la dé...

GUM. Pues á mí me la han dado, lo confieso; pero ahora en cuanto vuelva por aquí... (Muy cariñoso.)

CEL. Puede que no vuelva.

GUM. ¡Quia! Si con el pretexto del piano no sale de esta casa. Cuando le veas, haz el favor de sondearle... De la niña yo me encargaré.

CEL. No, no sueltes prenda, sin que yo averigüe antes qué clase de pájaro es ese joven.

GUM. Parece un infeliz.

CEL. Sin embargo...

GUM. Bueno, bueno. En tus manos encomiendo el asunto. ¡Bendito sea el momento en que se te ocurrió venir á Madrid!

MARG. (Por la segunda izquierda.) ¡Buenos días, señor don Celedonio!

CEL. Buenos días, señora. (Muy serio.)

MARG. ¡Pero, Gumersindo, por Dios! Bueno se estará poniendo el chocolate.

GUM. Voy ahora mismo, nena. ¡Cómo estaré que no me acordaba de desayunarme! No te marches que luego saldremos á dar una vuelta por ahí á que veas lo que ha crecido este barrio.

CEL. Como quieras.

GUM. En seguida despacho. (Vase por la segunda izquierda.)

MARG. ¿Se le ofrece á usted alguna cosa?

CEL. Nada.

MARG. Ahí tiene usted los periódicos de la mañana. Yo con su permiso voy á arriba á mis habitaciones.

CEL. Vaya usted con Dios. (Vase Margarita por la escalera.) Hay cosas que no pueden ser. Es muy guapa esta chica, demasiado guapa para un hombre como Gumersindo.

ESCENA IV

DON CELEDONIO. PEPE y RODRÍGUEZ por el foro derecha

PEPE (Dentro.) Sí, señor, no ha salido todavía. (Entra.) Ahí está un señor que pregunta por el amo.

CEL. Está desayunándose.

PEPE Es el tío del novio de la señorita.

CEL. ¿Sí? Que entre. (Hasta el criado está enterado de todo.)

PEPE Puede usted pasar. (Vase Pepe.)

ROD. Buenos días. (Con el puro en la boca.)

CEL. Felices.

ROD. ¿Da usted su permiso?

CEL. Pase usted adelante. (Baja Rodríguez.)

ROD. ¿Qué tal está usted? (Dándole la mano.)

CEL. Bien, gracias. (1)

ROD. ¿Y la familia? (Volviendo á darle la mano.)

CEL. Sin novedad.

ROD. Usted disimule que venga tan de mañana, pero es lo que yo digo: las buenas obras deben empezarse temprano. Ya estuve aquí ayer, pero no tuve el gusto de encontrarle. Tome usted asiento.

CEL. Gracias. (Mirando á todas partes.)

CEL. (¿Qué mirará este hombre?) (sigue con la vista las miradas de Rodríguez. Este se sienta á la derecha de la mesa y Celedonio á la izquierda.)

ROD. No está mal construido este hotel.

CEL. Sí, no parece que está mal.

ROD. Y mire usted que hoy se hace cada chapuza en Madrid... Hay hoteles que parecen de sillería y son de cartón piedra, créame usted á mí.

CEL. Sí lo creo.

ROD. Pero vamos á la cuestión.

CEL. Vamos allá.

ROD. Oiga usted, don Gumersindo, yo...

CEL. Usted perdone. Yo no soy Gumersindo.

ROD. ¿Que no?

CEL. No, señor; soy un amigo suyo, pero muy amigo; puede usted hablar como si fuera con él.

ROD. Usted disimule la equivocación; pero como yo no conozco á ese señor ni á su hija, á la que dicen que quiere ser mi sobrina; porque no sé si sabrá usted que mi sobrino y ella se entienden.

CEL. Sí; ya estoy enterado

(1) Rodríguez—Celedonio.

ROD. El chico dice que no se ha atrevido a hablar al padre, porque teme que le diga que no; pero por eso vine ayer, y por eso vuelvo hoy, para decirle a su amigo de usted que mi sobrino es huérfano, pero que tiene un tío, que está presente, que le dará el día de la boda treinta mil duros contantes y sonantes.

CEL. ¿Sí, eh?

ROD. Yo soy soltero.

CEL. Y yo.

ROD. (Se levanta.) ¡Choque usted! Que sea por muchos años.

CEL. Lo mismo digo. (Vuelven a sentarse.)

ROD. A mi sobrino lo recogí de niño, cuando se murieron sus padres, y yo le he criado y yo le he dado educación, es decir, yo no, porque—no me avergüenzo de decirlo,—yo no estoy muy fuerte en esas cosas: pero le puse maestros para todo sin reparar en precios, y ahí le tiene usted ya hecho un hombre, con su carrera concluida y con un primer premio del Conservatorio.

CEL. ¡Caramba!

ROD. ¿Usted no le ha oído tocar el piano?

CEL. No, señor.

ROD. Pues es una notabilidad. A mí me da en casa cada *tabarra* que me vuelvo loco, porque yo no entiendo una palabra; pero todos dicen que maneja el piano como nadie. El pobre es muy corto de genio.

CEL. Corto, ¿eh?

ROD. Sí, señor.

CEL. (¡Digo, si llega a ser largo!)

ROD. Yo no le he dicho una palabra de que venía a hablar con su suegro; pero como estos días le veo desmejorado, me dije: «Voy yo a hablar con ese señor y a decirle lo que viene al caso.»

CEL. Muy bien hecho.

ROD. El chico está loco *perdío* por la muchacha, créame usted. Anoche no quiso cenar, y en cuanto llegó a casa se metió en la cama porque dijo que le dolía la cabeza.

CEL. No me choeca. (Mirando a la ventana.)

ROD. Yo me alegro de que se haya fijado en esta

muchacha, porque me parece que aquí cae en blando.

CEL. (No muy en blando, pero en fin...)

ROD. Con lo que le señalen a la chica y lo que yo le doy al novio, pueden vivir como unos príncipes. ¿Verdad usted?

CEL. ¡Ya lo creo!

ROD. Conque... (Levantándose.)

CEL. Pero, aguarde usted. Ahora saldrá Gumerindo. (Se levanta.)

ROD. (Mirando el reloj.) No puedo detenerme. Luego volveré por aquí. Tengo que dar un vistazo a la gente. Estoy haciendo tres casas en la calle de Ayala...

CEL. ¡Hola!

ROD. Y si uno no vigila, marcha aquello como Dios quiere...

CEL. ¿Conque tres casas nada menos?

ROD. ¡Anda! En estos tres últimos años llevo hechas veintisiete.

CEL. ¡Qué atrocidad!

ROD. Conque hasta luego, caballero. (Dándole la mano.) Usted disimule que le haya dado esta lata.

CEL. ¡Quía, hombre! Si yo vivo de eso; de las latas. Que vuelva usted por aquí.

ROD. Volveré, volveré. Póngame usted a los pies de ese caballero...

CEL. ¡Eh!

ROD. Digo, no. ¿Ve usted? Ya he *metto* la pata. Ya sé que eso se dice a las señoras. A mí mándeme usted reconocer materiales o cubicar unos cimientos, pero de esas cosas de etiqueta no entiendo una palabra. Quede usted enhorabuena.

CEL. Vaya usted con Dios. (Vase Rodríguez por el foro derecha.) ¡Usted lo pase bien! (Desde el foro.) ¡Qué barbaridad! (Bajando al proscenio.) Este hombre es un Rotchschild de americana y sombrero ancho. ¡Treinta casas en Madrid! Y el sobrino parece que no tiene tres pesetas; pero, es claro, como que se ha disfrazado de afinador para hablar con la muchacha... El chico debe de ser un punto de cuidado. ¡Pero yo los caso, vaya si los caso! Una proporción como esta no debe desaprovecharse.

ESCENA V

DON CELEDONIO y DON GUMERSINDO, por la segunda izquierda.  
Luego JUANA

GUM. ¡Eal Ya estoy á tus órdenes.

CEL. Ven acá, hombre feliz.

GUM. ¿Qué pasa? (1)

CEL. ¡Lo que tú no puedes imaginarte! Tu hija te engaña.

GUM. ¿Otra vez?

CEL. El afinador no es afinador.

GUM. ¿Cómo?

CEL. Es un muchacho muy rico.

GUM. ¿Eh?

CEL. Inmensamente rico. Aportará al matrimonio treinta mil duros, y heredará con el tiempo treinta casas.

GUM. Mira, Celedonio, yo te quiero mucho; pero, por lo mismo, no está bien que te burles de mí.

CEL. Si no es burla. Si lo que te digo es una verdad como un templo.

GUM. Pero, ¿hablas en serio?

CEL. Muy en serio. Ahora acabo de enterarme de todo. Ha estado aquí su tío.

GUM. ¿Qué tío?

CEL. Un tío suyo.

GUM. Pero, ¿de quién?

CEL. De ese muchacho, del afinador. Ha venido á decirte que dota á su sobrino en treinta mil duros... Sí, hombre, sí. No pongas esa cara de estúpido.

GUM. ¡Treinta mil duros!

CEL. Ese tío es un tío muy ordinario, pero con un corazón que no le cabe en el cuerpo.

GUM. Mira, vamos á tomar el fresco, porque me estás poniendo la cabeza lo mismo que un bombo. (Va á la cómoda y abre el cajón de arriba. Saca el pañuelo de seda, que se pone al cuello. El cajón queda abierto.)

(1) Gumersindo—Celedonio.

CEL. Pronto te convencerás. (1) (A Juana, que sale por la segunda izquierda.) Oiga usted, si viene una visita para el señor, que espere, que pronto volveremos.

JUANA. Está muy bien.

CEL. ¡Ah! Y si viene el afinador..

JUANA. ¿Qué? (Asustada.)

CEL. Que espere también, que tengo que decirle cuatro cositas.

JUANA. ¡Ay, Dios mío!

GUM. Eso es. Las bromas, pesadas ó no darlas.

CEL. Te digo que no es broma. No seas majadero. (Cerca de la puerta del foro.)

GUM. ¡Treinta mil duros!

CEL. Y treinta mil casas, digo, treinta casas.

GUM. Anda, anda y déjame en paz.

CEL. (Nada. Que no hay quien le convenza.) (vanse hablando por el foro.)

ESCENA VI

JUANA y luego ELENA

JUANA. ¡Lo dicho! Han descubierto el engaño y me van á echar de mala manera.

ELENA. (Por la escalera.) Diga usted, Juana, ¿no habrá vuelto todavía el jardinero? (2)

JUANA. No lo sé, señorita. (Pero, señor, ¿por qué no habre hablado con franqueza desde un principio? ¡Después de todo, la cosa no tiene nada de particular!) (3)

ELENA. ¿Qué le pasa á usted? (Que ha ido á la ventana.)

JUANA. ¿Qué me ha de pasar? Que su papá me va á echar de casa con cajas destempladas, y tendrá muchísima razón. Y á todo esto, Manolo sin venir y yo sin saber qué ha sido del niño.

(1) Gumersindo—Celedonio—Juana.

(2) Juana—Elena.

(3) Elena—Juana.



ESCENA VII

DICHAS y GARCÍA. Este personaje tendrá en la frente, nariz y mejillas algunas tiras de tafetán obscuro, que le obligan á gesticular con frecuencia. Trae en brazos al niño, envuelto en un mantoncito

GAR. ¡Pehis! (Desde el foro.) ¡Juana!

JUANA ¡Eh!

ELENA ¡García!

JUANA Y trae el niño. (1) (Corriendo á recibir á García.)  
¡Hijo de mi alma! (Cogiéndole en brazos y besándole repetidas veces.) Pero, oye, ¿qué es eso? (Fijándose en la cara de García.)

ELENA ¿Qué tiene usted en la cara?

GAR. Unas tiras de tafetán que me pusieron en una botica.

ELENA ¿Se ha caído usted?

GAR. Sí. (Mirando á la ventana.)

JUANA ¡Valgame Dios! ¡Pero qué monísimo está!  
Mire usted, señorita...

ELENA A ver... á ver... Es precioso. (Le coge en brazos.) (2)

GAR. Mi misma cara.

ELENA Sin el tafetán.

GAR. Eso es.

ELENA Voy á enseñárselo á Margarita. ¡Rico! ¡Monín! (Vase por la escalera, llevándose el niño.)

ESCENA VIII

GARCÍA y JUANA

JUANA Ya me tenías impaciente.

GAR. Hace un momento vi salir á tu amo y á ese señor forastero. Por eso me he atrevido á entrar. Más de dos horas he estado paseando por ahí con el niño en brazos, llamando la atención de los vecinos del barrio. Todos tenían algo que decirme. «¡Pobrecillo! Le ha

(1) Elena—García—Juana.

(2) García—Elena—Juana,

arañado su señora.»—decía uno—«No mire usted al chico, que le va usted á asustar»—replicaba otro.—Y hasta un mayoral del tranvía me dijo cuando pasaba: «¡Vaya usted con Dios, ama secal...» En fin, que he estado haciendo el ridículo toda la mañana. (Volviéndose de pronto.) ¿Eh?

JUANA ¿Qué te pasa?

GAR. Que creía que venía ese señor forastero.

JUANA ¡Jesús qué caral! ¿Pero cómo te has caído?

GAR. No, si no me he caído. Me han tirado. Anoche, cuando entré por esa ventana...

JUANA Cállate: no conviene que las señoritas se enteren. (Mirando hacia la escalera.)

GAR. Es verdad.

JUANA ¿Pero has venido anoche?

GAR. Desgraciadamente.

JUANA Pues hijo, yo me asomé á ver si te veía; pero salió don Celedonio y me marché. Cuando volví luego te estuve esperando; y nada.

GAR. Claro, ¿qué había yo de asomar por aquí? Menudo susto me ha dado ese don Celedonio.

JUANA ¿Pues qué ha pasado?

GAR. ¡Friolera! Que me sorprendió ahí, en la ventana, y me tiró de cabeza sobre el macizo de rosales.

JUANA ¡Pobre Manolo! Ahora me explico lo de la cara.

GAR. Ese señor es una fiera.

JUANA ¿Pues sabes lo que me ha dicho hace un momento?

GAR. ¿Qué?...

JUANA Que si volvías por aquí que le esperaras.

GAR. ¡Un demonio!

JUANA ¿Qué tiene que decirte cuatro cositas.

GAR. ¡Quíal! En seguida le espero yo.

JUANA Pero, ¿qué hay de la nodriza? ¿En qué habéis quedado?

GAR. En nada, en que me dijo: ¡Ahí queda eso! Me dejó el niño y se marchó tan fresca.

JUANA ¡Pobre Pepitín!

ESCENA IX

DICHOS. MARGARITA con el niño en brazos y ELENA. Las dos por la escalera

MARG. Tienen ustedes un niño hermosísimo. (1)

JUANA ¿Verdad que sí? (Coge en brazos al niño.)

GAR. Es favor que usted le dispensa.

MARG. ¡Pero cómo tiene la cara este pobre muchacho!

ELENA Es que se ha caído.

GAR. No señora, es que...

JUANA (Interrumpiéndole.) Es que le ha arañado la nariz.

GAR. ¡Eso es!

MARG. ¡Qué atrocidad! Hay personas que son como fieras.

GAR. Las hay, si señora, las hay.

MARG. Pero ese pobre niño tendrá hambre.

GAR. Se ha desayunado conmigo.

JUANA ¿Sí?

GAR. Se comió dos buñuelos.

JUANA ¡Qué barbaridad! Dos buñuelos á una criatura de cuatro meses.

GAR. Hija, si no tenía otra cosa. No había de darle aguardiente.

MARG. Vayan ustedes, vayan ustedes á la cocina y que le den unas cucharaditas de leche.

ELENA Traiga usted. Yo se las daré. ¡Pero qué cara tan monísima! (Vase con el niño por la segunda izquierda.)

MARG. Ya veremos luego si le buscamos una nodriza en el barrio.

JUANA Muchas gracias, señorita. Dale las gracias, Manolo.

GAR. Muchísimas gra... ¡Ay!

MARG. Qué es eso?

GAR. Estas tiras que me tiran de una manera horrible.

MARG. ¡Pobre García!

JUANA Anda, vámonos á la cocina.

(1) García—Juana—Margarita—Elena.

ESCENA X

MARGARITA. Luego RAMIRO por el foro derecha

MARG. Es una tontería que nos andemos con estos misterios. En cuanto venga Gumersindo le diré lo que pasa, y él y su amigo nos ayudarán a proteger á esta pobre gente.

RAM. (En el foro.) Buenos días, Margarita. (Muy triste.)

MARG. Buenos días, Ramiro. (Muy afectuosa.) ¿Qué tal desde anoche? (Dándole la mano.)

RAM. Bien, gracias. Usted perdonará que venga á una hora tan...

MARG. Para usted todas las horas son buenas. Siéntese usted (Se sientan. Ramiro en la butaca y Margarita en la silla de la derecha de la mesa.) Ya decía yo que usted no podía faltar. Tenía la seguridad de que vendría esta mañana. Como que le conozco á usted. (Mirándole cariñosamente.)

RAM. (Tiene razón ese caballero. ¡Cómo me mira esta señora! (Avergonzado.)

MARG. Pero, ¿qué viaje es ese?

RAM. ¿Cuál?

MARG. El de Santa Cruz de Tenerife.

RAM. Pues... no lo sé.

MARG. Don Celedonio nos ha dicho que se marchaba usted hoy mismo.

RAM. Eso quiere él, pero yo...

MARG. ¿Dice usted que eso quiere él?

RAM. Sí, señora.

MARG. Explíquese usted, porque no comprendo una palabra.

RAM. (¿Y cómo le digo yo?... Pero no hay más remedio.) Margarita, yo desearía decirle á usted una cosa, en secreto.

MARG. Pues aproveche usted la ocasión, porque estamos solos. Vamos á ver. ¿Qué le pasa á usted? (Acercando su silla á la butaca.)

ESCENA IX

DICHOS. MARGARITA con el niño en brazos y ELENA. Las dos por la escalera

MARG. Tienen ustedes un niño hermosísimo. (1)

JUANA ¿Verdad que sí? (Coge en brazos al niño.)

GAR. Es favor que usted le dispensa.

MARG. ¡Pero cómo tiene la cara este pobre muchacho!

ELENA Es que se ha caído.

GAR. No señora, es que...

JUANA (Interrumpiéndole.) Es que le ha arañado la nariz.

GAR. ¡Eso es!

MARG. ¡Qué atrocidad! Hay personas que son como fieras.

GAR. Las hay, si señora, las hay.

MARG. Pero ese pobre niño tendrá hambre.

GAR. Se ha desayunado conmigo.

JUANA ¿Sí?

GAR. Se comió dos buñuelos.

JUANA ¡Qué barbaridad! Dos buñuelos á una criatura de cuatro meses.

GAR. Hija, si no tenía otra cosa. No había de darle aguardiente.

MARG. Vayan ustedes, vayan ustedes á la cocina y que le den unas cucharaditas de leche.

ELENA Traiga usted. Yo se las daré. ¡Pero qué cara tan monísima! (Vase con el niño por la segunda izquierda.)

MARG. Ya veremos luego si le buscamos una nodriza en el barrio.

JUANA Muchas gracias, señorita. Dale las gracias, Manolo.

GAR. Muchísimas gra... ¡Ay!

MARG. Qué es eso?

GAR. Estas tiras que me tiran de una manera horrosa.

MARG. ¡Pobre García!

JUANA Anda, vámonos á la cocina.

(1) García—Juana—Margarita—Elena.

ESCENA X

MARGARITA. Luego RAMIRO por el foro derecha

MARG. Es una tontería que nos andemos con estos misterios. En cuanto venga Gumersindo le diré lo que pasa, y él y su amigo nos ayudarán a proteger á esta pobre gente.

RAM. (En el foro.) Buenos días, Margarita. (Muy triste.)

MARG. Buenos días, Ramiro. (Muy afectuosa.) ¿Qué tal desde anoche? (Dándole la mano.)

RAM. Bien, gracias. Usted perdonará que venga á una hora tan...

MARG. Para usted todas las horas son buenas. Siéntese usted (Se sientan. Ramiro en la butaca y Margarita en la silla de la derecha de la mesa.) Ya decía yo que usted no podía faltar. Tenía la seguridad de que vendría esta mañana. Como que le conozco á usted. (Mirándole cariñosamente.)

RAM. (Tiene razón ese caballero. ¡Cómo me mira esta señora! (Avergonzado.)

MARG. Pero, ¿qué viaje es ese?

RAM. ¿Cuál?

MARG. El de Santa Cruz de Tenerife.

RAM. Pues... no lo sé.

MARG. Don Celedonio nos ha dicho que se marchaba usted hoy mismo.

RAM. Eso quiere él, pero yo...

MARG. ¿Dice usted que eso quiere él?

RAM. Sí, señora.

MARG. Explíquese usted, porque no comprendo una palabra.

RAM. (¿Y cómo le digo yo?... Pero no hay más remedio.) Margarita, yo desearía decirle á usted una cosa, en secreto.

MARG. Pues aproveche usted la ocasión, porque estamos solos. Vamos á ver. ¿Qué le pasa á usted? (Acercando su silla á la butaca.)

RAM. Sé que no le soy á usted indiferente.  
 MARG. No, señor. Todo lo contrario. Me es usted muy simpático.  
 RAM. Bueno, pues mire usted. Yo lo agradezco muchísimo; pero soy incapaz de faltar á nadie... Olvideme usted.  
 MARG. ¿Eh?  
 RAM. Sí, señora. No vuelva usted á pensar en mí.  
 MARG. ¿Cómo?  
 RAM. La paz del matrimonio es sagrada.  
 MARG. Pero, ¿qué olvido, qué paz y qué matrimonio son esos?  
 RAM. Perdóneme usted, pero yo no he tenido más remedio que descargar mi conciencia. (Pero, ¿qué dice este muchacho?...)  
 MARG. Yo nunca lo hubiera sospechado si no llega á decirme ese señor forastero.  
 RAM. Pero, ¡hombre de Dios! ¿Qué le ha dicho á usted don Celedonio?  
 MARG. Mire usted que me da muchísima vergüenza.  
 RAM. Dígalo usted, hombre, dígalo usted.  
 MARG. Pues me ha asegurado... La cosa no tiene nada de particular. Me ha asegurado que está usted enamorada de mí.  
 RAM. ¡Que yo!... ¡Ja, ja, ja! (Se levantan las dos.)  
 MARG. Por eso me aconseja que salga de Madrid y que vaya lejos, muy lejos...  
 RAM. ¿Conque yo estoy?... (Riéndose con toda su alma.) ¡Vamos! Déjeme usted que me ría. Le perdono á usted porque le creo incapaz de ofenderme.  
 MARG. Sí, señora; soy incapaz de ofender á nadie. (siempre riéndose.) Hijo mío, se han burlado de usted.  
 RAM. ¿Sí?  
 MARG. ¿Cómo ha podido usted creer semejante barbaridad?  
 RAM. Tanto como barbaridad...  
 MARG. ¡Este chico es tonto de la cabeza!  
 RAM. (Pues señor, ¿qué se habrá propuesto ese caballero?) (se oye la voz de Elena.)  
 MARG. ¡Ahí viene Elena! ¡Contenta la tiene usted!  
 RAM. ¿Sí? ¡Pues también ella me tiene á mí contento!

ESCENA XI

DICHOS Y ELENA

ELENA (A Margarita que se ha acercado á la puerta segunda izquierda.) ¡Pobrecillo! ¡Si vieras con qué gusto lo toma!  
 MARG. (Mira quién está ahí.)  
 ELENA (¡Ramiro! ¡Me alegro! ¡Ahora verás!) (se acerca á Ramiro.) ¡Muy buenos días! (1)  
 RAM. Felices. (sin mirarla.)  
 MARG. Aquí tienes al viajero. (Riéndose.)  
 ELENA ¿Por qué te ríes de ese modo? (A Margarita.)  
 MARG. Con las ocurrencias de Ramiro.  
 ELENA Pues á mí no me hacen ninguna gracia.  
 RAM. Ya lo sé.  
 ELENA ¿Le ha pasado algo á tu tía?  
 RAM. ¿A qué tía?  
 ELENA A la de Canarias.  
 RAM. Nada, que yo sepa.  
 ELENA Pues entonces, ¿á qué viene ese viaje, así tan de sopetón, sin decirnos una palabra? (Margarita sigue riéndose.) ¡No te rías, mujer! Vamos, hombre, contesta. ¿No has recibido mi carta?  
 RAM. ¿Qué carta?  
 ELENA La que te he mandado esta mañana... Una carta de nueve carillas. ¿No? ¡Lo siento! Supongo que me darás explicaciones.  
 RAM. Quien debe dármelas eres tú.  
 ELENA ¿Yo?  
 RAM. Sí, señor, tú.  
 ELENA ¡Sólo me faltaba eso! Que tú te perras la venda siendo yo la descalabrada.  
 RAM. A quien voy yo á descalabrar, es al otro.  
 ELENA ¿A qué otro?  
 RAM. ¡A tu novio!  
 ELENA ¿Eh?  
 MARG. ¿Cómo? (Acercándose.)  
 RAM. Sí, señor, sí. Todo se sabe.  
 ELENA ¡Pero oyes esto, mujer!

(1) Ramiro—Elena—Margarita.

MARG. ¡Hijo mío, cómo está usted hoy! (sin poder contener la risa.)

RAM. ¡No se ría usted, señora, porque esto sí que es verdad! (1)

ELENA Pero, ¿el qué?

RAM. Que estás en relaciones con otro.

ELENA ¿Quién ha dicho eso?

RAM. Don Celedonio.

MARG. ¿También don Celedonio? (Siempre riéndose.)

ELENA ¿Y qué sabe ese señor?

RAM. Os ha visto aquí diciéndoos ternezas.

ELENA ¡Jesús!

MARG. ¿Y quién es ese amante misterioso?

ELENA ¡Sí! ¿Quién es?

RAM. ¿Que quién? ¡El afinador!

MARG. } ¿El afinador?... ¡Ja, ja, ja!

ELENA }

RAM. ¡Sí! Ríanse ustedes, pero lo que es yo no me río.

MARG. Pero, venga usted acá, criatura. (Tratando de contener la risa.) ¿Sabe usted quién es el afinador?

RAM. Ese tipo del chaqué de color de ceniza. (Margarita y Elena ríen a mandíbula batiente.) ¡Bueno! (sin comprender la causa de la risa.)

MARG. Pues oiga usted, y tranquilícese. (sin poder contener la risa.) Ese tipo del chaqué de color de ceniza... ¡es el marido de Juana!

RAM. ¿Eh? (Asombrado.)

ELENA ¡Sí, señor! ¡El marido de Juana!

RAM. ¿Luego es mentira que...?

MARG. Sí, hombre, sí: tan mentira es esto como... lo otro.

ELENA ¿El qué?

MARG. Nada.

RAM. ¡De modo que ese señor me ha tomado el pelo!

MARG. En gordo, hijo mío.

ELENA ¡Te está bien empleado por dudar de mí!

RAM. ¡Ay, qué felicidad! ¿Luego tú...?

ELENA Merecías que no te quisiera.

MARG. Anda, para que se convenza, llévale á que vea á Pepitín.

(1) Elena—Ramiro—Margarita.

RAM. ¿A quién?

MARG. Al hijo de Juana.

RAM. ¿Ha dado á luz la doncella? No sabía nada.

MARG. ¡Qué ha de saber usted! (Siempre riéndose.)

ELENA Ven conmigo, verás qué chiquillo tan mono.

RAM. ¡Tú sí que eres monísima!

MARG. ¡Y tú sí que eres tontísimo! (vanse los dos por la segunda izquierda.)

### ESCENA XII

MARGARITA y luego DON CELEDONIO. Después PEPE

MARG. Pues señor, no creí que don Celedonio tuviese tan buen humor ¡Digo si se ha burlado del pobre chico! (Se oye dentro la voz de don Celedonio.) ¡Ah! ¡Ahí está el bromista!

CEL. (Trabajo me ha costado, pero al fin se ha convencido.) ¡Ella! (Mirando con prevención á Margarita.—Se sienta en la butaca.)

MARG. ¿Dónde ha dejado usted á Gumersindo? (1)

CEL. Hablando con los dueños de *Villa-Gervasia* ó *Villa-Telesfora*... No sé. Aquí á cualquiera cosa llaman *Villa*.

MARG. Tiene usted razón.

CEL. ¿No ha venido nadie?

MARG. Sí, señor. Ha venido Ramiro. (Sonriente.)

CEL. ¿Ramiro? (Levantándose de pronto.)

MARG. ¡Pobre muchacho! ¡Buen disgusto le ha dado usted!

CEL. ¿Pero ha vuelto por aquí?

MARG. Naturalmente.

CEL. ¿A despedirse para Canarias?

MARG. ¡Calle usted por Dios! El infeliz estaba asustado, pero ya le dije que no le hiciera á usted caso.

CEL. ¡Oiga usted, señora!

MARG. No se ponga usted así, porque yo le conozco á usted. (Imitando el tono de don Celedonio.)

CEL. ¡El que la conoce á usted soy yo!

MARG. ¡Bueno! Pues ya nos conocemos los dos.

(1) Celedonio—Margarita

CEL. (Me pone nervioso la frescura de esta señora.)

MARG. Hablando en serio. ¿Qué se ha propuesto usted con asustar al pobrecillo?

CEL. ¿Que qué me he propuesto? ¡Por Dios, señora! Gumersindo puede venir y no conviene que se entere.

MARG. ¿Qué importa? Se reirá como me he reído yo.

CEL. ¿Dice usted que él?

MARG. Es natural. Si después de todo la cosa no tiene importancia.

CEL. (¡María Santísima!)

PEPE (Desde el foro.) ¡Don Celedonio!

CEL. (A Margarita.) El criado... Silencio. No es prudente...

MARG. ¡Ah! Tiene usted razón. (Como siguiendo la broma.) No es prudente... Hasta luego, don Celedonio. (Es famoso este buen señor.) (Vase riéndose por la segunda izquierda.)

CEL. (¡Yo no he visto en mi vida un cinismo semejante!)

PEPE ¡Don Celedonio! (Desde el foro.)

CEL. (He necesitado revestirme de toda mi sangre fría para no hacer una atrocidad.)

PEPE Don Celedonio.

CEL. ¿Qué hay? (Incomodado.)

PEPE Un telegrama urgente.

CEL. ¿Urgente, y se está usted con esa calma?

PEPE Traiga usted, traiga usted. (Coge el telegrama.)

PEPE Ya he firmado el recibo.

CEL. Está bien. (Vase Pepe.) Alguna noticia desagradable, de seguro. (Abre el telegrama.) ¿No lo decía yo? (Lee.) «Venga tren próximo. Operarios declarados huelga. Escabeche perdido.—Ramón.» ¿Y qué hago yo? ¿Cómo me marcho sin arreglar todos los asuntos de esta familia? Pero no hay más remedio. El negocio lo reclama. Aquí lo importante es casar a la chica y que salga pronto de esta casa. Como pueda, hoy mismo queda acordada la boda. ¿A qué hora saldrá el tren? Voy a ver si el criado lo sabe... (Leyendo el telegrama.) «Declarados huelga. Escabeche perdido.» La huelga puede que se arregle; pero el escabeche... eso ya no lo arregla nadie. (Vase por el foro derecha.)

ESCENA XIII

GARCÍA, por la segunda izquierda

Dice la cocinera que la sobrina del portero de *Villa Rosa* tiene leche fresca. Voy a ver si le conviene... (Se dirige al foro derecha, y de pronto se vuelve asustado.) ¡Uy! ¡El forastero! (Baja al proscenio azorado y se esconde detrás del piano.)

ESCENA XIV

DICHO y DON CELEDONIO

CEL. (Dentro.) Sí. Búsqueme usted un coche de punto. A las once sale el expés. (Entra en escena.) Voy a decirselo a esta familia. (Se dirige a la segunda izquierda. García, en cucullas, huye el bulto alrededor del piano.) No: esperaré que llegue Gumersindo. (Baja al proscenio por detrás del piano. García siempre en cucullas, pasa al frente del piano y se apoya sin querer en el teclado.) ¿Eh? (Que ha oído el ruido.) ¿Usted por aquí?

GAR. ¡Por Dios, caballero! (Huyendo.)

CEL. No huya usted, hombre. Venga usted acá. (1)

GAR. Mire usted que yo no soy lo que usted cree.

CEL. Si ya sé quién es usted. Es inútil que se desfigure.

GAR. No, señor; si esto han sido los rosales. Como me caí de cabeza...

CEL. Ruego a usted que me perdone.

GAR. ¿Que yo le perdone?..

CEL. Sí, hombre, sí. Lamento mucho lo ocurrido.

GAR. Si yo hubiera sabido anoche quién era usted, no le hubiera tratado de ese modo. Pero, créame usted, no está bien eso de saltar por las ventanas. En estos asuntos se debe ir por el camino derecho. (García hace una mueca de contracción.) No se ría usted.

GAR. Si no me río, si es que me tira el tafetán.

(1) García—Celedonio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MARTÍNEZ"  
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

CEL. ¡Ah!

GAR. Tiene usted razón. He hecho muy mal. Pero como don Gumersindo no sabe una palabra...

CEL. Pues ya lo sabe todo.

GAR. Me alegro.

CEL. Se lo he dicho yo.

GAR. ¿Se ha enterado usted por la señora?

CEL. No, señor. Me he enterado por su tío de usted.

GAR. ¿Por mi tío? Pero ¿conoce usted á mi tío Pepe?

CEL. No sé si se llama Pepe, pero ha estado aquí.

GAR. ¿Que ha estado aquí mi tío?

CEL. Hace un momento. Le quiere á usted muchísimo.

GAR. ¡Ah! Muchísimo. Sí, señor. Y yo también, yo también le quiero mucho.

CEL. Es preciso normalizar esta situación. Basta ya de misterios y de tapujos.

GAR. Sí, señor, basta ya.

CEL. Gumersindo, aconsejado por mí accede á todo. Cuente usted con la mano de Elena.

GAR. ¡Eh!

CEL. Se casará usted con ella. Yo lo garantizo.

GAR. ¿Que yo?... ¡Ay, Dios mío! Pero, ¿qué dice este señor?

ESCENA XV

DICHOS, ELENA con el niño en brazos, por la segunda izquierda

ELENA Don Celedonio, mire usted.

CEL. Venga usted acá, señorita; venga usted acá. (Muy cariñoso.) (1)

ELENA Mire usted, mire usted qué chiquillo tan mono. (Entrega el niño á don Celedonio.) Hágale usted alguna caricia, verá usted cómo se rie. (Don Celedonio besa al niño.)

CEL. Pero, ¿de quién es este niño?

GAR. De un servidor.

CEL. ¿De usted? (Asombrado.)

(1) García—Celedonio—Elena.

ELENA Sí, señor. Papá no sabe nada, pero se lo vamos á decir.

CEL. ¡Señorita! (Furioso.)

ELENA Que le va usted á asustar.

CEL. ¡Quite usted de mi vista!

ELENA ¿Qué?

CEL. Que se marche usted inmediatamente! ¡Y usted quieto ahí! (A García que huye.)

ELENA Pero...

CEL. Que se largue he dicho. Déjeme usted solo con él.

ELENA Voy, voy. (¡Qué genio tiene este señor!) (Vase por la segunda izquierda.)

CEL. Y en cuanto á usted... (A García que hace un movimiento para huir.) ¡Le he dicho que de aquí no se sale! (En la puerta del foro.)

GAR. (¡Está loco, no me cabe duda!)

CEL. ¿Conque es usted el padre de este muñeco? (Zarandeando al chico.)

GAR. ¡Que me lo va usted á matar!

CEL. A quien voy á matar ahora mismo es á usted.

GAR. ¡Loco rematado! (Entra en el despacho y cierra. Don Celedonio, que no sabe qué hacer del niño, lo coloca en el cajón de la cómoda que está abierto.)

CEL. ¡No te escaparás! (se acerca á la puerta.) ¡Se ha cerrado por dentro! ¡Pues ahí te quedas! (Cierra por fuera dejando puesta la llave.)

ESCENA XVI

DON CELEDONIO. Luego MARGARITA por la segunda izquierda

CEL. ¡Qué familia ésta, Dios mío! ¡Qué familia! ¡Pobre Gumersindo! ¡Pero no! ¡El se tiene la culpa! ¿Quién me manda á mí?... ¡Me marchol... Me marchol, y que se las arreglen como puedan. (Se dirige á su habitación.)

MARG. Oiga usted, don Celedonio.

CEL. ¡Señora! ¡Déjeme usted en paz! (Vase por la segunda derecha.)

MARG. ¡Vaya usted con Dios! ¿Eso habrá sido broma ó poca educación? Lo segundo, porque este buen señor me parece bastante grosero.

(Se oyen golpecitos en la puerta del despacho.) ¿Eh?

¿Qué ruido es ese?

GAR. (Dentro y por la cerradura.) ¡Señora!

MARG. ¿Lllaman? ¿Quién será?

GAR. (Dentro.) ¡Señora!

### ESCENA XVII

MARGARITA y GARCÍA

MARG. Ya voy, ya voy. (Abre.) ¡García! ¿Pero qué hace usted aquí?

GAR. ¿No está la fiera? (Asomándose.)

MARG. ¿Quién?

GAR. El forastero.

MARG. Está en su habitación.

GAR. La oí á usted decir: ¡Vaya usted con Dios! Y por eso me he atrevido... Este señor está loco. Se empeña en casarme con la señorita Elena.

MARG. ¿También la ha tomado con usted? (Riéndose.)

GAR. Me voy, me voy.

MARG. ¿A dónde?

GAR. A la calle. Aquí no estoy seguro.

MARG. No sea usted inocente! Si ese señor es un bromista.

GAR. ¿Sí, eh? ¡Por si acaso!

MARG. Venga usted, venga usted adentro. Hoy deben acabarse estos misterios. (Se dirigen á la segunda izquierda por el primer término. García, muy escamado, mirando á la segunda derecha.)

GAR. ¿Bromitas, eh? ¡No tiene malas bromas el caballero!

(Margarita, al retirarse, oye á Pepe y se queda en la puerta.)

### ESCENA XVIII

PEPE y RODRIGUEZ por el foro derecha. MARGARITA á la puerta segunda izquierda

PEPE Puede usted pasar, que el amo no tardará en venir. (En el foro.)

MARG. (¿Quién será?)

ROD. Está bien, le esperaré. (En el foro.)

PEPE Yo me voy, porque tengo que buscar un coche de punto para el huésped.

ROD. Vaya usted, vaya usted. (Vase Pepe por el foro. Entra Rodríguez y baja al proscenio derecho, sin ver á Margarita.)

MARG. (No le conozco.) Buenos días.

ROD. ¿Eh?— ¡Ah! Felices. (¡Buena mujer! ¿Si será?... ) ¿Es usted, por casualidad, la hija de don Gumersindo?

MARG. No, señor; soy su esposa.

ROD. ¡Ah, ya! La madrastra.

MARG. La madre política.

ROD. Bueno, es igual.

MARG. Cúbrase usted.

ROD. ¡Ah! Usted disimule, señora. (Quitándose el sombrero.)

MARG. ¿Qué deseaba usted?

ROD. Hablar con don Gumersindo.

MARG. Pues no tardará.

ROD. Eso me ha dicho el criado.

MARG. Pase usted á esperarle ahí á su despacho.

ROD. Aquí, ¿eh?

MARG. Sí, señor. Quede usted con Dios. (Vase Margarita por la segunda izquierda.)

ROD. Vaya usted enhorabuena. ¡Es una mujer de primer orden! Buen despacho. Lo dicho, no está mal construido este hotel. (Vase por la puerta primera derecha, que deja cerrada.)

### ESCENA XIX

DON GUMERSINDO por el foro derecha, y luego DON CELEDONIO por la segunda derecha

GUM. ¡Jesús! Creí que no me dejaba venir esa señora. ¡Qué calamidad es la tal doña Gervasia! Media hora hablándome de su jardín, y no tiene más que cuatro tiestos... (Se quita el pañuelo de seda del cuello y va á guardarlo en el cajón de la cómoda. Retrocede sorprendido al ver al niño.) ¡Eh! ¿Un niño? ¿Pero qué hace aquí este niño? ¿De quién es esta criatura?



CEL. (En traje de viaje.) ¡El! ¡Gumersindo! ¡Mi querido Gumersindo! (1)

GUM. ¿Qué significa ese traje?

CEL. Que me marchó.

GUM. ¿Que te marchas?

CEL. He recibido un telegrama...

GUM. ¿Cuánto lo siento! Pero, mira, hombre, mira lo que me he encontrado aquí. (Va a la cómoda y coge en brazos al niño.)

CEL. ¿Sabes ya de quién es ese pobre niño?

GUM. Yo, no. ¿Y tú?

CEL. Yo, sí.

GUM. ¿De quién es?

CEL. No me lo preguntes. No me atrevo a decirlo.

GUM. ¿Es tuyo, te lo conozco en la cara!

CEL. ¡Gumersindo, eres un imbécil!

GUM. Hombre, creí...

CEL. Siempre vivirás en el Limbo.

GUM. ¿Otra vez?

CEL. Aquí te engañan todos.

GUM. Vas a acabar por volverme loco.

CEL. ¿Quieres saber quién es el padre?

GUM. El padre o la madre.

CEL. Pues bien: el seductor está ahí, en tu despacho.

GUM. ¿Ahí?

CEL. ¡Pero, calma, por Dios! Hay que resignarse ante los hechos consumados. Te dejo. Voy a liar las mantas. (Vase por la segunda derecha.)

GUM. No es mal lío en el que tú me has metido.

ESCENA XX

DON GUMERSINDO, JUANA. Luego RODRÍGUEZ

JUANA (¿El señor con el niño? (2) (Por la segunda izquierda.)

GUM. Oiga usted, Juana. Venga usted acá.

JUANA (¡Me pega!)

GUM. ¿De quién es este chico que estaba en el cajón de la cómoda?

(1) Celedonio—Gumersindo.

(2) Gumersindo—Juana.

JUANA ¿En el cajón de la cómoda? ¡Pobrecito! (coge al niño en brazos.)

GUM. Conteste usted.

JUANA Pues bien: este niño... es... es... ¡mío!

GUM. ¿De usted?

JUANA Sí, señor: perdoneme usted.

GUM. ¿Conque tiene usted un hijo? (Incomodado.)

JUANA Las señoritas ya están enteradas.

GUM. Ellas lo estarán, pero yo no. Dice bien Celedonio... todos me engañan... ¡Pero no! ¡A mí no me engaña nadie!

JUANA Si es que...

GUM. ¿Y quién es?... ¡Ah! ¡Pero ahora lo sabré! ¡El seductor está ahí, en mi despacho! (Abre la puerta del despacho.) ¡Salga usted! (Presentándose.) Felices. (1)

ROD. ¿Conque es usted, a sus años, el seductor de doncellas?

GUM. (¡Qué!)

JUANA ¿Cómo?

ROD. ¿Conque es usted el padre de esa pobre criatura?

GUM. ¿Yo?

ROD. (¡Ave Maria Purísima!)

JUANA ¿Y se atreve usted a venir aquí, a profanar un hogar honrado?

GUM. Pero, ¿qué está usted diciendo?

ROD. Oiga usted, señor.

ESCENA XXI

DICHOS y MARGARITA, por la segunda izquierda

MARG. ¿Qué voces son esas?

JUANA Venga usted, señorita.

GUM. Sí, ven acá. (2) ¿Conque tú sabías las relaciones de Juana con este hombre?

MARG. ¿Qué?

GUM. ¡Ahí tienes el fruto de sus amores!

MARG. ¡Gumersindo!

JUANA ¡Pero si yo no conozco a ese señor!

(1) Rodríguez—Gumersindo—Juana.

(2) Rodríguez—Gumersindo—Margarita—Juana.

MARG. Ni yo tampoco.  
 GUM. Pues, entonces, ¿quién es usted? (A Rodríguez.)  
 ROD. ¿Yo? Pues uno que va á ser casi de la familia.  
 GUM. ¿Eh?  
 ROD. Soy el tío del novio de su hija de usted.  
 GUM. ¿El tío de García?  
 ROD. ¿Qué García?  
 GUM. El afinador.  
 ROD. Pero, ¿qué afinador ni qué calabazas?  
 MARG. ¡Ay, Gumersindo! Tú no estás en tu juicio.  
 GUM. Pero entendámonos. ¿No es usted el tío que ha estado aquí antes?  
 ROD. Sí, señor.  
 GUM. ¿El de los treinta mil duros?  
 ROD. ¡Justo!  
 GUM. Pues entonces, ¿usted es el tío del afinador!  
 ROD. ¡Y dale!  
 JUANA. (¡Ojalá!)  
 MARG. ¡Pero, hombre, por Dios! Ya es hora de que lo sepas. El afinador es el marido de Juana.  
 GUM. ¡Eh!

ESCENA XXII

DICHOS y GARCÍA. Luego RAMIRO y ELENA

GAR. (Presentándose después de haber oído las últimas frases desde la puerta segunda izquierda.) ¡Servidor de usted!  
 ROD. ¡Vaya una caral! (1)  
 MARG. Llevan año y medio de casados.  
 GAR. Perdónenos usted.  
 GUM. A mí no me haga usted gestos.  
 GAR. Si es el tafetán...  
 GUM. Pero, señor, ¿qué líos son esos de Celedonio? ¡Ese hombre me va á volver tarumbal (A Rodríguez.) ¿Conque ahora resulta que no es usted el tío de éste?  
 ROD. ¿Yo? ¿Qué he de ser?  
 GUM. Pues, ¿quién es su sobrino de usted?

(1) Rodríguez—Gumersindo—Margarita—García—Juana.

ROD. ¿Que quién? (Aparecen en la segunda izquierda Ramiro y Elena.) ¡Aquél!  
 GUM. ¡Ramiro!  
 RAM. ¡Mi tío aquí! (Yendo hacia él.)  
 ELENA. ¿Tu tío?  
 RAM. ¿A qué ha venido usted? (1)  
 ROD. A hablar con tu suegro y á pedirle la mano de tu novia.  
 RAM. ¡Cuánto me alegro!  
 ROD. ¿Es ésta, verdad?  
 ELENA. Servidora de usted.  
 ROD. Te apruebo el gusto. Es una chiquilla de buten.  
 ELENA. Muchísimas gracias.  
 MARG. (A Gumersindo, que está como atontado.) Ya lo has oído. Me parece que ya te habrás enterado.  
 GUM. Pero, vamos á ver. ¿Elena está enamorada de Ramiro?  
 MARG. ¿Ahora salimos con esas?  
 GUM. Perdóname, si es que yo ya no sé lo que digo ni lo que pienso. ¡Tiene la culpa Celedonio! Por fortuna se marcha hoy.  
 MARG. ¿Sí?  
 GAR. (Me alegro!)  
 GUM. ¡Vaya bendito de Dios!  
 MARG. Por mí...  
 GUM. Si está aquí dos días más, acabamos todos en Leganés.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y CELEDONIO. Después PEPE

CEL. (Por la segunda derecha.) ¿No ha venido el criado?  
 GAR. (¡Eh!) (Asustado, retrocede y tropieza en el piano.)  
 MARG. (A García.) No tema usted.  
 GUM. Ven acá, tú, *infundioso*. (2) ¿Conque el señor (Por Rodríguez.) es el padre del niño?

(1) Rodríguez—Ramiro—Elena—Gumersindo—Margarita—García—Juana.

(2) Elena—Ramiro—Rodríguez—Celedonio—Gumersindo—Margarita—García—Juana.

MARG. Ni yo tampoco.  
 GUM. Pues, entonces, ¿quién es usted? (A Rodríguez.)  
 ROD. ¿Yo? Pues uno que va á ser casi de la familia.  
 GUM. ¿Eh?  
 ROD. Soy el tío del novio de su hija de usted.  
 GUM. ¿El tío de García?  
 ROD. ¿Qué García?  
 GUM. El afinador.  
 ROD. Pero, ¿qué afinador ni qué calabazas?  
 MARG. ¡Ay, Gumersindo! Tú no estás en tu juicio.  
 GUM. Pero entendámonos. ¿No es usted el tío que ha estado aquí antes?  
 ROD. Sí, señor.  
 GUM. ¿El de los treinta mil duros?  
 ROD. ¡Justo!  
 GUM. Pues entonces, ¿usted es el tío del afinador!  
 ROD. ¡Y dale!  
 JUANA. (¡Ojalá!)  
 MARG. ¡Pero, hombre, por Dios! Ya es hora de que lo sepas. El afinador es el marido de Juana.  
 GUM. ¡Eh!

ESCENA XXII

DICHOS y GARCÍA. Luego RAMIRO y ELENA

GAR. (Presentándose después de haber oído las últimas frases desde la puerta segunda izquierda.) ¡Servidor de usted!  
 ROD. ¡Vaya una caral! (1)  
 MARG. Llevan año y medio de casados.  
 GAR. Perdónenos usted.  
 GUM. A mí no me haga usted gestos.  
 GAR. Si es el tafetán...  
 GUM. Pero, señor, ¿qué líos son esos de Celedonio? ¡Ese hombre me va á volver tarumbal (A Rodríguez.) ¿Conque ahora resulta que no es usted el tío de éste?  
 ROD. ¿Yo? ¿Qué he de ser?  
 GUM. Pues, ¿quién es su sobrino de usted?

(1) Rodríguez—Gumersindo—Margarita—García—Juana.

ROD. ¿Que quién? (Aparecen en la segunda izquierda Ramiro y Elena.) ¡Aquél!  
 GUM. ¡Ramiro!  
 RAM. ¡Mi tío aquí! (Yendo hacia él.)  
 ELENA. ¿Tu tío?  
 RAM. ¿A qué ha venido usted? (1)  
 ROD. A hablar con tu suegro y á pedirle la mano de tu novia.  
 RAM. ¡Cuánto me alegro!  
 ROD. ¿Es ésta, verdad?  
 ELENA. Servidora de usted.  
 ROD. Te apruebo el gusto. Es una chiquilla de buten.  
 ELENA. Muchísimas gracias.  
 MARG. (A Gumersindo, que está como atontado.) Ya lo has oído. Me parece que ya te habrás enterado.  
 GUM. Pero, vamos á ver. ¿Elena está enamorada de Ramiro?  
 MARG. ¿Ahora salimos con esas?  
 GUM. Perdóname, si es que yo ya no sé lo que digo ni lo que pienso. ¡Tiene la culpa Celedonio! Por fortuna se marcha hoy.  
 MARG. ¿Sí?  
 GAR. (Me alegro!)  
 GUM. ¡Vaya bendito de Dios!  
 MARG. Por mí...  
 GUM. Si está aquí dos días más, acabamos todos en Leganés.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y CELEDONIO. Después PEPE

CEL. (Por la segunda derecha.) ¿No ha venido el criado?  
 GAR. (¡Eh!) (Asustado, retrocede y tropieza en el piano.)  
 MARG. (A García.) No tema usted.  
 GUM. Ven acá, tú, *infundioso*. (2) ¿Conque el señor (Por Rodríguez.) es el padre del niño?

(1) Rodríguez—Ramiro—Elena—Gumersindo—Margarita—García—Juana.

(2) Elena—Ramiro—Rodríguez—Celedonio—Gumersindo—Margarita—García—Juana.

CEL. ¿Quién ha dicho eso?  
GUM. ¡Tú!  
CEL. ¿Yo? Lo que digo y sostengo es que el niño es hijo del sobrino del señor.  
RAM. ¿Mío?  
CEL. ¿Cómo de usted? ¡De ese! (Señalando á García.)  
GAR. ¡Y sí que lo es!  
ROD. ¿Y de donde saca usted que ese sea mi sobrino?  
CEL. Yo no lo saco de ninguna parte. Usted me lo ha dicho.  
ROD. ¿Que yo?... ¡Vamos, hombre, no sea usted tarugo!  
CEL. ¡Oiga usted!  
ROD. Mi sobrino es éste. (Por Ramiro.)  
CEL. ¿Ese?  
GUM. Sí, señor, Ramiro, el que se casará con mi hija.  
CEL. ¿Conque tu hija se casa con...? ¡Vaya! ¡Abur! (¡Esto no es familia, esto es cualquier cosa!) (Desde el foro.) El coche está á la puerta.  
PEPE Vaya usted bajando todos los lios. No se olvide alguno.  
CEL. Vaya usted bajando todos los lios. No se olvide alguno.  
MARG. ¡Nol! ¡Que se los lleve todos!...  
CEL. ¡Gumersindo! ¡Amigo mío! Eres muy desgraciado... Asuntos de la fábrica me obligan á marcharme, pero créeme, me están dando intenciones de abandonarlo todo y quedarme á tu lado.  
GUM. ¡No! ¡El escabeche es lo primero!  
CEL. (Al público.)  
Es costumbre inveterada y hasta abusiva de sobra, pedir al fin de una obra la consabida palmada. Yo no me atrevo á incurrir en vicio tan singular, no vaya alguno á decir: «Contra el vicio de pedir hay la virtud de no dar.»

FIN DE LA COMEDIA

## Obras dramáticas de Vital Aza

- ¡Basta de matemáticas!** juguete cómico en un acto y en prosa original. (Cuarta edición.)  
**El pariente de todos**, juguete cómico en un acto y en verso, original. (Tercera edición.)  
**Desde el balcón**, juguete cómico en un acto y en verso, original. (Tercera edición.)  
**La viuda del zurrador** <sup>1</sup>, parodia en un acto y en verso.  
**El autor del crimen**, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Cuarta edición.)  
**Aprobados y suspensos**, pasillo cómico en un acto y en verso original. (Décima edición.)  
**Horas de consulta**, sainete en un acto y en verso, original. (Segunda edición.)  
**Noticia fresca** <sup>2</sup>, juguete cómico en un acto y en verso. (Décima-tercera edición.)  
**Tras del pavo** <sup>3</sup>, propósito en dos actos y en prosa, original.  
**Paciencia y barajar**, comedia en un acto y en prosa.  
**Calvo y compañía**, comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)  
**Pérez y Quiñones**, comedia en un acto y en prosa, original.  
**Con la música á otra parte**, juguete cómico en dos actos, en verso, original. (Quinta edición.)  
**Turrón ministerial**, propósito en un acto y en prosa, original.  
**Llovido del cielo**, comedia en dos actos y en verso, original. (Quinta edición.)  
**Periquito** <sup>4</sup>, zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.  
**La ocasión la pintan calva** <sup>1</sup>, comedia en un acto y en prosa, imitada del francés. (Cuarta edición.)  
**Adios, Madrid!** <sup>1</sup>, boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original.  
**¡Adios, Madrid!** <sup>1</sup>, refundida en dos actos.  
**De tiros largos** <sup>1</sup>, juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa. (Sexta edición.)  
**El medallón de topacios** <sup>2</sup>, drama cómico en un acto y en verso, original. (Segunda edición.)  
**La primera cura** <sup>1</sup>, comedia en tres actos y en verso, original.  
**La primera cura** <sup>1</sup>, refundida en dos actos. (Segunda edición.)  
**La calandria** <sup>1</sup>, juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapi. (Cuarta edición.)  
**El hijo de la nieve** <sup>1</sup>, novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original. (Segunda edición.)  
**Prestón y compañía** <sup>4</sup>, sainete en un acto y en verso, original.  
**Parientes lejanos**, comedia en dos actos y en verso, original. (Segunda edición.)  
**Carta canta**, juguete cómico en un acto y en verso. (Tercera edición.)  
**El obo en despoblado** <sup>1</sup>, comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Séptima edición.)

**Las codornices**, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Octava edición.)

**De todo un poco** <sup>5</sup>, revista cómico-lírica en un acto y siete cuadros, en prosa y verso, original.

**Juego de prendas**, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

**Tiquis-miquis**, comedia en un acto y en prosa, original. (Cuarta edición.)

**¡Un año más!** <sup>5</sup>, revista cómico-lírica en un acto y siete cuadros, en prosa y verso, original.

**Pensión de demoselles** <sup>5</sup>, humorada cómico-lírica en un acto y en prosa, original.

**San Sebastián, mártir**, comedia en tres actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

**Parada y fonda**, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Décimatercera edición.)

**Boda y bautizo** <sup>5</sup>, sainete en un acto y tres cuadros, en prosa y verso, original.

**El viaje a Sulza** <sup>5</sup>, vaudeville en tres actos y en prosa, arreglado del francés.

**Perecillo**, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

**La almoneda del 3.º** <sup>4</sup>, comedia en dos actos, original y en prosa. (Tercera edición.)

**Coro de señoras** <sup>4</sup>, pasillo cómico-lírico, original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)

**Los tecayos**, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)

**El padrón municipal** <sup>4</sup>, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Séptima edición.)

**Los lobos marinos** <sup>4</sup>, zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

**El sombrero de copa**, comedia en tres actos y en prosa, original. (Séptima edición.)

**El señor gobernador** <sup>4</sup>, comedia en dos actos y en prosa, original. (Sexta edición.)

**El sueño dorado**, comedia en un acto y en prosa, original. (Séptima edición.)

**Su excelencia**, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)

**El señor cura**, comedia en tres actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

**El señor cura**, refundida en dos actos. (Segunda edición.)

**El rey que habló** <sup>4</sup>, zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapí. (Octava edición.)

**El oso muerto** <sup>4</sup>, comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

**Villa-Tula** (segunda parte de *Militares y paisanos*), comedia en cuatro actos, escrita sobre el pensamiento de la obra alemana *Reif von Reiflingen*.

**Zaragüeta** <sup>4</sup>, comedia en dos actos y en prosa, original. (Novena edición.)

**Chifladuras**, juguete cómico en un acto y en prosa, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa. (Cuarta edición.)

**La rebotica**, sainete en prosa, original. (Sexta edición.)

**La praviata**, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)

**Venta de Baños**, sainete en un acto y en prosa, original.

**La Marquesita**, comedia en un acto y en prosa. (Segunda edición.)

**La sala de armas**, pasillo cómico en un acto y en prosa, original.

**El afinador**, juguete cómico en dos actos y en prosa, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa. (Cuarta edición.)

**Ciencias exactas**, sainete en un acto y en prosa. (Quinta edición.)

**Los lobos marinos** <sup>4</sup>, zarzuela cómica, refundida en un acto y dos cuadros, en prosa, original, música del maestro Chapí.

**La clavellina**, comedia en un acto, escrita sobre un cuento de Arturo Reyes.

**El prestidigitador**, monólogo cómico escrito en catalán por Santiago Rusiñol, arreglado al castellano. (Segunda edición.)

**Francfort**, juguete cómico tetralingüe en un acto y en prosa, original. (Cuarta edición.)

**Chiquilladas**, juguete cómico en un acto y en prosa, escrito sobre unas escenas de Najac.

**La alegría que pasa**, cuadro lírico en un acto, escrito en catalán por Santiago Rusiñol, música del maestro Morera, traducción castellana.

**El matrimonio interino**, comedia en tres actos y en prosa, original de MM. Paul Gavault y Robert Charvay, arreglada al castellano.

## OBRAS NO DRAMÁTICAS

**Todo en broma**, versos de Vital Aza, con un prólogo de Jacinto O. Picón, un intermedio de José Estremera, un epílogo de Miguel Ramos Carrión y *¡nada más!* (Tercera edición aumentada.)

**Bagalas**, poesías. Ilustraciones de B. Gili y Roig.—Colección *elzevir*. Juan Gili.—Barcelona.—Primera edición.

**Ni fu, ni fá**, versos.—Ilustraciones de B. Gili y Roig.—Colección *elzevir*. Juan Gili.—Barcelona.—Primera edición.

**Pamplinas**, versos.—Colección *Diamante*.—Antonio López.—Librería Española.—Barcelona.—Primera edición.

**Plutarquillo**: Biografías festivas de personajes célebres, con ilustraciones de Marin.—Primera edición.

(1) En colaboración con Miguel Ramos Carrión.  
 (2) Idem id. José Estremera.  
 (3) Idem id. José Campo-Arana.  
 (4) Idem id. Eusebio Blasco.  
 (5) Idem id. Miguel Echeagaray.

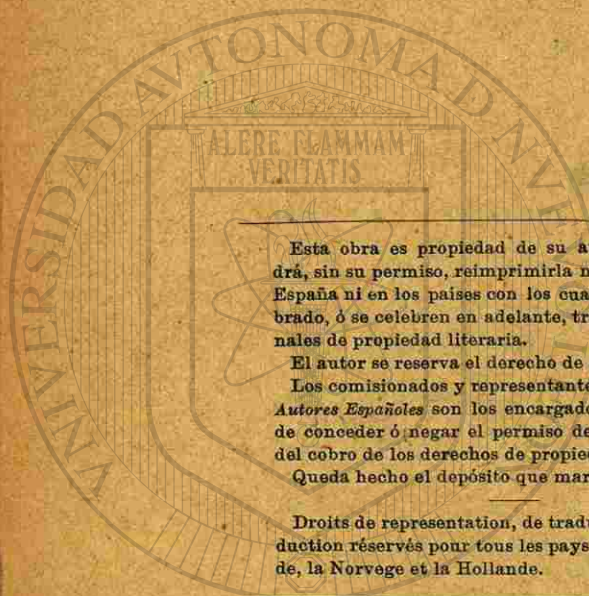


PARENTES LEJANOS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hollande.

*pendiente para  
Gran Leyenda Verdugo*

# PARIENTES LEJANOS

JUGUETE CÓMICO

en dos actos y en verso

ORIGINAL DE

## VITAL AZA

Estrenado en el TEATRO LARA el 21 de Noviembre de 1881



SEGUNDA EDICIÓN

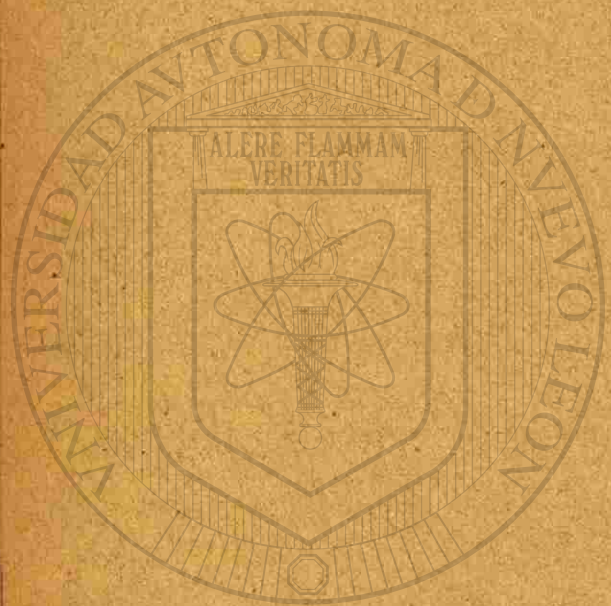


MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA 11

Teléfono número 551

1907



AL SEÑOR

*Don Miguel A. Builla*

*Recuerdo del entrañable cariño  
que te profesa su sobrino,*

*Vitalo*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





## REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA NICOLASA.....	SRA. VALVERDE.
EMILIA.....	ALVERÁ DE NESTOSA.
MANUELA.....	SRTA. ARNAU.
PEPE (35 años).....	Sr. ZAMACOIS.
DON HILARIO.....	RIQUELME.
ANTONIO (30 años).....	ARANA.
CAMARERO.....	MAZA. (1)
CANUTO.....	RIQUELME (hijo).
UN MOZO DE CORDEL....	N. N.

La acción en Madrid.—Época actual

(1) El primer actor y director, D. Alfredo Maza, se ha encargado del papel de *Camarero* para el mejor conjunto de la obra, y por deferencia al autor, quien, al consignarlo aquí, envía á tan distinguido artista el testimonio de su profunda gratitud.



ARSENIO ESPINOSA  
ABOGADO  
DIC 14 1912  
GUAYACAN SIN. MEX.

## ACTO PRIMERO

Sala elegante.—Puerta al foro y laterales. Balcón primer término derecha (1).—Consolas con reloj y floreros.—Velador en el centro con lámpara encendida, timbre y recado de escribir.—Sillas, sofá, butacas, etc.

### ESCENA PRIMERA

EMILIA y MANUELA

EMIL. ¡Manuela! (Llamando.)  
 MAN. (Dentro.) ¡Voy!  
 EMIL. ¡Qué tardanza!  
 ¡Las siete y cinco y no viene!  
 —¡Manuela!  
 MAN. Mándeme usted.  
 EMIL. (Desde el balcón sin reparar en Manuela.)  
 ¡Un hombre tan puntual siempre!  
 —¡Manuela!  
 MAN. ¡Si estoy aquí!  
 EMIL. ¡Ah, sí!  
 MAN. ¿Qué es lo que usted quiere?  
 EMIL. ¿Has andado en el reló?  
 MAN. ¿Yo? ¡No, señora!  
 EMIL. Parece que adelanta.

(1) Las acotaciones están tomadas del lado del actor.

MAN. En el de arriba  
dieron ha poco las siete.

EMIL. ¡Vamos! ¡Si estoy más nerviosa!

MAN. ¿Nerviosa? ¿Pues qué sucede?

EMIL. ¡Nada! ¡Déjame!

MAN. ¡Yo siento!...

EMIL. Ya te he dicho que me dejes.

MAN. ¿Pongo la sopa?  
(Después de hacer medio mutis.)

EMIL. ¡Sí; ponla!

MAN. ¿Come aquí el amo? (Idem, íd., íd.)

EMIL. Pues ese  
es el mal, que yo no sé...  
¿No ves lo que tarda?

MAN. Puede  
que hoy esté muy ocupado  
en la oficina.

EMIL. ¡Bien! ¡Vete!  
(Suena la campanilla.)  
¡Gracias a Dios! ¡Ahí está!  
(Vase Manuela por el foro derecha.)  
De fijo, dirá que viene  
del ministerio; ¡se pasa  
la vida en él! ¡No parece  
sino que un hombre casado  
como él lo está, no se debe  
á la mujer, por lo menos,  
tanto como al Presidente  
del Consejo!

ESCENA II

DICHA, PEPE y MANUELA

MAN. (Desde el foro.) No es el amo;  
es el señorito Pepe.

PEPE El mismo que viste y calza. (Entrando.)  
—Hola, chica. (Vase Manuela.)

EMIL. ¿Qué hora tienes?

PEPE Pero, hermana, ¿no te he dicho  
que mi reló hace tres meses  
que anda, como yo, atrasado  
y marca como Dios quiere?

EMIL. ¿No has visto á Antonio?

PEPE ¿Qué pasa?

EMIL. Pues nada. Sencillamente;  
que se marchó al ministerio  
esta mañana á las nueve;  
mandó á las once un volante  
diciéndome: «no me esperes  
á almorzar», y todavía  
no ha vuelto. ¡Si te pareces!...

PEPE ¡Es posible! (Con sorna.)

EMIL. ¡Sí, señor!

PEPE ¡Caramba! ¿Es de veras?

EMIL. ¡Créeme!

PEPE ¡Pues eso es grave, muy grave!

EMIL. ¡Vaya, no te burles, Pepe!

PEPE Ya volverá si es de ley.

EMIL. ¡Sí!

PEPE ¡Tranquilízate y siéntate!

EMIL. ¿En dónde se habrá metido?

PEPE Hija, ¿lónde ha de meterse?  
¡En la oficina! (se sientan.)

EMIL. ¡Ay! ¡Dí hosa  
oficina!

PEPE ¡No te quejes!  
¡Tu marido es un modelo  
de empleados!

EMIL. ¡Sí! ¡Pues ese  
es el mal! ¡Yo veo que otros  
van á la oficina, y vuelven  
á las dos horas á hacer  
compañía á sus mujeres!  
Vamos, no seas chiquilla.  
Antonio es un excelente  
muchacho. El niño mimado  
del ministro, y me parece  
que en la posición que ocupa...  
¡Digo! ¡Digo! ¡Todo un jefe  
de negociado! ¡Así yo  
en el periódico, á veces,  
le doy cada bombo!... ¡Y claro!  
¡Estas cosas le convienen!  
Nada me cuesta llamarle  
probo, honrado y eminente.  
Mas conste que estos elogios

tu marido los merece,  
como merece tener  
—y así Dios se los conserve!—  
una mujer como tú  
y un cuñado como este.

EMIL. ¡Que siempre has de ser el mismo!  
PEPE ¡Dices bien: el mismo siempre!

Un periodista tronado,  
pero libre é independiente,  
que vive de lo que escribe  
y que escribe lo que puede.

EMIL. Mil veces te lo hemos dicho:  
estás así porque quieres.  
Con tus muchas relaciones  
podrías muy fácilmente  
obtener algún destino...

PEPE ¿Yo un destino? ¡Ni lo pienses!  
Desde que hace catorce años  
un ministro me dió *el cese*  
porque una tarde de broma  
puse en verso un expediente,  
juré no aceptar destinos...  
digo, á menos que no fuese,  
por ejemplo, una cartera...

EMIL. ¡Sí! ¡Pues espera!

PEPE ¿Que espere?  
Eso es lo que estoy haciendo:  
esperar.. hasta la muerte.

(Emilia se dirige al balcón.)  
¡Pero, mujer, por Dios santo!

¡No seas tan impaciente!  
¡Déjame, estoy de un humor!...

EMIL. Mientras tu marido viene,  
PEPE voy á ver si pongo en orden  
estas noticias...

(Deja el sombrero sobre la butaca de la izquierda y  
se sienta á escribir en el velador del centro.)

«Parece

»que en el próximo Consejo  
»se tratará...» ¡Lo de siempre!  
«Dícese que hay crisis.»

(Repasando unas cuantas cuartillas.)  
(Alarmada.) ¡Qué!

EMIL. ¿Que hay crisis?

PEPE ¡Eh! ¡No te alteres!  
No hay tal cosa.

EMIL. Pues entonces...  
PEPE Es nuestro teje maneje.  
Hoy lo damos como cierto  
y mañana se desmiente.  
Hija, cuando no hay noticias,  
—y esto á menudo sucede,—  
no hay más remedio, es preciso  
que cada cual las invente.  
Y á proposito, ¿no sabes  
nada nuevo?

EMIL. ¡Yol!  
PEPE ¿No puedes

darme ninguna noticia  
de bodas ó de banquetes,  
de asesinatos, de robos,  
en fin, de algo que interese?

EMIL. Lo siento, pero yo no  
sé nada absolutamente.

PEPE Chica, vivís en un barrio  
que es una balsa de aceite.  
(Campanilla.)

EMIL. ¡Ahí está ya! ¡Buena riña  
le espera! ¡Déjale que entre!

PEPE ¡Jesús! ¡Los recién casados  
sois lo más impertinentes!...

### ESCENA III

DICHOS y ANTONIO

ANT. ¡Caramba! ¡Gracias á Dios!  
(Entrando.)

PEPE Buenas tardes.

ANT. Hola, chico.

EMIL. Vamos, hombre. ¡Ya era hora!

ANT. ¡Ay, hijo! ¡Vengo rendido!

(Se sienta después de haberse quitado el gabán y de  
dejar el sombrero sobre la consola de la izquierda.)

EMIL. ¿Conque rendido? ¡Me alegro!

ANT. ¡Gracias!

EMIL. ¡Me alegro infinito!

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO..."  
1930. LASE. MONTENEGRO, 1930

¡Tienes una *oficinitis* insufrible!

ANT. ¡Si es precisol  
¿qué he de hacer sino cumplir?  
Hay trabajos urgentísimos...

PEPE Ya se lo decía yo...  
(sigue escribiendo.)

ANT. Y luego como el ministro  
me quiere tanto, me encarga  
de todo...

PEPE ¡Lo que yo digo!  
¡Pues si es el niño mimado!  
¡Tú harás carrera, de fijo!  
Pronto diré en el periódico:  
«Se anuncia según oímos  
para ocupar la cartera  
de Fomento al conocido  
y notable funcionario  
don Antonio Marmolillo.»

ANT. ¡Ay si cayese esa gangal  
Pero están verdes...

PEPE Pues, hijo,  
no serías el primer  
*marmolillo* que ha subido  
hasta ese puesto.

ANT. Es posible;  
pero yo á tanto no aspiro.  
Me contento con que Dios  
me conserve este destino.

PEPE Teniéndome á mí en la prensa  
no hay quien se atreva contigo.  
¡Al que te deje cesante,  
no lo dudes, lo dividol!

ANT. Gracias.—Ya lo oyes, Emilia,  
podemos estar tranquilos.  
¿Pero qué es eso? ¿qué tienes?  
(Acercándose á ella.)

EMIL. Si crees que no hay motivo  
para estar incomodada...

ANT. ¿Es posible? ¿A qué salimos  
conque dudas?... ¡Ya comprendol  
(A Pepe.)  
Todo es porque no la he dicho  
dónde he almorzado.—¿Verdad?

EMIL. No, si no quieres decirlo...

ANT. ¡Tonta! ¿Pues no he de querer?  
¡Almorcé... con el ministro! (Con énfasis.)

EMIL. ¿De veras?

ANT. ¡Vaya!  
PEPE ¡Eso sí

que requiere un sueltcito!  
(Escribe.)

ANT. Quiso que le acompañara;  
no aceptó mi excusa, y fuimos  
á Fornos. ¡Pues si es el hombre  
más campechano que he visto!

PEPE (Lee.) «Hoy han almorzado juntos  
en Fornos, según oímos,  
el ministro señor Alvarez,  
y el señor de Marmolillo.»  
¿Te gusta? (A Antonio.)

ANT. Perfectamente.

Por supuesto, yo he querido  
pagar, pero ¡qué! se opuso  
y no hubo medio.

PEPE (Escribe y lee.) «El ministro  
pagó los cubiertos.»

ANT. ¡Hombre!

¡no pongas eso, por Cristo!  
Bueno, pues pondré otra cosa.

(Borra lo escrito.)

¡Bombo ciento veinticinco!  
«Se da importancia al almuerzo, (Escribe y lee.)  
porque en él se han discutido  
asuntos graves que pueden  
influir en los destinos  
de la patria.»

ANT. Eso no es cierto;  
pero no importa, publícalo.

—¡Y no sabéis lo mejor!  
¿Qué?

EMIL. No lo esperas.

EMIL. Pues dilo.

ANT. Que en justa correspondencia  
supliqué á mi ilustre amigo  
viniera á almorzar mañana  
con nosotros.

PEPE ¡Chico! ¡chico!

EMIL. Pero, hombre, por Dios, me pones en un grave compromiso.

ANT. No se apure usted, señora, porque todo lo he previsto. Ya está encargado el almuerzo, y vendrán aquí a servirlo de los Dos Cí-nes.

EMIL. ¡Ah, vamos! Siendo así me tranquilizo.

PEPE Cuenta conmigo mañana.

ANT. ¡Claro que cuento contigo! ¡Pues no faltaba otra cosa! Siendo un banquete político, justo es que tenga la prensa un representante digno.

EMIL. Hoy comerás con nosotros (A Pepe) también.

PEPE Lo siento infinito.

ANT. ¡Quédate!

PEPE No puede ser.

EMIL. Como quieras, no insistimos...

PEPE El director me ha encargado un trabajo importantísimo para esta noche, y no puedo...

ANT. Sigues siendo, por lo visto, el *factotum* del periódico.

PEPE ¡Casi me lo hago solito! Los rumores, las noticias, el foll-tín, los artículos, los sueltos, las variedades, las Cortes y los novillos.

ANT. ¡Eres el yunque!

PEPE Algún día me tocará ser martillo. Mas no creáis que me quejo. ¡Tiene esto sus atractivos! Hoy voy a hacer un trabajo concienzudo y detenido sobre ¿qué diréis? (A Antonio.) ¡Pues, sobre la Hacienda española, chico! ¡Figúrate tú qué asunto! ¡Yo que en mi vida he sabido lo que es tener cinco duros,

hablar de planes rentísticos!... ¡Pues, nada, echaré millones de pesetas tan tranquilo!

ANT. ¡Y acaso des en la clave!

PEPE ¡Puedel! ¡Más como no firmo, el director, que es muy largo, se lo leerá al ministro, y si se lo aprueba es suyo y si lo critica es mío!

EMIL. Vaya, se va haciendo tarde y yo ya tengo apetito. Voy a ver si está dispuesta la comida.

ANT. ¡Ah! ¡sí! es preciso que comamos pronto. ¡Ya me olvidaba! ¿A que he perdido los billetes?

EMIL. ¿Qué billetes?

ANT. Sé que te gusta muchísimo la nueva triple del Real y a un revendedor amigo le he comprado dos butacas que me han costado un sentido. ¡Aquí están!

EMIL. ¡Si eres más bueno!

ANT. Iremos los dos juntitos. Digo, si tú quieres... (A Pepe.)

PEPE No.

ANT. Es butaca y en buen sitio.

PEPE Gracias, los inteligentes vamos siempre al Paraíso.

ANT. Bueno, pues comamos pronto.

EMIL. ¡Al punto estarás servido! (Vase foro izquierda.)

ESCENA IV

PEPE y ANTONIO. Pepe sigue escribiendo

ANT. ¡Siempre tan trabajador! ¡Pero hombre, eres un esclavo! ¿Quieres hacerme el favor de descansar?

PEPE Pronto acabo.

EMIL. Pero, hombre, por Dios, me pones en un grave compromiso.

ANT. No se apure usted, señora, porque todo lo he previsto. Ya está encargado el almuerzo, y vendrán aquí á servirlo de los Dos Cí-nes.

EMIL. ¡Ah, vamos! Siendo así me tranquilizo.

PEPE Cuenta conmigo mañana.

ANT. ¡Claro que cuento contigo! ¡Pues no faltaba otra cosa! Siendo un banquete político, justo es que tenga la prensa un representante digno.

EMIL. Hoy comerás con nosotros (A Pepe) también.

PEPE Lo siento infinito.

ANT. ¡Quédate!

PEPE No puede ser.

EMIL. Como quieras, no insistimos...

PEPE El director me ha encargado un trabajo importantísimo para esta noche, y no puedo...

ANT. Sigues siendo, por lo visto, el *factotum* del periódico.

PEPE ¡Casi me lo hago solito! Los rumores, las noticias, el foll-tín, los artículos, los sueltos, las variedades, las Cortes y los novillos.

ANT. ¡Eres el yunque!

PEPE Algún día me tocará ser martillo. Mas no creáis que me quejo. ¡Tiene esto sus atractivos! Hoy voy á hacer un trabajo concienzudo y detenido sobre ¿qué diréis? (A Antonio.) ¡Pues, sobre la Hacienda española, chico! ¡Figúrate tú qué asunto! ¡Yo que en mi vida he sabido lo que es tener cinco duros,

hablar de planes rentísticos!... ¡Pues, nada, echaré millones de pesetas tan tranquilo!

ANT. ¡Y acaso des en la clave!

PEPE ¡Puedel! ¡Más como no firmo, el director, que es muy largo, se lo leerá al ministro, y si se lo aprueba es suyo y si lo critica es mío!

EMIL. Vaya, se va haciendo tarde y yo ya tengo apetito. Voy á ver si está dispuesta la comida.

ANT. ¡Ah! ¡sí! es preciso que comamos pronto. ¡Ya me olvidaba! ¿A que he perdido los billetes?

EMIL. ¿Qué billetes?

ANT. Sé que te gusta muchísimo la nueva triple del Real y á un revendedor amigo le he comprado dos butacas que me han costado un sentido. ¡Aquí están!

EMIL. ¡Si eres más bueno!

ANT. Iremos los dos juntitos. Digo, si tú quieres... (A Pepe.)

PEPE No.

ANT. Es butaca y en buen sitio.

PEPE Gracias, los inteligentes vamos siempre al Paraíso.

ANT. Bueno, pues comamos pronto.

EMIL. ¡Al punto estarás servido! (Vase foro izquierda.)

ESCENA IV

PEPE y ANTONIO. Pepe sigue escribiendo

ANT. ¡Siempre tan trabajador! ¡Pero hombre, eres un esclavo! ¿Quieres hacerme el favor de descansar?

PEPE Pronto acabo.

Aunque la misión me aburre  
yo resistirme no puedo.  
Me han dado orden de que zurre  
al gobernador de Oviedo,  
y aunque no le quiero mal,  
tan bien cumplo lo mandado,  
que hasta le llamo animal  
en sentido figurado.

ANT. ¡Tomal (Dándole un cigarro.)

PEPE ¡Al fin, lo terminé!

Descansemos un ratito,  
porque, amigo, en honor de  
la verdad, lo necesito.

(Encienden los cigarros y fuman.)

ANT. Yo también estoy cansado  
de trabajar todo el día.

¡Y dicen que el empleado  
es un vago!

PEPE ¡Tontería!

Razón en eso te sobra.

¡Nadie te desmentirá!

¡Vago es aquel que no cobra,  
pero el empleado quí!

ANT. ¡Ay, Pepe, jamás creí!

¡No todo en esto son flores!

Ya me tienen hasta aquí  
diputados y electores.

PEPE Consecuencia natural  
en quien está en candelero.

ANT. ¡Ya! Pero lo original  
del caso, es que un caballero

á quien en toda mi vida

he visto, entra muy ufano;

me trata de *tú* en seguida;

me aprieta mucho la mano,

me marea, yo le escucho;

me soba como á un monote;

dice que he engordado mucho;

que me ha crecido el bigote;

que ha tiempo que me buscaba;

que soy muy guapo y muy fino,

y después de todo, acaba

por pedirme algún destino.

¡No es extraño que me irrite!

PEPE ¡Hijo, la empleomanía!

ANT. Y esta escena se repite  
cuarenta veces al día.

¡Son tantos los exigentes!

Y aunque extraños muchos son,

también, chico, los parientes

me dan cada desazón...

¡Conste que yo!...

PEPE

ANT.

Tú al contrario,

me haces favores sin tasa.

¡Pero tengo un tío Hilario

y una tía Nicolasa!

Es decir, son tíos míos

desde que al poder subí;

pero son un par de tíos

que valen un Potosí.

¡Su parentesco lejano

se estrecha de una manera!...

Y eso que estuve un verano

en el pueblo, y ni siquiera

me saludaron; pero hoy

por mi cariño se mueren,

y como dicen que soy

el sobrino que más quieren,

todos los días me escriben

pidiéndome algún destino.

¡Si los pobres se desviven

por querer á su *brino*!...

En los diez meses cabales

que llevo aquí de empleado,

¡Dios sabe las credenciales

que mis tíos me han sacado!

Dí una plaza de escribiente

á un sobrino de mi tía

y he colocado á Vicente

en una secretaría.

Hice auxiliar á Severo,

á Ramón le dí un juzgado

y á Roque le hice portero

del Ministerio de Estado.

En Hacienda coloqué

á un hijo de Robustiana

y á su hermano lo mandé

de oficial quinto á la Habana.

Logre trasladar á Rodas  
al marido de Cecilia,  
¡é hice estanqueras á todas  
las viudas de la familia!  
¡Y aun los grandísimos tunos  
me vienen con pejiugeras!  
¿Y qué más? ¡Si sé que algunos  
se han resentido!

PEPE ¿Es de veras?

¡Nadie lo hubiera creído!  
¿Resentirse? ¡Bueno es esto!  
¡Si el único resentido  
debe ser el presupuesto!

ANT. Ayer me escribió mi tío  
hablándome de Canuto.

PEPE ¿Quién?

ANT. ¡Su chico; un primo mío  
que es el muchacho más bruto!...  
Pues ¡pásmate! á ese bodoque  
—ni escribir sabe el muchacho—  
quiere que yo le coloque  
de auxiliar en mi despacho.

PEPE ¡Nada! ¡no te desesperes!  
¡Mándalos con viento fresco!  
¡Mira que si no te mueres  
de empacho de parentesco!

### ESCENA V

#### DICHOS Y EMILIA

EMIL. Cuando quieras que comamos,  
á tus órdenes estoy.

ANT. Sí, sí, comamos.

EMIL. (Dándole una carta que estará sobre el velador.)

¡Ahl toma  
esta carta que llegó  
hace un momento.

ANT. ¿Una carta?  
una recomendación,  
de seguro. ¡A ver! ¡Pero, hombre!  
¿No te lo decía yo? (A Pepe.)

¡Carta de mi tío Hilario!  
¡De fijo, otra petición!  
¡No sabe más que pedir!  
«Querido sobrino: Voy (Lee.)  
á darte...»

PEPE ¡Comienza dando!

ANT. Será alguna desazón.

«Voy á darte una noticia...»

PEPE ¡Hombre, venga! (Disponiéndose á escribir.)

ANT. «Sabrás que hoy

he decidido ir á esa  
á tu lado...» ¡Me partió!  
¡Eso sólo me faltaba!  
«Así hablaremos mejor  
del destino para el chico.»  
¿Pero has visto? ¡Si es atroz!  
«Cuando recibas mi carta  
ya estaré en Madrid.» ¡Horror!  
¡Emilia!

EMIL. ¿Qué?

ANT. Al punto dile

á la chica que no estoy  
en casa para ninguno.

PEPE Noticia de sensación: (Escribe.)

«Hoy ha llegado á esta corte  
don Hilario...»

ANT. ¡No, por Dios!

Anda, que puede venir.

EMIL. Que venga el pobre señor.

Comprende que es un pariente.

PEPE Emilia tiens razón.

¡Un pariente!

ANT. ¡Ausque lo sea!

¿Tengo alguna culpa yo  
de que mi padre y mi tío  
fuesen primos? ¡No señor!  
¡Que me escriba cartas, pase;  
pero que venga, eso no!  
¡Bastante me han explotado  
sin deberles ni un favor!

(A Emilia.)

¡Nada, nada, que le digan  
que me he muerto y se acabó!

EMIL. Haces mal; el pobrecito



vendrá por un día ó dos,  
y creo...

ANT. ¡Si es insufrible!

(se oye la campanilla.)

PEPE ¡Han llamado!

ANT. ¡Santo Dios!

¡Es él! ¡Yo me marchó!

EMIL. ¡Antonio!

¡No hagas eso, por favor!

¡No recibirle sería

una falta de atención.

HIL. (Dentro.)

¿En dónde está?

ANT. ¡Justo, el mismo!

PEPE Corro á tu despacho. Adiós.

¡Me voy á arreglar la Hacienda!

¡Paciencia y resignación!

(Vase por la segunda izquierda.)

HIL. ¡Antonio! (Dentro.)

EMIL. Anda, hombre, sal

á recibirle.

ANT. ¿Quién? ¿Yo?

EMIL. ¡Tú! ¡Sí! Si es que quieres

que yo vaya...

ANT. ¡Bueno, voy!

(¡Me ha dado Dios un carácter!...)

EMIL. (¡Es de lo más bonachón!)

### ESCENA VI

ANTONIO, EMILIA y DON HILARIO

HIL. (Dentro.)

¡Que yo soy de confianza!

¿En dónde está ese tunante? (En el foro.)

¡Antoñito de mi vida! (Abrazándole.)

¡Deja, deja que te abrace!

¡Qué sorpresa! ¿No es verdad?

ANT. ¡Sí, señor, muy agradable!

HIL. Sí; ya sé que tú no olvidas

que eres hijo de tu padre.

ANT. ¡Claro!

HIL. Y que tu padre y yo

éramos primos carnales.

Y, es natural, como todos

tenemos la misma sangre,

es natural, nos queremos!

¡Si no puede remediarse!

—Oye, ¿es esta tu mujer?

Muy servidora.

EMIL. Pues dame

HIL. esos cinco. (Le aprieta la mano.)

(¡Ay!)

EMIL. ¡Guapa chical

HIL. —Mira, vas á dispensarme

que te tutee; al fin eres

mi sobrina, y no lo extrañes,

yo soy así, natural

y muy franco en los modales

Ya veo...—Siéntese usted.

EMIL. Sí, sí, que voy á sentarme,

HIL. porque vengo estropeado

con este dichoso viaje.

¡Trece horas de diligencia

no hay cuerpo que las aguante!

EMIL. (Aparte á Antonio.)

¡Tranquilízate! Ya ves

que viene sin equipaje.

(Se sientan los tres.)

HIL. ¡Canastos! ¡Y vaya un lujo!

¡Esto sí que es elegante!

¡Cómo se conoce que eres

lo que eres, un personaje!

¡Vamos! ¡Te juro que yo

siento orgullo en abrazarte! (Le abraza.)

¡Recuerdo que de chiquito

era éste lo más pillastre! (A Emilia.)

¡Tenía unas ocurrencias,

unos dichos y unas frases!

La madre, es claro, quería

que fuese cura, y el padre

tenía empeño en hacerle

militar, y este tunante

decía con mucha gracia:

—¡aun me parece escucharle!—

«Quiero estudiar pa ministro!»

¡Y ya casi lo eres!

ANT.

¡Casil

HIL.

¡Si siempre lo he dicho yo!  
con tu talento es muy fácil  
llegar á ser... cualquier cosa.

¡Y nada, chico, adelante!

O no hay justicia en la tierra  
ó tú llegas donde nadie.

Así lo digo en el pueblo;

y aunque algunos ignorantes

dicen, que si esto y lo otro

y si vales ó no vales,

yo me he propuesto que vean

que eres un hombre importante,

y si consigues que ahora

me nombre el gobierno alcalde,

no va á quedar en el pueblo

quien dude de ti. ¡Carapel

(¡Otra petición! ¿Lo ves?

ANT.

¡Si este tío es insaciable!) (Aparte á Emilia.)

HIL.

¿Sabes que me está chocando

la tardanza?

ANT.

¿De quién?

HIL.

¡Calle!

¡Es verdad que aun no te he dicho!

¡Apenas vas á alegrarte!

ANT.

(¡Ay, Dios mío)

HIL.

El caso fué...

¡Cosas nuestras! ¡Un arranque!

Como sabemos que tú

eres así, de un carácter

que aunque lo estés deseando,

por temor de que te falten

nunca te atreves...

ANT.

¿A qué?

HIL.

¡A invitarnos!

ANT.

(¡Dios me ampare!)

HIL.

Hemos resuelto venir.

ANT.

¿Venir? ¿Pero quienes?

HIL.

¡Dale!

Pues yo y Nicolasa.

ANT.

¿Sí?

HIL.

¡Y el chico!

ANT.

(¡Virgen del Carmen!)

¿Y nadie más?

HIL.

Mi sobrina.

la casada con Melquiades,

quería venir también,

pero un catarro muy grande

se lo impidió.

ANT.

¿Sí? ¿Qué lástima!

¡Aquí podría aliviarse!

HIL.

Le escribiré si tú quieres... (Se levanta.)

ANT.

¡No, no, señor! (¡Son capaces!... (A Emilia.)

¡Cuando te digo que yo

voy á hacer un disparate!)

EMIL.

(¡Ten calma, por Dios, Antonio!)

HIL.

(Volviendo del foro)

¡Lo dicho! ¡Extraño que tarden!...

EMIL.

¿Pero dónde se han quedado?

HIL.

A dos pasos de esta calle;

hablando con Celedonio

nuestro primo, un comerciante

que tiene ahí cerca una tienda

de géneros coloniales.

Mas como á mí me escocía

el deseo de abrazarte,

no he querido detenerme

y vine á esta casa á escape. (Campanilla.)

ANT.

¡Pero han llamado! ¡Ahí están!

HIL.

(¡Santo Dios!)

¡Vas á asustarte

cuando veas á Canuto!

¡Es un muchacho que sabe

más que Lepel! ¡Es un talento!

ANT.

¡El talento de su padre!

HIL.

(Desde la puerta del foro.)

¡Ellos son! ¡Eh! ¡Por aquí!

¡Colasa! ¡Chico! ¡Adelante!

ANT.

(Mujer, que te digo que esto

ya no puede tolerarse.)

HIL.

¡Por aquí! ¡ou confianza!

ANT.

¡Sí, sí! ¡Que pasen, que pasen!

ESCENA VII

DICHOS, DOÑA NICOLASA y CANUTO con varios bultos, maletas y lios, entre ellos un cesto. Luego un Mozo de cordel con un baúl grande y de forma antigua. PEPE desde la puerta

Nic. ¡Gracias á Dios que llegamos á esta casa! ¡Ya era tiempo! Pasa, Canuto, hijo mío. ¡Jesús! ¡Qué rendida vengo! —Hola, ¿Qué tal por aquí? ¿Cómo estas? (A Antonio.) Bien, ¿eh? ¡Me alegro! — Hilario, toma estos lios.

(Le da los que trae. Hilario los va colocando sobre los muebles.)

—¿Sabes, chico, que te encuentro muy palido? (A Antonio.)

ANT.

¡Es la emoción!

HIL.

¡Claro! ¡La emoción de vernos!

NIC.

¿Esta será tu mujer?

EMIL.

Sí, señora.

NIC.

¡Dame un beso!

(Va á dárselo y se detiene.)

Oye, ¿te pintas la cara?

EMIL.

¡Señora!

NIC.

Pregunto esto porque como aquí vosotras os embadurnáis de yeso y á mí esas cosas me dan un asco tal que no puedo... ¡Pero, no! Veo que tú tienes el cutis tan fresco como yo (La besa.) Créeme, hija, lo natural es lo bueno. ¡Jesús! ¡Vengo reventada! Déjame tomar asiento.

(Se sienta en la butaca sobre la que habrá dejado Pepe su sombrero.)

ANT.

(Armémonos de paciencia que esto no tiene remedio.)

(Se sientan todos menos Canuto, que permanece en pie y cargado con varios bultos.)

Nic. Pues ya hace más de dos horas que nos apeamos; pero nos encontramos ahí cerca con un primo...

EMIL

Ya sabemos.

Nic.

¡Es el hombre más pesado, más preguntón y más tercol! ¡Una hora y media nos tuvo de plantón! ¡Y después de esto quería que nos quedáramos en su casa!

ANT.

¿Sí?

Nic.

¡Qué empeño!

¡Figúrate tú si yo iba á aceptar!

ANT.

Pues yo siento que ese primo tome á mal... Y conste que no me ofendo; si quieren ustedes ir...

Nic.

¡Quita, por Dios! Nuestro objeto es venir á vuestra casa, no á la de un pobre tendero que huele á jabón y aceite que no hay por donde cogerlo. Con ciertos parientes, ¡vamos! no transijo, lo confieso!

ANT.

¡Dice usted bien, sí, señora! ¡Yo á algunos los aborrezco!

Nic.

¡Vaya con don Antoñito!

PEPE

(Desde la puerta.)

(¡Ha venido, á lo que veo, toda la familia! ¡Pobre Antonio! ¡Le compadezco!) (se retira.)

Nic.

De fijo que no esperabais esta sorpresa, ¿no es eso? Este había decidido el lunes venir á veros él solo; pero yo dije que lo mejor y más puesto en razón era venir los tres, porque yo comprendo que ésta, (Por Emilia.) como es natural, tendría muchos deseos de conocernos.

ANT. ¡Muchísimos!  
Siempre me estaba diciendo:  
¿cuándo vendrán por aquí  
esos tíos?

NIC. Lo agradezco.  
¡Pues aquí nos tienes ya!

ANT. ¿Y acaso por poco tiempo?

NIC. ¡Sólo por un mes ó dos!

ANT. ¡Gran Dios! ¿Nada más? ¡Protesto!  
¡Tienen ustedes que estarse  
en Madrid un año entero!  
(¡Qué dice!)

EMIL. ¡No puede ser!...

HIL. ¡Pues nada! ¡Ni un día menos!

ANT. ¡No permitimos que ustedes  
nos abandonen tan presto!  
(¡Pero, hombre!...) (A Antonio.)

EMIL. (A Emilia.) (Voy á ver si  
los aburro á cumplimientos!)

ANT. ¡Canuto!

NIC. ¡Mande usted!

CAN. Hijo,  
por Dios, quítate el sombrero.

NIC. ¿Cómo me lo he de quitar  
si con los bultos no puedo?

CAN. Dice bien el pobrecito.  
¡Qué haces tú que le estás viendo?  
(A Hilario.)

NIC. ¡Jesús! ¡Hombre más inútil!  
(Don Hilario recoge los bultos que tiene Canuto.)  
A ver, dame acá ese cesto.  
(Hilario se lo da.—Canuto se sienta al lado del ve-  
lador.)

ANT. Un regalito que os traigo;  
no vale nada, un recuerdo.  
(¿Qué será?)

NIC. ¡Son como puños! (Abre el cesto.)

ANT. ¡Mira, mira!  
(¡Santo cielol)

EMIL. ¡Bellotas!

ANT. (¡Vaya un regalo!)  
¡Son los tíos más atentos!...  
¡Es un obsequio finísimo!  
¿Verdad que es un gran obsequio?

(A Emilia.)  
¡Figúrate tú! ¡Bellotas!  
¡que es un fruto tan... selecto  
y tan escaso!

HIL. ¡Quía, escaso!  
Pues si hay este año en el pueblo  
tal abundancia que andan  
las bellotas por los suelos.  
(¡Animal!) (A Hilario.)

NIC. (¡Animal!) (A Hilario.)

ANT. Pues á pesar  
de todo lo agradecemos. (Suena la campanilla.)

NIC. Han llamado; mira á ver (A Hilario.)  
si es ese...  
(¿Qué?)

ANT. (Va al foro.) ¡Voy corriendo!

HIL. Diga usted; (A Nicolasa.) ¿ese es algún  
pariente?

ANT. ¡Quía! ¡No por cierto!  
Es el mozo que nos trae  
el baúl.  
(¡De mal en menos!)

EMIL. ¡Por aquí, con cuidadito!  
(Entra el mozo con el baúl y Manuela con una pal-  
matoria.)

NIC. Que lo coloque allá dentro.  
(Indica puerta segunda derecha.—Vanse Manuela y el  
mozo, que vuelve en seguida sin el baúl.)

EMIL. (¿No decías que venían  
sin equipaje?) (A Emilia.)

ANT. (A Antonio.) (¡Ya ve!)

NIC. Si te has creído que yo  
traía so o lo puesto,  
te has engañado, que traigo  
vestidos de mucho mérito. (A Emilia.)  
No sólo en Madrid se viste;  
hija, también en el pueblo  
sabemos ser elegantes,  
y yo tengo fama de ello.  
¡Ah, no lo dudo!

EMIL. Traigo un  
vestido color de cielo  
encapotado con unos  
lazos verdes en el pecho,  
y unas caídas moradas

y unos recogidos negros  
y unas bandas amarillas  
y unas cintas y unos flecos,  
que siempre que me lo pongo  
llamo la atención.

EMIL. ¡Lo creo! (Se levanta.)

¿Ustedes querrán comer?

NIC. Pues claro está que queremos.

HIL. Pero oye, con confianza  
y nada de cumplimientos!

NIC. Déjala, que ella sabrá  
lo que ha de hacer! (A Hilario.)

(Emilia suena el timbre que hay en el velador del  
centro. Canuto, que está distraído, se asusta.)

CAN. (Dando un salto.) ¡Ay!

NIC. ¿Qué es eso?

EMIL. (Riéndose.)

¡Pues que el chico se ha asustado  
con el timbre!

ANT. (¡Qué zopenco!)  
NIC. No te asustes, hijo mío.

¡Es lo más vivo de genio!

¡Ya verás cuando le tengas

(Manuela entra y recibe órdenes de Emilia.—Vase por  
el foro.)

contigo en el ministerio,

porque supongo que tú

le alcanzarás un empleo!

Ya que has colocado á tantos

tu primo no ha de ser menos.

ANT. ¡Calle usted! ¡Siendo tan listo!

¡No faltaba más!

NIC. ¡Te advierto

que es una alhaja que escribe

que es un primor! ¡Qué flores!

¡Y hace unas rúbricas!...

ANT. ¿Sí?

(¡Como no le coloquemos

de ordenanza para que eche

rúbricas en el brasero!)

NIC. De sueldo no quiero hablar.

ANT. ¡Ah! dice usted bien, no hablemos,

porque no hemos de reñir

por mil duros más ó menos.

NIC. ¡Otra cosa!

ANT. (¡Qué mujer!)

NIC. (A Hilario.)

¿Le has hablado ya de aquello?

HIL. ¿De cuál?

NIC. ¡De la alcaldía!

ANT. ¡Ah, sí! En cuanto entró.

NIC. Me alegro.

Pues quiero que me le nombres  
alcalde.

ANT. Le nombraremos.

NIC. Y no es por este, porque este  
no sirve ni para eso.

HIL. Muchas gracias.

NIC. Es que yo

estoy picada hace tiempo

con la alcaldesa, que es una

mujer con la que no puedo,

y parece lo más justo

que siendo tú del Gobierno

no haya más autoridad

que tu tía en todo el pueblo.

ANT. ¡Díe usted perfectamente!

¡Vaya si le nombraremos!

¿Qué me pedirán ustedes

que yo no cumpla al momento?

HIL. ¿Lo ves, mujer? ¡Pues si vale

este chico más dinero!...

¡Déjame darte otro abrazo?

(Le abraza fuertemente.)

NIC. Oye, sobrino, deseo

antes de comer limpiarme

el polvo. ¡Nos hemos puesto

perdidos! ¡Jesús, qué viaje!

¡Recoge tú esos trebejos!

(A Hilario indicándole los bultos y lios.)

EMIL. Pues este es su cuarto, pueden

pasar. Todo está dispuesto.

(Pueria segunda derecha.)

NIC. Anda, hijo mío.

CAN. Ya voy.

HIL. Ayúdame á llevar esto.

(A Canuto indicándole los varios lios que están sobre  
la consola y las sillas. Al recoger uno de ellos tropieza  
con un florero y lo tira al suelo.)

Todos ¡Ay!  
 Nic. ¿Qué ha sido?  
 ANT. ¡Nadal ¡Nadal!  
 No asustarse; es un florero.  
 Aun queda el otro. ¿Qué importa?  
 Hil. ¡Fué sin querer! (A Antonio.)  
 ANT. Lo sospecho.  
 (¡No faltaba más sino  
 que hubiera sido queriendo!)  
 (Vanse Nicolasa, Canuto é Hilario.)

ESCENA VIII

ANTONIO y EMILIA; luego, PEPE

ANT. ¡Vamos á ver! ¿Te parece  
 que hay razón ó parentesco  
 que me obligue á soportar  
 á unos tíos tan groseros?  
 (Desde la puerta segunda izquierda.)  
 PEPE ¿Se ha marchado la langosta?  
 ANT. ¡Sí, marchar! ¡Estamos frescos!  
 (Pepe coge el sombrero de Antonio tomándolo por el  
 suyo.)  
 EMIL. ¡Piensan estarse en Madrid  
 un mes ó dos!..  
 ANT. ¡Lo que es eso!..  
 PEPE Chico, sea enhorabuena,  
 y ofréceles mis respetos.  
 ANT. ¡Hombre, déjame por Dios,  
 que tengo un humor más negro!..  
 Las ocho y cuarto y estamos  
 sin comer por culpa de ellos.  
 ¡Adiós función de la ópera!  
 EMIL. Vé tú solo, yo me quedo.  
 ANT. (Sacando los billetes.)  
 ¡Diez duros las dos butacas!  
 ¡Qué lástima de dinero!  
 (Va á romperlos. — Pepe se los quita de la mano.)  
 PEPE ¡No! ¡No los rompas! Me sirven  
 para hacer un gran obsequio.  
 Se las daré á mi patrona.  
 (¡Así, como así, le debo

dos meses! ¡Digo, cuando ella  
 se vea en butaca! ¡Cielos!  
 ¡Me va á mantener de balde  
 otros dos meses lo menos!)  
 ANT. Y vamos á ver: mañana  
 vendrá el ministro al almuerzo.  
 PEPE ¡Hombre, es verdad, eso es grave!  
 ANT. ¿Que si es grave? ¡Por supuesto!  
 ¡Querrán almorzar con él  
 y eso yo no lo tolero!  
 PEPE ¡Pues os vais á divertir!  
 ANT. ¡Dios mío! ¡Esto más!  
 (Viendo el sombrero sobre el que se habrá sentado  
 doña Nicolasa.)  
 EMIL. ¿Qué es ello?  
 ANT. ¡Pues qué ha de ser! ¡Mira!  
 (Enseña el sombrero completamente apabullado.)  
 PEPE ¡Chico!  
 ¡En qué estado te lo han puesto!  
 ¡Parece un acordeón! (Riéndose.)  
 ANT. ¡Sí, búrlate!  
 EMIL. ¿Y tendrá arreglo?  
 PEPE ¿Qué ha de tener? (Viéndolo.) ¡Caracoles!  
 ANT. ¿Qué pasa?  
 PEPE ¡Si es mi sombrero!  
 (Antonio y Emilia se ríen.)  
 ANT. ¿De veras?  
 PEPE ¡Claro que sí;  
 y este el tuyo! (Dándose lo.)  
 ANT. ¡Pues es cierto! (Riéndose.)  
 PEPE ¡Ríete ahora!  
 PEPE ¡Un demonio!  
 ANT. ¿Cómo salgo yo con esto?  
 PEPE ¡Lleva el mío!  
 PEPE ¡No me sirve!  
 ¡Nada, no hay medio! — ¡Reniego  
 de tus tíos! ¡Mas te juro  
 que esta me la pagan!  
 (Gran estrépito dentro.)  
 EMIL. ¡Cielos!  
 ANT. ¡Cataplúm!  
 EMIL. ¿Qué habrá pasado?  
 PEPE ¡Vaya! ¡Abur! ¡Ahí queda eso!  
 (Vase corriendo por el foro.)

Todos ¡Ay!  
 Nic. ¿Qué ha sido?  
 ANT. ¡Nadal ¡Nadal!  
 No asustarse; es un florero.  
 Aun queda el otro. ¿Qué importa?  
 Hil. ¡Fué sin querer! (A Antonio.)  
 ANT. Lo sospecho.  
 (¡No faltaba más sino  
 que hubiera sido queriendo!)  
 (Vanse Nicolasa, Canuto é Hilario.)

ESCENA VIII

ANTONIO y EMILIA; luego, PEPE

ANT. ¡Vamos á ver! ¿Te parece  
 que hay razón ó parentesco  
 que me obligue á soportar  
 á unos tíos tan groseros?  
 PEPE (Desde la puerta segunda izquierda.)  
 ¿Se ha marchado la langosta?  
 ANT. ¡Sí, marchar! ¡Estamos frescos!  
 (Pepe coge el sombrero de Antonio tomándolo por el  
 suyo.)  
 EMIL. ¡Piensan estarse en Madrid  
 un mes ó dos!..  
 ANT. ¡Lo que es eso!..  
 PEPE Chico, sea enhorabuena,  
 y ofréceles mis respetos.  
 ANT. ¡Hombre, déjame por Dios,  
 que tengo un humor más negro!..  
 Las ocho y cuarto y estamos  
 sin comer por culpa de ellos.  
 ¡Adiós función de la ópera!  
 EMIL. Vé tú solo, yo me quedo.  
 ANT. (Sacando los billetes.)  
 ¡Diez duros las dos butacas!  
 ¡Qué lástima de dinero!  
 (Va á romperlos. — Pepe se los quita de la mano.)  
 PEPE ¡No! ¡No los rompas! Me sirven  
 para hacer un gran obsequio.  
 Se las daré á mi patrona.  
 (¡Así, como así, le debo

dos meses! ¡Digo, cuando ella  
 se vea en butaca! ¡Cielos!  
 ¡Me va á mantener de balde  
 otros dos meses lo menos!)  
 ANT. Y vamos á ver: mañana  
 vendrá el ministro al almuerzo.  
 PEPE ¡Hombre, es verdad, eso es grave!  
 ANT. ¿Que si es grave? ¡Por supuesto!  
 ¡Querrán almorzar con él  
 y eso yo no lo tolero!  
 PEPE ¡Pues os vais á divertir!  
 ANT. ¡Dios mío! ¡Esto más!  
 (Viendo el sombrero sobre el que se habrá sentado  
 doña Nicolasa.)  
 EMIL. ¿Qué es ello?  
 ANT. ¡Pues qué ha de ser! ¡Mira!  
 (Enseña el sombrero completamente apabullado.)  
 PEPE ¡Chico!  
 ¡En qué estado te lo han puesto!  
 ¡Parece un acordeón! (Riéndose.)  
 ANT. ¡Sí, búrlate!  
 EMIL. ¿Y tendrá arreglo?  
 PEPE ¿Qué ha de tener? (Viéndolo.) ¡Caracoles!  
 ANT. ¿Qué pasa?  
 PEPE ¡Si es mi sombrero!  
 (Antonio y Emilia se ríen.)  
 ANT. ¿De veras?  
 PEPE ¡Claro que sí;  
 y este el tuyo! (Dádoselo.)  
 ANT. ¡Pues es cierto! (Riéndose.)  
 PEPE ¡Ríete ahora!  
 PEPE ¡Un demonio!  
 ANT. ¿Cómo salgo yo con esto?  
 PEPE ¡Lleva el mío!  
 PEPE ¡No me sirve!  
 ¡Nada, no hay medio! — ¡Reniego  
 de tus tíos! ¡Mas te juro  
 que esta me la pagan!  
 (Gran estrépito dentro.)  
 EMIL. ¡Cielos!  
 ANT. ¡Cataplúm!  
 EMIL. ¿Qué habrá pasado?  
 PEPE ¡Vaya! ¡Abur! ¡Ahí queda eso!  
 (Vase corriendo por el foro.)

### ESCENA FINAL

EMILIA, ANTONIO y DOÑA NICOLASA, HILARIO y CANUTO, que salen riéndose á carcajadas. Luego MANUELA

ANT. ¡Calle! ¿Y se ríen ustedes?  
HIL. ¡Claro!  
ANT. ¿Qué ha sido ese estrépito?  
HIL. ¡Pues nada, una distracción!  
Que ví una luz, y creyendo  
que era una ventana, ¡zas!  
me metí por un espejo.  
(¡Gran Dios!) ¿Y se ha hecho usted daño?  
ANT. ¡No! ¡Nada!  
HIL. ¡Cuánto me alegro!  
ANT. ¡Si ha sido con la cabeza!  
HIL. ¡Ah! ¡Yal! ¡Entonces lo comprendo!  
MAN. (Desde la puerta del foro.)  
¡Ya está la comida!  
NIC. ¿Sí?  
¡Vamos, que yo desfallezco!  
¡Estoy desde esta mañana  
sin tomar más alimento  
que un poquito de jamón  
y un poquito de carnero,  
y un poquito de tortilla,  
y otro poquito de queso!  
HIL. (¡No hay comida que le baste!) (A Antonio.)  
ANT. (Vaya, pues es un consuelo!)  
NIC. ¡Eal! ¡á comer! ¡Anda, chico!  
HIL. ¡Sí, á comer! Y luego iremos  
todos juntos al café,  
y luego al teatro, y luego...  
ANT. ¡Justo! Y luego... (¡al viaducto!)  
HIL. ¡Pero cómo nos queremos!  
(Hilario abraza á Antonio, y Nicolasa á Emilia.—Ani-  
mese todo lo posible el final.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

## ACTO SEGUNDO

Comedor elegante.—Balcón al foro.—Puertas laterales.—A los lados del balcón dos aparadores.—En el centro una mesa dispuesta para cuatro cubiertos.

### ESCENA PRIMERA

CAMARERO, de frac y corbata blanca, y MANUELA, acabando de poner la mesa

CAM. ¡Ya está todo!  
MAN. ¡Ya era tiempo!  
CAM. (¡Qué muchacha tan bunita!)  
¡Pichon! (Abrazándola.)  
MAN. (Rechazándole.) ¡Quítese usted!  
CAM. Vamos, non seas arisca,  
que nunca te habrá abrazado  
una persona tan fina.  
MAN. ¡Digo! ¡El mozo de una fonda!  
¡Vaya un personaje!  
CAM. ¡Mira  
como hablas! ¡Yo non soy mozu!  
¡Soy camareru!  
MAN. (Con sorna) ¡Ah! ¡No había  
reparado! ¡Usted dispense!  
¡La cosa ya es muy distinta!  
¡Ahi es nada! ¡Un camarero  
de *Los dos Gansos*! ¡Qué risa!  
CAM. ¡No son gansos, que son cisnes!



### ESCENA FINAL

EMILIA, ANTONIO y DOÑA NICOLASA, HILARIO y CANUTO, que salen riéndose á carcajadas. Luego MANUELA

ANT. ¡Calle! ¿Y se ríen ustedes?  
HIL. ¡Claro!  
ANT. ¿Qué ha sido ese estrépito?  
HIL. ¡Pues nada, una distracción!  
Que ví una luz, y creyendo  
que era una ventana, ¡zas!  
me metí por un espejo.  
(¡Gran Dios!) ¿Y se ha hecho usted daño?  
ANT. ¡No! ¡Nada!  
HIL. ¡Cuánto me alegro!  
ANT. ¡Si ha sido con la cabeza!  
HIL. ¡Ah! ¡Yal! ¡Entonces lo comprendo!  
MAN. (Desde la puerta del foro.)  
¡Ya está la comida!  
NIC. ¿Sí?  
¡Vamos, que yo desfallezco!  
¡Estoy desde esta mañana  
sin tomar más alimento  
que un poquito de jamón  
y un poquito de carnero,  
y un poquito de tortilla,  
y otro poquito de queso!  
HIL. (¡No hay comida que le baste!) (A Antonio.)  
ANT. (Vaya, pues es un consuelo!)  
NIC. ¡Eal! ¡á comer! ¡Anda, chico!  
HIL. ¡Sí, á comer! Y luego iremos  
todos juntos al café,  
y luego al teatro, y luego...  
ANT. ¡Justo! Y luego... (¡al viaducto!)  
HIL. ¡Pero cómo nos queremos!  
(Hilario abraza á Antonio, y Nicolasa á Emilia.—Ani-  
mese todo lo posible el final.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

## ACTO SEGUNDO

Comedor elegante.—Balcón al foro.—Puertas laterales.—A los lados del balcón dos aparadores.—En el centro una mesa dispuesta para cuatro cubiertos.

### ESCENA PRIMERA

CAMARERO, de frac y corbata blanca, y MANUELA, acabando de poner la mesa

CAM. ¡Ya está todo!  
MAN. ¡Ya era tiempo!  
CAM. (¡Qué muchacha tan bunita!)  
¡Pichon! (Abrazándola.)  
MAN. (Rechazándole.) ¡Quítese usted!  
CAM. Vamos, non seas arisca,  
que nunca te habrá abrazado  
una persona tan fina.  
MAN. ¡Digo! ¡El mozo de una fonda!  
¡Vaya un personaje!  
CAM. ¡Mira  
como hablas! ¡Yo non soy mozu!  
¡Soy camareru!  
MAN. (Con sorna) ¡Ah! ¡No había  
reparado! ¡Usted dispense!  
¡La cosa ya es muy distinta!  
¡Ahi es nada! ¡Un camarero  
de *Los dos Gansos*! ¡Qué risa!  
CAM. ¡No son gansos, que son cisnes!

MAN. Es igual, de la familia.  
 CAM. Bien; lo serán de la tuya,  
 porque lo que es de la mía...  
 MAN. Cuidado que no se manche  
 el futraque cuando sirva,  
 porque sería un dolor...  
 CAM. ¡Cucinera, á la cucinal  
 MAN. ¡No quiero!  
 CAM. ¡Desvergonzada!  
 MAN. ¡Gallegol  
 CAM. (Viendo salir á Emilia puerta primera izquierda.)  
 ¡La señorita!  
 MAN. (Bajo al Camarero.)  
 ¡Si no fuera por lo que es!...  
 CAM. ¡Antipática!  
 MAN. ¡Estantigual  
 (Vase Mantuela puerta segunda derecha, que es la que  
 se supone entrada de la calle.)

ESCENA II

CAMARERO y EMILIA

EMIL. ¿Está todo?  
 CAM. ¡Sí señora!  
 Faltan algunas cusitas;  
 peru estarán...  
 EMIL. Deme usted  
 el *menú*.  
 CAM. Voy en seguida.  
 (Coge una tarjeta de la mesa.)  
 Tómelo usted.— Es lo mismo  
 que el que serví hace ocho días  
 en casa de un diputado  
 de esus de la mayoría.  
 ¡Buena persona! ¡Me dió  
 cuatro duros de prupina!  
 EMIL. ¡Es bastante! (Acabando de leer.)  
 CAM. ¡Si señora!  
 Pues por eso lo decía.  
 ¡Ochenta reales!  
 EMIL. No es eso.  
 Yo me refiero á la lista.

CAM. ¡Ah! ¡Ya!—Voy con su permiso..  
 EMIL. Vaya usted.  
 CAM. Para servirla.  
 (Vase puerta segunda izquierda.)

ESCENA III

EMILIA, y en seguida PEPE, puerta segunda derecha

EMIL. Con esto y con que no venga  
 el ministro...  
 PEPE Buenos días.  
 EMIL. Hola, Pepe.  
 PEPE ¿Dónde está  
 esa dichosa familia?  
 EMIL. No está en casa.  
 PEPE Lo celebro.  
 EMIL. Y yo también.  
 PEPE (Enseñándole el sombrero muy planchado.)  
 ¡Mira, mira!  
 ¡Me ha costado dos pesetas!  
 ¡qué flamante! ¡y cómo brilla!  
 ¡Ha quedado nuevo!  
 EMIL. ¡Claro!  
 PEPE ¡Como que lo es! Todavía  
 no tiene dos años...  
 EMIL. ¡Digo!...  
 PEPE ¡Soberbia mesa! ¡Magnífica!  
 ¡Mas lo merece el ministro!  
 EMIL. Y mi hermano el periodista.  
 PEPE El caso es que yo no puedo  
 asistir.  
 EMIL. ¿Que no?  
 PEPE Venía  
 precisamente á deciroslo.  
 EMIL. Pero, hombre...  
 PEPE Tengo una cita  
 y siento... Pero no importa,  
 voy á copiar en seguida  
 el *menú*, y hoy mismo haré  
 una reseña expresiva...  
 ¡Hombre, aceitunas! Me muero  
 por las aceitunas, chica. (Come algunas.)

Diré que ha sido un banquete  
de transcendencia política  
y que has hecho los honores  
con suma galantería.

¡Calle! ¡Y sardinas de Nantes!

¡Me muero por las sardinas! (Come.)

EMIL. ¡Cuánto siento que no vengas!

PEPE Mis ocupaciones, hija.

¡Hombre, pepinillos!

EMIL. (Dándole uno.) Toma.

PEPE ¡Caracoles! ¡Cómo pical!

EMIL. Así te despertará  
el apetito.

PEPE ¡Ay, Emilia!

¡Mi apetito tiene insomnio!

¡No se ha dormido en la vida!

¿Qué es a juello? ¿Salchichón?

EMIL. ¿Quiéres?

PEPE ¡Venga una rajita! (Se la come.)

El salchichón me entusiasma  
a pesar de la triquina.

EMIL. Vamos, quédate a almorzar.

PEPE Con gusto me quedaría,  
pero necesito ir

a caza de unas noticias,

y además, ¡que ya he almorzado!

EMIL. ¿Sí? ¡Pues no die lo diría!

PEPE ¿Y Antonio? Ese de seguro  
se habrá ido a la oficina.

EMIL. ¡Quíal! ¡Corriendo por ahí  
con el tío y con la tía!

PEPE ¡Vamos! ¡Le han cogido de  
cicerone! ¡Pobre víctima!

EMIL. ¡A las seis de la mañana  
salieron de casa!

PEPE ¡Atiza!

EMIL. ¡Hemos pasado una noche!...

PEPE ¡Lo creo!

EMIL. ¿Qué bien decía

Antonio! ¡Son insufribles!

¡Tienen unas groserías!

PEPE Si con parientes así,  
tan necios como egoistas,  
sanguijuelas del cariño

y estorbos de las familias,  
es necesario tener  
entereza y energía.

¡Nada de contemplaciones!

¡Eso es lo mejor, Emilia!

¿Qué hemos de hacer si no quieren  
marcharse?

EMIL.

¡Qué tontería!

PEPE

¡Si no se van se les hecha!

EMIL.

¡Yal! ¿Pero cómo?

PEPE

Pues, hija,

el cómo no se me ocurre  
pero yo los echaría. (Suena la campanilla.)

Lllaman. (Va puerta segunda derecha.)

EMIL.

¿Quién es?

PEPE

Es Antonio.

EMIL.

¿Sólo?

PEPE

¡Solo! ¡Estoy tranquila!

EMIL.

#### ESCENA IV

DICHOS y ANTONIO, que llega jadeante

ANT.

¡Ay, Emilia de mi alma!

¡Pepe de mi corazón!

¡No podéis imaginaros

lo fatigado que estoy! (Se sienta.)

¡Y gracias que al fin me veo

libre de esa plaga atroz!

¡Jesús! ¡Lo que yo he corrido

por esas calles! ¡Qué horror!

La Castellana, el Hipódromo,

el panorama del Dos

de Mayo, la tocha, el viaducto,

la Moncloa, la estación

del Norte, de allí al Retiro,

luego a la Puerta del Sol,

el Saladero, Palacio,

San Gil, la Plaza Mayor,

el barrio de Pozas y el

Portillo de Gilimón.

Correr más en menos tiempo

no es posible.

UNIVERSIDAD DE ALBANY  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO  
1823 MONTREUX MOUO

PEPE ¡No señor!  
 ANT. ¿Y tú no sabes lo que es andar con paletos?  
 PEPE ¡No!  
 ANT. ¡Pues, chico, es una delicia! ¡qué sustos! ¡qué agitación! «—¡Cuidado!—¡Quitense ustedes!—¡Por aquí!—¡or allí no! —¡De prisa! ¡Sin aturdirse! —¡Sepárense ustedes dos! —¡Chico, que viene el tranvía! —¡Ojo! ¡con ese simón!» Y porque un coche de plaza á mi primo atropelló sin hacerle daño, armaron escándalo tan feroz que si no es por mí los llevan de fijo, á la prevención,  
 PEPE ¡Pues, hombre, haberles dejado! ¡Allí estarían mejor!  
 ANT. ¿Pues y las diez mil preguntas que hacían sin ton son?  
 —¿Quién es aquel militar?  
 —¿Por qué está allí aquel reló?  
 —¿Quién es aquella señora que está asomada al balcón?  
 —¿De quién es aquella casa?  
 —¿Por qué corre aquel señor?... ¡Cómo si yo conociera á toda la población!  
 —¡En todos puntos veían títulos y hombres de pró y sufrían cada plancha y cada equivocación!  
 ¡A un bombero de la villa mi tío le saludó creyéndole un personaje!...  
 PEPE ¿De veras?  
 EMIL. ¡Pobre señor!  
 ANT. ¡Mas yo todo lo aguataba con la paciencia de Job! Lo que quiero—me decía— es que no sepan que hoy almuerza el ministro en casa;

¡que vean á su sabor á Madrid y que se pierdan por esas calles de Dios!  
 EMIL. ¿Pues donde los has dejado?  
 ANT. En el Bazar de la Unión; les dije: «espérenme aquí que en seguida vuelvo yo.» Y eso quiero, que me esperen lo menos hasta las dos.  
 ¿Todo está dispuesto?  
 EMIL. Todo.  
 PEPE Es un *menú comm'il faut*.  
 ANT. En cuanto llegue el ministro —¡ya deseándolo estoy!— almorzaremos tranquilos en paz y en gracia de Dios, sin parientes importunos!  
 PEPE ¡Te advierto que yo me voy!  
 ANT. Oye, que en lo de parientes no creas que hay alusión.  
 PEPE No, ya lo sé  
 ANT. Ya tú sabes que te quiero.  
 PEPE ¡Si es que yo!...  
 ANT. Te he dicho mil veces que eres mi hermano del corazón.  
 PEPE Bien hombre, pero es el caso que necesito...  
 ANT. ¡No, no!  
 Tú almuerzas hoy con nosotros aunque riña el director, y si te dejan cesante no te importe, aquí estoy yo.  
 PEPE Gracias.  
 EMIL. ¡Así! No le dejes.  
 ANT. ¡Dejarlo en esta ocasión! (campanilla.) ¡Han llamado!—¡Su excelencia! ¡Salgo á recibirle!  
 (Se oyen dentro las voces de doña Nicolasa é Hilario.)  
 ¡Horror!  
 ¡Los tíos!  
 EMIL. ¡Yo me retiro!  
 ANT. ¡Yo me escorro!  
 PEPE (¡Yo me voy!)

(Antonio se va precipitadamente puerta segunda izquierda. Emilia por la primera izquierda, y Pepe se oculta tras el portier de la puerta segunda derecha, y desaparece en cuanto entran doña Nicolasa y familia.)

ESCENA V

DOÑA NICOLASA, DON HILARIO, CANUTO y MANUELA. Antonio y Emilia oyen toda la escena desde la puerta

HIL. ¿Conque dices que ha venido?  
 MAN. Ha venido, sí señor.  
 NIC. ¿Hace mucho?  
 MAN. Hace un momento.  
 NIC. ¿No te lo decía y? (A Hilario.)  
 ¿A qué esperarle? El acaso  
 tendrá alguna ocupación,  
 y además, que como es hora  
 de almorzar...  
 HIL. (Mirando la mesa.) ¡Vaya un primor!  
 ¡Qué lujo!  
 MAN. Hoy tienen ustedes  
 un almuerzo de *mistó*.  
 HIL. ¿De *mistó*? ¿Y qué es eso?  
 MAN. ¡Vamos,  
 que es muy bueno!  
 HIL. ¡Sí! ¡Ya estoy!  
 MAN. ¡Hay seis platos de la fonda!  
 HIL. ¡Seis platos!  
 MAN. ¡De lo mejor!  
 HIL. (A Nicolasa.)  
 ¡Como ayer dije que tú  
 comías de un modo atroz!...  
 NIC. ¡Nos tratan como se debe;  
 ó somos tios ó no!  
 HIL. Pero, ¿a qué el lujo? Al fin somos  
 de casa. ¿Verdad? (A Manuela.)  
 MAN. Sí es que hoy  
 viene á almorzar el ministro.  
 NIC. ¡Eh!  
 HIL. ¿Qué dices?  
 MAN. Sí, señor.

NIC. ¡Que viene el ministro!  
 MAN. ¡Vaya!  
 (Vase puerta segunda derecha.)  
 HIL. ¡Nicolasa!  
 NIC. ¡Hilario!  
 HIL. ¡Yo  
 no sé qué siento!  
 NIC. ¡Dios mío!  
 ¡No esperaba tanto honor!  
 HIL. ¡Almorzar con un ministro!  
 NIC. ¡Claró! ¡Antonio le invitó  
 para poder presentarnos  
 con más franqueza!—¡Ay! ¡Y estoy  
 vestida así!—Vamos pronto  
 á ponernos lo mejor.  
 ¡Hijo mío, anda á arreglarte!  
 (A Canuto.)  
 ¡Que es muy tarde! (A Hilario.)  
 HIL. ¡Ya! ¡Ya voy!  
 NIC. ¡Cuando sepa la alcaldesa!...  
 ¡le da la gran desazón!  
 HIL. ¡Dios mío! ¡De esta me nombra  
 lo menos gobernador!  
 (Vanse los tres puerta primera derecha.)

ESCENA IV

EMILIA y ANTONIO

ANT. ¡Ya has oído!  
 EMIL. ¡Sí! ¡Ya he oído!  
 ANT. ¿Qué hacer?...  
 EMIL. ¡No me ocurre nada!  
 ANT. ¡Esa bestia de criada!  
 ¿Por qué no le habré advertido?...  
 EMIL. ¡Ya no hay remedio! ¡Paciencia!  
 ANT. ¡Yo aguanto, pero no tanto!  
 EMIL. Pero hombre...  
 ANT. Esto no lo aguanto  
 porque es una inconveniencia.  
 (El Csmarero entra con dos botellas que coloca sobre  
 uno de los aparadores, y vase puerta segunda derecha.)

¿Cómo presento, mujer,  
al ministro esta familia?  
¡Si no puede ser, Emilia!  
¡Vamos! ¡Si no puede ser!  
¿Y cómo echarles de casa?  
¿Cómo la cuestión afronto?  
¡Sólo por ser yo tan tonto  
me pasa lo que me pasal  
¡Si Pepe tiene razón!  
¿Por qué no habré yo dejado  
que los hubieran llevado?...  
¿A dónde?

EMIL.

ANT.

EMIL.

ANT.

EMIL.

ANT.

¡A la prevención!  
¡Por Dios, pueden escuchar!  
¡Que escuchen! ¡Lo digo en serio!  
— Voy corriendo al ministerio  
á ver si puedo evitar  
que venga... ¡E- indispensable!  
¿Qué vas á decir?  
¡No sé!  
¡Cualquier cosa!... Inventaré  
una mentira aceptable.  
Diré con sinceridad  
y con disculpable audacia...  
¡que he tenido una desgracia  
de familia! ¡Y es verdad!  
¡Y tú verás todavía  
si de esta farsa en desquite,  
por evitar un convite  
me gano una cesantía!

(Vase puerta segunda derecha. Pausa corta.)

### ESCENA V

EMILIA

¡Pobre Antonio! ¡Y está lleno  
de razón! ¡Cierto que sí!  
¡Si con parientes así  
no se puede ser tan bueno! (Va al balcón.)  
¿Un carruaje? ¿Si será?  
¡Nol! ¡No es ese su carruaje!  
(Sigue de espaldas á la escena.)

### ESCENA VI

DICHA y DON HILARIO, de etiqueta

HIL.

(¡Pues señor, con este traje  
puedo presentarme ya!)  
(Viendo á Emilia.)  
¡No hay quien me ponga una tachal  
¡Veré si á Emilia le gustal ..  
¡Sobrinal!

(Dándole una fuerte palmada en el hombro.)

EMIL.

HIL.

EMIL.

HIL.

(¡Jesús! ¡qué sustol)

¿Eh, qué tal?

(¡Vaya una fachal)

¡Ya no soy el tío de antes!  
¡Y qué callado teniais  
lo del banquete! ¿Queriais  
sorprendernos, eh? ¡Tunantes!  
¡Pues os habeis fastidiado!  
¡Lo hemos descubiertol

EMIL.

HIL.

¡Ya!

¡Chical! ¡Este convite está  
perfectamente pensado!  
Viniendo el ministro aquí  
y comiendo todos juntos,  
le hablaré de mis asuntos  
yo mismo.

EMIL.

HIL.

¡Claro que sí!  
¡Qué sobrinos! ¡Si no hay ctros!  
¡Bien puedo vanagloriarme!  
¡Ganas me dan de quedarme  
todo el año con vosotros!

EMIL.

HIL.

¿Si? (¡Pues eso nos faltaba!)

¡Qué cachazal! ¡Voy á ver

en qué piensa esa mujer!

(Va puerta primera derecha.)

¡Nicolasal!

NIC.

HIL.

NIC.

HIL.

(Dentro.) ¡Voy!

¡Acaba!

¡Hombre, ya voy! (Dentro.)

¡Que si quieres!

EMIL. ¡Ay Dios! ¡Se estará vistiendo!  
 HIL. Ya verás; se está poniendo  
 de veinticinco alfileres.

ESCENA VII

DICHOS, DOÑA NICOLASA y CANUTO, ridículamente vestidos

Nic. ¡Vamos! ¡Ya hemos concluído!  
 EMIL. ¡Santo Dios! ¡Qué mamarracho!  
 Nic. No te atortoles, muchacho.  
 (A Canuto.)  
 —¿Qué te parece el vestido?  
 (A Emilia.)  
 EMIL. ¡Que es muy hermoso! ¡Dios justo!  
 Nic. Yo de modas no me fio.  
 El adorno es gusto mío.  
 EMIL. Pues tiene usted muy buen gusto.  
 HIL. ¡No lo hacen mejor en Francia!  
 Nic. ¡Muy sencillito!  
 EMIL. ¡Ya, ya!  
 Nic. En la sencillez está  
 la verdadera elegancia.  
 EMIL. (Pugnando por reírse.)  
 ¡Me marcho; estoy en un brete!  
 ¡No me puedo contener!  
 HIL. ¿Nos dejas?  
 EMIL. Tengo que hacer.  
 ¡Me voy á mi gabinete!  
 (Vase riendo por la puerta segunda izquierda.)

ESCENA VIII

DICHOS, menos EMILIA

Nic. Oye, ¿has observado?  
 HIL. ¡Qué!  
 Nic. Que esa chica me ha mirado  
 de un modo, así.  
 HIL. ¡No he notado!  
 Nic. Pues yo al punto lo noté.  
 HIL. Mujer, no busques rencillas.

Nic. ¡Si es envidia!  
 HIL. ¿Envidia?  
 Nic. ¡Sí!  
 ¡Estas muchachas de aquí  
 son lo más envidiosillas!  
 HIL. Mira que puede llegar  
 el ministro, y aun no sé  
 si se le trata de usté  
 ó cómo le he de tratar.  
 Nic. ¡Pues la cosa es sencillísima!  
 ¡Qué falta de inteligencía!  
 HIL. ¡Ah, vamos, sí! ¡De vuecencia!  
 Nic. ¡No, señor; de su ilustrísima!  
 ¡Ay! ¡Si no fuera por mí!  
 HIL. Yo de estas cosas no entiendo!  
 Nic. Pues ya te irás instruyendo.  
 Por fortuna estoy yo aquí.  
 ¡Mucha finura! ¡Buen modo!  
 sentarse á alguna distancia,  
 beber con cierta elegancia,  
 y comer mucho de todo.  
 Probad en esta ocasión  
 que sois gente distinguida.  
 Y no sopléis la comida  
 que es de mala educación.  
 HIL. ¿Que es falta de urbanidad  
 el soplar?  
 Nic. ¿A qué te espantas?  
 HIL. ¿Y si me quemó?  
 Nic. Te aguantas.  
 HIL. ¡Hombre, qué barbaridad!  
 Nic. Así lo debéis hacer,  
 y así debó aconsejaros.  
 —¡Ah! no vayáis á quitaros  
 los guantes para comer.  
 HIL. No, mujer, que entre elegantes  
 y personas de alta esfera,  
 eso lo sabe cualquiera.  
 ¡Se come siempre con guantes!  
 Nic. ¡Me muero por la etiqueta!  
 (Mirando la mesa.)  
 ¡Comprendo hacer estos gastos  
 para un banquete!  
 HIL. (Que ha cogido un 'menú'.) ¡Canastos!

¿Qué dice esta papeleta?

(Leyéndolo como está escrito.)

«*Menú. — Honnellerie à la Gare.*

*Poison à la fine berre.*

*Filet con pommes de terre.*

*Entrecot à la tartare.*

*Legumes à la chivoita.*

*Poulet aux champignon.*

*Salade ruse. — Saumon . . »*

¡Pues no comprendo ni jota!

(Ni yo.)

(Leyendo.) «*Potages.*»

Nic.

Hil.

Nic.

¡Ah, sí!

¡La comida!

Hil.

¿Qué lenguaje

tan raro! (Con asombro.) ¿Y le dan potaje

á un ministro?

Nic.

¡Si eso aquí

es moda!

Hil.

¿Qué atrocidad!

Nic.

Y esto es francés. (Por la lista.)

Hil.

¡Eso es!

Nos lo ponen en francés

para mayor claridad.

Nic.

¡Son los nombres más sencillos

y los comprende cualquiera!

*A la tartare.* ¡En tartera!

Hil.

¡Justo!

Nic.

Y *menú*, ¡menudillos!

Hil.

¡Pues eso será muy fino,

pero me carga!

Nic.

¡Ay, qué hombre!

Hil.

A las cosas por su nombre.

¡Al pan, pan, y al vino, vino!

Can.

(Que ha cogido el tarro de la mostaza.)

Diga usted, madre, ¿que es esto?

Nic.

¡Hijo, no seas babioca!

¿No lo estás viendo? ¡Manteca!

Hil.

¡Y en un frasco!

Nic.

¡Por supuesto!

Hil.

¡Probaré la mantequilla!

Nic.

(Leyendo la etiqueta del frasco.)

«*Moutarde.*» ¡Aquí está bien claro!

¡Manteca!

Hil.

(Poniéndose un poco sobre un pedazo de pan.)

¡Mira que es raro!

¡La sirven con cucharilla!

¿Quieres?

(A Canuto que contesta afirmativamente.)

¡Que no estáis en casa!

Nic.

Hil.

Mujer, si es sólo un poquito

para abrir el apetito. (Se lo comen.)

¡Aah!

Can.

Hil.

¡Aah!

Nic.

¿Qué es eso?

Hil.

¡Que abrasal

¡Si es pólvora!

Can.

¡Yo me atonto!

Nic.

(¡Ay, Dios mío! . . ¿Qué será?)

Can.

¡Agua! (Vase por la puerta primera derecha.)

Hil.

¡Dame agua!

Nic.

¡Aquí está

una botella!

(Coge una botella de agua de Seltz, única que estará sobre la mesa, y trata inútilmente, y en varias posiciones, de vaciar el líquido en un vaso.)

Hil.

¡Echa pronto!

Nic.

¡Ya voy!—¡Si no sale!—¡Dale!

Hil.

¡Anda, mujer!

Nic.

¡Si es que no

echa nada!

Hil.

A ver si yo... (Coge la botella.)

¡Canario! ¡Tampoco sale!

Nic.

¡Torpel! (Coge la botella.)

¡Tú no entiendes esto!

¡Ya sube!

(Sale de pronto el chorro dándole en la cara á don Hilario.)

Hil.

¡Mujer! ¿Qué ha sido?

Nic.

¡Nada! ¡Que al fin ha salido!

Hil.

¡Justo! ¡Y bonito me has puesto!

(Limpiándose.)

Nic.

¡Hay resorte! ¡Aquí lo tiene!

Hil.

¡Pues, mira, deja el resorte!

(Doña Nicolasa coloca la botella en la mesa.)

(¡Estas modas de la corte

me revientan!)

Nic.

¡Eh! ¿Quién viene?



(Se acerca á la puerta segunda derecha.)  
¡Si es él!

HIL. (¡María Santísima!)

NIC. ¡No hay más que verle la cara!  
¡El ministro!

HIL. (¡Estoy yo para  
recibir á su ilustrísima!)  
(se retiran hacia el foro.)

ESCENA IX

DICHOS y el CAMARERO, que entra sin fijarse en ellos y se dirige  
hacia la puerta segunda izquierda

NIC. (¡Ten finura!) (A Hilario.)

CAM. (Viéndolos.) ¡Ah! Buenos días.

NIC. (¡Qué porte tan distinguido!)

CAM. ¿Ustedes serán acaso  
cunvidadus?

NIC. ¡Sí! Los tíos  
de Antonio.

CAM. ¡Celebru tantul

HIL. ¡Servidores humildísimos!...

NIC. (¡Qué cara de inteligencia!) (Aparte á Hilario.)

CAM. Si es que estorbu, me retiru...

NIC. No, señor, de ningún modo.

Pronto saldrá mi sobrino.

¡Siéntese aquí su ilustrísima!

CAM. (¿Con quién habla?)

NIC. Le suplico

que se siente en esta silla.

CAM. (¡Calle, pues habla conmigo!)

HIL. (Fijándose en el paño que llevará en la mano el Ca-  
marero.)

(¡Y qué pañuelos tan grandes  
tienen aquí los ministros!)

(Saca un pañuelo y hace con él lo que el Camarero  
con el paño. Lo sacude, lo pliega, lo coloca sobre el  
brazo y sobre el hombro, etc.)

NIC. ¡Vamos!...

CAM. Gracias, non señora.

Yo non me siento.—He venido

para servirles, y...

NIC. Gracias.

HIL. Muchas gracias.

NIC. (¿Ves qué fino?)

CAM. Si quieren alguna cosa  
tendré un placer infinito...

NIC. Pues, sí, señor, que queremos...

(¡Esta es la ocasión!) (A Hilario.)  
(Pues dilo.)

HIL. Tenemos á mucha honra...

NIC. ¡Justo! Nos honra muchísimo...

HIL. El hallar esta ocasión...

NIC. ¡Justo! El haber conocido...

HIL. A una persona tan... ¡Vamos!

NIC. ¡Justo! tan...

CAM. (¡Vaya unos tipos!) (Riéndose.)

¡Jé, jé! (¡Qué campechanotes!)

NIC. (¡Oye! ¡Debemos reirnos!)

(se ríen los tres un momento.)

CAM. ¡Hombre! Me gustan ustedes

por ese geniu expansivu...

NIC. Gracias.

CAM. Y por lo corriente

del carácter. ¡Y lo dichu!

¡Me son ustedes simpáticos!

NIC. ¡Muchas gracias!

HIL. ¡Yo lo estimo!...

CAM. Si, señor; los que pasamus  
la vida de dominguillus  
de todú el mundo, y á veces  
sufrimos... lo que sufrimos,  
por culpas que non son nuestras,  
si no que son del servicio,  
cuando vemos que hay personas  
que nos tratan con cariño,  
somos capaces de hacer  
por ellas un sacrificio.

HIL. ¡Dice muy bien! ¡Si en el mundo  
hay mucho ingrato!

CAM. Ayer mismo,  
fui á á servir á un diputado,  
y porque encontró un principio  
algo duro, ¡me llamó  
animal!

NIC. ¡Habrás vistol...

HIL. (¡Si se ponen como chupa

(Se acerca á la puerta segunda derecha.)  
¡Si es él!

HIL. (¡María Santísima!)

NIC. ¡No hay más que verle la cara!  
¡El ministro!

HIL. (¡Estoy yo para  
recibir á su ilustrísima!)  
(se retiran hacia el foro.)

ESCENA IX

DICHOS y el CAMARERO, que entra sin fijarse en ellos y se dirige  
hacia la puerta segunda izquierda

NIC. (¡Ten finura!) (A Hilario.)

CAM. (Viéndolos.) ¡Ah! Buenos días.

NIC. (¡Qué porte tan distinguido!)

CAM. ¿Ustedes serán acaso  
cunvidadus?

NIC. ¡Sí! Los tíos  
de Antonio.

CAM. ¡Celebru tantul

HIL. ¡Servidores humildísimos!...

NIC. (¡Qué cara de inteligencia!) (Aparte á Hilario.)

CAM. Si es que estorbu, me retiru...

NIC. No, señor, de ningún modo.

Pronto saldrá mi sobrino.

¡Séntese aquí su ilustrísima!

CAM. (¿Con quién habla?)

NIC. Le suplico

que se siente en esta silla.

CAM. (¡Calle, pues habla conmigo!)

HIL. (Fijándose en el paño que llevará en la mano el Ca-  
marero.)

(¡Y qué pañuelos tan grandes  
tienen aquí los ministros!)

(Saca un pañuelo y hace con él lo que el Camarero  
con el paño. Lo sacude, lo pliega, lo coloca sobre el  
brazo y sobre el hombro, etc.)

NIC. ¡Vamos!...

CAM. Gracias, non señora.

Yo non me siento.—He venido  
para servirles, y...

NIC. Gracias.

HIL. Muchas gracias.

NIC. (¿Ves qué fino?)

CAM. Si quieren alguna cosa  
tendré un placer infinito...

NIC. Pues, sí, señor, que queremos...

(¡Esta es la ocasión!) (A Hilario.)  
(Pues dilo.)

HIL. Tenemos á mucha honra...

NIC. ¡Justo! Nos honra muchísimo...

HIL. El hallar esta ocasión...

NIC. ¡Justo! El haber conocido...

HIL. A una persona tan... ¡Vamos!

NIC. ¡Justo! tan...

CAM. (¡Vaya unos tipos!) (Riéndose.)

¡Jé, jé! (¡Qué campechanotes!)

NIC. (¡Oye! ¡Debemos reirnos!)

(se ríen los tres un momento.)

CAM. ¡Hombre! Me gustan ustedes

por ese geniu expansivu...

NIC. Gracias.

CAM. Y por lo corriente

del carácter. ¡Y lo dichu!

¡Me son ustedes simpáticos!

NIC. ¡Muchas gracias!

HIL. ¡Yo lo estimo!...

CAM. Si, señor; los que pasamus  
la vida de dominguillus  
de todú el mundo, y á veces  
sufrimos... lo que sufrimos,  
por culpas que non son nuestras,  
si no que son del servicio,  
cuando vemos que hay personas  
que nos tratan con cariño,  
somos capaces de hacer  
por ellas un sacrificio.

HIL. ¡Dice muy bien! ¡Si en el mundo  
hay mucho ingrato!

CAM. Ayer mismo,  
fui á á servir á un diputado,  
y porque encontró un principio  
algo duro, ¡me llamó  
animal!

NIC. ¡Habrás vistol...

HIL. (¡Si se ponen como chupa

CAM. de domine estos políticos!)  
 ¡Conque ya saben! ¡Si ustedes,  
 quieren algo, sin cumplidos!...

NIC. Pues, sí, señor, deseamos  
 un favor especialísimo.  
 No sé si ya sabrá usía...

CAM. (¿Eh?)  
 NIC. Que tenemos un hijo.  
 CAM. ¡Que sea por muchos años!  
 NIC. Vete á llamarle.  
 (A Hilario que se dirige puerta primera derecha y  
 vuelve á poco con Canuto.)  
 ¡Es un chico  
 muy dispuesto para todo  
 y con un genio tan vivo!...

CAM. ¡Eso es bueno! ¿Y de salud?  
 NIC. ¡Muy robusto y muy crecido!  
 CAM. ¡Eso es bueno!  
 NIC. ¡Aquí está ya!

ESCENA X

DICHOS Y CANUTO

HIL. No tengas miedo, hijo mío. (A Canuto.)  
 NIC. ¡Se aturdel  
 CAM. (¡Y qué facha tiene  
 de animal el pobrecito!)  
 HIL. ¡Como es la primera vez  
 que va á hablar con un ministro!...

CAM. ¡Pues los ministros son hombres  
 como todos!  
 HIL. (A Canuto) ¡Ya has oído!  
 NIC. Pues el favor que queremos...  
 CAM. (¿Qué querrán que le haga al chico?)  
 NIC. Es ver si se le coloca  
 al lado de mi sobrino.  
 CAM. ¿No es más que eso?  
 (Dirigiendo una mirada á la mesa.)  
 NIC. ¡No, señor!  
 CAM. ¡Ah! ¡Pues esu es bien sencillu!  
 HIL. ¿No hay dificultad?  
 CAM. ¡Ninguna!

Que se coloque en el situ  
 que más le guste...

NIC. Es mejor  
 que esté al lado de Antoñito.  
 CAM. ¡Bueno! ¡Si á mi me es igual!  
 ¡Yo he de servirles lu mismo!  
 HIL. ¡Muchas gracias! (Estrechándole la mano.)  
 NIC. (idem.) Muchas gracias.  
 CAM. (¡Me escama tantu cumplido!)  
 NIC. ¡Qué bueno es usía!  
 CAM. (¡Dale  
 con usía! ¿Estarán idos?)  
 NIC. (¡Háblale de la alcaldía!)  
 HIL. (Mujer, no me determino...)  
 NIC. Si no temiera abusar  
 de su bondad... Mi marido  
 quiere ser alcalde.

CAM. ¡Bueno!  
 ¡Por mí puede ser obispo!  
 NIC. ¡Qué bromista!  
 CAM. (¡Caracoles!)  
 HIL. ¿Conque aprueba por lo visto  
 mi decisión?  
 CAM. ¡Sí, señor!  
 ¡Si usted tiene ese caprichu!...

HIL. ¡Muchas gracias! (Estrechándole la mano.)  
 NIC. (idem.) Muchas gracias.  
 CAM. (¡Vaya, abur!) Con su permisu...  
 (Se dirige hacia la derecha.)  
 NIC. Pero, ¿cómo? ¿No almorzamos?  
 CAM. Sí, señora, si he venido  
 para esu precisamente,  
 y voy á ver si...  
 NIC. Repito  
 que he tenido tanto honor...  
 HIL. ¡Y yo un placer inmensísimo!...

NIC. Aquí estamos á sus órdenes...  
 CAM. (¡Non tienen cabal el juicio!)  
 (Le acompañan con saludos y ceremonias hasta la  
 puerta segunda derecha.)

ESCENA XI

DICHOS, menos CAMARERO

Nic. ¿Lo ves? ¡Si no hay como ser  
atrevidos para esto!  
Hil. ¡Es un hombre muy simpático!  
Nic. ¡Y muy amable!  
Hil. ¡Y muy bueno!  
¿Y te has fijado en el modo  
de hablar? ¡Parece gallego!  
Nic. ¡Tontol! ¡Gallego un ministro!  
Hil. ¡Mujer, bien pudiera serlo!

ESCENA XII

DICHOS Y EMILIA

Nic. Sobrina, ¿le has visto?  
Emil. ¿A quién?  
Nic. ¡Al ministro!  
Emil. ¡No por cierto!  
Hil. ¡Qué amable!  
Emil. ¿Cómo! ¿Ha venido?  
Nic. Sí, ha estado aquí hace un momento.  
Emil. ¡Dios mío!  
Hil. ¡Y le hemos hablado!  
Emil. ¿Es posible?  
Hil. ¡Ya lo creo!  
Nic. Ha prometido meter  
al chico en el ministerio.  
Hil. ¡Y a mí hacerme alcalde!  
Nic. ¡Vaya!  
Emil. Mas, ¿dónde está? ¡No comprendo!...  
Nic. Pues andará por ahí.  
Emil. El se ha marchado hacia dentro.  
Nic. ¡Señor! ¡Si no puede ser!  
Emil. ¿Cómo que no? (Desde la puerta segunda derecha.)  
Nic. ¡Allí le veo!  
Emil. ¡Mírale!  
(Mirando.) ¿Cómo? ¿Es aquél?

Nic. ¡Pues claro!  
Emil. (Riéndose á carcajadas.)  
¡Jál jál!  
Nic. ¿Qué es eso?  
Emil. ¿De qué te ríes?  
Hil. ¡Señoral  
¡Si aquel es el camarero!  
Hil. ¿Eh?  
Nic. ¿Qué dices?  
Emil. El criado  
que ha de servir el almuerzo.  
¡Jál jál!  
Hil. (¡María Santísima!)  
Nic. ¡La culpa es de este zopenco!  
Hil. ¡Mujer!  
Nic. ¡Tú me has dicho que ese  
era el ministro!  
Hil. ¡No es cierto!  
¡¿Has sido tú la primera!...  
Nic. Callate. ¡Yo me avergüenzo!  
¡Tratar de usía á un criado!  
Hil. (¡Chical! ¡Buena la hemos hecho!)

ESCENA XIII

DICHOS Y ANTONIO

ANT. (Entrando.)  
¡Eal! ¡El almuerzo en seguidal  
Emil. (¿Le has visto?) (Aparte á Antonio.)  
ANT. (Aparte á Emilia.) (No logré verlo;  
pero me dejó un volante  
diciéndome que hay consejo  
de ministros, y que acaso  
dure hasta las tres lo menos.  
¡Couque á almorzar en seguidal)  
Emil. (¡Miral!) (Alude á los tíos.)  
ANT. (¡Santo Dios, qué fachas!)  
Emil. (¿Y tú no sabes lo bueno?)  
ANT. (¿Qué?)  
Emil. (¡Pues nada; que han tomado  
por ministro al Camarero!)

ANT. ¿De veras? (Te rien los dos.)  
 NIC. (A Hilario.) ¡Cómo se rien!  
 HIL. (¡De nosotros!) (A Nicolasa.)  
 ANT. ¡Vamos! ¡Presto!  
 ¡A la mesa todo el mundo!  
 ¡Queridos tíos, sentémonos!  
 NIC. (A Hilario.)  
 (Se me ha quitado la gana.)  
 HIL. (A Nicolasa.)  
 (¡Yo maldita la que tengo!)  
 (Van sentándose a la mesa.)  
 (Oye, ¿y el ministro?) (Aparte a Emilia.)  
 EMIL. ¿Cuál?  
 HIL. ¿Cómo cuál? ¡El verdadero!  
 EMIL. ¡No puede venir!  
 HIL. ¡Caramba!  
 (Se ata al cuello la servilleta.)  
 ¡Qué lástima! ¡Y para esto  
 nos hemos puesto elegantes!

ESCENA XIV

DICHOS y el CAMARERO, y luego PEPE de frac

CAM. (Desde la puerta.)  
 ¡El señor ministro!  
 (Sosteniendo el portier hasta que se presenta Pepe.)  
 ANT. (Aterrado.) ¡(Cielos!)  
 NIC. (A Hilario y Canuto.)  
 ¡El ministro! ¡Levantarse!  
 (Todos se levantan.)  
 ANT. ¡Ay, Dios mío! ¡En qué momento!  
 (Antonio y Emilia se dirigen azorados hacia la puerta.)  
 PEPE ¡Señores! ..  
 ANT. (A Emilia.) ¡(Chica! ¡Si es Pepe!)  
 EMIL. (A Pepe.)  
 (¡Pero hombre! ¿Cómo?...)  
 PEPE ¡(Silencio!)  
 Señor don Antonio!...  
 (Dándole la mano.—Gravedad cómica.)  
 ANT. (Aparte.) ¡(Explicámel)  
 PEPE ¡(Cállate y dame el tratamiento!)  
 ANT. ¡Pase, pase su excelencial

PEPE ¡Señoría mía! (A Emilia.)  
 EMIL. ¡(Qué serio!)  
 PEPE ¿Los señores son sin duda  
 de la familia, no es eso?  
 ANT. ¡Mis queridísimos tíos  
 y mi primo! (Presentándolos.)  
 PEPE ¡Yo celebro!...  
 HIL. ¡Muy servidores!...  
 NIC. ¡(Con este  
 parece que no me atrevo!)  
 PEPE ¡(Márchatel!) (A Antonio.)  
 ANT. ¡(Pero qué intentas?)  
 PEPE (Vete y ya lo sabrás luego.)  
 (Con énfasis y como dando una orden importantí-  
 sima.)  
 ¡El bien del país lo exige!  
 ¡No pierda usted ni un momento!  
 ¡Voy! ¡Voy!...  
 ANT. (A Emilia.) ¡(Vete tú también!)  
 PEPE ¡Dejadme solo con ellos!  
 (Acompaña hasta la puerta segunda derecha a Emilia y  
 a Pepe, que se van.)  
 HIL. (A Nicolasa.)  
 (¡Debe ocurrir algo grave!)  
 NIC. ¡(Este señor me da miedo!)

ESCENA XV

DICHOS menos EMILIA y ANTONIO

PEPE (A Hilario y Nicolasa.)  
 ¡Vengan ustedes acá!  
 ¿Qué dicha es la de esta casa  
 cuando pasa... lo que pasa? (Con misterio.)  
 HIL. ¡(Dios mío! ¿Qué pasará?)  
 PEPE ¡Permanecer sin temor  
 y en esa calma apacible!  
 ¡Pero, señor! ¿Es posible?  
 ¿Pero es posible, señor?  
 (Canuto coge el platillo del salchichón y un panecillo  
 y se marcha puerta primera derecha.)  
 ¡Y así tranquilos se están!

HIL. (¿De qué hablará!)  
 NIC. (¡Yo no sé!)  
 PEPE ¿No saben ustedes?..  
 NIC. }  
 HIL. } ¿Qué?  
 PEPE ¡Que estamos sobre un volcán!  
 HIL. ¡Caracoles! (Asustado.)  
 PEPE (En tono de discurso.) En su eterno  
 batallar la oposición  
 ha sembrado en la opinión  
 el odio a muerte al gobierno.  
 ¡Se cierne sobre él la nube!  
 ¡Con nada este mal se ataja!  
 ¡Si aquella sube, este baja!  
 ¡Si éste baja, aquella sube!  
 ¡Y en tanto, el pobre país  
 sufre más.. y más.. y más!  
 que al empujar los de atrás  
 el poder esta en un tris.  
 ¡Se mistifica el congreso!  
 ¡El orden se desconcierta!  
 ¡El peligro está á la puerta!..  
 HIL. }  
 PEPE } ¡Voy á cerrarla!..  
 } ¡No es eso!  
 } ¡Es que ya la valla rota  
 } y desbordado el torrente,  
 } la crisis es inminente  
 } y segura la derrota!  
 } ¡Cunde la intranquilidad  
 } y nada hay sólido aquí!  
 HIL. (¡Qué bien se expresa! ¡Este sí  
 que es ministro de verdad!)  
 PEPE ¡Baldón, deshonra, ludibriol  
 ¡No hay ni un rayo de esperanza!  
 ¡Que al torcerse la balanza  
 de este social equilibrio,  
 tendrá el pueblo en su ansiedad  
 encontrados sentimientos  
 al estallar los cimientos  
 de su solidaridad!  
 ¡Esto es lo que pasa aquí  
 y lo que lamento yo!  
 HIL. (¿Tú te has enterado?) (A Nicolasa.)  
 NIC. (¡No!)

HIL. (Lo mismo me pasa á mí.)  
 PEPE ¡Que por tortuosos caminos  
 sufra España estos horrores!  
 ¿Y todo por qué, señores?  
 ¡Por unos cuantos destinos!  
 ¡Este es el cáncer del día!  
 ¡Siempre el mezquino interés!  
 ¡Ya el único móvil es  
 la presupuestomanía! (Transición.)  
 —¡Ustedes, gentes virtuosas,  
 allá en su pueblo querido,  
 nunca ambición han tenido  
 ni comprenden estas cosas!  
 ¡Que en su dulce bienestar  
 y en su tranquilo vivir,  
 ni saben lo que es pedir,  
 ni pretenden figurar.  
 ¡Al trabajo, y no al favor  
 deben su holgada existencia,  
 gozando la independencia  
 del honrado labrador!  
 ¡Solo por ese camino  
 dicha y virtud se atesora!  
 HIL. (¡Cualquiera se atreve ahora  
 a pedirle algún destino!)  
 PEPE (Con mucho misterio.)  
 ¡Y aun no saben lo peor!  
 ¡Si hay para darse al demonio!  
 ¡Pobre Antonio!  
 HIL. } ¿Pobre Antonio?  
 PEPE } ¡Pobre Antonio, sí señor!  
 } ¡El infeliz aun no sabe  
 } lo grave que le ha ocurrido!  
 } Yo evitarlo no he podido,  
 } porque el asunto es muy grave.  
 } Con inquina y mala fe  
 } le acusan diarios formales  
 } ¡de abuso de credenciales  
 } entre sus parientes!  
 HIL. }  
 NIC. } (¿Eh?)  
 PEPE } ¡No entre todos!..  
 NIC. } (¡Santo Dios!)  
 PEPE } ¡Hay parientes muy decentes!

¡Ah! ¡Si todos sus parientes fueran como ustedes dos! Hablo así, porque es seguro que ustedes ningún favor le han pedido...

Nic. ¡No, señor!  
¿Verdad? (A Hilario.)

Hil. ¡Quiá!  
Pepe ¡Me lo figuro!  
(¡Me sale cual lo deseo!)  
Ustedes no abusarán, porque, ¡es claro, le querrán muchísimo!

Nic. ¡Ya lo creo!  
Hil. ¡Desde que Antonio era un niño, que ya tenía un talento!...

Pepe Pues ha llegado el momento de probarle ese cariño.  
—¡Anoche, yo, sin reparo, como el deber lo exigía, le firmé la cesantía!

Nic. ¡Eh!  
Hil. ¡Cómo!  
Pepe (Dándole a leer el suelto de un periódico.)

Hil. ¡Aquí está bien claro!  
Hil. ¡Ay, Dios mío! ¡En qué ocasión!  
Pepe ¡Como el puesto no recobre mucho ha de sufrir! ¡El pobre está en mala posición!  
Pero, en fin, de mal en menos, no quedará en el arroyo contando con el apoyo...

Hil. } (¡Eh!)

Nic. }  
Pepe ¡De unos tíos tan buenos!  
Nic. (¡Ay, chico! ¡Van a explotarnos!) (A Hilario.)

Pepe (¡Vacían! ¡Se van de hijo!)  
¡Queriéndole como a un hijo!...  
Hil. (¿Y qué hacemos?) (A Nicolasa.)

Nic. (¿Qué? ¡Largarnos!

Pepe ¡No ha de faltarle dinero viviendo ustedes aquí!  
¿No es verdad?

Nic. ¡Mucho que sí!

¡Viviendo con ellos!... ¡Ero...  
¡Vinimos por solo un día, pues no nos gusta abusar, y pensábamos marchar hoy mismo!

Pepe ¡Yo no sabía!...  
Nic. ¡Pues sí! ¡Y nos vamos ahora!

A este le tiene sujeto la labranza y...

Pepe ¡Yo respeto...  
esa decisión, señora!

Nic. Hay que hacer el equipaje, y vamos... con su permiso...

Pepe ¡Oh! ¡Sí, sí!  
Nic. (¡Qué compromiso!

¡Abur!

Hil. ¡Servidor!

Pepe (Los acompaña hasta la puerta.) ¡Buen viaje!

### ESCENA XVI

PEPE, EMILIA y ANTONIO

Pepe (Desde la puerta segunda derecha.)  
¡Emilia! ¡Antonio!

Ant. (Entrando.) ¿Qué pasa?  
Pepe ¿Qué ha de pasar, inocentes?

¿Que esos dichosos parientes abandonan esta casa!

Ant. ¿De veras? ¡Dame un abrazo!

Emil. ¡No es posible!

Pepe Ya verás.  
Tendí las redes y ¡zás!

Ant. ¿Qué?

Pepe ¡Cayeron en el lazo!  
¡Bien pagan tus beneficios!

¡Chico, te quieren de un modo que son capaces de todo género de sacrificios!

Ant. ¿Mas cómo has logrado hacer?...  
Pepe ¡Nadal! ¡Que les he asustado!

Y el golpe final lo he dado con esta noticia. (Dando el periódico.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MARTÍNEZ"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

EMIL. (Lo leen para sí Emilia y Antonio.) ¡A ver!  
 PEPE ¡Digo si tiene malicia!  
 EMIL. ¡Cesante! ¿Es cosa resuelta?... (Sorprendida.)  
 PEPE Calla, tonta, si á la vuelta se desmiente la noticia.  
 — Ya vienen.— Tras el portier (segunda derecha.)  
 esperaré el resultado.  
 ¡Que ignoren que hemos hablado!... (Vase.)  
 ANT. Ya sé lo que debo hacer.

ESCENA XVII

DICHOS, DON HILARIO, DOÑA NICOLASA y CANUTO, con los abrigos puestos y cargados con las maletas y los del primer acto

NIC. (¡Disimula; están aquí!) (A Hilario.)  
 ANT. ¿Qué es eso? (Fingiéndose sorpresa.)  
 NIC. Lo siento mucho pero nos vamos.  
 ANT. ¿Qué escucho?  
 ¿Que se van ustedes?  
 HIL. ¡Sí!  
 ANT. ¡Yo no lo consentiré!  
 ¿Ni tú tampoco, verdad? (A Emilia.)  
 Pues qué, ¿mi hospitalidad no le satisface á usted?  
 NIC. ¡Sí, hijo mío!  
 HIL. (Riéndose.) ¡Pobre Antonio!  
 ¿Cree que es?  
 ANT. Pero ¿qué pasa?  
 NIC. Pues... que nos vamos á casa de mi primo Cleodonio.  
 ¡Hace poco hemos sabido que está disgustado!  
 ANT. ¿Sí?  
 NIC. ¡Como vinimos aquí, es claro, se ha resentido!  
 HIL. ¡Hay gente tan quisquillosa!  
 ANT. ¡Ir con un pobre tendero!  
 NIC. Pues porque es pobre, no quiero que se figure otra cosa.  
 ANT. (¡Qué hipócrita y qué taimada!)

NIC. Si estuviera rico no me importaría, pues yo soy muy desinteresada.  
 ANT. ¡Bueno; bueno; no discuto! Más ya vendrán cualquier día para hablar de esa alcaldía y del puesto de Canuto.  
 NIC. ¡No, deja! ¡Hay tiempo bastante!  
 HIL. ¡Justo! ¡Otro día cualquiera!  
 (¡Pobrecito si supiera que le han dejado cesante!)  
 Queda con Dios, hija mía. (A Emilia.)  
 HIL. ¡Ya sabes que yo te estimo! (A Antonio.)  
 ANT. ¡Gracias!  
 CAN. ¡Abur!  
 ANT. ¡Adiós, primo!  
 NIC. ¡Adiós, sobrino!  
 ANT. Adiós ¡tía!

ESCENA XVIII

DICHOS y PEPE

PEPE ¡Deja no pases recado! (Dentro.)  
 NIC. ¿Eh?  
 HIL. ¿Quién?  
 ANT. ¡El ministro!  
 PEPE (Entrando.) ¡Albricias!  
 ¡Traigo excelentes noticias!  
 ¡La crisis se ha conjurado!  
 (¿Qué dice?)  
 (A los tíos.) Al fin he podido borrar lo que ayer firmé.  
 (A Antonio.)  
 Está usted propuesto... (¡Qué!)  
 HIL. y NIC. ¡Para un ascenso!  
 PEPE (A Nicolasa.) (¿Has oído?)  
 HIL. ¡Ya en nuestras glorias estamos!  
 PEPE ¡El poder es nuestro!  
 NIC. (¿Sí?)  
 (A Hilario soltando los fíos.)  
 (¡Ya no nos vamos de aquí!)



(A Antonio.)

¡Chico!

ANT.

¡Qué!

NIC.

¡Que no nos vamos!

ANT.

¡Es de veras!

HIL.

¡Claro está!

ANT.

¿Señora, y si se resiente  
Celedonio?...

NIC.

¡Qué inocente! (Riéndose.)

¡Le ha creído!

HIL.

¡Já! ¡já! ¡já!

¡Fue una broma de tu tía!

PEPE

¿Conque ha sido broma, eh?

HIL.

¡Sí señor! (siguen riéndose.)

PEPE

¡Pues sepa usted  
que para bromas la mía!  
¡Basta de farsas!

HIL.

(¡Demonio!)

PEPE

¡No soy tal ministro!

HIL.

¿No?

PEPE

¡No señor!

NIC.

¡Dios mío!

PEPE

¡Yo

soy el hermano de Antoni!

NIC.

¿Hermano suyo? ¡No hay tall!

Yo con zco á su familia.

PEPE

Soy el hermano de Emilia,  
que para el caso es igual.

Ya que éste por cortedad (Indica á Antonio.)

de carácter no se atreve,

yo soy señora, quien debe

decir toda la verdad.

Si ministro me fingí

fué sólo para tener

ocasión de conocer

lo que á fondo conocí.

¡Y al tocar esos registros

vi bien lo que ustedes valen!

HIL.

(¡Vamonos, porque hoy nos salen  
falsos todos los ministros!)

(A Nicolasa, recogiendo todos los bultos y lios.)

NIC.

¿Luego esto es?...

PEPE

Esto es

decir en frases prudentes

que aquí sobran los parientes  
que buscan el interés.

NIC.

(¡Ay Hilariol! ¡Nos partió!)

HIL.

(¡Ya lo veo, Nicolasa!)

NIC.

¿Conque nos echan de casa?

PEPE

¿Echarles de casa? ¡No!

¡No soy grosero jan ás

ni cabe tal cosa en mí!

Lo que les digo, es... ¡que aquí

están ustedes demás!

NIC.

¿Lo oyes y te estás callado? (A Antonio.)

PEPE

¡Calla porque te conviene!

ANT.

Yo no digo nada, tiene

la palabra mi cuñado.

NIC.

¡Vámonos porque me irrita!...

HIL.

¡Os desprecia! Anda, mujer.

(Desde la puerta.)

NIC.

¡Me voy para no volver!

(vase refunfuñando.)

PEPE

¡Pues lo celebro infinito!

### ESCENA ULTIMA

PEPE, EMILIA y ANTONIO

ANT.

¡Cómo pagarte el favor!...

EMIL.

¡Hemos sido algo inhumanos!

PEPE

¿Inhumanos? ¡No señor!

¡Estos parientes lejanos,

cuanto más lejos mejor!...

FIN DEL JUGUETE

(A Antonio.)

¡Chico!

ANT.

¡Qué!

NIC.

¡Que no nos vamos!

ANT.

¡Es de veras!

HIL.

¡Claro está!

ANT.

¿Señora, y si se resiente  
Celedonio?...

NIC.

¡Qué inocente! (Riéndose.)

¡Le ha creído!

HIL.

¡Já! ¡já! ¡já!

¡Fue una broma de tu tía!

PEPE

¿Conque ha sido broma, eh?

HIL.

¡Sí señor! (siguen riéndose.)

PEPE

¡Pues sepa usted  
que para bromas la mía!  
¡Basta de farsas!

HIL.

(¡Demonio!)

PEPE

¡No soy tal ministro!

HIL.

¿No?

PEPE

¡No señor!

NIC.

¡Dios mío!

PEPE

¡Yo

soy el hermano de Antoni!

NIC.

¿Hermano suyo? ¡No hay tall  
Yo con zco á su familia.

PEPE

Soy el hermano de Emilia,  
que para el caso es igual.  
Ya que éste por cortedad (Indica á Antonio.)

de carácter no se atreve,  
yo soy señora, quien debe  
decir toda la verdad.

Si ministro me fingí

fué sólo para tener

ocasión de conocer

lo que á fondo conocí.

¡Y al tocar esos registros

vi bien lo que ustedes valen!

(¡Vámonos, porque hoy nos salen

falsos todos los ministros!)

(A Nicolasa, recogiendo todos los bultos y lios.)

NIC.

¿Luego esto es?...

PEPE

Esto es

decir en frases prudentes

que aquí sobran los parientes  
que buscan el interés.

NIC.

(¡Ay Hilariol! ¡Nos partió!)

HIL.

(¡Ya lo veo, Nicolasa!)

NIC.

¿Conque nos echan de casa?

PEPE

¿Echarles de casa? ¡No!

¡No soy grosero ¡an ás

ni cabe tal cosa en mí!

Lo que les digo, es... ¡que aquí

están ustedes demás!

NIC.

¿Lo oyes y te estás callado? (A Antonio.)

PEPE

¡Calla porque te conviene!

ANT.

Yo no digo nada, tiene

la palabra mi cuñado.

NIC.

¡Vámonos porque me irrita!...

HIL.

¡Os desprecia! Anda, mujer.

(Desde la puerta.)

NIC.

¡Me voy para no volver!

(vase refunfuñando.)

PEPE

¡Pues lo celebro infinito!

### ESCENA ULTIMA

PEPE, EMILIA y ANTONIO

ANT.

¡Cómo pagarte el favor!...

EMIL.

¡Hemos sido algo inhumanos!

PEPE

¿Inhumanos? ¡No señor!

¡Estos parientes lejanos,

cuanto más lejos mejor!...

FIN DEL JUGUETE

## Obras dramáticas de Vital Aza

- ¡Basta de matemáticas!** juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)
- El pariente de todos**, juguete cómico en un acto y en verso, original. (Segunda edición.)
- Desde el balcón**, juguete cómico en un acto y en verso, original (Segunda edición.)
- La viuda del zurrador** <sup>1</sup>, parodia en un acto y en verso.
- El autor del crimen**, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)
- Aprobados y suspensos**, pasillo cómico en un acto y en verso original (Octava edición.)
- Horas de consulta**, sainete en un acto y en verso, original. (Segunda edición.)
- Noticia fresca** <sup>2</sup>, juguete cómico en un acto y en verso. (Dodecésima edición.)
- Tras del pavo** <sup>3</sup>, apropósito en dos actos y en prosa original.
- Paclencia y barajar**, comedia en un acto y en prosa.
- Calvo y compañía**, comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)
- Pérez y Quiliones**, comedia en un acto y en prosa, original.
- Con la música a otra parte**, juguete cómico en dos actos, en verso, original. (Cuarta edición.)
- Turrón ministerial**, apropósito en un acto y en prosa, original. (Cuarta edición.)
- Llovido del cielo**, comedia en dos actos y en verso, original. (Cuarta edición.)
- Periquito** <sup>1</sup>, zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.
- La ocasión la pintan calva** <sup>1</sup>, comedia en un acto y en prosa, imitada del francés.
- ¡Adios, Madrid!** <sup>1</sup>, boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original.
- ¡Adios, Madrid!** <sup>1</sup>, refundida en dos actos.
- De tiros largos** <sup>1</sup>, juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto en prosa. (Quinta edición.)
- El medalón de topacios** <sup>2</sup>, drama cómico en un acto y en verso, original. (Segunda edición.)
- La primera cura** <sup>1</sup>, comedia en tres actos y en verso, original.
- La primera cura** <sup>1</sup>, refundida en dos actos.
- La calandria** <sup>1</sup>, juguete cómico-lirico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Cuarta edición.)
- El hijo de la nieve** <sup>1</sup>, novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original. (Segunda edición.)
- Prestón y compañía** <sup>1</sup>, sainete en un acto y en verso, original.
- Parientes lejanos**, comedia en dos actos y en verso, original. (Segunda edición.)
- Carta canta**, juguete cómico en un acto y en verso. (Segunda edición.)

**Robo en despoblado** <sup>1</sup>, comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Sexta edición.)

**Las codornices**, juguete cómico en un acto y en prosa, original (Séptima edición.)

**De todo un poco** <sup>5</sup>, revista cómico-lírica en un acto y siete cuadros, en prosa y verso, original.

**Juego de prendas**, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

**Tiquis-miquis**, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)

**¡Un año más!** <sup>5</sup>, revista cómico-lírica en un acto y siete cuadros, en prosa y verso, original.

**Pensión de dem. iselles** <sup>5</sup>, humorada cómico-lírica en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)

**San Sebastián, mártir**, comedia en tres actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

**Parada y fonda**, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Décima edición.)

**Boda y bautizo** <sup>5</sup>, sainete en un acto y tres cuadros, en prosa y verso, original.

**El viaje a Suiza** <sup>5</sup>, vaudeville en tres actos y en prosa, arreglado del francés.

**Perceño**, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

**La almoneda del 3.º** <sup>1</sup>, comedia en dos actos, original y en prosa.

**Coro de señoras** <sup>1</sup>, pasillo cómico-lírico, original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)

**Los tucayos**, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)

**El patron om-lepal** <sup>1</sup>, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

**Los lobos marinos** <sup>1</sup>, zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

**El sombrero de copa**, comedia en tres actos y en prosa, original. (Sexta edición.)

**El señor gobernador** <sup>1</sup>, comedia en dos actos y en prosa, original. (Sexta edición.)

**El sueño dorado**, comedia en un acto y en prosa, original. (Quinta edición.)

**Su excelencia**, comedia en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

**El señor cura**, comedia en tres actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

**El señor cura**, refundida en dos actos. (Segunda edición.)

**El rey que habló** <sup>1</sup>, zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapí. (Octava edición.)

**El oso muerto** <sup>1</sup>, comedia en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

**Villa-Tula** (segunda parte de *Militares y paisanos*), comedia en cuatro actos, escrita sobre el pensamiento de la obra alemana *Reif von Reiflingen*.

**Zaragüeta** <sup>1</sup>, comedia en dos actos y en prosa, original. (Octava edición.)

**Chifladuras**, juguete cómico en un acto y en prosa, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa. (Tercera edición.)

**La rebotica**, sainete en prosa, original. (Cuarta edición.)

**La praviana**, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)

**Venta de Baños**, sainete en un acto y en prosa, original.

**La Marquesita**, comedia en un acto y en prosa.

**La sala de armas**, pasillo cómico en un acto y en prosa, original.

**El afinador**, juguete cómico en dos actos y en prosa, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa. (Tercera edición.)

**Ciencias exactas**, sainete en un acto y en prosa. (Cuarta edición.)

**Los lobos marinos** <sup>1</sup>, zarzuela cómica, refundida en un acto y dos cuadros, en prosa, original, música del maestro Chapí.

**La clevellina**, comedia en un acto, escrita sobre un cuento de Arturo Reyes.

**El prestidigitador**, monólogo cómico escrito en catalán por Santiago Rusiñol, arreglado al castellano.

**Francfort**, juguete cómico tetralingüe en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

**Chiquilladas**, juguete cómico en un acto y en prosa, escrito sobre unas escenas de Najac.

**La alegría que pasa**, cuadro lírico en un acto, escrito en catalán por Santiago Rusiñol, música del maestro Morera, traducción castellana.

## OBRAS NO DRAMÁTICAS

**Todo en broma**, versos de Vital Aza, con un prólogo de Jacinto O. Picón, un intermedio de José Estremera, un epílogo de Miguel Ramos Carrión y nada más! (Tercera edición aumentada.)

**Baguetas**, poesías. Ilustraciones de B. Gili y Roig.—Colección elzevir. Juan Gili.—Barcelona.—Primera edición.

**Ni su, ni sa**, versos.—Ilustraciones de B. Gili y Roig.—Colección elzevir. Juan Gili.—Barcelona.—Primera edición.

**Pamplinas**, versos.—Colección Diamante.—Antonio López.—Librería Española.—Barcelona.—Primera edición.

**Plutarquillo**: Biografías festivas de personajes célebres, con ilustraciones de Marín.—Primera edición.

1 En colaboración con Miguel Ramos Carri  
 2 Idem id. José Estremera.  
 3 Idem id. José Campo-Arana.  
 4 Idem id. Eusebio Blasco.  
 5 Idem id. Miguel Echegaray.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

